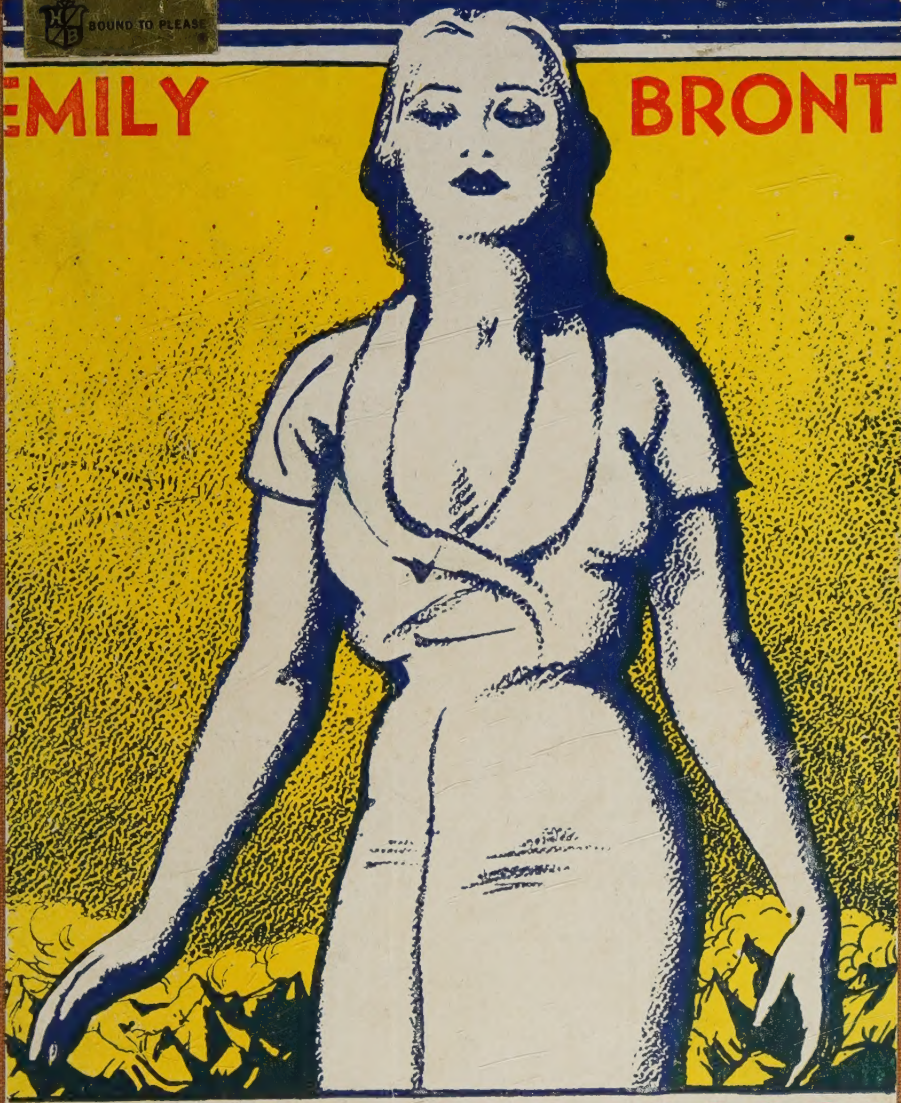
BOUND TO PLEASE

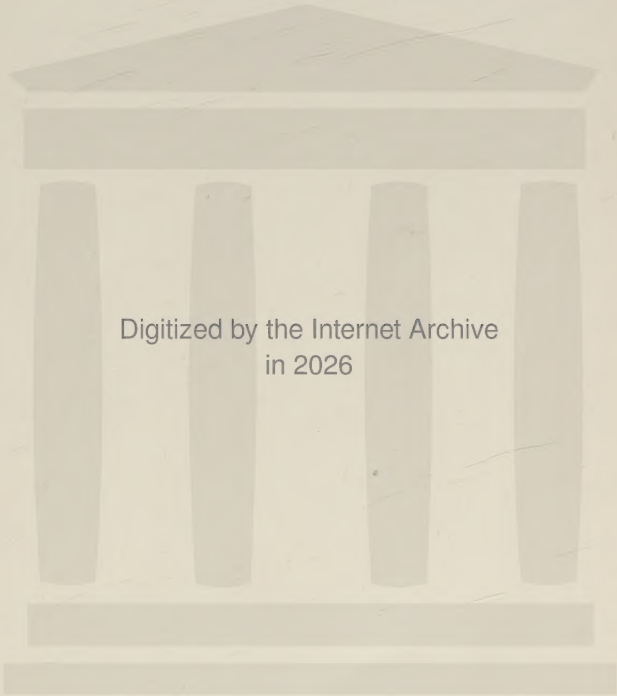
EMILY BRONT



'UMBRES BORRASCOSA

EDITORIAL
TOR

Alma College
Monteith Library


Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/cumbresborrascos0000emil_q0s8

25-18

CUMBRES BORRASCOSAS

Wuthering Heights

EMILY BRONTE

CUMBRES BORRASCOSAS

Traducción de PEDRO E. LABROUSSE

EDITORIAL TOR
Río de Janeiro 760
BUENOS AIRES

PR
4172
.W31

ES PROPIEDAD. Queda hecho el depósito que marca la ley

CAPITULO PRIMERO

1801

Acabo de regresar, después de una visita hecha al propietario de mi casa, único vecino que turbará mi soledad. Esta región es verdaderamente muy hermosa. No creo que me hubiese sido posible hallar en toda Inglaterra, para radicarme, un lugar tan perfectamente alejado del ajetreo del mundo. ¡El paraíso soñado, para un misántropo! y el señor Heathcliff y yo integramos la mejor pareja existente para compartir este desierto. ¡Qué hombre admirable! Ni se imaginó, siquiera, hasta qué punto lo comprendía mi corazón cuando vi sus negros ojos resguardarse con tanta desconfianza bajo sus cejas, al acercarme, y sus dedos hundirse más profundamente aún en su chaleco, con adusta resolución, al enunciar mi nombre.

—¿El señor Heathcliff? — dije.

Fué la respuesta un movimiento de la cabeza.

—Lockwood, su nuevo inquilino, señor. He considerado un deber presentarme a usted desde mi arribo, a fin de expresarle la esperanza de que no lo he molestado con mi insistencia en querer habitar Thrushcross Grange. He oído decir ayer que experimentó usted cierta inquietud...

—Thrushcross Grange me pertenece, señor — me interrumpió, retrocediendo. — No permito que nadie me moleste, cuando puedo impedirlo. ¡Pase!

Ese "pase" fué pronunciado con apretados dientes y expresaba el sentimiento: "¡Vaya al diablo!". El mismo cercado en el cual se apoyaba no manifestó ningún movimiento en relación con la palabra y creo que esa circunstancia me determinó a aceptar la invitación. Me sentía atraído por ese

hombre que parecía más absurdamente insociable aún que yo mismo. Cuando vió a mi caballo empujar suavemente con su pecho la palizada, avanzó finalmente la mano para quitar la cadena. Luego me precedió, malhumorado, por el sendero y gritó, cuando llegamos al patio principal:

—¡José, hágase cargo del caballo del señor Lockwood y sírvanos vino!

"Supongo que ese individuo debe componer todo el personal —me dije, al oir esas órdenes reunidas.— No es sorprendente que crezca la hierba entre las baldosas y que sea el ganado el único encargado de recortar los setos".

José era un hombre de cierta edad; más aún, un hombre viejo. Y muy viejo, quizás, aunque entero y vigoroso.

—¡Que Dios nos ayude! – murmuró el anciano con áspero acento y aire de desagrado, mientras tomaba de las bridas al caballo.

Me miró en el intervalo con tanta acritud, que conjeturé caritativamente que necesitaba de la ayuda divina para digerir su comida y que su piadosa invocación nada tenía que ver con mi imprevista llegada.

La casa del señor Heathcliff se llama Cumbres Borrascosas, nombre que describe en forma expresiva el tumulto atmosférico al que la expone su ubicación, cuando la tempestad se desencadena. En realidad, debe vivirse allá arriba, en todas las estaciones, en medio de ráfagas de aire puro y vivificador. Es fácil imaginarse la fuerza de los vientos del norte que barren la cumbre, sólo con ver algunos pinos endebles, próximos a la casa, inclinados al extremo, y un seto de ruines espinos blancos que estiran sus ramas todas del mismo lado, como si implorasen una limosna al sol. Por suerte, el arquitecto fué lo bastante previsor para edificar una sólida construcción de estrechas ventanas, profundamente practicadas en el muro, y de ángulos defendidos por grandes piedras saledizas.

Antes de franquear el umbral, me detuve para admirar las grotescas figuras esculpidas profusamente sobre la fachada, especialmente alrededor del portón. Encima de éste, entre un hormigueo de resquebrajados grifos y de impúdicos cupidos, se descifraba la fecha "1500" y el nombre "Hareton Earnshaw". Me hubiese gustado formular algunas observaciones y solicitar al hosco propietario una breve relación de la historia del lugar; pero su actitud frente a la puerta parecía exigir una pronta entrada o una partida definitiva, y yo no de-

seaba en absoluto redoblar su impaciencia antes de haber sido admitido en el santuario.

Un escalón nos condujo, sin pasadizo ni vestíbulo alguno, al "hall" común, habitación que es, por excelencia, lo que llamamos aquí "el salón". Reune, generalmente, la cocina y la sala, pero creo que en Cumbres Borrascosas la cocina se vió obligada a refugiarse en cualquier otra parte. Al menos, el rumor de charlas y el ruido de utensilios de cocina que oía provenían de lejos. Nada vi junto al enorme hogar que pudiera servir para asar, hervir o hacer el pan; no brillaban en las paredes cacerolas de cobre, ni espumaderas de estaño. No obstante, un panel reflejaba maravillosamente la luz y las llamas, gracias a unas filas de anchos fuentones de estaño, de cántaros y de ollas de plata, que se escalonaban sobre un amplio aparador de roble, hasta el mismo techo. Este último nunca había sido artesonado y su estructura toda aparecía al desnudo, salvo allí donde una tabla sobrecargada de galletas, de corvejones de buey y de carnero, de jamones, dispuestos en ramillete, lo ocultaban a las miradas. Se veían encima de la chimenea varios viejos fusiles de aspecto poco reluciente y un par de pistolas de arzón. A guisa de decoración, se alineaban al borde tres cajas de té pintarrajeadas sin gusto. En el suelo, una piedra blanca y tersa; sillas de alto respaldo de rústica forma, pintadas de verde; otras dos, negras y macizas, se confundían con la sombra. Debajo de una cimbra del aparador estaba acostada entre bulliciosa cría, una perra de caza de bermeja pelambre, en tanto que otros canes rondaban en torno de otros rincones.

El local y el mobiliario nada habrían tenido de extraordinario si hubiesen pertenecido a un simple granjero del norte, de aspecto obtuso, de sólidos miembros ventajosamente ceñidos en calzones y polainas. Un personaje así, sentado en su sillón, con un jarro de espumosa cerveza sobre una mesa redonda, es posible verlo durante cualquier paseo de cinco o seis millas, a través de esas montañas, si se lo hace a la hora propicia, que es la que sigue a la comida. Mas, en lo que concierne al señor Heathcliff, existe un singular contraste entre su residencia y la forma en que vive. Tiene la apariencia de un gitano de cetrina tez que usase prendas y tuviese las maneras de un gentilhombre, tanto como pueden serlo los hidalgos de provincia. Acaso esté bastante mal vestido, pero su aspecto es correcto a pesar de ese desaliño, porque su planta es elegante y firme, y en conjunto, un tanto triste. Es

posible que algunas personas lo acusen de poseer una dosis de mal entendido orgullo; pero una de mis fibras sensibles me dice que no existe tal cosa. Sé, por afinidad, que su aire reservado proviene de una aversión profunda por la ruidosa ostentación de sus sentimientos y por las efusiones demasiado demostrativas. Amará y odiará con la misma imposibilidad, y considerará una especie de impertinencia ser amado u odiado, en retorno. No, me estoy apresurando; le atribuyo generosamente mis propias reacciones. El señor Heathcliff, cuando reserva su mano y se niega a trabar nuevas relaciones, obedece, probablemente, a razones que difieren de las mías. Me atrevo a esperar que mi carácter es casi único. Mi querida madre decía con frecuencia que yo jamás tendría un hogar agradable y el verano pasado, en particular, me mostré absolutamente incapaz de crearme uno.

En el transcurso de un mes encantador pasado a orillas del mar, fuí puesto en presencia de una mujer deslumbradora, que me pareció una verdadera diosa mientras no hizo el menor caso de mí. En momento alguno "declaré mi amor" con palabras; pero si existe un lenguaje de los ojos, el tonto más tonto de la creación habría adivinado que perdí la cabeza. Ella, finalmente, comprendió y me dió en retorno su mirada, la más maravillosa de las miradas imaginables. Y yo, ¿qué hice? Con vergüenza lo confieso, me agazapé en mí mismo, como un molusco. A cada ojeada, me mostraba más glacial y me alejaba un poco, hasta que la pobre inocente dudó, al fin, de sus impresiones, y presa de la confusión al pensar en su error, persuadió a su mamá de que era menester cambiar de aires. Gracias a ese singular humor, conquisté una reputación de personal insensibilidad, que sólo yo puedo saber cuán inmerecida es.

Tomé asiento junto a la chimenea, del lado opuesto al que se dirigía mi propietario. Para ocupar el silencio, quise acariciar a la perra que había abandonado su cría y que se arrastraba como una loba detrás de mis pantorrillas, arremangado el belfo y húmedos de baba los colmillos, listos para morder. Mi caricia provocó un largo gruñido.

—Sería preferible que dejase usted tranquila a la perra — refunfuñó el señor Heathcliff, al unísono, deteniendo demostraciones más feroces con un puntapié.— No está acostumbrada a que la mimen...

Luego, dirigiéndose a grandes trancos hacia una puerta lateral, gritó nuevamente:

—¡José!

José refunfuñó algo desde el fondo de la bodega, pero no evidenció intención alguna de subir. Su amo se hundió en su dirección, dejándome frente a la peligrosa perra y a un par de horrorosos canes que compartieron con ella una atenta vigilancia de todos mis movimientos. Poco deseoso de entrar en contacto con sus dientes, me quedé sentado sin hacer el menor movimiento; pero, suponiendo que no comprenderían las injurias mudas, tuve la desdichada idea de hacer toda clase de muecas al trío. De pronto, cierto movimiento de mi fisonomía desagradó tanto a la dama, que se tornó súbitamente furiosa, abalanzándose a mis rodillas. La rechacé, apresurándome a colocar la mesa entre nosotros. Esta maniobra puso en pie a toda la jauría, apareciendo en el centro de la habitación media docena de monstruos con cuatro patas, de todas las edades y todos los tamaños, que iban saliendo de ocultas madrigueras. Tuve la neta impresión de que mis talones y los faldones de mi levita se habían convertido en puntos precisos de asalto y manteniendo alejados como mejor pude y con la ayuda de un atizador, a los principales combatientes, me vi obligado a requerir con estentórea voz la ayuda de alguien de la casa para restablecer la paz.

El señor Heathcliff y su criado subieron los peldaños de la escalera de la bodega con ofensiva tranquilidad. No creo que lo hicieran con un segundo más de precipitación que en circunstancias ordinarias, aunque había estallado en torno de la chimenea una tempestad de rabia y de ladridos. Por suerte, uno de los habitantes de la cocina se mostró más diligente. Se precipitó en medio de nosotros, con la falda remangada, los brazos desnudos, las mejillas empurpuradas y blandiendo una sartén, una vigorosa mujerota. Se sirvió con tanto tino de esa arma y de su lengua, que la tempestad amainó como por arte de magia. Cuando su amo llegó al lugar del incidente, la mujer se hallaba sola en el mismo, agitada como el mar después de haber pasado el ciclón.

—¿Qué es ese ruido del diablo? —preguntó, mirándome de pies a cabeza, de una manera que soporté mal después de ese inhospitalario trato.

—Del diablo, efectivamente —refunfuñé.— La grey poseída por el demonio no puede tener peores instintos que estos animales, señor. Tanto da dejar a un extraño en medio de una horda de tigres.

—No luchan con las personas que no tocan nada —hizo

notar, posando la botella delante mío y volviendo la mesa a su lugar.— Estos perros cumplen con su deber mostrándose vigilantes. ¿Tomará usted un vaso de vino?

—No, gracias.

—¿No lo mordieron, verdad?

—Si lo hubiesen hecho, la bestia llevaría la marca.

Una risa burlona distendió la actitud del señor Heathcliff.

—¡Vaya! ¡vaya! se arrebata usted, señor Lockwood —dijo.—Vamos, beba un sorbo de vino. Son tan raros los visitantes en esta casa que, debo confesarlo, tanto yo como mis perros sabemos recibirlos muy mal. ¡A su salud, señor!

Me incliné y retribuí el brindis, dándome cuenta que sería ridículo seguir enfurruñado por culpa de esos malignos animales y sus trapizondas. Por otra parte, desde el momento que las cosas tomaron ese cariz, me sentí con muy pocos deseos de seguir divirtiendo al personaje a mis expensas. El propio Heathcliff, guiado sin duda por el temor de ofender a un buen inquilino, modificó un tanto su manera de suprimir los pronombres y los verbos auxiliares. Buscando un tema que, a su juicio, debía interesarme, inició una perorata sobre las ventajas e inconvenientes de mi actual lugar de retiro. Lo hallé muy ponderado en sus opiniones, lo cual me infundió coraje para expresar el deseo, antes de marcharme, de hacerle una nueva visita al siguiente día. Era evidente que no le interesaba, en absoluto, el retorno del intruso. Iría, sin embargo. ¡Es asombroso cuán sociable me siento, comparado con él!

CAPITULO II

La tarde de ayer se inició con niebla y frío. Casi estuve tentado de pasarla junto al hogar, en mi despacho, en lugar de ir a chapotear barro a través de la landa, hasta Cumbres Borrascosas. Sin embargo, al levantarme de la mesa —almuerzo entre mediodía y la una, pues la guardiana, considerada como un objeto inseparable de la casa, no puede o no quiere comprender mi pedido de ser servido a las cinco— en momentos en que subía la escalera con esa idea de holganza, vi, al penetrar en el cuarto, a una joven criada arrodillada en el suelo, rodeada de escobas y baldes de carbón, que levantaba un polvo infernal sofocando las llamas bajo montones de cenizas. Ese espectáculo me hizo retroceder. Tomé mi sombrero, y luego de una caminata de cuatro millas,

llegué a la verja de Cumbres Borrascosas, con el tiempo justo para evitar los primeros y algodonosos copos de un torbellino de nieve.

Sobre esa yerma meseta, la tierra estaba endurecida por una oscura escarcha y el aire provocó un estremecimiento de todos mis miembros. No pudiendo sacar la cadena, pasé por encima de la cerca y recorriendo a la carrera la senda empedrada que flanqueaban bosquecillos de dispersos groselleros, golpeé inútilmente para entrar, hasta que mis doloridos dedos y los aullidos de los perros me hicieron cesar en mi intento.

"¡Malditos habitantes!" — dije para mi coleto. — "Una tan obstinada falta de hospitalidad merecería en pago que fuesen para siempre abandonados por sus semejantes. ¿Se me ocurriría a mí, acaso, atrincherarme en pleno día? Pero no le hace, ¡entraré!".

Adoptada esta resolución, empuñé el picaporte y lo sacudí con violencia. José, con bilioso rostro, pasó la cabeza por una lumbrera de la granja.

—¿Qué hace usted aquí? — gritó.— El amo bajó a ver las bestias. Dé la vuelta si quiere hablar con él.

—¿No hay nadie en el interior de la casa para abrirme la puerta? — inquirí, a guisa de respuesta.

—Nadie, salvo el ama. Y ella no le abrirá de ningún modo, aunque siga armando ese endemoniado estrépito hasta la noche.

—¿Por qué? ¿No puede decirle quién soy, José?

—¡Con toda seguridad que no! No quiero meterme en absoluto en este asunto —murmuró la cabeza, desapareciendo.

La nieve empezaba a espesarse. Aferré el picaporte para hacer una nueva tentativa, cuando apareció en el patio posterior un joven sin abrigo, con una horquilla apoyada en el hombro. Me dijo a gritos que lo siguiera y después de atravesar un lavadero y un espacio pavimentado en el que se encontraban un depósito de carbón, una bomba y un palomar, llegamos a la amplia, cálida y alegre habitación en que me recibieron la primera vez. El cuarto brillaba al alegre resplandor de un espléndido fuego compuesto de carbón, turba y leña. Junto a la mesa, tendida para una copiosa comida, vi complacido al "ama", persona cuya existencia nunca sospeché antes. Me incliné y aguardé, suponiendo que me invitaría a tomar asiento. La mujer me miró, recostada en su silla, permaneciendo muda e inmóvil.

—Detestable tiempo —hice notar. —Me temo, señora Heathcliff, que la puerta haya padecido las consecuencias del desatento servicio de sus criados. Trabajo me costó hacerme oir por ellos.

El ama seguía sin despegar los labios. Clavé mis ojos en los suyos y ella hizo otro tanto. Por lo menos, me dirigía una mirada fría e inexpresiva, muy difícil de soportar.

—Tome usted asiento —dijo el joven, rudamente.— Volverá de un momento a otro.

Obedecí y luego de toser ligeramente, llamé a la miserable Juno que se dignó, en esta segunda entrevista, mover la cola en señal de amistad.

—¡Un magnífico animal! —manifesté.— ¿Tiene usted la intención de deshacerse de sus cachorros, señora?

—No me pertenecen —repuso la amable dueña de casa, con mayor repugnancia aún que la que hubiese podido expresar el propio Heathcliff.

—¡Ah! ¿Se encuentran sus preferidos entre esos otros? —proseguí, volviéndome a un almohadón ubicado en la sombra, sobre el cual creí haber visto algunos gatos.

—¡Extraña preferencia! —replicó la señora, con irónica expresión.

Verdaderamente, no tenía suerte. ¡Era un montón de conejos muertos!

Tosí nuevamente, y aproximándome al fuego repetí mi observación sobre las inclemencias del tiempo.

—No debía usted haber salido — repuso la mujer, levantándose para tomar de sobre la chimenea dos de las cajas de te.

Hasta ese momento había permanecido fuera del área iluminada. A la sazón, distinguida completamente su cuerpo y su rostro. Era esbelta y, según todas las apariencias, no hacía mucho tiempo que había pasado la edad de la adolescencia: una silueta admirable y la figurita más exquisita que jamás tuve el placer de contemplar. Sus rasgos eran finos y de una gran belleza; unos rulos del color del lino, o mejor dicho, del oro, caían sobre su delicado cuello. En cuanto a los ojos, si hubiesen expresado dulzura en ese momento, habrían sido irresistibles. Por suerte para mi corazón tan fácil de conmover, el único sentimiento que ponían en evidencia oscilaba entre el desdén y una especie de desesperación inesperada. Las cajas de te se hallaban casi fuera del alcance de sus manos; hice un movimiento para acudir en su ayuda, pero ella se volvió

a mí como se habría vuelto un avaro que estuviese contando su oro, hacia quien le hubiese ofrecido su colaboración en esa tarea.

—No deseo su ayuda —dijo, con vehemencia.— Puedo tomarlas yo misma.

—¡Le pido mil perdones! —me apresuré a contestar.

—¿Lo invitaron a tomar el te? —preguntó, luego de atarse el delantal sobre su bonito vestido negro y balanceando sobre la tetera una cuchara llena de hojitas.

—Mucho me agradaría beber una taza —repuse.

—¿Lo invitaron? —repitió.

—No —dije. sonriendo a medias. —Usted es la persona indicada para hacerlo.

Dejó el te, la cuchara y todo. y volvió a sentarse, malhumorada, frunciendo el ceño y haciendo una mueca con sus rojos labios, como un niño a punto de soltar el llanto.

Mientras tanto, el joven se había echado sobre los hombros una chaqueta indiscutiblemente usada, y de pie frente a las llamas, hizo descender hasta mí una oblicua mirada que cualquiera hubiese tomado por el chispazo de un odio mortal y no saciado. Llegué a preguntarme si sería o no un criado. Su atuendo y su vocabulario eran tan groseros el uno como el otro y completamente desprovistos de esa superioridad que podía observarse en el señor y la señora Heathcliff. Su espesa cabellera morena estaba enmarañada y mal peinada; sus hirsutas patillas, parecidas a la piel del oso, invadían sus mejillas, y sus manos se hallaban curtidas como las de un vulgar labriego. Sin embargo, su porte era desembarazado, casi altanero y en nada demostraba la solicitud de un criado para con el ama de la casa. No poseyendo mayores pruebas sobre su condición, preferí abstenerme de toda observación sobre su extraña conducta. Cinco minutos más tarde, la entrada del señor Heathcliff me apartó, hasta cierto punto, de mi molesta posición.

—¡Ya lo ve usted, señor, he cumplido mi promesa! —exclamé, fingiendo cordialidad.— Y me temo que el tiempo me obligue a pedirle amparo durante media hora.

—¿Durante media hora? —repitió Heathcliff, sacudiendo sus ropas cubiertas de blancos copos.— Me extraña que haya usted elegido, para pasearse por el campo, el momento en que arrecia la nevada. ¿Sabe usted que corre el peligro de extraviarse en el pantano? Personas que conocen nuestras landas se han perdido a menudo en tardes como la de hoy, y

puedo decirle que no existe ninguna probabilidad de que el tiempo cambie por ahora.

—Acaso pueda encontrar entre sus criados un guía que se quedaría en Thrusheross Grange hasta mañana. ¿Es posible proporcionarme alguno?

—No, es imposible.

—¡Ah! ¿realmente? ¡Pues bien! tendré que contar únicamente, entonces, con mi propio olfato.

—¡Hum!

—¿Y el té? ¿Va usted a hacerlo, sí o no? —preguntó el individuo mal vestido, paseando su feroz mirada de mi persona a la de la joven señora.

—¿Debe "él" tomar te? — preguntó la mujer a Heathcliff.

—¿Quiere usted prepararlo? —fué la respuesta, tan brutalmente proferida, que me estremecí.

El tono con que fueron pronunciadas aquellas palabras revelaban una naturaleza mala en su esencia. Ya no me sentí inclinado en absoluto a admirar a Heathcliff. Cuando terminaron los preparativos, me invitó, diciendo:

—Ahora, señor, acerque su silla.

Y todos, incluso el joven patán, nos ubicamos en torno de la mesa, observando un severo silencio mientras ingeríamos nuestra comida.

Pensé que, si era yo la causa de aquella nube, tenía que hacer un esfuerzo para disiparla. No era posible que todos los días estuvieran así, sentados con ese aspecto tan taciturno y enfurruñado; no podía creer que fuese su actitud ordinaria, por malo que fuera su carácter, ese estado de violencia general en que los veía.

—Es asombroso comprobar —empecé a decir, después de haber bebido mi taza de te y mientras me servían otra,— hasta qué punto puede la costumbre modificar nuestros gustos y nuestras ideas. ¿Quién podría concebir una existencia dichosa en un exilio tan absoluto como el suyo, señor Heathcliff? No obstante, me atrevería a decir que rodeado de su familia y con su graciosa compañera, reinando el buen genio sobre su casa y su corazón...

—¡Con mi graciosa compañera! —interrumpió el señor Heathcliff, con un rictus casi diabólico en sus labios.— ¿Dónde está, mi graciosa compañera?

—Me refiero a mistress Heathcliff, su esposa.

—¡Ah! bueno... quiere usted decir que su espíritu se ha hecho cargo de las funciones de ángel guardián y vela por

los destinos de Cumbres Borrascosas, aun sin su cuerpo, ¿no es así?

Comprendiendo mi error, traté de corregirlo. Habría podido darme cuenta de que existía una diferencia de edades demasiado grande entre ellos, para que fuesen marido y mujer. Tenía el uno casi cuarenta años, época en que la madurez espiritual permite muy rara vez a los hombres alentar la ilusión de que el amor impulsa a las jóvenes a casarse con ellos. Ese sueño es como una mitigación del declinar de nuestra vida. La otra, parecía no tener aún diecisiete años.

Súbitamente, se hizo la luz en mi cerebro.

"El fantoche sentado a mi lado, que bebe té en su tazón y come su pan con sucias manos, debe ser su marido. Heathcliff hijo, naturalmente. He aquí las consecuencias de enterrarse vivo: ella se ha arrojado en los brazos de este patán, porque ignoraba completamente que existía algo mejor. Y es una lástima. Cuidémonos de que mi presencia no le haga deplorar su elección".

Esta última reflexión puede parecer fruto de la vanidad, pero no lo era. Mi vecino, evidentemente, provocaba casi repulsión y yo sabía, por experiencia, que mi físico no dejaba de ser bastante seductor.

—La señora Heathcliff es mi nuera —dijo Heathcliff, confirmando mi suposición.

Y mientras hablaba, echó en su dirección una mirada singular, una mirada de odio, a menos que los músculos de su fisonomía, gracias a un extraño juego y contrariamente a los de las demás personas, no interpretasen jamás el lenguaje de su alma.

—¡Ah! Ahora comprendo. Es usted el feliz poseedor del hada bienhechora —dije, volviéndome a mi vecino.

Esta observación fué más desastrosa aún. El joven se tornó escarlata y apretó los puños con una evidente mala intención. Pero pareció reaccionar de inmediato y ahogó la tormenta en una grosera imprecación, con la cual me gratificó en voz muy queda.

—No es usted feliz en sus conjeturas, señor — hizo notar mi huésped.— Ni uno ni otro tenemos el privilegio de poseer a su buena hada; su esposo ha fallecido. Dije que era mi nuera; por lo tanto, ha debido casarse con mi hijo.

—Y este joven es...

—Mi hijo, no, seguramente.

Heathcliff sonrió de nuevo, como si fuese una broma un poco fuerte atribuirle la paternidad de ese oso.

—Mi nombre es Hareton Earnshaw —refunfuñó el otro— y le aconsejo que lo respete.

—No me he mostrado irrespetuoso —repuse, riendo en mi interior por la dignidad con la cual se había presentado.

Clavó en mí su mirada durante un lapso de tiempo mayor que el que estaba dispuesto a aguantar, pues temía dejarme llevar por el genio y aplicarle una cachetada, o dar libre curso a mi hilaridad. Empezaba a sentirme muy poco cómodo en ese encantador círculo de familia. Me invadió la siniestra atmósfera que reinaba sobre los espíritus, combatiendo exitosamente el calor y el bienestar material que provenían de las cosas que me rodeaban. Resolví cuidarme muy mucho de aventurarme por tercera vez entre esas cuatro paredes.

Terminado ese laborioso yantar y como nadie profiriera una sola palabra de conversación cortés, me acerqué a una ventana para contemplar el estado del tiempo. Un afligente espectáculo se ofreció a mi vista; la negra noche avanzaba prematuramente y las montañas se confundían con el cielo en un mismo torbellino de viento y de nieve.

—No creo que me sea posible regresar ya a casa sin un guía —no pude dejar de decir.— Los caminos estarán cubiertos de nieve y si no lo están, apenas si podré ver a un pie de distancia.

—Hareton, lleva esa docena de carneros debajo del porche de la granja. Quedarán enterrados si permanecen en su dehesa toda la noche. Ponles una tabla por delante — dijo Heathcliff.

—¿Cómo me las arreglaré? —seguí diciendo, con creciente irritación.

Mi pregunta no obtuvo respuesta. Paseando una mirada a mi alrededor, vi únicamente a José que traía un balde lleno de bazofia para los perros y la señora Heathcliff que se divertía quemando un puñado de cerillas que habían caído de la chimenea mientras volvía a poner en su lugar la caja de te. El primero, luego de haber soltado su carga, efectuó una inspección crítica de la pieza y dijo, ahuecando la voz:

—Me pregunto cómo hace para quedarse holgazaneando junto al fuego, cuando todo el mundo está afuera. Pero no vale usted gran cosa y hablarle es perder el tiempo... Nunca cambiará sus malas maneras y se irá directamente al diablo, como le ocurrió ya a su madre antes que a usted.

Creí, por un instante, que toda esa elocuencia estaba dedicada a mi persona, y fuera de mí avancé un paso en dirección del viejo pillastre, con la santa intención de hacerle pasar la puerta a puntapiés. Pero la respuesta de la señora Heathcliff contuvo mis impulsos.

—¡Usted no es más que un viejo abominable e hipócrita! —dijo.— ¿No teme que se lo lleven, cada vez que habla del diablo? Cese de atormentarme, se lo pido encarecidamente, o pediré, como un favor especial, que se produzca ese acontecimiento. ¡Mire, José! —prosiguió, tomando de sobre un estante un gran libro de tapas negras. — Voy a mostrarle mis progresos en las ciencias mágicas. Pronto dejaré la casa limpia. La vaca tostada no murió por casualidad y sus reumatismos muy difícilmente pueden ser considerados dones del cielo.

—¡Oh! ¡qué mala criatura! — suspiró el viejo. — ¡Pueda el Señor librarnos del mal!

—¡No, maldito! ¡Usted está para siempre estigmatizado! Váyase, o verdaderamente le haré mal. Voy a modelarlos a todos con cera y arcilla, y aquel que pase del límite que he de fijar, verá... no diré lo que será de él... pero ya lo verán. ¡Váyase, que lo vigilo!

La pequeña bruja hizo pasar un destello de burlona malignidad por sus hermosos ojos y José, temblando sinceramente de horror, se apresuró a desaparecer, repitiendo entre sus oraciones:

—¡Oh! ¡qué mala criatura!

Me dije que la ocurrencia de la joven señora no era más que una broma un poco macabra y como nos encontrábamos solos, traté de interesarla en mi infortunio.

—Perdóneme que la moleste, señora Heathcliff — dije, con apremiante acento.— Si me atrevo a hacerlo, es porque un rostro tal como el suyo es seguramente el espejo de un buen corazón. Le ruego que me proporcione algunas indicaciones que me permitan hallar el camino que conduce a mi casa. No se me ocurren más ideas para llegar a ella, que las que podrían ocurrírsele a usted para ir a Londres.

—Tome el camino por el cual vino —repuso la joven, arrinconándose en una silla, con el gran libro abierto sobre sus rodillas, junto a una vela. — Esta indicación, es breve, pero es la más segura que puedo darle.

—Y si se entera de que me han encontrado muerto en un pantano, o en un agujero lleno de nieve, ¿no le murmurará su conciencia que ha sido un poco por culpa suya?

—¿Por qué? Yo no puedo acompañarlo, pues no me dejarían ir hasta el muro del jardín.

—¿Acompañarme usted? En modo alguno le pediría que saliese en semejante noche con el único objeto de servirme —exclamé. —Desearía que me *indicase* el camino, y no que me lo *mostrase*. Más aún, pida al señor Heathcliff que me proporcione un guía.

—¿Quién? Estamos él, Earnshaw, Zillah, José y yo. ¿Cuál podría obtener?

—¿No hay mozos en la granja?

—No.

—En esas condiciones, me veo obligado a permanecer aquí.

—Para eso hable usted con su huésped. Nada tengo que ver en ello.

—Supongo que esto le servirá de lección y que no intentará nuevas y semejantes excursiones por estas montañas —dijo la recia voz de Heathcliff, de pie bajo el dintel de la puerta del salón. — En cuanto a eso de permanecer aquí, le advierto que no tengo cuarto de huéspedes y si se resuelve a quedarse, tendrá que compartir la cama de Hareton o la de José.

—Puedo dormir en una silla, en esta habitación —repuse.

—No, no. ¡Un forastero es siempre un forastero, sea rico o pobre, y no permitiré que nadie ande rondando por mi casa, lejos de mi vigilancia! —dijo el grosero individuo.

Ese insulto terminó con mi paciencia. Murmuré una expresión de indignación y me precipité al patio, sin ocuparme más de él y tropezando con Earnshaw en mi prisa. Reinaba tal oscuridad, que no pude hallar salida alguna y mientras vagaba en círculo, sorprendí una nueva muestra de su mutua cortesía. Al principio, el joven pareció abogar en mi favor.

—Iré con él hasta el parque —dijo.

—¡Te irás con él hasta el infierno! —exclamó aquel del cual no sabía si era su amo o su pariente. — ¿Quién se ocupará de los caballos entretanto?

—La vida de un hombre tiene importancia bastante como para pasar por alto a los caballos una noche. Es preciso que alguien vaya —murmuró la señora Heathcliff, con mayor bondad de la que hubiese esperado de ella.

—No estoy a sus órdenes —declaró Hareton.— Si se interesa usted en él, sería preferible que se callase la boca.

—¡Pues bien! Aliento la esperanza de que su fantasma lo persiga y de que el señor Heathcliff no encuentre jamás otro

inquilino, hasta que Thrushcross Grange no sea sino una ruina —repuso la joven señora con vehemencia.

—¡Escúchela! ¡Escúchela!... Los está maldiciendo —murmuró José, hacia el cual me había dirigido.

Estaba sentado, ordeñando las vacas a la luz de una linterna y al alcance de las voces. Me apoderé de la misma sin ninguna ceremonia y gritándole que se la devolvería al día siguiente, me precipité a la salida más próxima.

—¡Amo!... ¡Amo!... ¡que se roba la linterna! —aulló el viejo, corriendo detrás de mí.— ¡Síguelo, Gnasher! ¡Síguelo, perrito! ¡Agárralo, Wolf, agárralo!

En momentos en que habría el postigo, dos monstruos peludos se abalanzaron a mi garganta y me derribaron al suelo, apagándose la luz. Al mismo tiempo las carcajadas reunidas de Heathcliff y de Hareton llevaban mi rabia y mi humillación al colmo. Por suerte, las bestias evidenciaban el deseo de estirar sus garras, de bostezar y de agitar triunfalmente la cola, más que de comerme vivo; pero se oponían a toda tentativa de resurrección y me vi obligado a seguir acostado hasta que plugo a sus diablos de amos librarme de aquella situación. En cabeza y temblando de ira, ordené entonces a esos bribones que me dejaran salir, pues no respondía de mí si me detenían un solo minuto más; todo esto, acompañado de un incoherente raudal de vengativas amenazas que, en su confusa violencia, recordaban al rey Lear.

Ese violento arrebato provocó en mí una abundante hemorragia nasal, mientras Heathcliff seguía riendo y mi cólera aumentaba sin cesar. No sé en qué habría terminado la escena si no hubiese estado muy cerca de allí un personaje algo más razonable que yo y un poco más caritativo que mi huésped. Era Zillah, el ama de llaves, mujer de recia constitución física, que salió para enterarse de la causa de aquel estrépito. Supuso que alguno de los dos hombres me había golpeado. No atreviéndose a despotricar contra su amo, descargó sus rayos en el joven bribón.

—¡Señor Earnshaw! —gritó.— ¡Me pregunto hasta dónde llegará usted dentro de poco! ¿Asesinaremos, ahora, a la gente en el umbral de nuestra propia puerta? Creo que esta casa nunca me convendrá.. ¡Miren a ese pobre muchacho! Se está ahogando, casi. Vamos, vamos, no es posible seguir así. Entre, que voy a curarlo. Quédese tranquilo ahora.

Mientras pronunciaba estas palabras, me roció súbitamente con una pinta de agua helada, que resbaló a lo largo de mi

cuello, y me empujó al interior de la cocina. El señor Heathcliff nos siguió; su habitual malhumor reemplazó muy pronto a su acceso de hilaridad.

Yo no podía más, estaba aturdido y la debilidad trastornaba mi mente. Tuve que aceptar forzosamente un alojamiento debajo de ese techo. Heathcliff ordenó a Zillah que me trajese un vaso de coñac y se dirigió a la habitación del fondo. Mientras deploraba conmigo mi triste situación, la mujer ejecutó esa orden, gracias a la cual me sentí un tanto reanimado. Luego, me acompañó hasta mi cama.

CAPITULO III

Mientras me conducía arriba, me recomendó que tapase la bujía y no hiciese ningún ruido, porque su amo tenía curiosos sentimientos acerca de la habitación en la cual me haría entrar y no alojaba en ella de buen grado a la gente. Le pregunté la razón de esa actitud y me contestó que la ignoraba. Vivía allí desde hacía uno o dos años, solamente, y eran tantas las extrañas costumbres de la casa, que no había de ser ahora que iba a empezar a demostrar curiosidad.

Yo mismo estaba demasiado deprimido para experimentarla; cerré la puerta y busqué la cama con la mirada. Todo el mobiliario consistía en una silla, un armario y una gran caja de roble con unos cuadrados recortados en la parte superior, como ventanillas de carruaje. Acercándome a ese monumento, miré al interior del mismo y vi que era un lecho singular, muy antiguo, concebido muy a propósito para dispensar a los miembros de una familia de poseer una alcoba propia. En realidad, aquello formaba un pequeño gabinete, el cual encerraba una ventana cuyo reborde servía de mesita.

Corrí uno de los paneles laterales, entré con mi luz, los empujé nuevamente y me sentí protegido contra la vigilancia de Heathcliff o de cualquier otra persona.

La mesita sobre la cual dejé la bujía soportaba algunos libros completamente deteriorados por los gusanos, amontonados en un rincón, y estaba cubierta de inscripciones hechas con la uña en la pintura. Esas inscripciones, empero, no formaban otra cosa que un nombre repetido en todos los caracteres posibles, grandes y pequeños. Aquí, *Catalina Earnshaw*, trocado allá en *Catalina Heathcliff*, y más lejos en *Catalina Linton*.

Dejándome llevar por mi embotamiento, apoyé mi cabeza

contra la ventana y seguí deletreando Catalina Earnshaw... Heathcliff... Linton, hasta que mis ojos se cerraron. Pero no habían gozado ni de cinco minutos de reposo, cuando atravesaron la oscuridad, fulgurantes como espíritus, unos como cohetes de letras blancas...

El aire hormigueaba de Catalinas. Incorporándome en el lecho para alejar esa obsesión, vi la mecha de mi bujía inclinada sobre uno de los viejos libracos, en tanto que empezaba a hacerse sentir un olor de cuero chamuscado. Despabilé la vela y muy incómodo, bajo una impresión de frío y de náuseas, me senté y abrí sobre mis rodillas el libro dañado. Era una Biblia que olía espantosamente a moho. Una de sus primeras páginas tenía la siguiente inscripción: "Catalina Earnshaw, su libro", y una fecha que databa, más o menos, de un cuarto de siglo. Lo cerré y tomé otro, y otro luego, hasta que los hube examinado todos. La biblioteca de Catalina era escogida y su estado lamentable probaba que había sido utilizada con frecuencia, aunque no del todo para su apropiada finalidad. Sólo un capítulo se había salvado de las notas trazadas a pluma, o por lo menos esbozadas, que cubrían hasta el más ínfimo de los espacios en blanco dejado por el impresor. Algunas de esas notas eran frases sueltas, otras adoptaban la forma de un diario seguido, garabateado por la mano poco hábil de una criatura. En la parte superior de una página virgen de impresión —una verdadera ganga, probablemente, para la que la descubrió—contemplé, regocijado, una excelente caricatura de mi amigo José, grosera, aunque, sin embargo, extremadamente bien bosquejada. Nació en mí un espontáneo interés por la desconocida Catalina y empecé a descifrar de inmediato esos jeroglíficos semiborrados por la acción del tiempo.

El párrafo empezaba así:

"¡Qué domingo terrible! Mucho me agradaría que volviese mi padre. Hindley es un detestable reemplazante... su conducta con Heathcliff es atroz.. H. y yo vamos a rebelarnos. Nos hemos preparado para ello esta tarde.

"Durante todo el día ha llovido torrencialmente. No pudimos concurrir a la iglesia, lo cual incitó a José a instituir el servicio en el granero. Y mientras Hindley y su mujer se quedaban tranquilamente abajo, junto a un hermoso fuego, haciendo cualquier otra cosa menos leer su Biblia, lo juraría, nos ordenaron a Heathcliff y a mí, así como al desdichado mozo de cuadra, que tomáramos nuestros libros de preces y

subiésemos. Tuvimos que ponernos en fila sobre sacos de grano, ceñudos y tiritando, pero con la esperanza de que José, al tiritar también, hallaría conveniente dirigirnos un breve sermón. ¡Vana esperanza! El servicio duró, exactamente, tres horas, lo cual no obstó para que mi hermano tuviera la poca vergüenza de exclamar, cuando bajamos: "¡Cómo! ¿ya se terminó?" Antaño nos permitían jugar los domingos por la tarde, siempre y cuando no armáramos mucha bulla. ¡Ahora, un simple grito basta para que nos envíen a un rincón!

"—Olvidan ustedes que tienen un amo, aquí —dijo el tirano.— ¡Destrozaré al primero que me haga encolerizar! Exijo calma absoluta y silencio. ¡Ah! pillastre, ¿conque eras tú? Frances, querida mía, tírale un poco de los cabellos, pues he oído que hacía 'castañetear' sus dedos". Frances obedeció de buen grado y luego fué a sentarse sobre las rodillas de su marido. Y en esa actitud permanecieron, como dos niños, besándose y diciéndose tonterías durante todo el tiempo... prodigándose unos mimos estúpidos que a nosotros nos habrían avergonzado. Nos apretamos todo lo que pudimos en el nicho del aparador. Acababa apenas de atar nuestros delantales y de colgarlos, para hacer con ellos una cortina, cuando entró José, de regreso de una inspección por las cuadras. Arrancó el fruto de mi trabajo, me aplicó una cachetada y empezó a graznar:

"—¡El amo apenas si ha sido enterrado, aún no ha terminado el día del Sabbat, el evangelio resuena aún en sus oídos, y se atreven a arrastrarse por el suelo!... ¡Qué vergüenza! ¡Siéntense, chiquillos malvados! Hay suficientes libros piadosos, si quieren leer. ¡Siéntense y piensen en sus almas!"

"Luego de pronunciadas estas palabras, nos obligó a incorporarnos, a fin de que un débil resplandor proveniente del hogar alumbrara el texto de los viejos libros que nos hizo tomar a la fuerza. No pude soportar ese pasatiempo. Tomé mi grasiento libro y lo arrojé en la cuchа del perro, declarando que detestaba los libros piadosos. Heathcliff envió el suyo en la misma dirección, de un puntapié. ¡Qué escándalo provocó aquello!

"—¡Señor Hindley! — gritó nuestro capellán. — ¡Venga, señor Hindley! La señorita Cata ha desgarrado el lomo del *Casco de la Salvación*... y Heathcliff tuvo un acceso de rabia contra *La Vía de la Perdición*. ¡Qué lástima que los deje usted seguir por ese hermoso camino! ¡Ah!, el viejo los habría arreglado... ¡Pero ya no está aquí!"

"Hindley abandonó rápidamente su paraíso terrenal y tomándonos por el cuello del vestido y por el brazo, respectivamente, nos empujó violentamente en el cuartito situado detrás de la cocina donde, José lo afirmó el diablo vendría a hacerse cargo de nosotros, tan seguro como que existíamos. De ese modo reconfortados, buscamos ambos un rincón separado, para esperar su llegada. Encontré este libro sobre un estante, así como un tintero; entorné la puerta para recibir un poco de luz y me distraje escribiendo durante veinte minutos. Pero mi compañero se impacienta y propone que tomemos el manto de la lechera, para huír a la landa, sin ser vistos. ¡Qué idea divertida! .. Si el viejo malo vuelve, creerá que su profecía se ha cumplido. Aun bajo la lluvia no podremos estar más expuestos a la humedad y al frío de lo que aquí estamos."

Supongo que Catalina puso su proyecto en práctica, porque la frase siguiente empezaba con un tema nuevo y la chica se ponía a lloriquear.

"¡Nunca hubiese creído que Hindley pudiese hacerme llorar tanto!" — escribía Catalina. — "Me duele de 'al modo la cabeza, que no puedo apoyarla en la almohada. Pero, sin embargo, es imposible que capitule. ¡Pobre Heathcliff! Hindley lo trata de vagabundo, no quiere ya que se siente a nuestro lado y ni siquiera permite que comparta nuestras comidas. Dice que no debemos volver a jugar juntos y amenaza con expulsarlo de la casa si no lo obedecemos. Vituperó a nuestro padre — ¿cómo se atrevió a hacerlo — por haber tratado demasiado bien a H. y jura que lo pondrá en el lugar que le corresponde."

Con la cabeza inclinada sobre la página poco legible, empezaba a adormecerme; mi mirada vagó de las líneas manuscritas a los caracteres impresos. Vi un título en rojo y ornamentado: "Setenta veces Siete y el Primero de la setenta y una. Disertación piadosa pronunciada por el Reverendo Jabes Branderham en la capilla de Gimmerton Sough." Y mientras, en una semiinconsciencia, me preguntaba cómo saldría adelante con su tema Jabes Branderham, volví a caer sobre mi lecho y me dormí. ¡Ay! ¡Qué pésimos efectos tienen un mal té y un mal humor! Porque, ¿qué otra cosa pudo haberme hecho pasar una noche tan terrible? Ninguna, en mis recuerdos, puede compararse a ésta, desde que tengo edad suficiente para conocer mis sensaciones.

Empecé a soñar, casi antes de haber perdido la noción del lugar en que me encontraba. Creía que era la mañana y que

volvía a mi casa con José en calidad de guía. La nieve, en el camino que seguíamos, tenía un espesor de varios metros, y mientras avanzábamos con gran esfuerzo, mi acompañante me abrumaba a reproches por no haber tomado mi bastón de peregrino. Pretendía que jamás podría llegar a mi casa sin poseer uno y agitaba orgullosamente un garrote de voluminosa cabeza que era, según comprendí, el objeto en cuestión. Al principio, parecióme absurdo que tuviese necesidad de semejante arma para penetrar en mi propio domicilio. De pronto, una nueva idea cruzó por mi mente. Yo no iba allí. Nos dirigíamos a escuchar al famoso Jabes Branderham, que predicaría sobre el texto "Setenta veces siete". Y, fuése José, el predicador o yo, no lo sé, uno de los tres había pecado según "el Primero de la setenta y una" y debía ser denunciado públicamente y excomulgado luego.

Llegamos a la capilla. Realmente había pasado frente a ella dos o tres veces en el transcurso de mis paseos. Está situada en un hueco, entre dos colinas; no muy lejos de la misma se encuentra un pantano cuyas infiltraciones cenagosas se encargan, según se dice, de embalsamar los cuerpos allí depositados. La techumbre se ha conservado intacta hasta el presente, pero como los emolumentos de pastor comportan únicamente veinte libras anuales y una casa de dos piezas que amenazan no formar más que una, dentro de poco, ningún pastor tiene mayor interés en residir allí. Tanto más cuanto que se susurra que sus feligreses lo dejarían morir de hambre antes que añadir a sus rentas un solo penique de sus bolsillos.

Sin embargo, en mi sueño, Jabes tenía una concurrencia numerosa y atenta y predicaba... ¡qué sermón, Dios mío! dividido en *cuatrocientas noventa partes*, tan extensa cada una de ellas como una alocución ordinaria de las que se hacen en el púlpito y aplicable a un pecado separado... ¿De dónde las sacaba? No sabría decirlo. Interpretaba el texto de una manera especial y parecía inevitable que la criatura pecara de distintos modos en cada ocasión. Esos pecados tenían todos un extraño carácter; eran unas muy singulares transgresiones de los mandamientos y tales como nunca me las había imaginado.

¡Oh! ¡qué cansancio me invadía! ¡Cómo me movía entre bostezos, modorras y súbitos despertares! Recurría a los pellizcos, a los pinchazos, me restregaba los ojos y levantándome y volviéndome a sentar, tocaba el codo de José, para que me

dijera si el pastor terminaría algún día con su sermón. Estaba condenado a escucharlo de un extremo al otro. Finalmente, llegó al *Primero de la setenta y una.* En ese crítico instante, una inspiración surgió en mí: me sentí impulsado a denunciar a Jabes Branderham como autor del pecado que ningún cristiano está obligado a perdonar.

"—Señor — exclamé; — sentado entre estas cuatro paredes, soporté de un tirón, perdonándolas, las cuatrocientas noventa partes de su sermón. Setenta veces siete veces, tomé mi sombrero y estuve a punto de marcharme. Setenta veces siete veces me obligó usted a volver a mi asiento. La cuatrocientos noventa y una está de más. ¡Hermanos mártires, a él! Arrójenlo al suelo y redúzcanlo a polvo, a fin de que el lugar donde se encuentra no lo conozca más."

"¡*Tú eres el hombre!* — gritó Jabes, luego de una solemne pausa, inclinándose por encima de su almohadón. — Setenta veces siete veces, tu rostro se torció en un bostezo... setenta veces siete veces, deliberé conmigo mismo. ¡Bah!, eso no es sino humana debilidad y también puede ser perdonado. Pero tú has cometido el Primero de la Setenta y una. Hermanos míos, aplíquenle la sentencia que está escrita. Semejante honor pertenece a todas las verdaderas criaturas de Dios."

Pronunciada que fué esta última palabra, los feligreses, blandiendo sus bastones de peregrinos, se precipitaron en masa sobre mi persona. Y yo, que no tenía garrote para protegerme, me trabé en lucha con José, mi más próximo y más feroz atacante, para apoderarme del suyo. En el desorden de esa multitud, varios bastones se cruzaron y golpes a mí dirigidos cayeron sobre otras cabezas. Muy pronto la capilla entera resonó bajo los ataques y los contraataques. No se veían más que manos levantadas y golpeando. Branderham, que no quería permanecer ocioso, manifestaba su celo con una granizada de sonoras palmadas en el borde del púlpito. Y esas palmadas resonaban tan furiosamente que al fin, con indecible alivio personal, me despertaron. ¿Qué era lo que provocó ese terrible estrépito? ¿Qué había desempeñado el papel de Jabes en la batalla? Sencillamente una rama de pino que impulsada por el ventarrón, golpeaba contra los cristales con sus secas piñas. Sumido en la incertidumbre, escuché un instante. Cuando me hube dado cuenta del origen del ruido, me volví en la cama, me dormí y tuve un nuevo sueño más desagradable aún, si ello es posible.

Esta vez, me acordaba que estaba acostado en el interior

del gabinete de roble y oía claramente soplar el viento en ráfagas, y caer recia mente la nieve. Oía también a la rama de pino, que repetía su irritante ruido, atribuyendo este último a su verdadera causa. Pero me molestaba terriblemente y decidí hacerlo cesar, si era capaz de ello. Creo que me levanté y traté de abrir la ventana. El pestillo estaba soldado al gancho, particularidad que había notado estando despierto, pero que olvidé. "¡Es absolutamente preciso que esto termine!" — murmuré. Pasando mi puño a través del cristal, extendí el brazo para alcanzar la odiosa rama. Pero, en lugar de eso, mis dedos se cerraron sobre los dedos de una manecita helada... Me oprimió el espantoso horror de la pesadilla; traté de retirar mi brazo, pero la mano se aferraba a él, mientras gemía una desgarradora voz: "¡Déjeme entrar!... ¡Déjeme entrar!". . — "¿Quién es usted?" — pregunté, mientras luchaba para liberar mi brazo. — "Catalina Linton" — contestó la voz, dando diente con diente — ¿por qué pensé en *Linton*, nombre que leí una vez por cada veinte *Earnshaw*? — "Regreso a la casa; me extravié en la landa". Mientras hablaba, distinguía oscuramente un rostro infantil que miraba a través de la ventana. El terror me tornó inhumano y viendo la inutilidad de mis esfuerzos para librarme de esa criatura, atraje su muñeca contra el cristal quebrado y lo restregué en todos los sentidos, hasta que la sangre inundó las sábanas. Mientras tanto, ella gemía: "¡Déjeme entrar!", sin aflojar ese apretón tenaz que casi me enloquecía de miedo. "¿Cómo podría hacerlo?" — dije, al fin. — "¡Suélteme si quiere que la deje entrar!" Los dedos cedieron, liberé rápidamente los míos, me apresuré a colocar frente a la abertura una pirámide de libros y me tapé los oídos para alejar la dolorosa súplica. Creo haber permanecido en esa actitud más de un cuarto de hora; a pesar de eso, cuando nuevamente agucé el oído, la quejumbrosa voz seguía lamentándose. "¡Váyase! — grité. — No la dejaría entrar aunque se pasase veinte años suplicando." —"¡Hace veinte años! — gimió la voz. — Veinte años ... ¡Desde hace veinte años soy algo que arrastra la tempestad!" En ese momento, se oyó desde el exterior un ligero frotamiento y la pila de libros se movió como si hubiese sido empujada por detrás. Traté de levantarme, pero no pude mover un solo miembro. Entonces, presa del terror, lan un alarido.

Con gran confusión de parte mía, descubrí que mi grito era real. Rápidos pasos se aproximaron a la puerta de mi habi-

tación, alguien la abrió con vigorosa mano y apareció una luz en los cuadrados recortados en la parte superior del lecho. Me senté, estremeciéndome aún y enjugando la transpiración de mi frente. El intruso parecía titubear y murmuró algo. Finalmente dijo, en un semi-cuchicheo que, a todas luces, no aguardaba respuesta. "¿Hay alguién aquí?" Consideré preferible delatar mi presencia, porque reconocí la voz de Heathcliff y temía que llevase su búsqueda más a fondo si permanecía callado. Adoptada esta actitud, me volví del lado en el cual se encontraba el dueño de casa e hice deslizar los paneles. En mucho tiempo no olvidaré el efecto que produjo ese gesto.

Heathcliff estaba de pie junto a la puerta, en mangas de camisa y pantalón. El sebo de la bujía corría sobre sus dedos, y su cara era tan blanca como la pared que se encontraba detrás suyo. El primer crujido del panel de madera lo hizo estremecerse como bajo una descarga eléctrica. La luz que tenía entre las manos saltó un pie en el aire y su agitación era tal, que muy difícilmente pudo impedir que la palmatoria cayese al suelo.

—No es más que su visitante, señor — exclamé rápidamente, deseoso de evitarle la humillación de una pusilanimidad demasiado evidente. — Tuve la desgracia de lanzar un grito en mi sueño, a causa de una terrible pesadilla. Mucho lamento haberlo molestado.

—¡Oh! ¡Que Dios lo confunda, señor Lockwood! Desearía verlo en el... — empezó a decir mi huésped, posando el candelero sobre una silla, porque era incapaz de mantenerlo derecho. — ¿Quién lo introdujo en esta habitación? — prosiguió, clavándose las uñas en las palmas de sus manos y rechinando los dientes para dominar el temblor de su mandíbula. — ¡Dígame quién ha sido! ¡Buenas ganas tengo de expulsar al punto de la casa, a ese individuo!

—Fué su criada Zillah — repuse, saltando de la cama y tomando rápidamente mis ropas. — Puede usted hacerlo, señor Heathcliff, que a mí me da lo mismo, pues se lo merece. Supongo que quiso probar una vez más, a mis expensas, que esta pieza estaba encantada. ¡Pues bien!, lo está... ¡Se encuentra llena de fantasmas y de genios malignos! Le aseguro que tiene usted razón al dejarla cerrada. ¿Quién podría agradecerle la apertura de semejante guarida?

—¿Qué quiere usted decir con eso? — inquirió Heathcliff. — ¿Y qué hace usted? Acuéstese nuevamente y termine aquí

la noche, ya que se encuentra en la casa. ¡Pero, por el amor de Dios, no vuelva a empezar con ese espantoso estrépito! ¡Nada podría excusarlo, a menos que estuviesen cortándole la garganta!

—¡Si la pequeña diablesa hubiese podido entrar por la ventana, probablemente me habría estrangulado! — repuse. — No quiero seguir exponiéndome a las persecuciones de sus tan hospitalarios antepasados. ¿No era el reverendo Jabes Branderham pariente suyo por línea materna? Y esa cotorra de Catalina Linton, o Earnshaw, o de cualquier otro apellido. . ¡debía ser una linda veleta!... ¡Qué alma más malvada! Me dijo que recorría la tierra desde hace veinte años. ¡Justo castigo, no lo dudo, por los pecados que debió cometer en vida!

Apenas hube pronunciado estas palabras, recordé la asociación de los nombres de Heathcliff y de Catalina, en el libro; aquello se había alejado por completo de mi mente desde que desperté. Me avergoncé de mi atolondramiento, pero sin demostrar mayormente que me daba cuenta de la ofensa inferida, me apresuré a añadir:

—La verdad es, señor, que pasé la primera parte de la noche...

Volví a callar. Iba a decir "examinando esos viejos volúmenes", lo que habría revelado mi conocimiento de su contenido, tanto escrito como impreso. De modo que proseguí, corrigiéndome:

—...deletreando el nombre trazado sobre el reborde de esta ventana. Ocupación monótona, destinada a llamar el sueño, como contar o...

—¿Qué quiere usted decir realmente, hablándome de esa manera, a *mí*? — gritó Heathcliff, con salvaje vehemencia. — ¿Cómo... cómo se atreve usted a hacerlo, bajo mi propio techo? ¡Dios de Dios! ¡Debe estar loco para hablar de esa manera!

Y se golpeó la frente, con rabia.

Yo no sabía si era menester reaccionar ante tales palabras o proseguir mi explicación; pero parecía estar tan profundamente conmovido, que me dió lástima y seguí relatando mi sueño. Declaré que hasta ese momento, nunca había oído pronunciar el nombre de Catalina Linton, pero que a fuerza de leerlo, la impresión visual se corporizó, cuando ya no controlé mi imaginación. Mientras yo hablaba, Heathcliff se fué hundiendo paulatinamente al amparo del lecho y finalmente se

sentó detrás del mismo, casi escondido. Por su entrecortada e irregular respiración comprendí que luchaba para vencer una emoción violenta. Poco deseoso de demostrarle que advertía la lucha que se libraba en él, seguí vistiéndome bastante ruidosamente, consulté mi reloj y monologué sobre lo largas que eran las noches.

—¡Todavía no son las tres! Hubiese jurado que eran ya las seis. El tiempo no marcha, aquí. ¡Es casi seguro que nos hemos acostado a las ocho!

—Siempre a las nueve, en invierno, y de pie a las cuatro — dijo mi huésped con un ahogado gemido y, según presumí por la sombra de su brazo, enjugando una lágrima de sus ojos. — Señor Lockwood — prosiguió, — puede usted ir a mi habitación. No haría sino molestar, descendiendo tan temprano, y sus absurdas vociferaciones han mandado al diablo a mi sueño.

—Y al mío también — repuse. — Me pasearé por el patio hasta que despunte el día; luego me marcharé y no tendrá usted que temer ninguna nueva intrusión de parte mía. Me he curado ya por completo de mi manía de buscar distracciones en la sociedad de los demás, sea en la ciudad o en el campo. El hombre sensato debe hallar en sí mismo suficiente compañía.

—¡Deliciosa compañía! — murmuró Heathcliff. — Tome la bujía y váyase donde se le ocurra. Me reuniré con usted. Sin embargo, no se aventure en el patio, porque los perros no están atados... En cuanto al salón, Juno monta allí la guardia y... no, no... Sólo puede pasearse por las escaleras y los pasillos. Pero, ¡váyase de una vez! ¡Lo alcanzaré dentro de dos minutos!

Obedecí, al menos para alejarme de la habitación; pero, no sabiendo adónde conducían los estrechos pasillos, permanecí inmóvil, sorprendiendo involuntariamente una escena de superstición que se oponía curiosamente a la actitud sensata, habitual en mi propietario. Subió a la cama, abrió de un tirón la ventana y estalló en una apasionada crisis de llanto: "¡Entra, entra! — decía, sollozando. — ¡Ven, Cata! ¡Oh! ven... ¡una vez más aún! ¡Oh! amor de mi corazón... ¡Escúchame esta vez, Catalina!" El espectro se mostró tan caprichoso como sus semejantes y no dió señales de vida. La nieve y el viento, en cambio, penetraron en torbellinos, llegando hasta mí y apagando la luz.

Había tanta angustia en el estallido de dolor que acom-

pañaba a esa extravagancia, que su demencia me dió lástima y me fuí, lamentando casi haber escuchado y deplorando el relato de mi ridícula pesadilla, ahora que veía, sin comprender del todo la causa, la desesperación que la misma había provocado.

Bajé con grandes precauciones y llegué a la parte posterior de la cocina, donde algunos restos de fuego me permitieron encender nuevamente mi bujía.

Nada se movía, salvo un gato de manchada pelambre gris, que salió arrastrándose de entre las cenizas y me saludó con un quejumbroso maullido.

Dos bancos, de encorvada forma, rodeaban casi el hogar; me acosté sobre uno de ellos y Raminagrobis ocupó el otro.

Empezábamos a adormecernos ambos sin que nadie hubiese invadido nuestro retiro, cuando apareció José, arrastrando la pierna, sobre una escalera de madera que se perdía en el techo por una trampa que, supongo, era la entrada de su buhardilla. Echó una siniestra mirada a la llamita que había conseguido hacer nacer de entre los tizones, barrió al gato del lugar en que se agazapó e instalándose en su sitio, empezó a cargar de tabaco una pipa de tres pulgadas. Mi presencia en su santuario era evidentemente juzgada como una impudicia demasiado desvergonzada para ser objeto de críticas. Llevó silenciosamente la boquilla a sus labios, cruzó los brazos y aspiró el humo. Lo dejé gozar de su placer sin molestarlo y después de haber soltado su última bocanada y exhalado un profundo suspiro, se marchó tan solemnemente como había venido.

Luego se oyó un ágil paso; abrí la boca para desear un buen día, pero volví a cerrarla sin terminar mi saludo, porque Hareton Earnshaw decía sus preces *sotto voce*. Era un rosario de maldiciones vomitadas contra cada objeto que tocaba, mientras hurgaba en un rincón en busca de una pala para practicar un camino a través de la nieve.

Echó una mirada por encima del respaldo del banco, frunciendo las ventanas de la nariz y pensando tan poco en cambiar cortesías conmigo, como con mi compañero, el gato. Adiviné, contemplando sus preparativos, que era permitido salir. Incorporándome en mi duro lecho, hice un movimiento para seguirlo. Earnshaw lo notó y golpeó una puerta con el extremo de su azadón, dándome a entender que era por allí que debía pasar, si cambiaba de lugar.

Esa puerta daba al salón, en el cual ya trajinaban las mujeres. Mientras Zillah provocaba en la chimenea ardientes llamitas mediante un enorme fuelle, la señora Heathcliff, arrodillada frente al hogar, leía un libro al resplandor del fuego. Tenía su mano como una pantalla, para preservar sus ojos del excesivo calor. Absorta en su ocupación, sólo se interrumpía para reprochar a la sirvienta por el hecho de que la cubría de chispas, o para rechazar a un perro que, de vez en cuando, resoplaba con demasiado afán contra su cara. Me sorprendió ver también a Heathcliff allí. Se hallaba junto al fuego y me daba la espalda. Terminaba de soltar una tempestuosa andanada contra la pobre Zillah, que abandonaba a cada instante su trabajo para alzar una de las puntas de su delantal y exhalar un indignado gemido.

—Y usted, usted, despreciable... — gritaba a su nuera, añadiendo un epíteto tan inocente como pato o carnero, aunque reemplazándolo generalmente por puntos suspensivos, — ¡ya está nuevamente embebida en sus malignas pataratas! Los demás se ganan su pan... usted, ¡vive de mi caridad! Deje de lado toda esa hojarasca y busque algo para hacer. Es una verdadera plaga tenerla eternamente bajo los ojos. Me tendrá que pagar, ¿me oye usted, maldita bribona?

—Pondré esta hojarasca de lado porque puede usted obligarme a hacerlo, si me niego — repuso la joven señora, cerrando su libro y arrojándolo sobre una silla. — ¡Pero, aunque tuviese usted que perder la lengua jurando, no haré nada, a menos que me agrade hacerlo!

Heathcliff levantó la mano y la mujer que oraba, conociendo indudablemente su peso, se refugió a respetuosa distancia. Poco deseoso de asistir a una lucha entre perro y gato, me adelanté rápidamente, como si experimentase impaciencia por compartir el calor del hogar y lo ignorase todo de la interrumpida disputa. Ambos tuvieron bastante dignidad para suspender las hostilidades. Heathcliff se metió los puños en los bolsillos, al abrigo de tentaciones; la señora Heathcliff apretó los labios y se dirigió a una silla alejada donde, cumpliendo con su palabra, imitó a una estatua durante el resto de mi visita. Aquello no duró mucho tiempo. Me negué a participar del desayuno y con los primeros resplandores del día, aproveché una ocasión para precipitarme afuera, en medio de un aire libre y claro, tranquilo y helado, que se asemejaba a un hielo impalpable.

Mi propietario, a gritos, me pidió que me detuviera antes de que hubiese llegado al fondo del jardín, y se ofreció para acompañarme a través de la landa. Fué esa una feliz idea de Heathcliff, porque toda la pendiente de la colina no era más que un océano blanco y encrespado, cuya ondulada superficie no correspondía en modo alguno a las elevaciones y depresiones del suelo. Varios huecos, por lo menos, estaban uniformemente llenos; las líneas de los terraplenes, construídos con las piedras sobrantes de los canteros, se hallaban borrados por doquier del mapa de mi paseo de la víspera, dibujado en mi cabeza. Había notado, sobre un costado de la carretera, una línea de piedras espaciadas en seis o siete metros y erguidas todo a lo largo de la landa; estaban pintarrajeadas con cal y colocadas allí para guiar, sea a través de la oscuridad, sea cuando una nevada como aquella no permitía distinguir ya los fosos pantanosos, a la derecha y a la izquierda del buen camino. Pero, aparte de algunos puntos que formaban manchas aquí y allá, había desaparecido todo rastro de su presencia y mi compañero se vió precisado a advertirme con frecuencia que debía pasar hacia uno u otro lado, en tanto que yo creía seguir correctamente los meandros de la carretera. Cambiamos muy pocas palabras y se detuvo frente a la entrada del parque de Thrusheross, diciéndome que allí, ya no podía equivocarme. Nuestra despedida se limitó a un rápido saludo y proseguí mi camino, confiando en mis propios recursos, pues la casa del portero está deshabitada hasta este momento. La distancia entre la verja y Thrusheross Grange es de dos millas, pero creo que recorrí cuatro, perdiéndome debajo de los árboles y hundiéndome hasta el cuello en la nieve, situación que únicamente pueden apreciar los que la han conocido. En todo caso, fuesen cuales fuesen esas aventuras, el reloj desgranaba las doce campanadas del mediodía cuando penetré en la casa, lo que arrojaba exactamente una hora por cada milla recorrida desde Cumbres Borrascosas.

La señora Dean, Providencia del lugar, se precipitó con sus satélites para recibirme, declarando todos con gran alboroto que habían perdido por completo toda esperanza a mi respecto. Creyendo que había perecido la noche anterior, se preguntaban cómo harían para iniciar la busca de mis despojos. Les pedí que se calmasen ya, puesto que estaban asistiendo a mi regreso, y calado hasta los huesos, me arrastré hasta arriba. Allí, luego de ponerme ropas secas y de caminar como fiera

enjaulada durante treinta o cuarenta minutos, para restablecer la circulación de mi sangre, me retiré a mi despacho, débil como el animal que acaba de nacer, casi demasiado débil, en realidad, para gozar del buen fuego y del humeante café que la criada había preparado con el objeto de reanimarme.

CAPITULO IV

¡Cuán vanas veletas somos! Yo, que había resuelto zafarme de todos los lazos sociales, y que agradecí a mi buena estrella por haberme hecho encallar en un lugar en el que era casi imposible crearlos... Yo, cobarde criatura que soy, me vi finalmente obligado a amiar pabellón, después de haber luchado hasta la caída de la tarde contra el abatimiento y la soledad. So pretexto de obtener informaciones sobre las necesidades de mi instalación, pedí a la señora Dean, cuando me sirvió la cena, que me acompañara durante la misma, con la secreta esperanza de que se mostraría una criada debidamente adiestrada que, o reanimaría mi espíritu, o haría que me deslizase suavemente al sueño, con su charla.

—Ha vivido usted aquí durante mucho tiempo, ¿verdad? — empecé diciendo. — Creo que me dijo que por espacio de dieciséis años, ¿no es así?

—De dieciocho, señor. Vine a integrar el servicio de la señora, cuando se casó. Después de su muerte, el señor me conservó en calidad de ama de llaves.

—¿Realmente?

Reinó un instante de silencio.

Supuse que no era una mujer charlatana, salvo en lo que concernía a sus propios asuntos, y éstos difícilmente me habrían interesado. Sin embargo, luego de un momento de reflexión, con un puño apoyado en cada rodilla y su rubicunda faz ligeramente sombría por la meditación, suspiró.

—¡Ah! ¡Mucho han cambiado los tiempos, desde entonces!

—Sí — dije. — Supongo que habrá presenciado una cantidad de trastornos, ¿eh?

— De trastornos y de desgracias — repuso la mujer.

"Bueno — pensé, — he aquí el modo de encauzar la conversación hacia la familia de mi propietario... ¡Qué excelente punto de partida! ¡Cuánto me gustaría conocer la historia de esa linda viudita! Tal vez haya nacido aquí o, lo que

es más probable, sea una extranjera que estos auténticos hijos del país se niegan cruelmente a reconocer como parienta."

Y sin más titubeos pregunté a la señora Dean por qué Heathcliff alquilaba Thrushcross Grange, mientras adoptaba para sí mismo una casa y un género de vida en mucho inferiores.

—¿No es lo suficientemente rico para sostener como corresponde su residencia? — pregunté.

—¿Rico, señor? — repuso la señora Dean. — Nadie sabe el dinero que tiene y su fortuna aumenta anualmente. Sí, sí, es lo bastante rico para vivir en una casa más hermosa que ésta, pero es muy avaro... un verdadero usurero. Y aun cuando hubiese sentido deseos de instalarse en Thrushcross Grange, desde el momento en que oyó hablar de un buen inquilino, por nada del mundo habría dejado escapar esos centenares de escudos de más. ¡Es curioso que las personas puedan ser tan codiciosas cuando viven solas en el mundo!

—Parece ser que tuvo un hijo, ¿verdad?

—Sí, un hijo... murió.

—Y esa joven señora, ¿es su viuda?

—Sí.

—¿De dónde viene?

—Pero, señor, ¡si es la hija de mi amo anterior! Su nombre de soltera es Catalina Linton. ¡Yo la crié, pobrecita! Alentaba la esperanza de que el señor Heathcliff se instalase aquí, con lo cual habríamos podido estar nuevamente reunidos.

—¡Cómo! ¿Catalina Linton? — exclamé, asombrado.

Pero, luego de un minuto de reflexión, comprendí que no podía tratarse de mi Catalina fantasma.

—Por lo consiguiente — proseguí, — ¿era Linton el apellido de mi predecesor?

—Así es, señor.

—¿Y quién es ese Earnshaw, Hareton Earnshaw, que vive con el señor Heathcliff? ¿Son parientes?

—No, es el sobrino de la difunta señora Linton.

—¿Primo de la joven señora, entonces?

—Sí. Y su esposo también era su primo: el uno por parte de madre, y la otra por parte de padre. Heathcliff se casó con la hermana del señor Linton.

—He visto que la casa de Cumbres Borrascosas tenía el apellido "Earnshaw" grabado sobre la puerta de entrada. ¿Pertenecen a una vieja familia?

—Muy vieja, señor, y Hareton es el último de esa raza, como nuestra señorita Cata lo es de la nuestra... quiero decir de la raza de los Linton. ¿Estuvo usted en Cumbres Borrascosas? Le pido mil perdones por haberle formulado esta pregunta, pero me agradaría sober cómo se encuentra.

—¿La señora Heathcliff? Parecía hallarse muy bien y estaba muy bella, pero creo que no debe ser muy feliz.

—¡Ah! ¡Dios mío, eso no me extraña! ¿Y cómo halló usted al amo?

—Un hombre de aspecto más bien rudo, señora Dean. ¿No es ése su carácter?

—Rudo como el filo de una sierra y duro como una roca. Cuanto menos tenga que hacer con él, mejor será.

—Debe de haber experimentado muchos altibajos en su vida, para estar convertido en semejante salvaje. ¿Conoce usted algo de su historia?

—Es casi la de un cuchillo, señor. Lo conozco todo a su respecto, salvo el lugar de su nacimiento, quiénes eran sus padres y cómo se hizo de su primer dinero. Y Hareton fué arrojado del nido como un pajarillo. El pobre muchacho es el único en toda la comarca que ignora hasta qué punto se han burlado de él.

—¡Pues bien!, señora Dean, constituiría una buena acción referirme algo concerniente a mis vecinos. Tengo la impresión de que no descansaré si me voy a la cama. Por lo tanto, tenga la bondad de tomar asiento y de charlar una hora conmigo.

—¡Oh! ¡con el mayor gusto, señor! Iré, eso sí, a buscar un poco de costura y después me quedaré todo el tiempo que quiera. Pero, usted está aterido, lo he visto estremecerse. Voy a prepararle grano mondado; le hará bien.

La buena mujer se alejó presurosa y yo me acerqué al fuego todo lo que pude. Sentía la cabeza caliente y el resto de mi cuerpo, helado. Además, una gran excitación nerviosa provocaba, casi, un jeme de demencia en mi cerebro. Eso hizo nacer en mí, no un sentimiento de malestar, sino un temor — que aún siento — de las molestas consecuencias que podrían tener los acontecimientos de ayer y de hoy.

A poco, regresó la señora Dean con una humeante caldera y un canasto de labores. Luego de colocar la primera sobre la rejilla de la chimenea, corrió su silla, visiblemente feliz por hallarme tan sociable.

—Antes de venir a vivir aquí — empezó diciendo, sin esperar otra invitación para referir su historia, — estaba casi siempre en Cumbres Borrascosas. Mi madre había criado al señor Hindley Earnshaw, que era el padre de Hareton, y yo tenía la costumbre de jugar con los niños. Hacía también los mandados, ayudaba en los henares y rondaba en torno de la granja, dispuesta a prestar todos los servicios que de mí hubiesen requerido. Una hermosa mañana de verano — recuerdo que era al comienzo de la cosecha — el señor Earnshaw, el antiguo amo, bajó en traje de viaje y después de indicar a José el trabajo de la jornada, se volvió hacia Hindley, Cata y yo, pues estaba sentada tomando el desayuno con ellos, y dijo a su hijo:

—Hijo mío, parto hoy con destino a Liverpool. ¿Qué quieres que te traiga? Puedes elegir lo que te agrade, siempre y cuando no sea demasiado grande, porque debo regresar a pie. ¡Sesenta millas por cada viaje, ya hacen una marcha respetable!

Hindley pidió un violín. El amo preguntó entonces a la señorita Catalina qué deseaba. Contaba apenas seis años de edad, pero podía montar cualquier caballo de la cuadra y reclamó una fusta. No me olvidó, pues tenía buen corazón, aunque a veces se mostraba bastante severo. Prometió traerme un saco lleno de manzanas y de peras; luego besó a sus hijos, nos saludó y se fué.

El tiempo nos pareció a todos muy largo durante esos tres días de ausencia. La pequeña Cata nos preguntaba a menudo cuándo estaría su padre de regreso. La señora Earnshaw contaba con él a la hora de la cena, la tercera noche, y atrasó la comida de hora en hora. Empero, nada indicaba su llegada y los chicos se cansaron, al fin, de correr hasta la verja para mirar. Después, noche negra ya, habría deseado acostarlos, pero ellos pidieron, con quejumbrosa voz, que les permitieran velar. Justo a las once de la noche, el picaporte se movió suavemente y entró el amo. Se desplomó sobre una silla y nos ordenó, riendo y refunfuñando, que lo dejásemos descansar un poco, porque estaba medio muerto... ¡Ni por un imperio haría nuevamente semejante viaje!

—¡Y además de todo eso, cargado hasta doblarme! — dijo, desplegando su abrigo, que llevaba como un paquete entre sus brazos. — ¡Mira, mujer! Nada en el mundo me ha agotado tanto, pero hay que aceptarlo, de todos modos, como un don

de Dios, aunque es casi tan negro como si proviniese del diablo.

Formamos un círculo en torno suyo y por encima de la cabeza de la señorita Catalina vi un niño de cabellos negros, sucio y andrajoso, lo bastante grande como para hablar y andar. A decir verdad, por su cara, parecía mayor que Catalina. Cuando lo pararon en el suelo, no hizo más que abrir desmesuradamente los ojos y repetir hasta el cansancio una jerigonza que nadie pudo comprender. Yo fuí presa del miedo y la señora Earnshaw estuvo a punto de echarlo de la casa. Se sulfuró bruscamente, preguntando al amo cómo había hecho sus cuentas para traer a su domicilio a ese monigote de bohemio, teniendo como tenía, que alimentar y educar a sus propios hijos. ¿Qué pensaba hacer con él? ¿No estaría loco? El amo trató de explicarse, pero verdaderamente estaba medio muerto de cansancio y todo lo que pude entender de esa historia, entre las reprimendas de su mujer, fué que había visto al chiquillo muriéndose de hambre, sin albergue y como mudo, en las calles de Liverpool. Lo recogió, entonces, y trató de averiguar algo por boca de su hostelero. Nadie sabía a quién pertenecía — nos dijo, — y como su dinero y su tiempo tenían un límite, y estaba resuelto a no dejarlo en el lugar en que lo había encontrado, pensó que sería preferible llevárselo de inmediato a la casa, antes que prodigarse allí en gastos inútiles. ¡Pues bien!, la conclusión fué que mi ama, aunque refunfuñando, se calmó y el señor Earnshaw me dijo que lo lavara, le diera ropas limpias y lo hiciera dormir con los niños.

Hindley y Cata se limitaron a mirar y a escuchar, hasta que quedó restablecida la paz. En ese momento, empezaron ambos a hurgar en los bolsillos de su padre, buscando los regalos que les había prometido. Hindley era ya un muchachito de catorce años, pero cuando extrajo del abrigo los pedazos rotos de lo que fuera un violín, se echó a llorar como un bebe. Y cuando Cata se enteró de que el amo había perdido la fusta mientras se ocupaba del desconocido, demostró su cólera haciendo muecas y escupiendo a la cara del estúpido monigote, con lo cual se ganó, a fin de que aprendiera mejores maneras, una formidable cachetada de su padre. Se negaron rotundamente a aceptarlo en su cama y hasta en su habitación. Tampoco yo tuve más corazón y lo dejé en el rellano de la escalera, esperando que se marchase antes de que amaneciese. Por casualidad, o atraído acaso por el sonido de su voz, se

deslizó hasta la puerta de la alcoba del señor Earnshaw, quien lo encontró al salir de la misma. Se averiguó cómo había hecho para llegar hasta allí. Tuve que confesar y como castigo de mi haraganería y de mis malos sentimientos, fuí despedida de la casa.

Tal fué la introducción de Heathcliff en el seno de la familia. Al volver pocos días después, pues no consideraba mi expulsión como definitiva, me enteré de que lo habían bautizado Heathcliff. Era el nombre de uno de sus hijos, muerto de muy corta edad, que le sirvió después, al mismo tiempo, como apellido y como nombre de pila. La señorita Cata y él eran a la sazón muy buenos amigos, pero Hindley lo detestaba. Y, para ser franca, a mí me ocurría otro tanto. Lo atormentábamos y lo tratábamos indignamente, porque yo no gozaba aún de bastante entendimiento para comprender mi injusticia. En cuanto al ama se refería, jamás tomó su defensa cuando lo vió en alguna mala postura.

Parecía un chico triste, resignado, hecho, sin duda, a los malos tratos. Aguantaba los golpes de Hindley sin pestañear ni verter una lágrima y mis pellizcos no lograban otro resultado que hacerle contener la respiración y abrir unos ojos grandísimos, como si el dolor que experimentaba fuese accidental y como si nadie tuviera que ser vituperado por ello.

Esa valiente actitud acrecentó el furor del viejo Earnshaw cuando advirtió que su hijo perseguía al pobre huérfano, como él lo llamaba. Se aficcionó a Heathcliff de una manera extraordinaria, creyendo todo cuanto le oía decir (el muchacho, por otra parte, como no hablaba nada no se apartaba, por lo general, de la verdad) y mimándolo mucho más que a Catalina demasiado traviesa y demasiado caprichosa para ser su preferida.

Por lo consiguiente, desde los primeros días, Heathcliff hizo nacer malos sentimientos en la casa y a la muerte de la señora Earnshaw que se produjo menos de dos años después, el joven amo se había acostumbrado a considerar a su padre como a un tirano, más que como a un amigo, y a Heathcliff como al usurpador de un afecto y de privilegios que le pertenecían. Agrió su carácter a fuerza de rumiar esas ideas de injusticia. Durante algún tiempo, me alié con él, pero cuando los chicos cayeron enfermos de sarampión y tuve que cuidarlos y hacerme cargo bruscamente de las responsabilidades de una mujer, cambié de opinión. Heathcliff fué gravemente ata-

cado por el mal y cuando peor se encontraba, quiso tenerme constantemente a la cabecera de su lecho. Supuse que se daba cuenta de que yo estaba haciendo mucho por él y que no era lo suficientemente fino para adivinar que estaba obligada a hacerlo. Sea como fuese, puedo decir que era el chico más tranquilo que enfermera alguna tuvo que cuidar jamás. La diferencia entre él y los demás terminó con mi parcialidad. Cata y su hermano me fatigaban terriblemente, en tanto que él no se quejaba más que un cordero. Cierto es que fué su dureza ante el mal, y no su gentileza, lo que simplificó mi tarea.

Salió con bien de la enfermedad. El doctor afirmó que ello se me debía, en gran parte, y me elogió por mis cuidados. Orgullosa ante esos cumplidos, me acerqué, moralmente, al ser gracias al cual los había merecido y así fué cómo Hindley perdió su último apoyo. Sin embargo, no estaba apasionada por Heathcliff y a menudo me preguntaba qué admiraría tanto mi amo en ese muchacho melancólico que jamás, si la memoria me es fiel, le retribuyó esa admiración y sus bondades con el menor signo de gratitud. No era insolente con su bienhechor, sino sencillamente insensible. Y, no obstante, conocía su poder sobre el corazón del amo y sabía que le bastaba abrir la boca para que toda la casa se viese obligada a plegarse a sus deseos. Me acuerdo, por ejemplo, que habiendo adquirido el señor Earnshaw un par de potrillos en la feria de la parroquia, dió uno a cada muchacho. Heathcliff eligió el más hermoso, pero poco después advirtió que cojeaba y fué a decir de inmediato a Hindley:

—Es preciso que cambies de caballo conmigo; el mío no me gusta. Y si te niegas, diré a tu padre que me has golpeado tres veces en el transcurso de esta semana.

Hindley le sacó la lengua y le aplicó una bofetada.

—Será mejor para ti que lo hagas en seguida — insistió Heathcliff refugiándose bajo el porche, pues estaban en la cuadra. — Te verás en la obligación de hacerlo y si hablo de esos golpes, te los devolverán con intereses.

—¡Fuera, perro! — gritó Hindley, amenazándolo con una pesa de bronce que se utilizaba para las patatas y el grano.

—Arrójala — repuso Heathcliff, que permaneció inmóvil, — y entonces diré que te has jactado y te jactas de que me echarás de la casa apenas muera tu padre. Ya verás si no eres tú el que tendrá que irse de inmediato.

Hindley arrojó la pesa, que golpeó al otro en medio del pecho. Heathcliff cayó al suelo, pero se incorporó al punto vacilando, pálido al extremo y sin respiración. Sin mi intervención, se habría precipitado en busca del amo en ese estado, obteniendo seguramente venganza, revelando la causa del mismo.

—¡Bueno! ¡Toma mi caballo, grandísimo gitano! — dijo el joven Earnshaw. — Yo rogaré al cielo para que te quiebres el cuello. ¡Tómalo, y que el diablo te lleve, miserable vagabundo! ¡Puedes halagar a mi padre para despojarlo de todo lo que tiene, pero por lo menos muéstrale después lo que eres, aborto del infierno!... ¡Anda, llévate esto junto con el potrillo! ¡Aliento la esperanza de que te rompas la crisma en una buena rodada!

Me asombró ver con qué tranquilidad el chico se incorporaba y seguía haciendo lo que se le puso entre ceja y ceja, cambiando las monturas y todo el resto. Luego de lo cual se sentó sobre una gavilla de heno, para reponerse del desfallecimiento provocado por la violenta conmoción. Fácilmente pude persuadirlo de que me dejase atribuir sus contusiones al caballo. Poco le importaba dar esa u otra razón, desde el momento que tenía lo que deseaba. La verdad sea dicha, tan pocas veces se quejaba de los combates de esa índole, que no lo creía rencoroso en absoluto. Pero me equivocaba, como va usted a saberlo.

CAPITULO V

Mientras tanto, el señor Earnshaw empezaba a declinar. Había sido un hombre activo y de robusta salud, pero sus fuerzas lo abandonaron súbitamente y cuando se vió obligado a permanecer junto al fuego del hogar, se tornó irritable al extremo. La menor nadería lo agitaba y apenas creía advertir la mínima ofensa a su autoridad, casi sufría ataques. Eso se notaba particularmente cuando alguien trataba de imponer respeto a su favorito, o darle órdenes. Vivía en el penoso temor de que dirigieran alguna palabra demasiado fuerte al muchacho y parecía imaginarse que desde el momento que él amaba a Heathcliff, todo el mundo lo detestaba y deseaba jugarle una mala pasada. Esta circunstancia perjudicó al muchacho, porque lo mejor de nuestra naturaleza no deseaba, en absoluto, contrariar al amo; nos inclinamos, pues, ante sus de-

seos, concesión que agravó el orgullo de Heathcliff y sus lamentables disposiciones. Empero, era preciso que procediésemos en esa forma. En dos o tres oportunidades, los despreciativos tratos de Hindley fueron sorprendidos por su padre, poniendo al anciano hecho una furia. Tomó su bastón para castigar a su hijo y fué presa de un temblor de rabia cuando se sintió impotente para llevar a cabo su intento.

Al fin, nuestro pastor — la parroquia contaba en ese entonces con un ministro que había resuelto el problema de su subsistencia impartiendo lecciones a los pequeños Linton y a Earnshaw, y valorizando personalmente su pedacito de terreno — aconsejó que pusieran al joven en un colegio. El señor Earnshaw consintió en ello, aunque de mala gana, porque, decía: "Hindley era una nulidad y nunca llegaría a ninguna parte, lo pusiesen donde lo pusiesen".

Yo esperaba, con todo mi corazón, que tuviésemos paz en la casa, en lo sucesivo. Me apenaba pensar que el amo pudiese sufrir por su buena acción. Me imaginaba que su acritud y su enfermedad provenían de ese desacuerdo con su familia, como él hubiese querido hacerlo suponer. En realidad, señor, ya se dará usted cuenta, era el debilitamiento de su constitución. Sin embargo, habríamos podido seguir viviendo en una forma soportable sin la presencia de dos personas, la señorita Catalina y José, el criado. Presumo que habrá usted visto a éste último, allá. Era, y muy probablemente lo es aún, el fariseo más sombrío y más contento de sí mismo que jamás haya hurgado en el fondo de una Biblia, para extraer de la misma esperanzas para su uso personal, y anatemas para lanzar sobre sus prójimos. Por su destreza en pronunciar sermones y en perorar sobre la piedad, causó gran impresión en el señor Earnshaw, y cuanto más se debilitaba el amo, tanto más aumentaba su influencia. No cesaba de atormentarlo con respecto a su alma y exigía que gobernara a sus hijos con rigor. Lo incitaba a considerar a Hindley como un holgazán y un pillo y todas las noches relataba, refunfuñando, una serie de historias contra Heathcliff y Catalina, tratando siempre de halagar la debilidad de Earnshaw, amontonando todas las faltas sobre ésta última.

Indudablemente, la chica tenía un modo de ser personal que jamás había visto en otras niñas de su edad. Cincuenta veces diarias, y aun más, rebasaba los límites de la paciencia de todos. Desde el instante mismo en que descendía, hasta el mo-

mento en que se iba a la cama, vivíamos en el temor de que nos jugara alguna mala pasada. Su vivacidad no se relajaba nunca, su lengua estaba siempre en movimiento... cantaba, reía y atormentaba a todos los que no querían hacer otro tanto. En una palabra, era una pequeña salvaje atolondrada y mala... pero con los ojos más bonitos, la sonrisa más encantadora y el andar más garboso de toda la parroquia. Después de todo, creo que no pensaba en perjudicar a nadie; si por casualidad hacía llorar sinceramente a alguien, muy raro era que no se quedase junto a la víctima, esforzándose en calmarla para que la consolase, a su vez. Estaba demasiado ligada a Heathcliff y el mayor castigo que podíamos inventar en contra de ella, era separarlos. Sin embargo, sufría más reprensiones que ninguno de nosotros a causa de él. Cuando jugaba, la encantaba desempeñar el papel de amita, de mano presta e impartir órdenes a sus compañeros. Trató también de dominarme y de utilizarme para sus mandados, pero no quise soportar aquello y se lo dije.

Por ese entonces, el señor Earnshaw ya no admitía las bromas de sus hijos. Siempre había sido severo y estricto con ellos y Catalina, por su lado, no comprendía que su padre, anciano ya, fuese más gruñón y menos paciente que antes. Ante sus ásperas reprimendas, experimentaba un placer maligno en provocarlo. Nunca se sentía más feliz que cuando la regañábamos todos al mismo tiempo, y ella nos desafiaba con su mirada atrevida e impertinente, acompañada de vivaces réplicas. Ridiculizaba los sermones de José, me fastidiaba y hacía, precisamente, todo lo que más desagradaba a su padre, mostrándole cómo, ella, con su pretendida insolencia, tenía más poder sobre Heathcliff que él con su bondad, y cómo el muchacho ejecutaba sus órdenes, fuesen las que fuesen, y las de su padre únicamente cuando le convenían. Luego de comportarse lo peor posible durante todo el día, derrochaba mimos y zalamerías por la noche, a fin de que la perdonaran.

—No, Catalina — decía el anciano, — yo no puedo quererte, porque eres peor aún que tu hermano. Ve a rezar tus oraciones, hija mía, y pide perdón a Dios. ¡Me temo que tu madre y yo debamos arrepentirnos de haberte traído al mundo!

Al principio, esas palabras la hacían llorar. Luego, a fuerza de verse continuamente rechazada, se tornó insensible y se echaba a reír cuando yo trataba de hacerle deplorar sus faltas y de que pidiera perdón por haberlas cometido.

Pero, al fin, llegó la hora en que debían terminar los sufrimientos del señor Earnshaw en esta tierra. Murió tranquilamente en su sillón, sentado junto al fuego, una noche de octubre. Un recio viento soplaba enfurecido en torno de la casa y aullaba en la chimenea. Era un tumulto de tempestad y, sin embargo, no hacía frío. Estábamos todos reunidos, yo un tanto alejada del hogar, absorta en mi tejido y José leyendo su Biblia cerca de la mesa, porque los criados se sentaban entonces en el salón, cuando el trabajo había terminado.

La señorita Catalina convalecía de una enfermedad, lo cual propendía a que se mantuviese tranquila. Estaba apoyada contra las rodillas de su padre y sostenía la cabeza de Heathcliff, tendido a sus pies. Me acuerdo que el amo, antes de amodorrarse, pasó la mano por sus hermosos cabellos — rara vez gozaba del placer de verla tan tranquila — y le dijo:

—¿Por qué no puedes ser siempre una buena chica, Catalina?

Ella alzó el rostro hacia él, se echó a reír y contestó:

—¿Por qué no puede ser usted siempre un buen padre?

Pero apenas lo vió nuevamente enfadado, le besó la mano y le dijo que le cantaría, para que se durmiese. Empezó a hacerlo muy suavemente, hasta que los dedos de su padre soltaron los suyos, al mismo tiempo que su cabeza caía sobre su pecho. Le dije, entonces, que callara y que no se moviera, para no despertarlo. Permanecimos todos silenciosos como lauchas temerosas, durante más de media hora y habríamos seguido así mucho más tiempo aún, si José, que había terminado su capítulo, no se hubiese puesto en pie diciendo que era menester despertar al amo para recitar las oraciones e irse a la cama. Se acercó a la chimenea, lo llamó y lo tocó en el hombro, mas como el amo no se moviera, tomó la bujía y lo miró. Comprendí que había algo de insólito en el modo con que posó la palmatoria y tomó a los niños por el brazo, murmurándoles al oído que "se las arreglaran arriba sin hacer ruido... diciendo solos sus oraciones aquella noche... porque él estaría ocupado en otra parte."

—Primeramente deseo darle las buenas noches a papá — dijo Catalina, rodeándole el cuello con sus brazos antes de que pudiéramos impedirlo.

Entonces, la pobre pequeña descubrió al punto la desgracia, exclamando:

—¡Oh! ¡está muerto, Heathcliff, está muerto!

Y ambos lanzaron un grito que partía el alma.

Añadí a esos gemidos, los míos dolientes y ruidosos. Pero José nos preguntó en qué estábamos pensando al aullar en esa forma porque un santo había entrado en el Cielo. Me dijo que me pusiese mi abrigo y fuese corriendo a Gimmerton, en busca del médico y del pastor. No podía comprender qué servicios podían prestar en la emergencia, tanto el uno como el otro. Fuí, sin embargo, en medio del viento y de la lluvia y traje a uno de ellos, al médico. El otro dijo que acudiría en horas de la mañana siguiente. Dejando que José explicara el acontecimiento, subí rápidamente a la habitación de los chicos. Su puerta estaba entornada y vi que no se habían acostado, aunque ya era más de medianoche. Pero se hallaban más tranquilos y no tenían necesidad de mis consuelos. Los dos pequeños seres se reconfortaban mutuamente con pensamientos mejores de los que yo habría podido inventar. No existe un solo pastor en el mundo que haya descrito el paraíso tan maravillosamente como ellos lo hacían en su ingenuo lenguaje. Y mientras los escuchaba, sollozando, no pude dejar de desear que estuviésemos todos reunidos allá arriba, en seguridad.

CAPITULO VI

El señor Hindley volvió para el sepelio y, cosa que provocó nuestro asombro y dió trabajo a las lenguas, trajo una mujer con él. Quién era y de dónde venía, nunca nos lo dijo. Probablemente no poseía apellido, ni fortuna que pudiesen recomendarla, porque de lo contrario no habría tenido razón alguna para ocultar su casamiento a su padre.

No era mujer capaz de causar, con su presencia, grandes trastornos en la casa. El menor de los objetos que vió apenas hubo franqueado el umbral, pareció encantarla, así como los hechos que se desarrollaban a su alrededor, excepción hecha, empero, de los preparativos del entierro y de la aparición de los custodias mortuorios. Al reparar en su comportamiento, la supuse casi simple de espíritu. Corrió a refugiarse en su habitación y me obligó a seguirla, cuando debía haber vestido a los chicos. Una vez allí, se sentó, trémula y con los dedos crispados, preguntándome sin cesar:

—¿Se han marchado, al fin?

Luego empezó a describirme, con histérica agitación, el efec-

to que en ella producía el color negro. Y se estremecía, y temblaba, hasta que, para terminar, soltó el llanto. Cuando le pregunté la razón de ello, me contestó que no lo sabía, pero que... ¡oh! ¡tenía miedo de morir! Me la imaginé tan cerca de la muerte como yo misma. Era bastante frágil, joven, de fresca tez y sus ojos brillaban con un resplandor de diamante. Advertí, naturalmente, que subir una escalera provocaba en ella una respiración precipitada, que el más pequeño ruido, si lo escuchaba de improviso, la enardecía y atemorizaba y que tosía, a veces, en una forma inquietante. Pero nada sabía de lo que esos síntomas presagiaban y no me sentía inclinada a interesarme en ella. Por lo general, señor Lockwood, aquí no vamos de buen grado hacia los forasteros, a menos que los forasteros no vengan primeramente hacia nosotros.

"El joven Earnshaw había cambiado considerablemente en el transcurso de esos tres años de ausencia. Estaba más delgado, había perdido sus colores, y su lenguaje, así como la forma de vestirse, eran completamente distintos. El mismo día de su llegada nos ordenó, a José y a mí, que instaláramos nuestros cuarteles en la habitación situada en la parte posterior de la cocina, a fin de dejarle a él el salón. Hasta hubiese deseado tender alfombras y empapelar una piecita vacía, para hacer de la misma una salita. Pero su mujer parecía tan contenta con el suelo de blancas piedras, con la gran chimenea en la que resplandecía el fuego, con las filas de porcelanas, con la jauría de perros y con la amplia habitación en la que, por lo general, estaban, que Hindley consideró su proyecto poco grato a su esposa y renunció al mismo.

Ella pareció contenta, también, al hallar a una hermana en su nueva familia. Charlaba hasta por los codos en compañía de Catalina, la besaba, corría por doquier con ella y la cubría de regalos, al principio. Empero, su afecto declinó muy pronto y cuando se mostró más insociable, Hindley se tornó tiránico. Algunas palabras de su mujer que delataron su antipatía por Heathcliff, bastaron para despertar en Hindley todo su antiguo odio hacia él. Lo apartó de su sociedad y lo envió con los criados; suprimió las lecciones del pastor, exigiendo, en cambio, que trabajase fuera de la casa, obligándolo a ocuparse de tareas tan duras como las de cualquier mozo de cuadra.

Al principio, Heathcliff aguantó bastante bien su decadencia, porque Catalina le enseñaba lo que había aprendido, y porque trabajaba o jugaba en el campo con él. Ambos pro-

metían crecer como pequeños salvajes, pues el joven amo no se ocupaba de su conducta, ni de sus actos, con tal de que se mantuviesen alejados de él. Ni siquiera se habría preocupado porque concurriesen a la iglesia los domingos, si José y el pastor no le hubieran reprochado su descuido, cuando los chicos faltaban al servicio divino, lo que le recordaba que tenía que infligir unos latigazos a Heathcliff y una privación de almuerzo a Catalina. Pero uno de sus pasatiempos favoritos era partir desde por la mañana a la landa y permanecer en ella durante todo el día, de modo que el castigo esperado no era ya más que un pequeño incidente que los hacía reír.

El pastor podía imponer a Catalina tantas penitencias como se le ocurría y José cansarse el brazo golpeando a Heathcliff, que todo lo olvidaban desde el instante mismo en que se reunían nuevamente o, por lo menos, desde el momento en que combinaban algún maligno plan de desquite. Muy a menudo deploraba yo, sin exteriorizarlo, el verlos más indisplinados cada día. Sin embargo, no me atrevía a pronunciar una sola palabra, por temor de perder el escaso poder que conservaba aún sobre esos pequeños carentes de apoyo.

Ocurrió, un domingo por la tarde, que fueron expulsados del salón por haber hecho ruido o por cualquier otro pecadito de esa índole. Cuando los llamé para la cena, no pude encontrarlos en parte alguna. Registramos la casa de arriba a abajo, luego el patio y las cuadras, pero en vano. Finalmente Hindley, en extremo encolerizado, nos dijo que cerrásemos la puerta con pestillo, prohibiéndonos que los dejáramos entrar durante la noche. Todo el mundo fué a acostarse, pero, demasiado inquieta para imitarlos, abrí mi ventana y asomé la cabeza para acechar su retorno, a pesar de la lluvia que caía. Estaba completamente resuelta a abrirles a pesar de la prohibición de Hindley.

Al cabo de un rato, oí ruido de pasos en la carretera y brilló a través de la verja el resplandor de una linterna. Eché un chal sobre mi cabeza y corrí, a fin de impedir que despertaran al señor Earnshaw, cuando golpeasen. Era Heathcliff y me estremecí al verlo sin su compañera.

—¿Dónde está la señorita Catalina? — exclamé precipitadamente. — ¿Supongo que no habrá ocurrido ningún accidente, verdad?

—Está en Thrusheross Grange — repuso. — También yo me habría quedado allí de buen grado, pero no tuvieron la cortesía de pedírmelo.

—¡Pues bien! ¡buena es la que lo espera! — dije. — No estará usted contento hasta que lo echen de esta casa. ¿Quién pudo haberles metido en la cabeza la idea de que se fuesen a Thrushcross Grange?

—Déjeme cambiarme mis ropas mojadas, Nelly, y se lo contaré todo — repuso.

Le supliqué que se cuidase mucho de no despertar al amo y mientras se desvestía y yo esperaba, antes de apagar la luz, prosiguió:

—Nos escapamos por el lavadero, Catalina y yo, a fin de poder correr un poco a gusto. Vimos, de pronto, las luces de Thrushcross Grange, y se nos ocurrió la idea de ir a ver si los pequeños Linton pasaban la tarde del domingo tiritando en un rincón, mientras su padre y su madre permanecían sentados, comiendo, bebiendo, cantando, riendo y mirándose en los ojos, junto al fuego. ¿Cree usted, acaso, que acontece así, en esa casa? ¿Y que leen sermones, y que son catequizados por su criado, y que los obligan a aprenderse de memoria una columna de nombres en la Biblia, si no contestan bien?

—No, probablemente — repliqué. — Estoy segura de que son buenos chicos, que no merecen ser tratados como ustedes lo son, por su mala conducta.

—Nada de prédicas, Nelly. Está usted diciendo tonterías. Corrimos desde Cumbres Borrascosas hasta el parque, sin detenernos. Catalina llegó completamente derrengada y descalza, y será preciso que mañana vaya usted a buscar sus zapatos en el barro. Nos deslizamos por la brecha de un seto y luego de avanzar a tientas a lo largo de un sendero, nos quedamos plantados sobre una maceta, debajo de la ventana de la sala. Había luz, los postigos no estaban cerrados y las cortinas se hallaban corridas a medias. Subiéndonos sobre una piedra podíamos mirar los dos al interior, siempre que nos aferráramos al reborde de la ventana. Y vimos .. ¡Ah! ¡qué hermoso era!. . una pieza magnífica, con una alfombra roja, mesa y asientos tapizados de rojo, un cielo raso de un blanco refulgente, enmarcado en oro, en el medio del cual, suspendidas por unas cadenas de plata, brillaban al suave resplandor de las pequeñas bujías, una lluvia de gotas de cristal. Ni el viejo Linton, ni su mujer, estaban allí. Edgar y su hermana tenían todo eso para ellos solos. ¿No debían haber sido felices? ¡Nosotros, seguramente, nos habríamos creído en el paraíso! Y ahora, ¿adivine qué hacían sus buenos chicos? Isabel — creo que tiene once años, uno menos que Catalina —

estaba acostada en el suelo, en el fondo mismo de la habitación, lanzando unos gritos terribles, como si un montón de brujas la estuviesen pinchando por todas partes con unas agujas al rojo blanco. Edgar se hallaba frente al hogar, llorando silenciosamente, y en el medio de la mesa se encontraba un perrito que sacudía la pata aullando y que, así lo comprendimos por sus recíprocas acusaciones, había sido casi descuartizado por ellos. ¡Idiotas! ¡Esas son sus distracciones! Pelearse para saber a quién pertenecía un montoncito de pelos calientes y ponerse en seguida a llorar porque ambos, luego de haber luchado para conseguirlo, se negaban a tomarlo...

"Estallamos en una carcajada a la vista de esos pequeños tesoros, de preciándolos, se lo aseguro. ¿Cuándo me vió usted desear algo que desee Catalina? ¿Y cuándo nos encontrará, si estamos solos, gritando y llorando y revolcándonos por el suelo, en cada extremo de la pieza? No cambiaría, ni por un millón de vidas, mi lugar en esta casa por el de Edgar Linton en Thrusheross Grange. ¡Ni siquiera si obtuviese permiso para arrojar a José de de el pináculo más elevado y para pintar la fachada de la casa con la sangre de Hindley!

—¡Chitón! ¡chitón! — interrumpí. — Todavía no me ha dicho, Heathcliff, cómo hizo Catalina para quedarse rezagada.

—Ya le dije que estallamos en una carcajada. Los Linton nos oyeron y se lanzaron como flechas hacia la puerta, en un idéntico movimiento. Planeó un silencio y luego se oyó un grito: "¡Oh! ¡mamá, mamá! ¡Oh! papá. ¡Oh! mamá... ¡Vengan, pronto! ¡Oh! papá! ¡Oh!" Lanzaron, realmente, alaridos por este estilo. Hicimos un ruido terrible para asustarlos un poco más y después soltamos el reborde de la ventana, porque alguien corría las barras y pensamos que era preferible huir. Tenía a Catalina tomada de la mano y la arrastraba rápidamente, cuando cayó súbitamente al suelo. "¡Corre, Heathcliff, corre!" — susurró. — "¡Han soltado al bull-dog y me agarró!" El perro del diablo la había atrapado por el tobillo, Nelly, y yo oía su espantoso resoplido. Catalina no gritó. ¡oh! no. Se habría avergonzado de ello, aun si hubiese estado clavada en los cuernos de un toro furioso. ¡Pero yo sí que grité! Vociferé maldiciones suficientes para aniquilar a todos los demonios de la cristiandad. Tomé una piedra, la hundí entre los colmillos del animal y traté de empujarla, con todas mis fuerzas, hasta el fondo de su garganta. Finalmente, apareció un bruto de criado con una linterna, gritando: "¡No los sueltes, Skulker, no los sueltes!" Cambió de tono, empe-

ro, cuando vió cual era la clase de caza que hiciera Skulker. Al perro le apretaron la garganta hasta ahogarlo, casi. Su enorme lengua roja colgaba medio pie fuera de su hocico y su colgante belfo estaba manchado con sanguinolenta baba. El hombre alzó a Cata del suelo. Estaba desmayada, no de miedo, con toda seguridad, sino de dolor. La transportó a la casa. Los seguí, gruñendo imprecaciones y profiriendo palabras de venganza. "¿Qué agarró, Robert? — Skulker atrapó a una niñita, señor — repuso el criado. — Y aquí hay un chico — añadió, aferrándome brutalmente por el brazo, — que parecía estar al acecho. Muy probablemente los ladrones tenían la intención de hacerlos pasar por la ventana para que abrieran las puertas a toda la banda, a fin de que nos mataran tranquilamente, mientras dormíamos. ¡Cállese, pillastre! ¡Irá a la horca, por lo que acaba de hacer! ¡No suelte su fusil, señor Linton! — No, no, Robert — dijo el viejo loco. — Los bandidos sabían que ayer era el vencimiento de mis alquileres y pensaban despojarme de ese dinero sin mayor trabajo. En fin, voy a recibirlos como se lo merecen. Usted, John, eche la cadena. Jenny, dé un poco de agua a Skulker. ¡Atreverse a desafiar a un magistrado en su propia casa, y nada menos que el día del Sabbat! ¿Hasta dónde llegará la impudicia de estas gentes? ¡Oh! mi querida Mary, ¡mire usted! No tenga miedo, no es sino un chiquillo... y a pesar de ello, la infamia ha marcado ya su rostro. ¿No constituiría un beneficio para la región colgarlo sin más trámites, antes que su naturaleza se revele por sus actos, mejor que por sus rasgos?" Me empujó debajo de la araña y la señora Linton, luego de ponerse los lentes, levantó las manos en un gesto de horror. Los pequeños miedosos se acercaron con grandes precauciones e Isabel balbució: "¡Qué horrible es, papá! Enciérrelo en la bodega. Se parece muchísimo al hijo de la gitana que me robó mi faisán domesticado. ¿No es verdad, Edgar?" Mientras me estaban examinando, Cata volvió en sí. Oyó la última observación y se echó a reír. Edgar Linton, luego de una escrutadora ojeada, fué lo bastante fino para reconocerla. Nos ven en la Iglesia, sabe usted, pero muy rara vez los encontramos en otra parte. "Es la señorita Earnshaw — murmuró a su madre. — Y mire cómo la ha mordido Skulker... ¡cómo sangra su pie!" — "¿La señorita Earnshaw? ¡Qué tontería! — exclamó la dama. — ¿La señorita Earnshaw corriendo por el campo en compañía de un gitano? Sin embargo,

¡Dios mío! el chico está de duelo... Es ella, sin duda alguna.. ¡y lisiada, tal vez, para toda la vida!"

"—¡Qué culpable negligencia de parte de su hermano! — exclamó el señor Linton, volviéndose hacia Catalina. — Me he enterado por Shielders — era el pastor, señor — que la deja crecer como una verdadera pagana. Pero, ¿quién es éste? ¿En dónde pudo recoger semejante compañero? ¡Oh! ¡oh! estoy seguro de que se trata de la extraña adquisición que hizo mi difunto vecino cuando su viaje a Liverpool... un pequeño mestizo, un vagabundo procedente de América o de España."

"—Un chiquillo malvado, en todo caso — replicó la vieja señora, — completamente fuera de lugar en una casa honrada.. ¿Ha reparado en su manera de hablar, Linton? Me espanta pensar que mis hijos lo han oído."

"Reanudé mis juramentos — no se enfade, Nelly — por cuya razón ordenaron a Robert que me expulsara. Me negué a marcharme sin Catalina. Me arrastró, entonces, hasta el jardín, me puso la linterna en la mano, a la fuerza, me aseguró que el señor Earnshaw sería puesto al corriente de mi conducta y ordenándome que me fuese de inmediato, cerró nuevamente la puerta a cal y canto. Seguía levantada una punta de la cortina y retorné a mi puesto de observación, porque si Catalina hubiese expresado su deseo de regresar, estaba resuelto, en el caso de que no la hubieran dejado salir, a hacer volar en añicos sus cristales. Cata se hallaba tranquilamente sentada en el diván. Meneando la cabeza y supongo que regañándola, la señora Linton le quitó de sobre los hombros la esclavina gris de la lechera, que habíamos tomado para nuestra expedición. Catalina era una joven dama a la que trataban en buena y debida forma. Luego, la criada trajo un fuentón con agua caliente y le lavó los pies. El señor Linton le preparó un ponche e Isabel le volcó un plato de bizcochos sobre las rodillas, mientras Edgar la contemplaba con la boca abierta, un poco más lejos.

"Después, secaron y peinaron sus hermosos cabellos, le dieron un par de enormes pantuflas y corrieron su sofá junto al fuego. La dejé, luego de haberla visto tan contenta como podía estarlo. Catalina compartía sus provisiones con el perrito y Skulker, al cual pellizcaba el morro, mientras comía. Ese espectáculo proyectaba un vivaz resplandor en los ojos azules y vacuos de los Linton, débil reflejo de su rostro encantador. Vi que estaban como paralizados en una estúpida admiración.

¡Catalina es tan superior a ellos!... ¡tan superior a cualquier otra persona en el mundo! ¿No es cierto, Nelly?

—De esta historia van a derivar más cosas de las que usted se imagina — repuse, arrebujándolo en la frazada y apagando la luz. — Heathcliff, es usted incorregible, y el señor Hindley va a tener que enojarse. ¡Ya lo verá!

Mis palabras resultaron más ciertas de lo que hubiese deseado. La desdichada aventura puso furioso a Earnshaw. Luego, el señor Linton, para arreglar el asunto, se presentó personalmente al siguiente día e hizo al joven amo un sermón tan severo sobre el camino por el cual conducía a su familia, que Earnshaw se vió obligado a mirar las cosas con mayor atención. Heathcliff no recibió correctivo alguno, pero fué advertido de que si volvía a dirigir la palabra a la señorita Catalina, sería expulsado de inmediato. Y la señora Earnshaw, cuando su cuñada regresó a la casa, se abocó a la tarea de volverla a encaminar por la buena senda. Recurrió a la astucia, más que a la fuerza; con esta última, le habría sido imposible.

CAPITULO VII

Cata se quedó cinco semanas en Thrusheross Grange, es decir, hasta Navidad. Para ese entonces, su tobillo estaba completamente sano y sus modales habían ganado mucho. El ama fué a verla con frecuencia en ese lapso de tiempo e inició su plan de reforma, tratando de despertar en ella el sentido de la dignidad, mediante lindos vestidos y lecciones que Cata aceptó con evidente satisfacción. Y marcharon tan bien las cosas, que en lugar de la chiquilla salvaje que saltaba toda despeinada por la casa y se precipitaba sobre nosotros ahogándonos, casi, con sus abrazos, vimos aparecer, cabalgando en un soberbio "poney" negro, a una persona de importante aspecto, con un empenachado sombrero de castor, del que se escapaban los morenos rulos, y vestida con un tapado de paño que se veía obligada a recoger con sus dos manos, para poder caminar. Hindley la bajó del caballo y exclamó, jubiloso:

—¡Hola, Cata! ¡qué hermosa te has puesto! Te habría apenas reconocido. Ahora pareces una dama. ¿No es verdad, Frances, que no puede ser comparada con Isabel Linton?

—Isabel no posee su seducción natural — repuso su mujer, — pero es preciso que no se abandone y vuelva a convertirse aquí en una pequeña salvaje. Nelly, ayude a la se-

ñorita Cata a desvertirse... No se mueva, querida, que va a deshacer sus rulos... permítame que le quite el sombrero.

Le saqué el tapado y vi brillar, sobre unos calzones blancos y unos charolados zapatos, una hermosa falda escocesa de seda. Aun cuando sus ojos resplandecían de júbilo al mirar a los perros que saltaban a su alrededor, expresándole la bienvenida, apenas si se atrevía a tocarlos, de miedo que sus caricias ensuciaran sus hermosos vestidos. Me besó con circunspección porque, como estaba haciendo la torta de Navidad, me hallaba toda enharinada. No era posible que me estrechase entre sus brazos. Luego se volvió, buscando a Heathcliff. El señor y la señora Earnshaw aguardaban ansiosamente ese primer encuentro, que les permitiría juzgar si sus esperanzas de separar a los dos amigos tenían algún fundamento.

Resultó difícil, al principio, encontrar a Heathcliff. Si era desaseado y rotoso antes de la ausencia de Catalina, diez veces más lo fué después. Nadie, salvo yo, tenía ni siquiera la bondad de reprocharle su suciedad y de decirle que se lavara una vez por semana. Los chicos de su edad no gustan, en absoluto, del agua y del jabón. Razón por la cual, sin hablar de sus ropas, que habían prestado tres meses de servicios entre el lodo y el polvo, ni de su enmarañada cabellera, sus manos y su cara tenían un color oscuro y feo. Ya podía, en verdad, ocultarse detrás del banco, al ver entrar en el salón a una tan bella y tan graciosa señorita, en vez de la desgreñada cabeza, haciendo juego con la suya, que esperaba volver a encontrar.

—¿No está aquí Heathcliff? — preguntó la chica, quitándose los guantes y mostrando ostensiblemente unos deditos extraordinariamente blanqueados por la ociosidad y la vida de salón.

—Heathcliff, puedes acercarte — gritó el señor Hindley, regocijándose ante su desconcierto y feliz de obligarlo a aparecer bajo los rasgos de un muchachito desaseado. — Puedes, como los demás criados, desear la bienvenida a la señorita Cata.

Catalina, al ver a su amigo en ese escondite, se precipitó hacia él, para abrazarlo. En un segundo le aplicó seis o siete besos en cada mejilla, luego se detuvo, retrocedió y exclamó, estallando en una carcajada:

—¡Qué negro y atufado pareces!... ¡Y qué gracioso y feo estás! Pero, ha de ser, seguramente, porque estoy acostum-

brada a ver a Edgar y a Isabel Linton... ¡Y bien, Heathcliff! ¿me has olvidado?

Se explicaba esta pregunta, porque la vergüenza y el orgullo acumulaban sombras sobre el rostro de Heathcliff, que permanecía inmóvil.

—Dale la mano, Heathcliff — dijo el señor Earnshaw, condescendiente. — Una vez, de paso, puede permitirse.

—No lo haré — repuso el muchacho, recobrando, al fin, el uso de la palabra. — No quiero que nadie se burle de mí. ¡No he de soportarlo!

Y se habría escapado del círculo, de no haberlo asido nuevamente la señorita Cata.

—No quería reirme — dijo la chica, — pero no pude evitarlo. ¡Dame la mano, al menos, Heathcliff! ¿Por qué estás enojado? Fué únicamente porque me pareciste tan chusco... Cuando te hayas lavado la cara y acepillado los cabellos, todo irá bien, ¡pero estás tan sucio, ahora!. .

Echó una inquieta ojeada a los negruzcos dedos que tenía entre los suyos y también sobre su vestido que, mucho se lo temía, no había debido ganar nada con ese contacto.

—¡No tenía usted necesidad de tocarme! — repuso el muchacho, siguiendo su mirada y retirando bruscamente su mano. — ¡Seré tan sucio como se me ocurra! ¡Me gusta estar sucio y quiero estar sucio!

Pronunciadas estas palabras, se precipitó fuera de la habitación con la cabeza gacha, con gran júbilo del amo y de la señora Earnshaw, en tanto que Catalina, visiblemente confundida, no comprendía por qué sus observaciones habían causado tales manifestaciones de buen y mal humor.

Después de servir de mucama a la recién llegada, puse mis tortas al horno e iluminé alegremente la casa con grandes fuegos dignos de la víspera de Navidad. Luego me senté y traté de distraerme entonando cánticos, indiferente a las declaraciones de José, que trataba de impías canzonetas los alegres cantares que yo elegía. Se había retirado a su cuarto, para orar y el señor y la señora Earnshaw divertían a la señorita Catalina mostrándole diversos pequeños presentes destinados a los jóvenes Linton, en agradecimiento por sus atenciones. Los habían invitado a pasar la Navidad en Cumbres Borrascosas, cosa que fué aceptada con una condición: la señora Linton rogaba que sus queridítos fuesen cuidadosamente alejados de ese "chico roñoso y de sus juramentos".

Me quedé sola.

Aspiraba el fuerte aroma de las especias recalentadas; admiraba los utensilios de cocina, que relucían; el brillante reloj adornado con acebos, los vasitos de plata colocados sobre una bandeja, para la cena, prontos para ser colmados de caliente y aromatizada cerveza. Y eclipsando todo eso con su inmaculada nitidez, debida a un culto personal, el piso bien barrido y bien lavado. Discerní en mí misma, a cada objeto, la recompensa que merecía y luego me acordé del viejo Earnshaw, cuando venía a verme después de que todo estaba limpio, llamándome buena chica y deslizándome un chelín en la mano, como regalo de Navidad. Eso me conducía a pensar en su afecto por Heathcliff y en su temor de que, después de su muerte, tuviera el chico que sufrir con el desprecio de los demás. Y, como es natural, llegué a considerar la actual situación del pobre muchacho. Entonces, del canto pasé a las lágrimas.

Empero, pronto se me ocurrió que mejor sería tratar de corregir algunos de sus defectos, que lamentarse a su respecto. Me puse en pie y fuí a buscarlo al patio. No estaba muy lejos; lo encontré en la caballeriza, alisando el brillante pelo del nuevo "poney" y dando de comer a las demás bestias, de acuerdo con su costumbre.

—¡Apúrese, Heathcliff! — le dije. — Se está muy bien en la cocina y José se ha ido arriba. Apúrese y permita que lo vistan decentemente antes de que llegue la señorita Cata. Podrán, entonces, estar juntos. Todo el lugar junto al fuego les pertenecerá y podrán charlar hasta la hora de irse a la cama.

Prosiguió en su tarea, sin volver la cabeza.

—Venga... ¿vendrá usted? — continué. — Hay una tortita para cada uno de ustedes y necesita media hora para vestirse.

Aguardé durante cinco minutos, pero como no obtuve respuesta, lo dejé sólo. Catalina cenó con su hermano y su cuñada. Una comida muy poco cordial, sazonada con reproches por un lado, y con insolencias por el otro, nos reunió a José y a mí. En cuanto a la torta y al queso de Heathcliff, permanecieron durante toda la noche sobre la mesa, como una cena para las hadas. El chico se las compuso para continuar con su trabajo hasta las nueve y después subió a su cuarto, mudo y enfurruñado. Cata veló hasta muy tarde, pues tenía que preparar una cantidad de cosas para la recepción de sus nuevos amigos. En un momento dado, fué a la cocina para

hablar con su antiguo camarada, pero él no se encontraba allí; preguntó, únicamente, qué tenía y luego volvió a alejarse.

Al siguiente día por la mañana, Heathcliff se levantó muy temprano y como era fiesta, fué a pasear su malhumor por la landa, apareciendo sólo después que la familia se hubo encaminado a la iglesia. El ayuno y la reflexión parecían haberlo inducido a mejores disposiciones. Rondó en torno mío durante un rato y luego, tomando su coraje a dos manos, exclamó súbitamente:

—Póngame presentable, Nelly. He decidido ser bueno.

—¡Ya era hora, Heathcliff! — dije. — Ha causado usted mucha pena a Catalina y estoy segura de que lamenta haber vuelto a casa. Se diría que está usted celoso de los agasajos de que es objeto.

La idea de que podía sentirse celoso de Catalina le resultaba incomprensible, pero el sentimiento de haberla apenado, hizo mella en su espíritu.

—¿Dijo ella que se sentía apenada? — inquirió con grave acento.

—Se echó a llorar cuando le dije que se había usted marchado nuevamente, esta mañana.

—¡Pues bien! yo lloré anoche — repuso el muchacho. — Y con mayores razones que las que ella puede tener.

—Sí... ¡Haberse ido a la cama con el corazón henchido de orgullo y el estómago vacío, es una de esas grandes razones! Los orgullosos se crean a sí mismos tristes preocupaciones. Pero si se arrepiente de su acceso de malhumor, preciso ha de ser que le pida perdón cuando regrese; no lo olvide. Será necesario que se acerque a ella, que la abrace y que le diga... ya sabe usted mejor que yo lo que tiene que decirle. Sólo que, hágalo de buen grado y no como si considerase que su hermoso vestido la ha convertido en una extraña. Y ahora, aun cuando tengo que preparar el almuerzo, me haré de un momentito para acicalarlo en forma tal, que Edgar Linton parecerá un muñeco a su lado. Es usted más joven, y sin embargo, apostaría a que es más alto y que tiene los hombros el doble de anchos. ¡Podría arrojarlo al suelo en un abrir y cerrar de ojos! ¿No se siente capaz de hacerlo?

El rostro de Heathcliff se iluminó por espacio de un segundo; luego se cubrió nuevamente de sombras y repuso, suspirando:

—Aunque lo arrojara veinte veces al suelo, Nelly, no por

eso sería menos hermoso, ni yo me embellecería, tampoco. Me gustaría poseer cabellos rubios, tez suave, ser elegante, tener tan buenos modales como los suyos y la posibilidad de ser, algún día, tan rico como él lo será...

—Y llamar a "mamá" a cada rato — continué; — y temblar si un muchacho campesino alza el puño contra usted, y permanecer sentado en la casa todo el día a causa de un chaparrón. ¡Oh! Heathcliff, ¡de qué débil naturaleza está dando muestras! Venga frente al espejo y voy a enseñarle qué es lo que debería desear... Mire esas dos líneas entre sus ojos.. Y esas cejas espesas que, en vez de estar arqueadas, llegan hasta el medio, y ese par de oscuros diablillos, profundamente hundidos, que jamás abren sus lumbreras audazmente, sino que brillaban por debajo, como los espías de Lucifer... Tenga voluntad para borrar esas melancólicas arrugas, aprenda a alzar francamente los párpados y a trocar los demonios en ángeles confiados e inocentes, que no sospechan de nadie, no dudan de nada y ven siempre amigos, allí donde no están seguros de ver enemigos. No adopte la expresión de un cuzquillo arisco que, aunque sabe que merece los golpes que recibe, odia, empero, al que se los propina y al mundo entero al mismo tiempo, por lo que soporta.

—Dicho en otros términos, debo desear unos grandes ojos azules y la frente lisa de Edgar Linton — repuso. — ¡Pues bien! lo deseo, pero eso no tornará más factible el asunto.

—Un buen corazón lo ayudará a tener un lindo rostro, muchacho — proseguí, — aun cuando fuese un perfecto negrito. En cambio, un mal corazón trocaría la cara más bonita en algo peor que la fealdad. Y ahora que ya está limpio y bien peinado, que acabó de poner trompa, dígame si no encuentra que es un muchacho bastante lindo. Tal es al menos, mi opinión. Podrían tomarlo por un príncipe disfrazado. ¿Quién sabe si su padre no era emperador de la China, y su madre una reina hindú, capaz cada uno de ellos de adquirir, con sus rentas de una semana, Cumbres Borrascosas y Thrushcross Grange reunidos? Y usted fué raptado por unos piratas y traído a Inglaterra. En su lugar, me forjaría una elevada idea de mi cuna y el pensamiento de lo que soy me infundiría valor y dignidad para aguantar las bromas de un pequeño granjero.

Seguí charlando de esa guisa y Heathcliff iba perdiendo, poco a poco, su aire enfurruñado. Hasta empezaba a parecer bastante amable, cuando nuestra conversación fué brus-

camente interrumpida por el ruido de un carruaje que se acercaba por la carretera y penetraba en el patio. Corrió a la puerta y yo hice otro tanto en dirección a la ventana, justo a tiempo para ver a los dos Linton, cubiertos con abrigos y con pieles, salir de la calesa familiar, en tanto que los Earnshaw, que iban con frecuencia a la iglesia a caballo, se apeaban de su montura. Catalina tomó a los niños de la mano, los hizo entrar en la casa y los instaló junto al fuego, cosa que rápidamente hizo renacer colores en sus pálidas mejillas. Insté a mi protegido a que se apurara, a fin de mostrar su gracioso humor. Obedeció de buen grado, pero quiso la mala suerte que en el momento en que abría de un lado la puerta de la cocina, Hindley la abriera del otro. Tropezaron y el amo, irritado al verlo completamente limpio y todo gozoso, o quizá deseoso de mantener la promesa formulada a la señora Linton, lo rechazó de un brusco empellón y ordenó a José que "alejara al muchacho y lo enviara al granero hasta que la comida hubiese terminado, porque metería sus dedos en los pasteles y se robaría el postre, si lo dejaban un minuto sólo".

—No, señor — repuse, sin poder evitarlo. — Nada tocará. Además, me parece que debe tener su parte de buenas cosas, tal como nosotros.

—Ha de ser mi mano la que le distribuya la suya, si llego a sorprenderlo abajo antes de la tarde — gritó Hindley. — ¡Fuera de aquí, vagabundo! ¡Ah! ¿Conque quieres hacerte el petimetre? Espera un poco que agarre uno de esos bonitos rulos... ¡ya verás si los alargo tirando de ellos!

—Ya son bastante largos — dijo el joven Linton, que observaba furtivamente la escena desde el umbral de la puerta. — Me pregunto cómo no le hacen doler la cabeza. ¡Parecen crines que caen sobre los ojos!

Formuló esta observación sin la menor intención desagradable, pero la violenta naturaleza de Heathcliff no estaba hecha para tolerar ni siquiera un atisbo de impertinencia en alguien a quien parecía detestar ya como a un rival. Tomó una sopera llena de jugo de manzanas hirviendo — lo primero que encontró al alcance de su mano — y arrojó su contenido todo en el rostro y en el cuello del charlatán. Este empezó a exhalar quejumbrosos lamentos, que atrajeron de inmediato a Isabel y a Catalina. El señor Earnshaw tomó al punto al culpable y lo condujo a su habitación, donde, sin ningún género de dudas, le administró un enérgico remedio, bue-

no para calmar las crisis de nervios, porque cuando volvió estaba rojo y jadeante. Tomé un trapo y empecé a restregar sin mayor suavidad la boca y la nariz de Edgar, al mismo tiempo que le declaraba que se lo había merecido, por meterse en los asuntos de los demás. Su hermana aseguró, lagrimeando, que quería regresar a su casa, mientras Cata asistía, ruborizada y con evidente desconcierto, a todo aquello.

—¡No debió usted haberle dirigido la palabra! — dijo al joven Linton, con acento de reproche. — Estaba malhumorado y ahora su visita se ha echado a perder. ¡Además, lo van a castigar y yo detesto que lo castiguen! Esto me va a cortar el apetito. ¿Por qué le habló usted, Edgar?

—Yo no le hablé — dijo el joven con entrecortada voz, escapándose de entre mis manos y terminando su limpieza con su pañuelo de batista. — Prometí a mamá no dirigirle ni una sola palabra y lo hice.

—¡Pues bien! no llore, entonces — prosiguió Catalina con aire de desprecio. — No está usted muerto, después de todo. No siga con sus historias. Ahí viene mi hermano, ¡quédese tranquilo! ¡Basta, Isabel! ¿También a usted la lastimaron?

—¡Vamos, vamos, chicos... a la mesa! — exclamó Hindley entrando precipitadamente. — Ese chiquillo del diablo me ha hecho entrar en calor. La próxima vez, caballerito Edgar, impóngase con sus propios puños... ¡eso le abrirá el apetito!

La reducida asamblea recuperó la calma a la vista del festín que embalsamaba el ambiente. El paseo les había dado hambre y se consolaron fácilmente, desde el momento que nada serio les había sucedido. El señor Earnshaw sirvió abundantes porciones y el ama los divirtió con felices ocurrencias. Yo permanecí detrás de su silla y me apenó ver a Catalina cortar, con aire indiferente y secos ojos, el ala de pato que tenía frente a ella. "¡Insensible criatura!" — pensé. — "¡Cómo resbalan sobre ella las desdichas de su antiguo camarada! ¡No la hubiese creído tan egoísta!" se llevó un trocito de ave a la boca y volvió a dejarlo en el plato; sus mejillas se arrebolaron súbitamente y brotaron sus lágrimas. Dejó caer al suelo su tenedor y se hundió rápidamente debajo del mantel, para ocultar su emoción. No la traté ya de egoísta, porque me dí cuenta de que durante todo el día había estado en perpetuo suplicio, buscando por todos los medios quedarse sola o reunirse con Heathcliff. Este había sido encerrado por el amo; lo descubrí al tratar de llevarle, a escondidas, una fuente de vituallas.

En horas de la tarde se bailó. Cata pidió que le devolvieran la libertad, ya que Isabel Linton no tenía compañero. Sus súplicas fueron vanas y tuve que hacerme cargo del puesto vacante. La animación de la danza ahuyentó toda nuestra tristeza, y a poco nuestro placer se acrecentó aún más por la llegada de la orquesta de Gimmerton y de sus quince músicos: trompetas, trombones, clarinetes, bajones, cuernos de caza y violoncelo, sin contar a los cantores. Es su costumbre, en Navidad, recorrer las casas importantes; les dan algún dinero y consideramos como una gran fiesta oirlos. Cuando hubieron entonado los cánticos habituales, les pedimos canciones y coros. La señora Earnshaw amaba mucho la música y nos la brindaron en abundancia

También Catalina la amaba, pero declaró que era más agradable oir los sonidos desde arriba de la escalera, y subió en la oscuridad. La seguí. Abajo, cerraron la puerta sin advertir nuestra ausencia, tanta era la concurrencia. No se detuvo en el rellano, prosiguiendo hasta el granero, donde llamó a Heathcliff, que estaba encerrado en el mismo. Durante un buen rato se negó obstinadamente a contestar. La chica insistió y obtuvo, gracias a su perseverancia, que se comunicara con ella a través de las tablas. Dejé que los pobres pequeños conversaran libremente, hasta el momento en que presumí que los cantores iban a cesar en sus coros para tomar algunos refrescos. Trepé, entonces, por la escalera, a fin de advertir a Catalina. En vez de encontrarla en el exterior, oí su voz en el interior. La monilla, deslizándose sobre el techo por la lumbrera de una buhardilla, llegó a la lumbrera de otra buhardilla. Me costó todo el trabajo del mundo convencerla de que saliera de allí. Cuando se resolvió a hacerlo, Heathcliff la acompañaba. Catalina me pidió con insistencia que lo llevara conmigo a la cocina, puesto que mi compañero de labores se había marchado a la casa de un vecino, huyendo de lo que llamaba "nuestros cánticos de Satán". Les dije que no pensaba, en absoluto, alentar sus manejos. Sin embargo, como el prisionero ayunaba desde la víspera, cerré los ojos por esta vez ante ese engaño hacia el señor Hindley. Bajó, le instalé un taburete frente al fuego y le ofrecí una cantidad de buenas cosas. Pero comió poco, estaba desanimado y tuve que renunciar a distraerlo. Con los codos apoyados en las rodillas y el mentón hundido entre las palmas de las manos, permaneció abismado en profunda meditación. Como le preguntara en qué pensaba, repuso gravemente:

—Estoy buscando la forma de hacerle pagar esto a Hindley. Nada me importa el tiempo que deba esperar, con tal de que lo consiga algún día. ¡Alimento la esperanza de que no se me escape, muriéndose antes!

—¡Qué vergüenza, Heathcliff! — dije. — Dios es el llamado a castigar a los malos, en tanto que nosotros debemos aprender a perdonar.

—No, Dios no experimentaría el mismo placer que yo — replicó. — ¡Sólo desearía conocer el mejor medio! Déjeme, que voy a reflexionar en eso. Mientras lo hago, olvido mis penas.

* * *

—Pero, señor Lockwood, me olvido de que estas historias no pueden interesarle. Me siento avergonzada por haber charlado tanto. Su grano mondado está frío y el sueño cierra sus párpados. Pude haber contado la historia de Heathcliff, o por lo menos lo que necesitaba usted conocer de la misma, en media docena de palabras.

Dicho lo cual, el ama de llaves se puso en pie, disponiéndose a dejar de lado su labor. Pero yo me sentí incapaz de moverme de junto al fuego y estaba muy lejos de adormilarme.

—¡No se mueva, señora Dean! — exclamé. — ¡Quédese otra media hora! Ha hecho usted muy bien en referir la historia sin apresuramientos. Ese es el método que me agrada y hay que terminarla de la misma manera. Todos los personajes que me va presentando, me interesan, desde distintos puntos de vista.

—Pronto van a dar las once, señor.

—No tiene ninguna importancia... No me acuesto nunca antes del alba. La una o las dos, es una hora conveniente para quien no se levanta antes de las diez.

—No debería usted quedarse acostado hasta tan tarde. A esa hora, ya ha pasado hace un buen rato el momento más agradable de la mañana. Si no se hizo la mitad del trabajo del día a las diez, se corre peligro de dejar la otra mitad por hacer.

—A pesar de eso, señora Dean, vuelva a tomar asiento, porque mañana tengo la intención de prolongar la noche hasta la tarde. Siento que se aproxima un romadizo tenaz, por lo menos.

—Aliento la esperanza de que no sea así, señor. ¡Pues bien!, permítame saltear unos tres años. En ese intervalo, la señora Earnshaw...

—¡No! ¡no! ¡no permitiré semejante cosa! Imagínese lo que experimentaría si, estando completamente sola con una gata ocupada en lamer a sus pequeñuelos, siguiera esa operación con tanto interés, que le bastara ver a la gata olvidar un pedacito de oreja, para que ello la encolerizara seriamente.

—Es ése un sentimiento que no mantiene despierto, en absoluto, a mi juicio...

—Lo persigue a uno, por el contrario. Es el mío, en este momento. Por lo consiguiente, prosiga minuciosamente su historia. Advierto que los habitantes de estas regiones ofrecen mayor relieve que las personas de las ciudades; así, en una celda, una araña adquiere mayor importancia que en una simple casa, a los ojos de quien la observa. Y, sin embargo, ese reforzado interés no se debe enteramente a la situación del observador. Es que por aquí se vive con más seriedad y más en sí mismo, menos superficialmente y sin sufrir deformaciones por contingencias frívolas. Aquí podría considerar posible un amor que durase toda la vida, a pesar de que siempre creí que no existe ninguno que pueda aguantar más de un año.

De esas personas, las unas se asemejan a un hombre hambriento que, puesto frente a un plato único, haría honor al mismo con todo su apetito. Las otras, a ese mismo hombre instalado a una mesa preparada por cocineros franceses. El conjunto de la comida le causará, sin duda, idéntico placer, pero las porciones quedarán dispersas en su recuerdo, tanto como ante su mirada.

—¡Oh! somos aquí la misma clase de gente que en cualquier otra parte, una vez que se nos conoce — declaró la señora Dean, un poco desconcertada por mi discurso.

—¡Perdón! — le contesté. — Usted es, mi buena señora, la prueba evidente de lo contrario. Salvo algunos insignificantes provincialismos, sus modales no son, en absoluto, los que siempre noté en las personas de su categoría. Estoy segura de que ha reflexionado mucho más de lo que, por lo general, lo hacen los criados. Ha sido impelida a cultivar sus facultades de observación porque careció de oportunidades de derrochar su vida en futilezas.

— — —

La señora Dean se echó a reír.

—¡Oh! soy, seguramente, de una especie juiciosa y razonable — dijo, — aunque no, supongo. por haber vivido en medio de las montañas y observado, de un extremo al otro del año, el mismo lote de individuos y una misma manera de proceder. Me impuse una severa regla de conducta que me enseñó a ser prudente y he leído más de lo que usted se imagina, señor Lockwood. No podría usted hallar en esta biblioteca un libro que yo no haya abierto y del cual no haya extraído algún provecho, salvo en el estante de los griegos y latinos y en el de los franceses. Y aun allí, sé distinguir entre cada uno de ellos. Eso es todo lo que puede pedirse a la hija de un pobre hombre. Sea como fuere, si debo referir mi historia como buena comadre, mejor será que prosiga, y en vez de saltear tres años, me limitaré a pasar por alto el verano siguiente, es decir, el de 1778, hará de esto unos veintitrés años.

CAPITULO VIII

Una hermosa mañana de junio vino al mundo un lindo niño, último de la vieja familia Earnshaw, al que crié. Estábamos ocupados en los henos, en un campo alejado, cuando la pequeña que diariamente nos llevaba nuestros desayunos apareció una hora más temprano, corriendo a todo lo que daba por el sendero, después a través de la pradera, y llamándome al mismo tiempo.

—¡Oh! ¡qué bebé grande y hermoso! — exclamó, jadeante. — ¡La criaturita más linda que haya existido jamás! Pero el doctor dice que el ama no vivirá, pues se ha debilitado del pecho en los últimos meses y morirá antes del invierno. Es preciso que regrese usted inmediatamente a la casa. Criará al chiquillo, Nelly, le dará azúcar y leche y velará por él noche y día. Mucho me agradaría estar en su lugar, porque será completamente suyo cuando ya no tengamos a la señora.

—Pero, ¿tan enferma está? — pregunté, arrojando mi rastrillo y anudando mi bonete.

—Así lo creo. Sin embargo, da muestras de valentía — repuso la chica. — Habla como si pensara vivir lo bastante para verlo transformado en un hombre. La felicidad le hace perder la cabeza. ¡Es tan bonito! Si fuese ella, estoy segura de que no me moriría. Me sentiría mejor con sólo mirarlo, diga lo que diga Kenneth. ¡Bien furiosa que me puse contra este último! La señora Archer acababa de bajar para mostrar el querubín al amo, cuyo rostro se había iluminado, cuando

ese viejo gruñón de doctor se adelantó y dijo: "Earnshaw, es una bendición que su mujer haya podido vivir hasta darle este hijo. Cuando llegó, creí firmemente que no la conservaríamos durante mucho tiempo y ahora debo decirle que es muy probable que el invierno acabe con ella. Y luego, habría usted procedido mucho mejor no escogiendo a una mujercita tan endeble."

—¿Y qué contestó el amo? — pregunté.

—Creo que empezó a jurar, pero no me ocupé más de él, tan grande era mi deseo de ver al bebé.

Y volvió a describirlo, encantada.

Tan curiosa como ella, me precipité hacia la casa, impaciente por admirar al niñito por mí misma. Sin embargo, la suerte de Hindley me entristecía. No había lugar en su corazón más que para dos ídolos: su mujer y él mismo. Adoraba a la primera y no concebía que se resignase a perderla.

Cuando llegamos a Cumbres Borrascosas, estaba frente a la gran puerta y desde el dintel le pregunté cómo se encontraba el bebé.

—Casi en condiciones de echar a correr, Nelly — repuso con alegre sonrisa.

—¿Y el ama? — me atreví a preguntar. — El doctor dice que ella...

—¡Maldito doctor! — me interrumpió, enrojeciendo. — Frances está muy bien y se hallará completamente restablecida la semana próxima. ¿Sube usted? Dígale que iré a verla si me promete no hablar. La dejé sola porque no quería callarse, y tiene que hacerlo... Dígale que el doctor Kenneth ha ordenado qae permanezca tranquila...

Transmití el mensaje a la señora Earnshaw, que me pareció muy bien dispuesta y repuso alegremente:

—Apenas si pronuncié una palabra, Nelly, y se marchó llorando, en dos oportunidades. Pero, está bien... dígale que prometo no hablar. ¡Eso no me impedirá, sin embargo, reírmele en sus propias barbas!

¡Pobre pequeño ser! Hasta una semana antes de su muerte, esa alegría no la había abandonado y su marido persistía en afirmar con encarnizamiento, casi con furor, que su salud mejoraba día a día. Cuando Kenneth le advirtió que los medicamentos, en ese estado de la enfermedad, eran inútiles y que no deseaba ponerlo en mayores gastos, contestó:

—Sé que es inútil... está bien... ya no tiene necesidad de su ciencia. Nunca fué tuberculosa. Era la fiebre, que ya ha

desaparecido. Su pulso se halla tan tranquilo como el mío y sus mejillas están tan frescas como las de una criatura.

Refería la misma historia a su mujer y ella parecía creerlo. Pero, una noche, mientras descansaba la cabeza sobre su hombro, diciendo que podría levantarse al día siguiente, tuvo un acceso de tos... ¡Oh! un acceso muy pequeño... El la alzó en sus brazos, ella le pasó los suyos en torno del cuello, su rostro experimentó un cambio... estaba muerta.

Tal como la criada lo había previsto, el pequeño Hareton quedó completamente a mi cargo. El señor Earnshaw estaba satisfecho de todo, a su respecto, desde el momento que no lo oía llorar y lo sabía gozando de buena salud. En lo que a él mismo se refería, se hallaba desesperado. Pero su pena no era de esas que se expresan con gemidos. Jamás lloraba o rezaba; rebelado, jurando fácilmente, abominaba de Dios y de todos los hombres y se entregó a una desenfrenada disipación. Los criados no pudieron soportar durante mucho tiempo sus modales tiránicos y sus maldades. José y yo fuimos los únicos en mantenernos firmes en la brecha. Personalmente, no me sentí con coraje para abandonar mi cargo; además, sabrá usted que era su hermana de leche, por cuya razón sentía más indulgencia hacia él que un extraño. José se quedó para maltratar a los granjeros y a los peones, y también porque era su vocación vivir allí donde existía mucha impiedad para reprobar.

Las malas costumbres del amo y sus deplorables camaradas daban bonitos ejemplos a Catalina y a Heathcliff. Su modo de ser con este último habría bastado para convertir a un santo en un demonio. Y, en realidad, en esa época, se habría dicho que el muchacho estaba poseído por algún espíritu maligno. Se regocijaba al ver a Hindley degradarse sin remedio y día a día dejaba transparentar un poco más su sombrío y cínico salvajismo. No podría describirle, ni siquiera a medias, el infierno que era nuestra casa.

El pastor dejó de venir y muy pronto ninguna persona correcta se nos acercó. La única excepción la constituían las visitas de Edgar Linton a Catalina. Esta, a los quince años, era la reina de la comarca. Como nadie podía igualarla, ¡en qué criatura altanera y obstinada se convirtió! Confieso que cesé de quererla cuando dejó de ser una chiquilla, y muy a menudo la hacía rabiar rebajando su arrogancia. Sin embargo, jamás sintió aversión hacia mí. Se mostraba muy constante en sus viejos afectos. El propio poder de Heathcliff jamás

cedió ante otros cariños y el joven Linton, a pesar de toda su superioridad, tuvo mucho trabajo para causar sobre ella una impresión tan profunda. Tuve a éste como amo y ese retrato colocado sobre la chimenea es el suyo. Antaño, estaba colgado de un lado y el de su mujer del otro, pero este último ha sido quitado de su lugar. De lo contrario habría podido usted juzgar lo que ella era. ¿Vé usted algo?

La señora Dean alzó la bujía y discerní un rostro de rasgos en extremo suaves, que se asemejaba mucho al de la joven dama de Cumbres Borrascosas, pero con una expresión más pensativa y más agradable. Era un hermoso retrato. Los largos cabellos rubios se enrulaban ligeramente sobre las sienes, los ojos eran grandes y serios y el conjunto resultaba, quizá, demasiado gracioso. No me extrañó que Catalina Earnshaw hubiese podido olvidar a su primer amigo por una cara semejante. Lo que sí me extrañaba era que él, con un espíritu en relación con su físico, hubiera podido enamorarse de Catalina Earnshaw, tal como yo me la imaginaba.

—Una pintura muy hermosa — dije al ama de llaves. — ¿Se le parece?

—Sí — repuso, — pero era mejor cuando se animaba; ese es su aspecto ordinario, que carecía un tanto de vivacidad.

Catalina había mantenido relaciones con los Linton desde su permanencia en la residencia de los mismos. Como no se sentía tentada, en su compañía de evidenciar su arrebatada naturaleza y como poseía bastante finura y decencia para no retribuir con brusquedades las constantes cortesías de que era objeto, se conquistó involuntariamente al anciano caballero y a la dama, con sus ingenuas efusiones; logró la admiración de Isabel y luego el corazón y el alma de su hermano. Se sintió halagada con sus conquistas desde un principio, pues no carecía de ambición, viéndose así impelida a cierta duplicidad, sin querer engañar a nadie. En la casa, donde oía tratar a Heathcliff de "joven pillastre" y de "perfecto bruto", se cuidaba de no proceder como él, pero estaba muy poco dispuesta a adoptar modales elegantes de los que todo el mundo se habría reído y a disfrazar su naturaleza salvaje, desde el momento que no extraía de ello ningún provecho ni alabanza.

Era raro que el señor Edgar se sintiese con bastante audacia para visitar abiertamente Cumbres Borrascosas. Aterrado por la reputación de Earnshaw, temblaba ante la idea de encontrarse con él. Sin embargo, lo recibíamos siempre con to-

da cortesía; el propio amo, conociendo la razón de sus visitas, evitaba chocarlo y si se sentía incapaz de un esfuerzo de cortesía, permanecía apartado. Creo que esas visitas de Edgar resultaban un tanto desagradables a Catalina. La joven no sabía fingir, nunca coqueteaba y era evidente que no deseaba el menor encuentro entre sus dos amigos, porque cuando Heathcliff manifestaba su desprecio a Linton, no podía, ni siquiera a medias, aprobarlo como lo hacía en ausencia del otro; y cuando Linton expresaba su antipatía y su repugnancia por Heathcliff, no se atrevía a permanecer impasible y a dejar suponer que poco le importaba que denigraran a su compañero de juegos. Reí con frecuencia al observar su perplejidad y su íntima turbación, que se esforzaba en vano por ocultar, temerosa de mis burlas. Esto parece una maldad de parte mía, pero la joven se estaba tornando tan orgullosa que era imposible sentir piedad por sus dificultades, a menos que recobrase un poco de su antigua humildad. Finalmente, se decidió a contármelo todo y a confiarse en mí. ¿A qué otra persona podía elegir como consejera?

Una tarde en que el señor Hindley salió de casa, Heathcliff resolvió concederse un asueto. Creo que contaba por ese entonces dieciséis años y sin ser feo de cara, ni estar desprovisto de inteligencia, provocaba, tanto por su físico como por su moral, una repulsión que no causa, en absoluto, su aspecto actual. Por lo pronto, en esa época, había perdido todos los efectos de su educación primitiva; el trabajo rudo, continuado, iniciado al alba y terminado de noche, había matado toda curiosidad en él, el cariño por los libros y el amor al estudio. Se había borrado el sentimiento de superioridad que le inculcó en su infancia el favor del anciano señor Earnshaw. Luchó durante mucho tiempo para no verse distanciado por Catalina en sus estudios y cuando se vió obligado a ceder, experimentó una profunda pena, aunque nada dejó transparentar. Empero, renunció por completo y no hizo ya ninguna tentativa para elevarse, cuando comprendió que estaba destinado a caer por debajo del rango que había alcanzado. En ese momento, la apariencia física y el rebajamiento moral se juntaron; adquirió un andar pesado y un aspecto grosero. De reconcentrado que era, se tornó brutalmente insocial y experimentó, al parecer, un placer horrible en provocar la aversión, más que la estima de los que lo rodeaban.

No obstante, Catalina y él seguían siendo fieles camaradas

cuando Heathcliff le hacía la rabona al trabajo. Pero ya no se abandonaba a ninguna declaración de ternura y rechazaba con irritada desconfianza sus infantiles caricias, no haciéndose ilusiones de índole alguna sobre el placer que la chica experimentaba al prodigarle semejantes muestras de afecto.

Ese día, pues, llegó a la casa anunciando su intención de no hacer nada, en momentos en que yo ayudaba a acicalarse a la señorita Catalina. La joven no había previsto ese gesto de pereza y suponiendo el campo libre, se las compuso para advertir al señor Edgar la ausencia de su hermano, y se aprestaba a recibirlo.

—Cata, ¿estará ocupada, esta tarde? — inquirió Heathcliff. — ¿Irá a algún lado?

—No; llueve — repuso la joven.

—¿Por qué, entonces, se ha puesto ese vestido de seda? — dijo. — Supongo que no vendrá nadie, ¿verdad?

—Nadie, que yo sepa — balbució la señorita. — Pero, debería usted estar en el campo en este momento, Heathcliff. Hace una hora que hemos almorzado y creía que se había marchado.

—Hindley no nos libra tan a menudo de su maldita presencia — observó el mozo. — No trabajaré ni un minuto más, hoy. Me quedaré con usted.

—¡Oh!, pero José se lo dirá — insinuó Cata. — ¡Sería preferible que se fuese!

—José está cargando cal del otro lado de la colina de Pennistow. Esa tarea lo ocupará hasta la noche y no se enterará de nada.

Luego de lo cual, se aproximó con negligente paso a la chimenea, sentándose junto al fuego. Después de reflexionar durante un instante con el entrecejo fruncido, Catalina consideró necesario anunciar la invasión.

—Isabel y Edgar Linton hablaron de venir esta tarde — dijo, luego de un minuto de silencio. — Como está lloviendo, no tengo muchas esperanzas de recibir su visita, pero pueden llegar y en ese caso, correría usted el peligro de ser regañado, sin el menor provecho.

—Hágales decir por intermedio de Nelly que no se encuentra en casa, Cata — repuso Heathcliff con insistente acento. — ¡No me despida por sus idiotas de amigos! A veces, siento deseos de quejarme por lo que ellos me... pero no lo haré...

—¿De lo que ellos qué? — gritó Catalina, mirándolo con aire de turbación. — ¡Oh! Nelly — añadió con vehemencia y retirando su cabeza de mis manos. — ¡ha desenrizado mis rulos al peinarme! Está bien, déjeme que continúe sola. ¿De qué tiene usted deseos de quejarse, Heathcliff?

—¡Oh! de nada... mire, solamente, el calendario que está colgado en la pared — dijo, designando el cartón colocado junto a la ventana. — Las cruces indican las tardes que pasó usted con los Linton, los puntos, aquellas que me concedió. ¿Ve usted? He marcado todos los días.

—Sí .. ¡qué tontería! ¡Como si yo hiciese caso a esto! — repuso Catalina con desabrido acento. — ¿Y por qué los marcó?

—Para demostrarle que yo sí le hago caso... — dijo Heathcliff.

—¿Debo, acaso, estar siempre con usted? — inquirió con creciente irritación Catalina. — ¿De qué me sirve eso? ¿De qué habla usted? No encuentra más cosas para decir, que las que encontraría un mudo o un niño.

—¡Nunca me dijo usted, Cata, hasta este momento, que yo no hablaba bastante o que se aburría en mi compañía! — exclamó Heathcliff, presa de visible turbación.

—No son una compañía, las personas que no saben nada y nada dicen — murmuró Catalina.

Heathcliff se puso en pie, pero no tuvo tiempo de expresar con mayor amplitud sus sentimientos, porque se oyó ruido de cascos en el empedrado y luego de golpear tímidamente, entró el joven Linton, radiante el rostro por haber recibido esa inesperada invitación. Es seguro que Catalina advirtió hasta qué punto eran distintos sus amigos, mientras el uno entraba y salía el otro.

Imagínese el contraste que hallaría, si pasase de una región minera, erizada y llena de humo, a un hermoso y fértil valle. Y también era grande el contraste entre sus voces y su forma de saludar. Linton hablaba con un acento dulce y moderado, pronunciaba las palabras como lo hace usted, es decir, con menos rudeza que nosotros y con un tono más armonioso.

—No he venido demasiado temprano, ¿verdad? — dijo, echando una mirada hacia donde yo me encontraba.

Había empezado a secar la vajilla y a arreglar unos cajones en la parte interior del aparador

—No — repuso Catalina. — ¿Qué hace usted allí, Nelly?

—Mi trabajo, señorita.

El señor Hindley me había ordenado que estuviese siempre presente durante las visitas que Linton hiciera solo.

Catalina se acercó y me dijo, con sibilante y maligno acento:

—¡Váyase, usted y sus estropajos! Cuando llegan visitas, los criados no empiezan a limpiar y a lustrar en la habitación en que está la gente.

—Aprovecho la ausencia del amo — repuse en voz alta. — El señor detesta que ande removiendo todos estos chirimbolos en su presencia. Estoy segura de que el señor Edgar sabrá disculparme.

—¡Y yo, detesto que los ande removiendo en la mía! — exclamó imperativamente la joven, cortando la palabra a su huésped.

Estaba agitada aún por su pequeña disputa con Heathcliff.

—Mucho lo lamento, señorita Catalina — dije, prosiguiendo afanosamente mi tarea.

Creyendo que Edgar no la vería, me arrancó el repasador de entre las manos y me pellizcó el brazo, torciendo larga y disimuladamente la carne. Dije que no la quería ya y que experimentaba cierto placer en mortificar su vanidad de vez en cuando; además, me había lastimado cruelmente. Por lo tanto, me incorporé, exclamando:

—¡Oh! señorita, ¡qué maldad tan grande! No tiene usted derecho a pellizcarme, ni yo lo soportaré.

—¡No la he tocado, mentirosa! — gritó, ardiéndole los dedos por volver a empezar y enrojeciendo de rabia hasta las orejas.

Nunca había sabido ocultar su cólera, que la tornaba del color de la grana.

—¿Qué es esto, entonces? — repuse, mostrando, para confundirla, la prueba visible aún.

Golpeó con el pie en el suelo, titubeó un instante y luego, guiada por sus malos instintos, me aplicó un bofetón en la mejilla, un bofetón como un latigazo, que llenó mis ojos de lágrimas.

—¡Catalina querida! ¡Cata! — intervino Linton, realmente escandalizado ante la doble falta de la mentira y de la violencia, cometida por su ídolo.

—¡Salga de la habitación, Nelly! — repitió Catalina, toda trémula.

El pequeño Hareton, que me seguía por doquier y estaba sentado en el suelo, a mi lado, se echó también a llorar viendo mis lágrimas, y en medio de sus sollozos acusó a la "mala tía Cata", lo que hizo derivar el furor de la misma sobre la desdichada cabecita. Tomó a la criatura por los hombros y la sacudió con fuerza tal que Edgar, viendo que el pobre pequeño se tornaba lívido, quiso librarlo de aquellas manos, que retuvo sin consideraciones. En un instante, una de esas manos desprendióse y el joven, pasmado, la sintió contra su propia mejilla en una forma que no era posible considerar como una broma. Retrocedió, consternado. Alcé a Hareton en mis brazos y lo conduje a la cocina, dejando abierta la puerta de comunicación, porque sentía curiosidad por ver cómo terminaría la escena. El ultrajado visitante se dirigió, intensamente pálido y con los labios temblorosos, hacia el lugar donde había dejado su sombrero.

"Muy bien — me dije para mi coleto, — ¡extraiga de esto el correspondiente provecho y márchese! Es mucha bondad de parte de Cata haberle ofrecido una muestra de su verdadera naturaleza."

—¿Adónde va usted? — preguntó Catalina, poniéndose frente a la puerta.

Linton trató de pasar.

—¡No se marchará! — exclamó la joven, voluntariosamente.

—¡Debo irme y me iré! — repuso el muchacho, con desalentado acento.

—No — afirmó la chica, precipitándose al picaporte de la puerta. — Espere, Edgar Linton, quédese un instante. No puede usted dejarme inmediatamente después de este acceso de malhumor. Me sentiré desdichada durante toda la noche y no quiero serlo por causa suya.

—¿Puedo quedarme después de haber sido golpeado por usted? — inquirió Linton.

Catalina no contestó.

—Ha logrado que me asustase y avergonzase por usted — prosiguió. — ¡Nunca más volveré a esta casa!

Los ojos de Catalina se humedecieron.

—¡Y, además, mintió usted conscientemente! — añadió.

—¡No! — exclamó la joven, recobrando el uso de la palabra. — ¡Nada hice conscientemente! Y, después de todo, váyase, si quiere irse .. ¡váyase! Ahora, voy a llorar... ¡voy a llorar hasta enfermarme!

Cayó de rodillas junto a una silla y sus lágrimas empezaron a brotar a raudales. Edgar persistió en su resolución hasta que llegó al patio. Una vez allí, titubeó. Decidí infundirle alientos.

—La señorita es terriblemente caprichosa, señor — le grité. — Caprichosa y mala como sólo puede serlo una niña mimada. Sería preferible que regresase usted a su casa, o Cata se enfermará nada más que para entristecerlo y entristecernos.

La débil criatura miró hacia la ventana; era tan incapaz de marcharse como un gato frente a una laucha medio muerta o un pájaro semidevorado.

"¡Ah! — pensé. — Nada lo salvará. ¡Está condenado y rueda hacia su destino!"

Y así fué.

Se volvió bruscamente, entró nuevamente en la casa y cerró la puerta a sus espaldas.

Cuando, más tarde, fuí a prevenirles que Earnshaw había regresado, exasperado por el alcohol y dispuesto a arrojarnos a la cara todo lo que encontrase a mano — como le ocurría cada vez que se hallaba en tal estado — me dí cuenta de que la querella no había hecho más que estrechar los lazos que los unían, que Cata hasta había arrasado con los últimos reductos de su joven timidez y terminado con su simulacro de amistad, los condujo a la confesión de su mutuo amor.

La llegada del señor Hindley hizo huir a Linton hacia su caballo y a Catalina a su cuarto. Yo, fuí a esconder al pequeño Hareton y a descargar el fusil con el cual jugaba siempre el amo en sus crisis de furia, para mayor peligro de quien lo provocase o llamase demasiado su atención. Me dije que una vez la carga quitada, el daño sería menor si llegaba a disparar.

CAPITULO IX

Earnshaw entró profiriendo abominables juramentos y me sorprendió en el momento mismo en que encerraba a su hijo en el armario empotrado de la cocina. Hareton experimentaba un saludable terror ante el pensamiento de afrontar su ternura de bestia salvaje, o su cólera de demente. Con la primera, corría el peligro de ser apretujado y besado hasta morir; con la otra, de ser arrojado al fuego o precipitado con-

tra la pared. Por lo tanto, el pobre nenito se quedó perfectamente tranquilo allí donde decidí ponerlo.

—¡Al fin lo descubro! — gritó Hindley, tomándome por la piel del cuello como a un perro y rechazándome, al mismo tiempo. — ¡Por el cielo y el infierno, la verdad es que todos se han juramentado para matar a este chico! Ahora me doy cuenta por qué jamás lo encuentro en mi camino. ¡Pero, con la ayuda de Satanás, le haré tragar el cuchillo de la cocina, Nelly! Le aconsejo que no se ría, porque acabo de arrojar de cabeza a Kenneth en la charca del Caballo Negro. Y dos, no dan mayor trabajo que uno... ¡No tendré tranquilidad hasta que mate a alguno de ustedes!

—¡Oh!, el cuchillo de la cocina no me gusta nada, señor Hindley — repuse, — pues sirvió para despanzurrar arenques. Si tiene usted ganas de matarme, preferiría que utilizase su fusil.

—¡Y yo, prefiero que muera usted, maldita! Y lo será. Ninguna ley de Inglaterra se opone a que un hombre posea una casa decente, y la mía es repugnante. ¡Abra la boca!

Blandía el cuchillo y empujaba la punta del mismo entre mis dientes, pero, en el fondo de mí misma, nunca me asustaba verdaderamente ante sus excentricidades. Escupí, declaré que tenía un sabor detestable y que no lo tragaría bajo ningún pretexto.

—¡Ah! ¡ah! — dijo soltándome. — Ya veo que este pequeño pillastre, tan horrible, no es Hareton. Le pido perdón, Nelly. Si fuese él, merecería que lo desollaran vivo por no haberse precipitado a mi encuentro y por aullar como si yo fuese el hombre de la bolsa. ¡Acércate, animalito desnaturalizado! Ya te enseñaré a reírte de un buen padre demasiado confiado. Pero, ¿no le parece que este chico sería más bonito si le cortáramos las orejas? Tal operación torna feroces a los perros y quiero que este mocoso tenga un rostro feroz... Alcánceme las tijeras .. ¡Feroz y bien proporcionado!... Y, además, ¿qué significa esa insensata pretensión, esa diabólica vanidad de querer conservar nuestras orejas? ¡Ya somos bastante pollinos sin necesidad de eso! Bueno, bueno, chiquito... ¿Y bien? ¡eres mi queridito! Enjuga tus ojos .. ¡Qué joyita! ¡Bésame!... ¡Cómo!... ¿no quieres besarme? ¡Bésame, Hareton! ¡Maldito seas, bésame! ¡Dios de Dios, verme obligado a educar semejante monstruo! ¡Por mi vida lo juro, que le quebraré el pescuezo a este mocoso!

El pobre Hareton, que gritaba y forcejeaba entre los brazos de su padre, redobló sus alaridos cuando éste lo llevó hasta la parte superior de la escalera y lo balanceó por encima de la baranda. Le dije a gritos que el terror provocaría convulsiones en la criatura y me precipité para protegerlo. En el momento en que llegaba, Hindley, olvidando casi lo que tenía en sus manos, se inclinó sobre la baranda para escuchar un ruido de pasos que provenía de abajo.

—¿Quién está allí? — preguntó, oyendo que alguien se acercaba a los peldaños de la escalera.

Yo también me incliné para hacer una seña a Heathcliff, cuyos pasos había reconocido, a fin de que no avanzara más. En el instante mismo en que mis ojos se apartaron de Hareton, éste hizo un movimiento brusco, se zafó de la negligente mano que lo sostenía y cayó.

Apenas si tuvimos tiempo de estremecernos horrorizados, antes de comprobar que el pequeño desdichado estaba a salvo. Heathcliff llegaba debajo de él en el momento crítico y por un reflejo natural, lo detuvo al vuelo. Dejándolo a sus pies, alzó la cabeza para descubrir al autor del accidente. Un avaro que se desprende de un billete de lotería por cinco chelines y descubre, al día siguiente, que su operación le cuesta algo así como cinco mil libras, no habría mostrado un rostro más desconcertado que el de Heathcliff cuando vió al señor Earnshaw. Ese rostro expresaba más claramente que las palabras, cuanto lamentaba haber servido para desbaratar una hermosa venganza. Me atrevo a afirmar que si hubiese estado oscuro, habría tratado de reparar su yerro aplastando el cráneo de Hareton contra los adoquines. Pero habíamos presenciado la escena del salvamento y yo ya me encontraba abajo, estrechando mi precioso fardo contra mi pecho. Hindley bajó más lentamente, desembriagado y con la vergüenza pintada en la cara.

—Ha sido culpa suya, Nelly: no debió usted dejarlo en mi presencia. ¿Por qué no se lo llevó? ¿Está herido?

—¿Herido?... — grité, encolerizada. — ¡Si no está muerto, se quedará idiota para toda la vida! ¡Oh! me extraña que su madre no salga de su tumba para ver cómo procede usted con él. ¡Tratar a su carne y a su sangre de esta manera! ¡Es usted peor que un pagano!...

Acercó una mano al niño que, al sentirse conmigo, había cesado en sus sollozos. Sin embargo, al primer dedo que su padre extendió hacia él, se puso a gritar como un desaforado,

forcejeando al punto que creí que iba a ser víctima de una convulsión.

—¡No se ocupe más del chico! — proseguí. — Lo detesta, como todo el mundo, por otra parte. ¡Qué hermosa familia y a qué grado de infamia ha llegado usted!

—Muy pronto llegaré a algo mucho mejor, Nelly — dijo, riendo sarcásticamente el pobre inconsciente, retornando a su grosería. — Y ahora, váyase a otra parte, usted y el chico. Y tú, Heathcliff, escúchame: ¡te conviene permanecer fuera del alcance de mis manos y a regular distancia de mis oídos! no desearía matarte esta noche; a menos, quizá, que incendie la casa. Todo depende de mi buen o mal humor.

Al mismo tiempo, tomó en el aparador un cantarillo de coñac y llenó un vasito.

—¡No, no beba más! — supliqué. — ¡Cuidado, señor Hindley! Tenga piedad, al menos, por este desgraciado niño, si no la tiene por usted.

—Cualquier persona, para él, será mejor que yo — repuso Hindley.

—¡Apiádese, entonces, de su propia alma! — dije, tratando de arrancarle el vaso de la mano.

—¡No!... todo lo contrario. Me agradará infinito llevarla a la perdición, para castigar a Aquél que me la dió — exclamó el blasfemo. — ¡Y he aquí algo que ayudará a su alegre condenación!

Se bebió el vasito de alcohol y nos puso en la puerta de la habitación, con un gesto de impaciencia, añadiendo al mismo tiempo una serie de groseras imprecaciones, demasiado horribles para que las repita o me acuerde de ellas.

—¡Qué lástima que no consiga matarse a fuerza de beber! — dijo Heathcliff, murmurando maldiciones cuando la puerta se hubo cerrado. — Hace todo lo que puede para ello, pero su constitución física se burla de tales atentados en su contra. El señor Kenneth está dispuesto a apostar su yegua a que sobrevivirá a cualquiera de los habitantes de este lado de Gimmerton y que será un pecador blanqueado por la edad el que descenderá a la tumba, a menos que se produzca algún dichoso y casual acontecimiento.

Supuse que Heathcliff se había marchado a la granja, pero luego descubrí que estaba del otro lado del banco, silencioso, acostado junto a la pared, lejos de la luz y del fuego.

Yo mecía a Hareton en mis rodillas, tarareando una canción que empezaba así:

Cuando llora el bebé en la noche oscura
Debajo del piso lo acechan las lauchas...

De pronto, asomó su cabeza la señorita Catalina, que había oído todo el escándalo desde su habitación, murmurando:

—¿Está sola, Nelly?

—Sí, señorita — contesté.

Entró y se acercó al fuego. Alcé los ojos, creyendo que diría algo. Su expresión era ansiosa y turbada. Sus labios se entreabrían como si estuviesen a punto de hablar. Respiró profundamente, pero en vez de una frase, fué un suspiro lo que de ellos brotó.

Proseguí con mi canción. Aun no había olvidado su reciente comportamiento.

—¿Dónde está Heathcliff? — dijo, interrumpiéndome.

—Trabajando en la cuadra — fué mi respuesta.

El muchacho no me desmintió. Probablemente, se había dormido.

Planeó un nuevo silencio, durante el cual vi correr algunas lágrimas por las mejillas de Catalina.

"¿Estará lamentando su vergonzosa conducta?" — me pregunté. — "Mucho me extrañaría, pero ella misma lo expresará, si es así .. ¡no he de ayudarla!"

Pero, no. Se preocupaba únicamente por sus propias historias.

—¡Oh! Dios mío! — exclamó, al fin. — ¡Qué desdichada soy!

—¡Es una lástima! — repliqué. — Es usted difícil de conformar. ¡Con tantos amigos y tan pocas preocupaciones, aún no está satisfecha!

—Nelly, ¿es usted capaz de guardar un secreto? — prosiguió, poniéndose de rodillas a mi lado.

Me miró al mismo tiempo con brillantes ojos y un aire capaz de vencer cualquier malhumor, fuesen cuales fuesen las razones del mismo.

—¿Vale la pena de ser guardado? — pregunté, menos enfurruñada ya.

—Sí, es algo que me tortura y de lo cual debo desembarazarme. Quiero saber qué es lo que tengo que hacer. Edgar Linton me pidió que me casara con él y yo le di una respuesta. Ahora, antes de que le diga si esta respuesta fué sí o no, va usted a decirme cuál habría debido ser.

—Verdaderamente, señorita Catalina, ¿cómo puedo saberlo?

Naturalmente, después del espectáculo que le brindó usted hace un rato, creo que sería prudente negarse porque, para que se haya declarado luego de eso, debe ser de una estupidez desesperante o de una locura peligrosa.

—Si sigue hablando en ese tono, no diré una sola palabra más — dijo la chica, poniéndose en pie. — He aceptado, Nelly. ¡Dígame si he procedido mal!

—¿Aceptó usted? Entonces, ¿para qué discutir al respecto? Ha dado su palabra y ya no puede retractarse.

—Pero, dígame si habría debido hacerlo... ¡dígamelo! — exclamó Catalina golpeando sus manos, irritada, y con el entrecejo fruncido.

—Hay que considerar muchas cosas antes de contestar como es debido — dije, sentenciosamente. — Por lo pronto y ante todo, ¿ama usted al señor Edgar?

—¿Quién podría no amarlo? Lo amo, naturalmente.

La sometí, entonces, al siguiente interrogatorio, que no estaba fuera de lugar con una joven de veintidós años.

—¿Porqué lo ama usted, señorita Cata?

—¡Vaya una tontería!... Lo amo y basta.

—De ningún modo... Es preciso que diga usted por qué.

—¡Pues bien! porque es hermoso y de grata compañía.

—¡Malo!... — dije, a guisa de comentario.

—Y también porque es joven y alegre.

—¡Malo! ¡Malo!

—Y porque me ama.

—Eso no tiene valor alguno, luego de lo que acaba de decirme.

—Y será rico. Seré dichosa, al sentirme orgullosa de semejante marido y siendo la dama principal de estos contornos.

—Eso es lo peor de todo. Dígame, ahora, cómo lo ama.

—En la forma en que ama todo el mundo... ¡Qué tonta es usted, Nelly!

—En absoluto. Conteste a mi pregunta.

—Amo el suelo que sus plantas huellan, el aire que acaricia su rostro, y todo lo que toca y cada palabra que pronuncia. Amo todas sus miradas y todos sus gestos, y lo amo, punto por punto, y totalmente. Nada más.

—¿Y por qué?

—¡Ah! no, toma usted la cosa a broma. Eso está muy mal, porque yo no bromeo — dijo la joven, volviéndose hacia el hogar con aire descontento.

—No tengo la menor intención de bromear, señorita Catali-

na — repuse. — Ama usted al señor Edgar porque es hermoso, joven, alegre, rico y porque él la ama, a su vez. Esta última razón, sin embargo, no cuenta. Probablemente lo amaría igual si así no fuese, y eso no bastaría para que usted lo amase si no poseyera las cuatro primeras cualidades.

—No, evidentemente. Me daría mucha lástima, pero nada más... y tal vez lo detestase, si fuese feo y ridículo.

—Pero existen otros jóvenes hermosos y ricos en el mundo. Y hasta más hermosos y ricos que él. ¿Qué le impediría amarlos?

—Si existen, no se han puesto en mi camino. No he hallado a nadie como Edgar.

—Podría hallar a alguien. Y luego, no siempre será hermoso, ni joven, ni tampoco rico, quizás.

—Lo es ahora y sólo me preocupo del presente. Hable razonablemente, pues.

—¡Pues bien! eso lo decide todo. Si no se preocupa más que del presente, cásese con el señor Linton.

—No necesito su autorización... me casaré con él. Sin embargo, no me dijo usted si tenía razón.

—Toda la razón del mundo si no se considera, en el matrimonio, más que el momento presente. Y ahora, dígame por qué es desdichada. Su hermano estará encantado, los ancianos padres no harán objeciones, supongo; saldrá usted de una casa mal administrada y peor alhajada, para entrar en otra opulenta y digna. Y además, ama a Edgar, y Edgar la ama. Todo parece unido y fácil... ¿Dónde está el obstáculo?

—¡Aquí! ¡y aquí! — repuso Catalina, golpeándose la frente con una mano y tocándose el pecho con la otra. — En todas partes donde existe el alma. En mi corazón y en mi mente, siento que he procedido mal.

—¡Es verdaderamente extraño! No comprendo por qué.

—Ese es mi secreto. Pero, si no se burla de mí, se lo explicaré. No puedo hacerlo claramente, mas le daré una idea de lo que siento.

Se sentó nuevamente a mi lado. Su rostro se ensombreció más aún y sus manos, que había juntado, empezaron a temblar.

—¿No tiene nunca sueños extraños, Nelly? — me preguntó súbitamente, después de algunos minutos de reflexión.

—Sí, de vez en cuando — contesté.

—Yo también. He tenido sueños en mi vida que nunca he olvidado y que actuaron sobre mi pensamiento. Se mezclaron a mi ser como el vino al agua y modificaron mis inclinacio-

nes. He aquí uno que voy a contarle... Pero, sobre todo, no vaya a sonreírse.

—¡Oh! ¡no lo cuente usted, señorita Catalina! — exclamé. — Ya estamos bastante tristes en esta casa, sin necesidad de atormentarnos con evocaciones de fantasmas y visiones. ¡Vamos! ¡vamos! muéstrese alegre y natural. ¡Mire al pequeño Hareton! El no sueña con nada aterrador. ¡Mire cómo sonríe gentilmente en su sueño!

—Sí, ¡y cómo jura gentilmente su padre en su soledad! Supongo que se acordará de él, cuando se parecía a este pequeño ser mofletudo, apenas mayor y tan inocente como él, ¿verdad? Entonces, Nelly, le agradeceré que me escuche. No será muy larga mi historia y me siento incapaz de exteriorizar alegría, esta noche.

—No la escucharé, no la escucharé — repetí precipitadamente.

Siempre fuí supersticiosa, cuando de sueños se trata.

Ahora bien, en el rostro de Catalina se reflejaba una insólita melancolía que anunciaba un relato en el que no habría dejado de hallar alguna profecía o la predicción de una terrible catástrofe. La joven evidenció la contrariedad que le causaba mi actitud, pero no prosiguió. Pasando, aparentemente a otro tema, dijo al cabo de un rato:

—Si estuviese en el cielo, Nelly, sería en extremo desdichada.

—Porque no es usted digna de ir — repuse. — Todos los pecadores serían desdichados en el cielo.

—Pero, no es por eso. Soñé, una vez, que estaba en él.

—¡Ya le dije que no escucharía el relato de sus sueños, señorita Catalina! Voy a acostarme — dije, interrumpiéndola nuevamente.

La joven se echó a reír y me retuvo, pues yo hice un movimiento para levantarme de mi asiento.

—¡Si no voy a referirle ningún sueño! — exclamó. — Iba a decir, únicamente, que el cielo nunca me pareció un sitio hecho para mí. Tenía el corazón destrozado y lloraba para retornar a la tierra. Los ángeles, furiosos, me arrojaban en medio de los brezos, sobre el techo de Cumbres Borrascosas. En ese momento me desperté, sollozando de júbilo. Este sueño explica tan bien como el otro mi secreto. He nacido tanto para ir al cielo, como para casarme con Edgar Linton, y si el hombre horrible que vive con nosotros no hubiese arrojado a Heathcliff a un plano tan inferior, jamás habría pensado en ello. Ahora, casarme con Heathcliff sería degradarme; por lo

tanto, nunca sabrá cuánto lo amo. Lo amo, no porque sea hermoso, Nelly, sino porque es más yo misma que lo que yo lo soy. No sé con qué está hecha el alma, pero la suya y la mía son semejantes, en tanto que la de Linton es tan distinta como lo es un rayo de luna de un relámpago, o como la nieve del fuego.

En medio de ese discurso, advertí la presencia de Heathcliff. Sorprendí un ligero ruido, volví la cabeza y lo vi incorporarse del banco y deslizarse afuera.

Había estado escuchando hasta el momento en que Catalina dijo que se degradaría casándose con él. Mi compañera, sentada en el suelo y separada de él por el alto respaldo del banco, no pudo notar su presencia ni su partida. Pero yo me estremecí y le dije:

—¡Chitón!

—¿Qué? — inquirió la joven, mirando nerviosamente a su alrededor.

—Ahí llega José — repuse, percibiendo verdaderamente a tiempo el ruido de su carreta sobre el camino. — Y Heathcliff regresará con él. Me pregunto si no estaba ya en la puerta, hace un instante.

—¡Oh! habría podido oírme. Confíeme a Hareton mientras prepara la cena y cuando esté lista, permítame comer con ustedes. Necesito tranquilizar mi inquieta conciencia, convenciéndome de que Heathcliff no tiene la menor idea de todas estas cosas. ¿No es verdad que él no sabe lo que es amar?

—No veo por qué no lo sabría tan bien como usted. ¡Y si es Catalina el ser que eligió, se convertirá en el hombre más desdichado del mundo! El día mismo en que sea usted la señora Linton, él perderá a la amiga, al amor .. ¡lo perderá todo! ¿Pensó en cómo soportará usted la separación y en cómo soportará él hallarse solo sobre la tierra? Porque, señorita Catalina...

—¡El, solo sobre la tierra! ¡Nosotros, separados! — exclamó con acento de indignación. — ¿Quién va a separarnos? ¿Quiere decírmelo? ¡Quién lo pretendiese, correría la misma suerte de Milón de Crotona! Mientras yo viva, no sucederá semejante cosa. ¡Nadie en el mundo podrá conseguirlo! Todos los Linton de la superficie de la tierra podrían consumirse antes de que yo consienta en abandonar a Heathcliff. ¡Oh! no es así como veo yo las cosas .. ¡no es eso lo que quiero! ¡No aceptaría convertirme en la señora de Linton a semejante precio! Seguirá siendo para mí lo que siempre fué. Pre-

cido será que Edgar termine con su antipatía y lo tolere, por lo menos. Lo hará, cuando conozca mis verdaderos sentimientos hacia Heathcliff. Nelly, me doy perfecta cuenta de ello, usted me considera como una egoísta abominable, pero ¿pensó alguna vez que si Heathcliff y yo llegásemos a casarnos nos veríamos reducidos a la mendicidad? En tanto que si me caso con Linton puedo ayudar a Heathcliff y substraerlo a la autoridad de mi hermano.

—¿Con el dinero de su marido, señorita? — pregunté. — No lo hallará usted tan maleable como parece suponerlo y aunque no me considero un buen juez, creo que ese es el motivo peor que ha dado para convertirse en la esposa del joven Linton.

—En absoluto — replicó Catalina. — Es el mejor. Los demás se acordaban con mis caprichos, al mismo tiempo que coadyuvaban a la felicidad de Edgar. Este, en cambio, tiende a la felicidad de un ser que reune en él mis sentimientos hacia Edgar y mis propios sentimientos hacia mí misma. Es algo difícil de explicar, pero seguramente se ha dicho usted alguna vez, como todo el mundo, que existe, o que puede existir, otra parte de su ser más allá de su persona. ¿Para qué haber sido creada, si estuviese enteramente contenida aquí?

"Mis grandes penas, en este mundo, han sido las penas de Heathcliff, las cuales observé y sentí desde un principio. El es el gran pensamiento de mi vida. Si todos los otros muriesen y sólo *él* quedase, yo seguiría existiendo, y si todos los demás quedasen y él solo pereciese, el universo se transformaría en un vasto mundo extraño, del que no tendría ya la impresión de formar parte. Mi amor por Linton es como el follaje de los bosques: el tiempo lo alterará, no lo pongo en duda, como el invierno altera los árboles. Mi amor por Heathcliff es semejante a la roca inmutable que está debajo nuestro: no procura placer alguno a nuestros ojos, pero es imprescindible. Nelly, yo existo por Heathcliff. Siempre está presente en mi mente, no como una alegría — ¿acaso soy yo misma, siempre, una alegría para mi mente? — sino como mi ser verdadero. Por lo tanto, no mencione nunca más nuestra separación, porque es imposible y...

Calló, ocultando su rostro en los pliegues de mi falda, pero la rechacé con fuerza. Su locura había terminado con mi paciencia.

—Si sus desvaríos tienen algún sentido, señorita, eso me convence, cada vez más, de que ignora los deberes que contrae

al casarse, o que, de lo contrario, es una mujer perversa y sin principios. Pero, no me fastidie ya con sus confidencias, porque no podría prometerle guardarlas para mí sola.

—Y esta, ¿la guardará? — preguntó vivamente.

—No sé, no le prometo nada — repetí.

Catalina iba a insistir, cuando la entrada de José puso término a nuestra conversación.

La joven se sentó en un rincón y meció a Hareton mientras yo preparaba la comida. Cuando estuvo a punto, empezamos a disputar, mi compañero de trabajo y yo, para saber quién se la llevaría al señor Hindley, y tanto duró la controversia que dejamos enfriarse todo antes de decidirnos. Nos pusimos de acuerdo, al fin, para dejar que el propio amo pidiese algo si sentía apetito, porque temíamos mucho presentarnos ante él cuando se quedaba sólo durante algún tiempo.

—¿Y cómo es que ese pillastre no ha regresado todavía del campo? ¿Dónde está ese maldito haragán? — preguntó el viejo, buscando a Heathcliff

—Voy a llamarlo — dije. — Debe de estar en la granja

Me encaminé a la misma y lo llamé a gritos, pero no obtuve respuesta.

Al volver, dije al oído de Catalina que Heathcliff, seguramente, había oído gran parte de sus palabras y le conté que lo vi salir de la cocina en el momento en que ella empezaba a reprobar la conducta de su hermano para con él.

Se puso en pie de un salto, profundamente asustada, arrojó casi a Hareton sobre el banco y corrió a buscar personalmente a su amigo, sin preguntarse siquiera por qué estaba tan conmovida o en qué sus palabras habían podido turbarlo. Permaneció tanto tiempo ausente, que José propuso no seguir esperando, al mismo tiempo que emitía la fina suposición de que se quedaban afuera nada más que para evitar sus largas benedícites. Eran lo "bastante malos para tener ese feo pensamiento", afirmó. Y prolongó con una oración especial dicha en su intención, el clásico cuarto de hora de devoción que precedía a las comidas. Y habría agregado otra más, si su joven ama no hubiese entrado precipitadamente, ordenándole que corriese de inmediato a la carretera en busca de Heathcliff, a quien debía traer al punto.

—Quiero hablar con él, debo hacerlo antes de subir — dijo. — La verja está abierta y debe encontrarse muy lejos para oirme, puesto que no ha contestado. Sin embargo, grité todo lo fuerte que pude, desde lo alto de la pradera.

José opuso ciertas objeciones, al principio, pero la joven se hallaba demasiado agitada para soportar sus impertinencias. Al fin, poniéndose el sombrero, el viejo obedeció, refunfuñando. Mientras tanto, caminando de un extremo al otro de la habitación, Catalina exclamaba:

—Me pregunto dónde está... dónde puede estar. ¿Qué dije, Nelly? Lo he olvidado. ¿Se enojó a causa de mi malhumor de esta tarde? Querida Nelly, dígame qué puedo haber hecho que lo haya entristecido. Desearía que volviese. ¡Oh! sí, ¡cuánto lo desearía!

—¡Cuánto ruido por nada! — exclamé, un poco preocupada yo también. — ¡Una tontería la trastorna! No hay por qué alarmarse. Heathcliff debe de haber ido a pasearse a la luz de la luna, a través de la landa, o se ha acostado en el granero del heno, sintiéndose demasiado enojado para contestarnos. Apostaría a que está escondido allí. Espere... Voy a sacarlo de su rincón.

Me marché, reanudando la búsqueda, sin el menor éxito. La exploración de José terminó en la misma forma.

—Ese jovencito va de mal en peor — dijo, al entrar. — Dejó la verja abierta y el "poney" de la señorita se metió entre los trigos, destrozando dos filas antes de llegar al prado. El amo hará una música de todos los diablos mañana por la mañana, y con justa razón. Es la paciencia personificada con semejante bribón desordenado y capaz de todo. Si, la paciencia personificada. Pero no siempre será así .. ya lo verán ustedes, ya lo verán. No hay que hacerlo salir de sus casillas por nada.

—¿Encontró a Heathcliff, grandísimo pollino? — interrumpió Catalina. — ¿Lo buscó, tal como se lo ordené?

—Mejor sería ir en busca del caballo; me parece más razonable, por lo menos. Pero no puedo encontrar ni hombres, ni caballos, en esta noche más negra que el fondo de una chimenea. Y si yo lo silbo, Heathcliff no va a venir. Acaso tenga el oído menos duro si lo silba usted.

Efectivamente, era una noche demasiado oscura para ser verano. Las nubes parecían estar cargadas y emití la opinión de que nos quedásemos tranquilos, porque la inminente lluvia lo traería seguramente a la casa, sin que necesitáemos molestarnos más. Pero Catalina no quiso tranquilizarse. Siguió yendo de un lado para el otro, de la verja a la puerta y viceversa, en un estado tal de agitación que no le permitía el menor reposo. Finalmente se apostó contra el muro,

frente a la carretera y sin preocuparse por mis exhortaciones, ni por los rugidos del trueno, ni por las gruesas gotas de lluvia que empezaban a caer, allí se quedó, llamando de vez en cuando, escuchando luego y sollozando sin cesar. Ni Hareton, ni ninguna otra criatura, habrían podido llorar con esa fuerza y esa facilidad.

A eso de la medianoche, todos en pie aún, la tormenta se desencadenó furiosamente sobre Cumbres Borrascosas. El huracán era tan fuerte como el trueno, y el uno o el otro, hendió un árbol que crecía a uno de los costados del edificio; una enorme rama cayó a través del techo, derribando varias chimeneas al Este y precipitando un ensordecedor montón de piedras y de hollín en el horno de la cocina. Creímos que el rayo había caído en medio de nosotros y José, inclinándose hasta el suelo, invocó ante el Señor a los patriarcas Noé y Loth, suplicándole que salvara a los buenos, como entonces, y castigara a los impíos. También yo tuve la impresión de que se trataba de un castigo dirigido contra nosotros. Jonás, a mi juicio, era el señor Earnshaw y fuí a golpear a la puerta de su guarida a fin de persuadirme de que se hallaba aún con vida. Me contestó de una manera que fué claramente oída y que hizo redoblar los gritos de mi compañero sobre la necesaria distinción entre los santos como él y los pescadores como su amo. Pero veinte minutos después el huracán se alejaba, dejándonos a todos indemnes. Únicamente Cata quedó calada hasta los huesos, debido a su obstinación en no querer entrar en la casa y en quedarse en cabeza, sin chal, para mejor exponer a la lluvia sus cabellos y sus ropas. Entró, al fin, y mojada como estaba, se recostó en el banco, la cara contra el respaldo y hundida entre sus manos.

—Vemos, señorita — exclamé, tocándola en el hombro. — Supongo que no querrá morirse, ¿verdad? ¿Sabe qué hora es? Las doce y media. Vaya a acostarse. Es inútil seguir esperando a ese muchachito loco. Debe haberse ido a Gimmerton y se quedará allí, ahora. Se habrá dicho que no lo esperaríamos hasta tan tarde o que, por lo menos, el señor Hindley sería el único en hacerlo. Y como prefiere no ser recibido por él...

—No, no está en Gimmerton — declaró José. — Nada me extrañaría que se encontrase en el fondo de algún despeñadero. Ese presagio del cielo no ha venido por nada y debería cuidarse, señorita, de que el próximo no sea para usted. Todo lo que el Señor hace está bien hecho. Todo se cumple pa-

ra mayor beneficio de aquellos que El ha elegido y separado de la hez del género humano. Ya sabe usted lo que dicen las Escrituras.

Y empezó a citar varios textos, remitiéndonos a los capítulos y versículos en que podríamos hallarlos.

Después de haber suplicado en vano a la testaruda joven que se levantara y se quitara sus empapadas ropas, los dejé a ambos, a él predicando y tiritando a ella. Adopté el partido de irme a la cama con Hareton, que dormía tan profundamente como si todos estuviésemos haciendo lo mismo. Oí que José seguía leyendo durante un rato; luego, sus pesados pasos hicieron rechinar la escalera y finalmente me dormí.

Cuando bajé, un poco más tarde que de costumbre vi, gracias a los rayos del sol que penetraban por las rendijas de los postigos, a la señorita Catalina instalada aún en la cocina, junto a la chimenea. La puerta del salón, donde la luz del día penetraba por las abiertas ventanas, estaba entreabierta. Hindley, que acababa de trasponer su umbral, se encontraba también contra la chimenea, mirando con huraños y adormilados ojos.

—¿Qué tienes, Cata? — decía, en el momento en que yo entraba. — Das la misma impresión que podría dar un perrito ahogado. ¿Por qué tiemblas y por qué estás tan pálida, chiquita?

—Me mojé y tengo frío; nada más — repuso la joven, luego de breve vacilación.

—¡Oh! ¡no ha sido una buena chica! — grité, al notar que el amo estaba casi desembriagado del todo. — Quedó empapada anoche con el chaparrón y pasó aquí la noche entera, sin que yo consiguiese hacerla mover.

El señor Earnshaw nos miró, sorprendido.

—¿La noche entera? — repitió. — ¿Qué le ha impedido irse a la cama? Supongo que no habrá sido por miedo a los truenos, ¿verdad? Han cesado desde hace un buen rato.

Ninguno de los presentes quería develar la ausencia de Heathcliff, mientras fuese posible ocultarla. Contesté, entonces, que no sabía por qué se le había metido en la cabeza la idea de quedarse levantada. Catalina nada añadió a mis palabras. La mañana era fresca; abrí la ventana y de inmediato invadieron la pieza los agradables perfumes del jardín, pero Catalina me gritó, con acritud:

—¡Cierre esa ventana, Nelly, que me estoy muriendo de frío!

Sus dientes castañeaban y se inclinó sobre las casi apagadas brasas.

—Está enferma — dijo Hindley, tomándola el pulso. — Supongo que ha de ser porque no quiso irse a la cama. ¡Dios mío! ¡No tengo el menor interés en que surjan nuevas molestias en la casa, a causa de una enfermedad! ¿Qué te impulsó a quedarte bajo la lluvia?

—Anduvo detrás de ese mocoso, como de costumbre — graznó José, aprovechando oportunamente nuestra vacilación para deslizar su venenosa frase. — Si estuviese en su lugar, patrón, les cerraría a todos la puerta en las narices, colectiva y gentilmente. No hay vez, cuando usted sale, que ese gatito de Linton no se deslice en esta casa. ¡Y esa mala pécora de Nelly! Vigila desde la cocina, y si entra usted por una puerta, ella se marcha por la otra. Y luego, nuestra linda señorita, que sale a corretear por su lado. ¡Muy bonito, eso de andar por el campo, después de la medianoche, con el tal gitano, con ese maldito Heathcliff! ¡Creen que soy ciego! Pero no lo soy, no. Bien que ví entrar al joven Linton y luego salir. Y también la vi a usted — se dirigió a mí, — grandísima inútil, desvergonzada bruja, saltar y correr por el salón, cuando oyó el ruido de los cascos del caballo del amo en la carretera.

—¡Cállese, grandísimo soplón! — gritó Catalina. — ¡No toleraré sus insolencias! Edgar Linton vino ayer por casualidad, Hindley, y fuí yo quien le dijo que se marchase, porque sabía que no te hubiese agradado verlo en el estado en que te encontrabas.

—Es evidente que estás mintiendo, Cata — repuso su hermano. — En cuanto a usted, es un perfecto imbécil. Pero poco importa Linton, por ahora. ¡Díme si estuviste con Heathcliff la noche pasada! ¡Díme la verdad! No tienes que temer por él. Lo odio como siempre, pero ha procedido en una forma tal, que sentiría escrúpulos retorciéndole el pescuezo. Y a fin de no dejarme llevar por la tentación, voy a despedirlo esta misma mañana. Luego de su partida, les aconsejo a todos que marchen muy derechos, pues mi paciencia se acabará.

—¡No vi a Heathcliff anoche, en momento alguno! — repuso Catalina, entre nacientes sollozos; — y si verdaderamente lo pones en la puerta de calle me iré con él. Pero acaso no tengas la oportunidad de hacerlo... Tal vez se ha marchado por propia voluntad...

Pronunciadas esas palabras, no pudo seguir ocultando su pena y el resto de sus palabras fué un murmullo ininteligible.

Hindley le lanzó, despreciativo, una andanada de injurias y le ordenó que subiese de inmediato a su habitación, pues de lo contrario no lloraría por nada.

La obligué a obedecer. Nunca olvidaré la escena que provocó cuando llegamos a su cuarto. Me sentí aterrada por lo que mis ojos vieron. Creí que se había vuelto loca y pedí a José que fuese a buscar al doctor. Era el delirio, que empezaba. El doctor Kenneth, apenas la vió, declaró que se hallaba enferma de cuidado, pues era presa de una fiebre maligna. Le hizo una sangría y me dijo que la alimentara únicamente con leche y agua de grano mondado y que tuviese también mucho cuidado de que no se arrojase por la ventana o por la escalera. Luego de formularme esas recomendaciones se marchó, pues tenía mucho que hacer en el distrito, donde las casas, por lo general, están a una distancia de dos o tres millas entre sí.

Debo confesar que no fuí una enfermera muy suave, así como tampoco constituyeron guardianes muy amables José o el amo. En cuanto a nuestra paciente, se mostró tan difícil y testaruda como puede serlo una enferma. A pesar de ello, sanó. La vieja señora Linton vino a vernos varias veces y, naturalmente, regentó por doquier, refunfuñó y nos plegó a sus órdenes. Insistió, cuando Catalina entró en la convalescencia, en llevársela a Thrusheross Grange, cosa que le agradecimos profundamente. Pero la pobre señora tuvo por qué deplorar su bondad, pues ella y su esposo cayeron enfermos de fiebre y murieron con pocos días de intervalo.

Nuestra joven señorita regresó más insolente, más irascible y más altanera que nunca. No habíamos oído hablar de Heathcliff desde la noche de la tormenta y un día en que Catalina me exasperó, tuve la mala idea de achacarle esa desaparición, de la que tenía su parte, como ella muy bien lo sabía. A partir de ese día y durante varios meses, cesó toda relación conmigo, salvo las que se mantienen con una simple criada. También José fué dejado de lado, pues pretendía comunicarle sus opiniones y sermonearla como si fuese una chiquilla. Catalina, en cambio, se consideraba una mujer y además nuestra ama estimando que su reciente enfermedad le otorgaba el derecho de ser tratada con toda clase de consideraciones. Como el doctor había dicho que no podría soportar contrariedades, entendía obrar a su guisa. A sus ojos, era poco me-

nos que un crimen atreverse a contrariarla o discutir sus órdenes. En cuanto al señor Earnshaw y a sus amigos, los mantenía a distancia. Su hermano, aconsejado por Kenneth y alarmado por las amenazas de crisis nerviosas que eran el frecuente corolario de sus cóleras, le admitía todas sus fantasías y evitaba, en general, enardecer su feroz carácter. Se amoldaba a sus caprichos con casi demasiada indulgencia, no por cariño, sino por orgullo. Deseaba ardientemente que honrara a la familia mediante una alianza con los Linton y en tanto ella lo dejase tranquilo, bien podría pisotearnos como a esclavos, que a él nada le importaba. Edgar Linton, como tantos otros lo estuvieron antes y lo estarán aún, se hallaba hechizado. Se creyó el ser más dichoso del mundo el día en que, tres años después de la muerte de su padre, la condujo a la capilla de Gimmerton.

Contrariando profundamente mis deseos, me obligaron a dejar Cumbres Borrascosas y a acompañar aquí a Catalina. El pequeño Hareton tenía ya casi cinco años y empezaba a enseñarle a trazar sus primeros palotes. Nos separamos tristemente, pero las lágrimas de mi ama tuvieron mayor poder que las nuestras. Cuando me negué a partir y me vió insensible a sus súplicas, fué a quejarse a su marido y a su hermano. El primero me ofreció un sueldo magnífico y el segundo me ordenó que llara mis petates, pues dijo que no quería mujeres en la casa, desde el momento que ya no había un ama. En cuanto a Hareton, el pastor muy pronto lo tomaría a su cargo. Por lo consiguiente, no tuve oportunidad de elegir y hube de hacer lo que me ordenaron. Declaré que separándose de todas las personas estimables, corría un poco más rápidamente hacia su pérdida. Besé a Hareton, le dije adiós y desde ese instante se convirtió en un extraño para mí. Cosa singular, estoy segura de que lo ha olvidado todo de Nelly Dean, que constituía su universo para él, como él lo era para ella.

* * *

Al llegar a ese punto de su relato, el ama de llaves echó una ojeada al reloj y se mostró estupefacta al ver que el minutero indicaba la media de la una. No quiso quedarse ni un solo segundo más y, a decir verdad, yo mismo me sentí dispuesto a postergar el resto de su historia.

Y ahora que Nelly se ha marchado a su habitación y que pasé un par de horas soñando despierto, voy a hacer acopio

de valor para irme también a la cama, a pesar del doloroso embotamiento del cerebro y del entorpecimiento de los miembros, que me enervan.

CAPITULO X

¡Encantadora introducción a una vida de ermitaño! ¡Cuatro semanas de tortura, de agitación, de enfermedad! ¡Oh! ¡esos vientos helados y esos climas mordientes del norte, esas carreteras impracticables y esos médicos rurales, siempre con atraso! ¡Oh! ¡esa ausencia de caras humanas! Y, peor que todo esto, la implacable declaración de Kenneth, no dándome ninguna esperanza de poder salir antes de la primavera...

El señor Heathcliff acaba de honrarme con su visita. Hace más o menos una semana, me envió una yunta de becadas, las últimas de la estación. ¡Qué miserable! No es del todo ajeno a mi enfermedad y no me faltaron ganas de decírselo. Pero, ¡Dios mío! ¿cómo habría podido ofender a un hombre tan caritativo que permaneció a mi cabecera durante una hora larga, hablándome de cosas que nada tenían que ver con píldoras y pociones, vejigatorios y sanguijuelas? Eso constituyó un como calmante, para mí. Estoy demasiado débil para leer y sin embargo, tengo la impresión de que podría interesarme en algo. ¿Por qué no hacer subir a la señora Dean para que termine su historia? Puedo recordar todos los hechos principales que me refirió hasta el momento. Sí, me acuerdo que su héroe había huído, que nada se sabía de él desde había tres años y que la heroína estaba casada. Voy a llamarla; se sentirá encantada al verme en tan buenas disposiciones. Efectivamente, llegó de inmediato.

—Faltan todavía veinte minutos, señor, para tomar el medicamento — empezó a decir.

—¡Basta, basta de eso! — repuse. — Quiero...

—Dijo el doctor que no debe seguir tomando los polvos.

—¡Albricias! No me interrumpa, acérquese y siéntese allí. No toque ese peligroso ejército de frascos. Saque su tejido del bolsillo... eso es... y ahora, prosiga con la historia del señor Heathcliff, desde el punto en que la dejó. ¿Terminó su educación en el Continente y regresó hecho un gran señor? ¿Obtuvo una beca en la escuela? ¿O huyó a América, haciéndose allá de renombre, vertiendo la sangre de sus compatriotas? A menos que se haya enriquecido por métodos más expeditivos, en los grandes caminos de Inglaterra...

—Es posible que haya ejercido todos esos oficios, señor Lockwood, pero no certifico nada. Empecé por declarar que ignoraba cómo había hecho su fortuna y a qué medios recurrió para apartar su espíritu de la inculta grosería en que se hundía. Pero, con su permiso, voy a continuar a mi manera, si ello debe distraerlo sin fatigarlo. ¿Se siente usted mejor esta mañana?

—Mucho mejor.

—¡Qué buena noticia!... Fuimos, entonces, Cata y yo, a Thrusheross Grange donde, agradable sorpresa, se comportó infinitamente mejor de lo que me atrevía a esperar. Parecía adorar, casi, al señor Linton y hasta demostró un gran afecto por la hermana del mismo. Cierto es que ambos tenían mil atenciones para con ella. No era la zarza la que tendía hacia la madreselva, sino la madreselva la que enlazaba a la zarza. No había reciprocidad en las concesiones: la una permanecía insensible y los otros se inclinaban. ¿Quién puede dar muestras de mal carácter, si no halla oposición, ni indiferencia? Noté que el señor Edgar temía profundamente irritarla. Se lo ocultaba a Catalina, pero si alguna vez me oía contestarle con cierta vivacidad, o si veía a cualquier otro criado rebelarse ante una orden demasiado imperativa, expresaba su descontento frunciendo el entrecejo, cosa que nunca ocurría cuando sólo él era el interesado. En más de una oportunidad me reprochó duramente mi impertinencia, declarando que una puñalada no podría causarle un dolor más grande que el que experimentaba ante las menores contrariedades de su mujer. Para no entristecer a un buen amo, aprendí a ser menos susceptible y durante más de medio año, la pólvora explosiva, mantenida lejos de toda llama, fué tan inofensiva como la arena. Catalina pasaba por frecuentes períodos de tristeza y de silencio. Su esposo los respetaba con muda simpatía y los atribuía a un resto de su grave enfermedad, puesto que nunca, antes, había estado expuesta a tales crisis de melancolía. El retorno del buen tiempo era acogido por él con infinito júbilo. Creo poder afirmar que disfrutaban de una profunda felicidad, sin cesar creciente. Pero un día, aquello terminó. Porque, vera usted, en la larga carrera que es la vida, siempre nos vemos obligados a retornar a nosotros mismos. Sólo que, una naturaleza dulce y generosa, posee un egoísmo más equitativo que una naturaleza despótica. Y aquello terminó porque comprendieron, un buen día, que el interés del uno no era la principal consideración de la otra.

Una apacible tarde de septiembre volvía yo del jardín con un cesto lleno de manzanas que acababa de arrancar del árbol. Se acercaba la noche y la luna, pasando sus rayos por encima del muro del patio, diseñaba vagas sombras entre los saledizos del edificio. Dejé mi carga sobre los escalones, frente a la puerta de la cocina y me quedé allí un ratito, respirando la última bocanada de la suave brisa. Miraba la luna, vuelta de espaldas a la entrada, cuando oí una voz detras mío.

—¿Es usted, Nelly?

Era una voz grave, de extraño timbre. Sin embargo, algo en la forma de pronunciar mi nombre le concedía un sonido familiar. Me volví, temerosa, a fin de mirar al que me hablaba, pues las puertas estaban cerradas y no había visto a nadie al acercarme a los peldaños.

Algo se movió bajo el porche y cuando avanzó, vi a un hombre alto, vestido de oscuro, de sombrío rostro y negros cabellos. Se apoyaba contra el muro y tenía la mano sobre el picaporte, como si fuese a entrar.

"¿Quién podría ser?" — pensé. — "¿El señor Earnshaw? ¡Oh! no, la voz no se parece a la suya".

—Estoy esperando aquí desde hace una hora — prosiguió el individuo, mientras yo seguía mirándolo de pies a cabeza. Un silencio mortal me rodeó, mientras tanto.

— ..No me atreví a entrar. ¿No me reconoce usted? Míreme, no soy un extraño.

Un rayo de luna iluminó su rostro; las mejillas estaban pálidas e invadidas a medias por unas negras patillas y caían sus cejas sobre unos ojos profundamente hundidos, de peculiar mirada. Recordé esos ojos.

—¡Dios mío! — exclamé, no sabiendo si debía considerarlo como un fantasma; en mi pasmo, alcé los brazos al cielo. — ¡Dios mío! ¿Conque ha vuelto? ¿Es usted? ¿Realmente lo es?

— Sí, yo, Heathcliff — contestó, apartando sus ojos de mi persona para alzarlos hacia las ventanas que reflejaban veinte luces brillantes, pero que no denunciaban ninguna luz en el interior. — ¿Están en la casa? ¿Dónde se encuentra ella? Nelly, no parece usted sentirme muy cómoda. No se turbe en esa forma. ¿Está ella aquí? Conteste. Necesito hablarla... sí, a su ama. Vaya a decirle que alguien de Gimmerton desea verla.

¿Cómo tomará esto el ama? — exclamé. — ¿Qué hará? ¡Si la sorpresa me pone en este estado, ella, por lo menos,

perderá la cabeza! Es usted Heathcliff, sí, ¡pero tan cambiado! No, es incomprensible. ¿Ha sido soldado?

—Vaya a comunicarle lo que le dije — interrumpió, impaciente. — Esta espera me desasosiega.

Hizo girar el picaporte y entré. Pero cuando llegué a la puerta del saloncito en el que se encontraban el señor y la señora Linton, no me atreví a seguir avanzando.

Pensé, al fin, a guisa de excusa, en preguntarles si había que encender las bujías y abrí la puerta.

Estaban ambos sentados frente a una ventana cuyos postigos se hallaban plegados contra la pared. Contemplaban, más allá de los arbustos del jardín, más allá de los verdes y salvajes bosques, el valle de Gimmerton, donde serpenteaba hasta la cumbre un largo rastro de niebla, porque apenas se pasa la capilla, como habrá podido usted notarlo, el canal que sale de los pantanos se une a un arroyo y sigue las revueltas del valle. Cumbres Borrascosas se erguía por encima de ese plateado vapor, pero nuestra antigua residencia era invisible, pues está enclavada, más bien, en la otra vertiente. Una admirable tranquilidad parecía reinar en los ocupantes de la habitación, así como en el espectáculo que los absorbía.

Experimenté tanta repugnancia en cumplir con mi misión, que me iba ya sin referirme a ella, después de haber hablado de las bujías, cuando, dándome cuenta cabal de mi estupidez, volví sobre mis pasos y murmuré:

—Alguien de Gimmerton quiere verla, señora.

—¿Qué desea? — preguntó la señora Linton.

—No se lo pregunté — respondí.

—Está bien. Eche las cortinas, Nelly — dijo, — y sirva el té. Vuelvo en seguida.

Salió del cuarto. El señor Edgar preguntó, negligentemente, quién era.

—Alguien a quien el ama no espera — dije. — Ese Heathcliff... Usted debe acordarse, señor... vivía en la casa del señor Earnshaw.

—¡Cómo! ¿el gitano?... ¿el criado de la granja? — exclamó. — ¿Por qué no se lo dijo a Catalina?

—¡Chitón! No hay que aplicarle esos apelativos, amo — dije. — La señora podría sentirse muy apenada, si lo oyese. Cayó casi en la desesperación cuando se marchó. Creo que su regreso le procurará una gran alegría.

El señor Linton se dirigió al otro lado de la estancia, hacia una ventana que daba sobre el patio. La abrió y se aso-

mó. Creo que se encontraban abajo, porque dijo rápidamente:

—¡No se quede allí, amor mío! Haga pasar a esa persona, si es que la conocemos.

Poco después oí el ruido del pestillo y Catalina, jadeante, voló más que corrió hacia arriba, demasiado conmovida para expresar su júbilo. A decir verdad, si se hubiese juzgado por la expresión de su rostro, se habría supuesto, más bien, en una terrible calamidad.

—¡Oh! ¡Edgar, Edgar! — exclamó con entrecortado acento, echándole los brazos alrededor del cuello. — ¡Oh! ¡Edgar querido! Heathcliff ha vuelto... ¡Ha vuelto!

Y sus brazos se convirtieron en un torno.

—Bien, bien — repuso su marido, con benévolo acento, — ¡pero esa no es una razón para estrangularme! Nunca me pareció un tesoro tan maravilloso. ¡No es necesario agitarse de este modo!

—Sé que no lo quería usted — dijo Catalina, reprimiendo un poco su exuberancia. — Sin embargo, si desea verme contenta, preciso será que se hagan amigos. ¿Le digo que suba?

—¿Aquí? — dijo Linton. — ¿A la sala?

—¿A qué otra pieza, entonces? — preguntó Cata.

El amo pareció sentirse descontento y sugirió que la cocina era un lugar que le convendría mejor.

La señora Linton lo miró con un aire muy extraño, casi de enojo. En sus ojos apareció un destello de burla, hacia él y su desdén.

—No — dijo al cabo de un instante; — no puedo instalarme en la cocina. Ponga aquí dos mesas, Nelly, una para su amo y la señorita Isabel, que pertenecen a la aristocracia, y la otra para Heathcliff y para mí, que somos de una clase inferior. ¿Le conviene este arreglo, querido? ¿O debo hacer encender fuego en otra parte? Si es así, imparta las órdenes del caso. Me voy a buscar a mi huésped. ¡Me temo que mi júbilo sea demasiado grande para ser real!

—Será usted quien le pida que suba — dijo Linton, dirigiéndose a mí; — y usted, Catalina, trate de ser feliz sin cometer extravagancias. No vale la pena que toda la casa la vea agasajar como a un hermano, a un criado que se fugó.

Descendí y hallé bajo el porche a Heathcliff que, visiblemente, esperaba ser invitado. Me siguió sin derrochar palabras y lo introduje en la sala. Las arreboladas mejillas del ama denunciaban una vehemente discusión. Pero otro sentimiento dominó a la joven señora cuando apareció su amigo

en la puerta; se precipitó a su encuentro, le tomó las dos manos, lo condujo hacia Linton y luego asió los recalcitrantes dedos de éste último, uniéndolos a los de su visitante.

A la luz del fuego y de las bujías, advertí la total transformación que se había operado en Heathcliff. Estaba convertido en un hombre alto, atlético, bien formado, al lado del cual mi amo parecía un débil adolescente. Su altanero porte hacía suponer que había estado en el ejército. Su fisonomía y sus rasgos tenían una expresión más madura que los del señor Linton, evidenciaban inteligencia y no acusaban rastro alguno de su antigua bajeza. Se advertía aún, bajo las caídas cejas, en los ojos cargados de sombrío fuego, un salvajismo apenas domesticado. Sus mismos modales habíanse ennoblecido, despojándose de su rudeza, aunque fuesen demasiado rígidos para ser agradables. La sorpresa de mi amo igualaba a la mía, si es que no la sobrepasaba. Titubeó por espacio de un minuto antes de dirigir la palabra al mozo de cuadra, tal como lo había llamado. Heathcliff dejó caer la endeble mano y lo miró fríamente hasta que el otro se decidió a hablar.

—Tome usted asiento, señor — dijo, al fin. — Mi esposa, recordando los viejos tiempos, me pidió que lo recibiese aquí como a un amigo y, naturalmente, me agrada complacerla.

—También a mí — repuso Heathcliff, — sobre todo si tengo mi parte en el mismo. Me quedaré gustoso una o dos horas.

Se sentó frente a Cata, que clavaba sus ojos en él, como temiendo que se esfumase si su mirada se apartaba. Heathcliff, sin embargo, no alzó la suya hacia ella muy a menudo, limitándose a echarle una rápida ojeada, de vez en cuando. Pero, un resplandor por momentos más osado, reflejaba el indecible placer que experimentaba bebiendo en el fondo de esa mirada. Estaban demasiado sumidos en su recíproca admiración para sentirse molestos. No ocurría lo mismo con el señor Edgar. La simple contrariedad lo había hecho palidecer y ese sentimiento llegó al paroxismo cuando su mujer, poniéndose en pie y franqueando el espacio que los separaba, tomó nuevamente las manos de Heathcliff lanzando una carcajada casi demente.

—¡Mañana creeré haber soñado! — exclamó. — No podré creer que lo he visto, que lo he tocado y hablado. Sin embargo, cruel Heathcliff, no merece usted este recibimiento. Haber permanecido ausente y callado durante tres años, no haber pensado nunca en mí...

—Un poco más de lo que en mí pensó usted — murmuró. — No hace mucho, Cata, que me enteré de su casamiento y mientras esperaba abajo, en el patio, meditaba en esto: ver por un solo instante su rostro y leer en el mismo, quizás una mirada de sorpresa y un atisbo de placer. Luego de lo cual, habría saldado mis cuentas con Hindley. Después, adelantándome a la justicia, hubiese vuelto el arma contra mí mismo. Su acogida alejó esas ideas de mi cabeza. Pero, ¡cuídese usted de recibirme en distinta forma la próxima vez! ¿Dice usted que se sintió verdaderamente inquieta por mí? ¡Pues bien! había por qué estarlo. He luchado duramente con la vida desde la última vez que oí el sonido de su voz y es preciso que me perdone, porque sólo he luchado por usted ..

—Catalina, salvo que desee usted tomar té frío, tenga la bondad de volver a la mesa — interrumpió Linton, esforzándose en conservar su tono habitual y una dosis correcta de cortesía. — El señor Heathcliff tendrá que hacer un largo trayecto hasta su residencia, sin duda, y yo tengo sed.

La señora ocupó su lugar frente a la tetera y la señorita Isabel llegó convocada por la campana. Entonces, después de haber acomodado sus sillas, abandoné el cuarto. Apenas si permanecieron diez minutos en la mesa. Catalina no se sirvió nada, incapaz tanto de comer, como de beber. Edgar volcó té en el platillo y no bebió más que un sorbo. Su huésped, la tarde aquella, no prolongó su visita más de una hora.

Le pregunté, cuando se marchaba, si iba a Gimmerton.

—No, a Cumbres Borrascosas — repuso. — El señor Earnshaw me invitó esta mañana, cuando fuí a verlo.

¡El señor Earnshaw lo había invitado! ¡Había ido a ver al señor Earnshaw!

Volví y revolví esa frase en todos los sentidos, cuando se hubo marchado.

¿Habría aprendido a ser hipócrita y sólo volvería a la comarca para tramar alguna maldad?

Me puse a reflexionar... y tuve, en el fondo de mí misma, el presentimiento de que hubiese procedido mucho mejor quedándose donde estaba.

Al promediar la noche, fuí despertada de mi primer sueño por la señora Linton, que se había deslizado en mi alcoba, colocado una silla a la cabecera de mi cama y tirado de los cabellos para recordarme.

—No puedo dormir, Nelly — me dijo, a manera de excusa. — Además, quiero hablar con alguien de la dicha que me em-

barga. Edgar está rabioso al verme feliz por una cosa que no le concierne. No abre la boca más que para espetarme agrios discursos y me reprocha mi egoísmo y mi insensibilidad, porque yo desearía charlar mientras él está enfermo y se cae de sueño. ¡Siempre se las arregla para enfermarse a la menor contrariedad! Apenas pronuncié una palabra elogiosa sobre Heathcliff, se echó a llorar... Dolor de cabeza o celos... Entonces me levanté, dejándolo solo.

—¿Y qué necesidad tenía de elogiar a Heathcliff? — le dije. — Cuando eran unos muchachos, no experimentaban sino aversión el uno para el otro. Heathcliff, por su parte, también detestaría oír elogios del señor Linton. Así es la naturaleza humana. No hable de él al amo, si no quiere provocar una grave explicación entre ellos.

—Pero. ¿no implica eso debilidad de carácter? — prosiguió el ama. — Yo no soy envidiosa y no me siento celosa en absoluto a la vista de los espléndidos cabellos de Isabel, al contemplar la blancura de su tez, su rebuscada elegancia y al constatar el afecto que todos le demuestran. Usted misma, Nelly, cuando surge alguna discusión entre nosotras, adopta de inmediato el partido de Isabel y yo cedo con maternal indulgencia, la llamo queridita y la mimo hasta que retorna a su buen humor habitual. Su hermano es dichoso al ver reinar una buena armonía entre nosotras y yo también, por lo consiguiente. Pero son muy parecidos: dos criaturas mimadas que se imaginan que el mundo ha sido creado para ellos. Aunque les pase todas sus fantasías, creo que le haría bien, después de todo, una buena lección.

—Se engaña usted, señora Linton — dije. — Son ellos los que pasan sus fantasías. Ya me imagino lo que sucedería si así no fuese. Bien puede usted conformarse a sus raros caprichos, desde el momento que su única preocupación es prevenir todos sus deseos. Es posible, no obstante, que surja entre ustedes una causa de desacuerdo, de igual importancia para ambos. En ese caso, aquellos a quienes usted acusa de debilidad de carácter, son muy capaces de mostrarse tan obstinados como usted misma.

—Y lucharemos hasta la muerte, ¿verdad, Nelly? — repuso Cata, riendo. — No, tengo tanta fe en el amor de Linton, que creo que podría herirlo mortalmente sin que él tratase de vengarse.

Le insté a que lo estimase aún más, por ese mismo afecto que le demostraba.

—Es lo que hago, — dijo, — pero no debería empezar a gimotear por tonterías. Es infantil. En vez de estallar en sollozos porque declaré que Heathcliff merecía ahora la consideración de todo el mundo y que los más grandes señores de la comarca se verían honrados con su amistad, debía haber pensado como yo y regocijarse, por simpatía. Preciso será que se acostumbre a él. ¿Por qué no podría quererlo? Es indiscutible que Heathcliff se comportó admirablemente, sobre todo si pensamos en las razones que tendría para odiarlo.

—¿Qué opina usted de su visita a Cumbres Borrascosas? pregunté. — Parece haberse enmendado en todo sentido. Como buen cristiano, tiende a todos sus enemigos la mano de la amistad.

—Me habló de eso — repuso Catalina. — Estoy tan extrañada como usted. Me dijo que esperaba obtener informaciones sobre mi persona por su intermedio, siempre y cuando viviese usted siempre allá. José previno a Hindley, que se hizo presente y empezó a interrogarlo sobre lo que había hecho, sobre cómo vivió, expresando finalmente el deseo de que pasase. Se encontraban allí algunas personas jugando a las cartas. Heathcliff se sentó a su mesa. Mi hermano perdió algún dinero jugando contra él y viendo que no carecía de recursos, le pidió que volviese por la tarde, cosa que Heathcliff aceptó. Hindley es demasiado indiferente para escoger a sus amigos con discernimiento. No se preocupa por las razones que deberían hacerle sospechar de un hombre al que ofendió indignamente. Pero Heathcliff afirmó que su finalidad principal, al reanudar relaciones con su antiguo verdugo, es instalarse cerca de Thrushcross Grange, sin hablar del cariño que conservó a la casa en la que vivimos juntos. Alienta también esperanzas de que tendré más oportunidades de verlo allí, que las que habría tenido si hubiese elegido Gimmerton. Cuenta con hacer una muy generosa oferta para tratar de arrendar Cumbres Borrascosas y es probable que mi hermano, por afán de lucro, acepte sus propuestas. Siempre se mostró muy ávido, a pesar de que todo lo que toma con una mano lo arroja con la otra.

—¡Bonito lugar de residencia para un joven! — dije, — ¿No teme usted las consecuencias, señora Linton?

—No por mi amigo — repuso. — Su cabeza es sólida y sabrá preservarse de todo peligro. Un poco por Hindley, pero moralmente, ya no puede caer más bajo de lo que está, y si se trata de consecuencias físicas, me hallo entre ellos para

preservarlo de toda violencia. El acontecimiento de esta tarde me ha reconciliado con Dios y con la Humanidad. Me había rebelado contra la Providencia. ¡Oh! ¡he sufrido mucho, Nelly, mucho! Si el ser con el cual vivo supiese hasta qué punto, se avergonzaría de acoger mi liberación con una vana exasperación. Por bondad hacia él, me repleguí en mi misma. Si hubiese expresado la agonía que por momentos me ahogaba, habría deseado mi curación tan ardientemente como yo. En fin, todo eso pertenece al pasado y no quiero tomar venganza de su estupidez. En lo sucesivo, puedo sufrir cualquier cosa. Si la más abyecta de las criaturas me castigase en la mejilla, no solamente ofrecería la otra, sino que pediría perdón por haberla provocado. Y en prueba de lo que estoy diciendo, voy a hacer de inmediato las paces con Edgar. ¡Buenas noches! ¡Soy un ángel!

Y la vi marcharse con esa halagadora certidumbre. Pudo advertirse al siguiente día que había llevado a buen término su resolución. No solamente el señor Linton había perdido su aspecto desapacible (aunque su humor contrastara todavía con la gozosa exuberancia de Catalina), sino que no se opuso a que llevara a Isabel con ella a Cumbres Borrascosas, en horas de la tarde. Cata lo recompensó con una verdadera primavera de dulzura y ternura, que hizo de la casa un paraíso durante varios días, aprovechando de esa situación amos y criados.

Al principio, Heathcliff — el señor Heathcliff debería decir en lo sucesivo, — aprovechó en forma discreta la libertad de frecuentar Thrusheross Granje. Al parecer, deseaba estudiar al amo y ver hasta qué punto soportarían su intrusión. También Catalina juzgó hábil moderar sus transportes cuando lo recibía y poco a poco, se halló muy natural esperarlo. Había conservado esa frialdad tan notable en su infancia, y eso lo ayudó a reprimir cualquier demostración demasiado vivaz. La susceptibilidad de mi amo entró en un período de calma, tanto más que ciertos hechos lo condujeron provisoriamente por otra vía.

Sus nuevas preocupaciones tuvieron su origen en un accidente completamente imprevisto: Isabel Linton fué presa de una súbita e irresistible atracción por el visitante que él toleraba. Era, en ese momento, una encantadora joven de dieciocho años, de gestos infantiles, aunque de mente y sentimientos vivaces y de un carácter no menos vivo, cuando la irritaban. Su hermano, que la amaba tiernamente, quedó cons

ternado ante semejante elección. Dejando de lado el deshonor de una alianza con un hombre sin apellido y el posible hecho de que la fortuna de los Linton, a falta de un heredero varón, pasase a semejantes manos, se hallaba en situación de comprender la naturaleza de Heathcliff y de saber que, a pesar de la aparente metamorfosis, el carácter del mismo no admitía cambios, ni había cambiado. No podía pactar la paz con un individuo de ese carácter; la idea de confiar a Isabel al cuidado de un ser semejante, lo hacía estremecerse de antemano. Y mucho más lo habría rechazado si hubiese sabido que el sentimiento de su hermana nació sin solicitaciones y se desarrollaba sin obtener reciprocidad, porque desde el instante mismo en que Linton se dió cuenta de las cosas, creyó en un plan concertado de Heathcliff.

Todos habíamos notado, desde hacía algún tiempo, que la señorita Linton estaba inquieta y languidecía, que se tornaba irritable, fastidiosa; nos cansaba a todos y zaherría a Catalina, incomodándola sin tregua, aun a riesgo de terminar con su limitada paciencia. La disculpábamos, hasta cierto punto, suponiéndola enferma, pues decaía y adelgazaba a ojos vistas. Pero un día en que se mostró particularmente caprichosa, negándose a almorzar, quejándose de que los criados no hacían lo que ella les decía, de que el ama no les dejaba desempeñar el menor papel en la casa, de que Edgar la desatendía, de que había tomado frío porque las puertas quedaron abiertas y de que dejamos apagar de intento el fuego de la sala para molestarla y de un montón de otras aún más fútiles acusaciones, la señora Linton le ordenó en forma imperativa que se fuese a la cama y luego de regañarla sin miramientos, la amenazó con llamar al médico. Al oír el nombre de Kenneth, la joven declaró al punto que su salud era excelente y que únicamente la dureza de Catalina la hacía desdichada.

—¿Cómo puede usted decir que soy dura, niña mimada y mala? — exclamó el ama, estupefacta, ante semejante declaración. — ¡Está perdiendo la cabeza! ¡Dígame cuándo he sido dura!

—¡Ayer! — sollozó Isabel. — ¡Y ahora!

—¿Ayer? — inquirió su cuñada. — ¿En qué momento?

—Cuando estábamos en la landa. Me dijo usted que me fuese a donde se me diese la gana, mientras se quedó paseando con el señor Heathcliff.

—¿Y a eso le llama usted dureza? — dijo Catalina, echán-

dose a reír. — No quise insinuar que su presencia estaba de más, pues nos era indiferente que se quedase con nosotros o no. Supuse, sencillamente, que la conversación de Heathcliff no tenía ningún atractivo para usted.

—¡No! ¡no! — repuso la joven lagrimeando, — ¡quiso que me alejase porque sabía que deseaba quedarme!

—¿Gozará de todas sus facultades mentales? — preguntó la señora Linton, volviéndose hacia mí. — Repetiré, palabra por palabra, nuestra conversación, Isabel, y luego me dirá qué encanto podía tener para usted.

—Poco me importa la conversación — dijo la chica. — Yo quería estar con...

—¿Y bien? — dijo Catalina, al advertir su vacilación.

—Con él y no deseo que me alejen siempre... — prosiguió, acalorándose. — ¡Es usted como un perro frente a su pitanza, Catalina, y nadie tiene el derecho de ser amada, salvo usted!

—¡Qué impertinencia, miserable monita! — exclamó la señora Linton, completamente desconcertada. — ¡Pero no he de perder tiempo escuchando estas estupideces! Es imposible que trate usted de conquistar la admiración de Heathcliff .. ¡que lo considere como a alguien a quien pueda amar! Supongo que la he comprendido mal, ¿no es verdad, Isabel?

—No, en absoluto — dijo la joven, sin poder contenerse ya. — Lo amo más de lo que jamás amó usted a Edgar y él podría amarme, si usted lo permitiese.

—¡Pues bien! en ese caso, no desearía estar en su lugar ni por un imperio — declaró Catalina enfáticamente y al parecer hablando con sinceridad. — Ayúdeme, Nelly, a convencerla de su locura. Dígale lo que es Heathcliff, un muchacho abandonado, sin fineza, sin cultura, un verdadero cardo que creció entre las piedras. ¡Preferiría soltar este pequeño canario en el parque un día de invierno, antes que alentarla a concederle su corazón! Pobre chiquita mía, sólo por una peligrosa ignorancia de su naturaleza ha podido nacer ese ensueño en su cabeza. Le suplico que no crea que guarda tesoros de bondad bajo ese exterior sombrío. No es un diamante en bruto.. ni una perla oculta, sino un hombre despiadado, tan cruel como un lobo. Nunca le digo: "Deje en paz a tal o cual enemigo, porque sería poco generoso tomar venganza." Mis palabras son estas: "Déjelo, porque me horroriza verlo en un mal trance." Isabel, si algún día Heathcliff la considerase como una carga pesada y molesta, la aplasta-

ría como a una cáscara de huevo. Sé que no podría amar a una Linton, pero a pesar de ello sería perfectamente capaz de casarse con su fortuna y sus esperanzas. La avaricia está a punto de convertirse en su pecado favorito. Tal es la pintura que de él hago, y soy su amiga... su amiga a tal punto que, si Heathcliff hubiese pensado seriamente en seducirla, no habría hablado en estos términos y la hubiese dejado caer en la trampa.

La señorita Linton miró con ojos de indignación a su cuñada.

—¡Qué vergüenza! ¡qué vergüenza! — repitió encolerizada. — ¡Una amiga tan venenosa como usted es peor que veinte enemigas!

—¡Ah! ¿con que no quiere creerme, entonces? — dijo Catalina. — ¿Supone que son el egoísmo y la envidia los sentimientos que me impulsan a hablar?

—Estoy segura de ello — replicó Isabel, — y usted me causa horror.

—¡Haga lo que quiera! — gritó la otra. — Haga usted misma la prueba, si eso le agrada. Nada más tengo que decir y abandono la discusión ante sus insolencias.

—¿Será preciso que me sacrifique a su egoísmo? — sollozó Isabel, mientras la señora Linton se alejaba de la habitación. — ¡Todo, todo está contra mí! ¡Quiere marchitar mi única esperanza! Pero no ha dicho más que mentiras, ¿verdad, Nelly? El señor Heathcliff no es un monstruo y posee un alma hermosa, capaz de fidelidad, para haberse acordado de ella como se acordó.

—No, señorita — dije; — apártelo de sus pensamientos. Es un ave de mal agüero, no es un partido para usted. La señora Linton habló con dureza, pero no puedo contradecirla. Conoce mejor que yo, o que cualquier otra persona, su corazón y nunca lo abrumará tanto como se lo merece. Las personas honradas no ocultan sus actos. ¿Cómo ha vivido? ¿Cómo se enriqueció? ¿Por qué se queda en Cumbres Borrascosas? El señor Earnshaw va de mal en peor desde que él se encuentra allí. Se pasan las noches en vela, Hindley pidió dinero a préstamo sobre sus tierras y no hace otra cosa más que jugar y beber. Vi a José en Gimmerton, hace una semana, y me dijo lo siguiente: "Nelly, el coronel va a hacer una investigación relativa a las personas que habitan en Cumbres Borrascosas. Una de esas personas resultó con los dedos casi completamente cortados, mientras otra se desangraba como un novillo en

el matadero. El amo, como usted lo sabe muy bien, está a punto de ir a parar ante los grandes Assises. No tiene más temor de los jueces que de Pablo, de Pedro, de Juan, de Matías, o de cualquier otro. Hasta se diría que los busca, con su impúdico rostro. Y ese jovencito Heathcliff es de una especie rara, capaz de reírse mejor que nadie de las bromas del diablo. ¿Les ha referido algo de su hermosa vida, cuando va a Thrusheross Grange? He aquí cómo marchan las cosas... Se levantan al ponerse el sol y de inmediato, a los dados, al coñac, cerrados los postigos de todas las ventanas y a la luz de las bujías, hasta el mediodía siguiente. Entonces, el loco sube a su cuarto, gritando y blasfemando tanto y tan bien, que las personas honestas deben taparse los oídos de vergüenza. Entretanto, el joven pillastre no se priva de recoger su dinero, de comer, de dormir y de ir a la casa del vecino para charlar un ratito con la dama. Seguramente dice a la señora Catalina cómo el oro de su padre entra en su bolsillo, y cómo el hijo de su padre se precipita por la pendiente gracias a su amable ayuda." Dicho esto, señorita Linton, debo añadir que José es un viejo pillo, pero no un mentiroso y si lo que expresa sobre la conducta de Heathcliff es exacto, supongo que no pensará usted, de ningún modo, en un marido semejante, ¿no es cierto?

—Se ha coaligado usted con los demás, Nelly, y no escucharé sus calumnias — repuso la joven. — ¡Está muy mal eso que hace, de querer convencerme de que no existe la felicidad en este mundo!

No sé si librada a sí misma. Isabel habría renunciado a ese capricho, o hubiese seguido abandonándose a él; en todo caso, dispuso de muy poco tiempo para reflexionar. Al siguiente día se efectuó una asamblea de justicia en la ciudad vecina, a la cual mi amo se vió obligado a asistir. El señor Heathcliff, puesto al corriente de su ausencia, llegó bastante más temprano que de costumbre. Catalina e Isabel estaban sentadas en la biblioteca, siempre frías y sin dirigirse la palabra. La joven estaba preocupada por la reciente confidencia, que se le había escapado en un acceso de ira; la otra, rencorosa, se absorbía en sus pensamientos y si bien seguía riéndose de la pretensión de su compañera, no se sentía tentada a reír con ella. Sin embargo, rió verdaderamente cuando vió pasar a Heathcliff frente a la ventana. Yo estaba barriendo el salón y advertí su maliciosa expresión. Isabel, fuese porque soñaba, o porque leía, no se movió hasta que sintió

abrirse la puerta. Era demasiado tarde ya para tratar de huir, cosa que hubiese hecho de buen grado, de haberle sido posible.

—¡Adelante! ¡adelante! — gritó el ama alegremente, colocando una silla junto al fuego. — He aquí a dos personas que tienen necesidad suma de que una tercera venga a derretir el hielo existente entre ellas. Y usted es, precisamente, la persona que ambas habríamos elegido para esa tarea. Heathcliff, me siento orgullosa de mostrarle a alguien que está aún más enamorada de usted que yo. Supongo que esto lo halagará. No, no es Nelly. ¡No pierda el tiempo mirándola! Mi pobre cuñadita tiene el corazón destrozado, nada más que de contemplar su belleza moral y física. ¡Sólo de usted depende convertirse en el hermano de Edgar! No, no, Isabel, no se irá usted — prosiguió, deteniendo con fingida alegría a la confundida joven, que se había puesto en pie, indignada. — Disputamos como dos gatas a su respecto, Heathcliff, y tuve que darme por vencida en lo que a admiración y devoción se refería. Además, oí decir que si tenía la bondad de mantenerme alejada, mi riva! (es así como habrá que considerarla en lo sucesivo) le dispararía una flecha al corazón que se quedaría clavada en el mismo para siempre, rechazando mi imagen hacia un eterno olvido.

—¡Catalina! — dijo Isabel, haciendo acopio de toda su dignidad y desdeñando luchar contra el abrazo que la retenía. — Mucho le agradecería que fuese usted veraz y no me calumniara, ni siquiera en broma. Señor Heathcliff, ¿quiere usted rogar a su amiga que me devuelva la libertad? Catalina olvida que usted y yo no somos antiguas relaciones y que este juego que a ella la divierte, a mí me resulta penoso más allá de toda expresión.

Como el visitante, sin contestar una sola palabra, tomaba asiento y parecía completamente indiferente al sentimiento que le había inspirado, la joven se volvió a su verdugo, pidiéndole insistentemente que la soltara.

—¡Bajo ningún pretexto! — exclamó la señora Linton. — No quiero ser tratada de perro ante su pitanza. ¡Se quedará usted aquí! Heathcliff, ¿por qué no manifiesta usted alegría al enterarse de estas agradables noticias? Isabel jura que el amor que Edgar siente por mí, no es nada en comparación con el que ella experimenta por usted. Estoy segura de que ha dicho algo por el estilo, ¿no es verdad, Nelly? Además, ayuna desde nuestro paseo de anteayer, apenada y enfureci-

da porque la alejé de su compañía, que consideraba desprovista de interés, para ella.

—Creo que la está usted representando en una forma falsa — dijo Heathcliff, volviendo su silla hacia las dos mujeres. — En todo caso, en este momento bien que desearía alejarse de esa compañía...

Miró cínicamente a la persona objeto de la conversación, como se podría contemplar a un animal desconocido y repugnante, a algún reptil exótico, por ejemplo, que la curiosidad obliga a examinar, pese a la aversión que provoca. La pobre niña no pudo soportar aquello; palideció y se ruborizó, sucesivamente y mientras las lágrimas aparecían en sus pestañas, reunió toda la fuerza de sus deditos para desprenderse de las garras de Catalina. Pero viendo que apenas un dedo se levantaba, otro se aferraba a ella, y que no podía desprenderlos todos a la vez, recurrió a sus afiladas uñas, cuyas puntas diseñaron muy pronto rojas medialunas en la carne de su torturadora.

—¡Es una tigre! — exclamó la señora Linton, devolviéndole la libertad y sacudiendo la dolorida mano. — ¡Váyase, por el amor de Dios, y oculte su cabeza de furia! ¡Qué gran locura ha sido revelarle a él sus garras! ¿Puede imaginarse las conclusiones que extraerá de ello? ¡Mire, Heathcliff! He aquí unos instrumentos que causarán estragos... ¡Tenga cuidado con sus ojos!

—Se los arrancaría de los dedos, si alguna vez me amenazase — repuso él brutalmente, después que la puerta se hubo cerrado a espaldas de la joven. — Pero, ¿por qué, Cata, torturó así a esa desdichada? No decía usted la verdad, ¿no es cierto?

—Puedo asegurarle que sí — repuso Catalina. — Muere de amor por usted desde hace varias semanas. Y todavía esta mañana, deliró al respecto, con un diluvio de injurias para mí, que le hablé de sus defectos claramente, a fin de moderar su admiración. Pero, no haga caso de esto: quise castigarla por su insolencia, nada más. La quiero demasiado, mi buen Heathcliff, para permitir que usted la atrape y la devore.

—Y yo la quiero demasiado poco para tratar de hacerlo — dijo Heathcliff, — a menos que no sea a la manera de un vampiro. Se enterarían ustedes de cosas muy curiosas si viviese solo con esa insípida figura de cera. Las más inofensivas serían susceptibles de hacer aparecer sobre esa albura los

colores del arco iris y de ennegrecer sus ojos azules, todo los días. Se parecen de un modo odioso a los de Linton.

—De un modo encantador — repuso Catalina. — ¡Son unos ojos de paloma... de ángel!

—¿Es la heredera de su hermano, creo? — inquirió, luego de un breve silencio.

—Sólo el pensamiento de ello me desolaría — dijo Cata. — ¡Media docena de sobrinos anularán sus títulos, si Dios quiere! Y ahora, aparte su mente de este tema. Lo veé a usted demasiado inclinado a codiciar los bienes de su prójimo. Recuerde que los bienes de ese prójimo, son los míos.

—Si de mí dependiese, no serían menos suyos por eso — repuso Heathcliff. — Pero aunque Isabel Linton puede ser una tonta, no es loca. En conclusión, apartaremos ese tema, tal como usted lo desea.

Lo apartaron, efectivamente, de su conversación y Catalina, probablemente, de su espíritu. El otro, estoy segura de ello, lo recordó a menudo en el transcurso de la tarde. Lo vi sonreír a solas — hacer muecas, más bien — y caer en reflexiones de mal augurio, cada vez que la señora Linton salía de la habitación.

Resolví vigilarlo. Mi simpatía iba siempre al amo, de preferencia. Con razón — pensaba, — porque era bueno, leal y honrado, en tanto que Catalina... no era posible situarla en el lado opuesto, pero parecía permitirse tales libertades, que tenía muy poca confianza en sus principios y aún menos indulgencia para sus sentimientos.

Ansiaba que sucediese algo que librase a Cumbres Borrascosas y a Thrushcross Grange, sin ruido y al mismo tiempo, de la presencia del señor Heathcliff, dejándonos tal como estábamos antes de su llegada. Sus visitas constituían una perpetua pesadilla para mí y para mi amo también, mucho me lo temo. Su presencia en Cumbres Borrascosas provocaba una inexplicable opresión. Me parecía que Dios había abandonado a la oveja descarriada a sus culpables vagabundeos y que una bestia diabólica gruñía entre ella y la majada, esperando el momento propicio para dar el salto y devorarla.

CAPITULO XI

A veces, cuando pensaba a solas en esas cosas, me levantaba presa de un súbito terror y me ponía la cofia, a fin de ir a ver qué ocurría en Cumbres Borrascosas. Me persuadía que

era mi deber poner a Hindley en guardia contra lo que la gente decía de él, pero luego recordaba sus inveteradas malas costumbres y desesperando de convertirlo, renunciaba a volver a la siniestra casa, temiendo no ser escuchada.

Un día en que iba a Gimmerton, hice un rodeo y franqueé la vieja palizada. Fué, más o menos, en la época a la cual llegué en mi relato; la tarde era clara y glacial, la tierra estaba yerma, la carretera dura y seca. Llegué a un hito en que el camino real se bifurca hacia las landas, a la izquierda. Era un grueso pilar de piedra, con las letras C. B. talladas en la dirección norte, G. al Este y T.G. al sudeste. Sirve de poste indicador para Thrusheross Grange, Cumbres Borrascosas y la aldea. El sol doraba su punta gris y no sé por qué esa imagen del verano hizo afluir a mi corazón viejas sensaciones de mi infancia. Hindley y yo sentíamos predilección por ese lugar, veinte años antes. Contemplé durante un buen rato ese bloque gastado por el tiempo y al inclinarme, vi en su base un agujero lleno aún de conchas de caracoles y de piedrecitas, que nos complacíamos en guardar allí en reserva, con otras menudencias. Súbitamente, creí ver aparecer, con toda la fuerza de la realidad, a mi joven compañero de juegos de aquel entonces; estaba sentado sobre la seca hierba, su cabeza morena y recia se inclinaba hacia adelante y su manecita excavaba la tierra con un trocito de pizarra.

"¡Pobre Hindley!" — exclamé involuntariamente. Me estremecí, pues mis alucinados ojos tenían ante sí, estaban seguros de ello, al niño que alzaba su cara y me miraba fijamente.

Esta visión se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos, pero experimenté al punto el irresistible deseo de ir a Cumbres Borrascosas. Una supersticiosa idea me urgía a seguir ese impulso... Si estuviese muerto... — me decía. — O si fuese a morir muy pronto, siendo aquello un presagio de su muerte... Cuanto más me aproximaba a la casa, tanto más aumentaba mi turbación y cuando estuvo al alcance de mi vista, me puse a temblar de pies a cabeza. La aparición se me había adelantado y estaba allí, mirando a través de la palizada. Esa fué, al menos, mi primera idea, al ver a un chiquillo de cabellos ondulados como por manos de hadas, de negros ojos, que apoyaba su fresca carita contra la madera. Luego de un minuto de reflexión, supuse que debía ser Hareton, mi pequeño Hareton, que no había cambiado mucho desde que me había separado de él, diez meses antes.

—¡Dios te bendiga, querido mío! — dije, olvidando al punto mis temores. — Soy Nelly, Hareton, tu nodriza Nelly.

Retrocedió, recogiendo una gruesa piedra.

—He venido a ver a tu padre, Hareton — proseguí, adivinando por su gesto que si había conservado un poco a Nelly en su memoria, no me reconocía como siendo ella.

Se dispuso a arrojar su proyectil. Empecé un discurso para domesticarlo, pero no pude detener su mano, y la piedra golpeó contra mi cofia. Luego, un rosario de injurias brotó de los labios apenas ejercitados del hombrecillo, injurias que tal vez no comprendía, pero que fueron proferidas con una consumada fuerza de expresión, en tanto que una repugnante mueca de maldad desfiguraba sus rasgos infantiles. Puede usted estar seguro de que me sentí más apenada que enojada. A punto de echarme a llorar, saqué una naranja de mi bolsillo y se la ofrecí, para calmarlo. El chico titubeó y después me la arrancó de la mano, como imaginándose que quería tentarlo para engañarlo a continuación. Le mostré otra, poniéndola lejos del alcance de su manecita.

—¿Quién te enseñó esas bonitas palabras, chiquito mío? — le pregunté. — ¿El pastor?

—¡Al diablo el pastor y tú! Dame eso — repuso.

—Díme quién te da lecciones y tuya será. ¿Quién es tu maestro?

—Mi diablo de papá.

—¿Y qué aprendes de tu papá? — proseguí.

Saltó hacia la fruta, que alcé en el aire.

—¿Qué te enseña? — inquirí.

—Nada, aparte de que no me ponga en su camino. Papá no puede aguantarme porque juro contra él.

—¡Ah! ¿Y es el diablo quién te enseña a jurar contra tu papá?

—Sí.. no — dijo, con monótona voz.

—¿Quién, entonces?

—Heathcliff.

Le pregunté si quería a Heathcliff.

—Sí — me contestó.

Deseando saber por qué razones lo amaba, pude comprender solamente estas frases:

—No lo sé .. devuelve a papá lo que recibo... Injuria a papá porque él me injuria. Dice que debo hacer lo que se me da la gana.

—¿No te enseña el pastor, entonces, a leer y a escribir?

—No. Me han dicho que al pastor le descalabrarían la mandíbula si alguna vez franqueaba la puerta de entrada... ¡Heathcliff lo ha prometido!

Le puse la naranja en la mano y le pedí que fuese a decir a su padre que una mujer llamada Nelly Dean estaba allí y deseaba hablar con él. En vez de Hindley, fué Heathcliff quien apareció en el umbral de la puerta. Giré de inmediato sobre mis talones y empecé a desandar lo andado con toda la velocidad de que fuí capaz. No me detuve hasta el poste indicador, tan aterrada como si hubiese despertado a un espíritu maléfico. Esto no se relaciona mayormente con la historia de la señorita Isabel, pero lo refiero porque resolví montar una atenta guardia y hacer todo lo posible para alejar de Thrushcross Grange una tan terrible influencia, aunque debiese provocar una tormenta interna, contrariando la voluntad de la señora Linton.

El día en que Heathcliff nos hizo una nueva visita, nuestra joven señorita se hallaba dando de comer a las palomas, en el patio. No había dirigido ni una sola palabra a su cuñada en tres días, pero sus recriminaciones y sus quejas habían cesado, lo que significaba un gran alivio para todos. Sabía que no entraba en las costumbres de Heathcliff perder el tiempo en inútiles cortesías con la señorita Linton. Esta vez, apenas la vió, su primera precaución fué inspeccionar cuidadosamente con la mirada, la fachada de la casa. Yo me encontraba junto a la ventana de la cocina, pero retrocedí para no ser vista.

Heathcliff atravesó el patio, se encaminó hacia ella y le dijo algo. La joven pareció sentirse molesta y deseosa de marcharse. Para impedírselo, él posó su mano en su brazo. Luego, ella volvió la cara evitando, al parecer, contestar alguna pregunta que él le formulaba. Heathcliff lanzó otra rápida ojeada a la casa y creyendo que nadie lo veía, el miserable tuvo la impudicia de besarla.

—¡Judas! ¡Traidor! — exclamé. — ¡Sería usted, entonces, también un hipócrita? ¡Qué pillo perfecto!

—¿Quién, Nelly? — inquirió Catalina, a mi lado.

Muy ocupada en vigilar a la pareja, no había notado su entrada.

—¡Su indigno amigo! — repuse fogosamente. — Mire, allá, a ese vil pillastre. ¡Ah! nos ha visto... ¡entra! Me pregunto si será tan desvergonzado de explicar por qué corteja a la señorita, después de haberle dicho a usted que la odiaba.

La señora Linton vió a Isabel desprenderse bruscamente y huir al jardín. Un minuto después, Heathcliff abría la puerta. No pude dejar de manifestar mi indignación, pero Catalina me ordenó, encolerizada, que callara, amenazándome con mandarme a la cocina si cometía la insolencia de pronunciar palabras incorrectas.

—¡Se creería, al oírla, que es usted la dueña de casa! — dijo. — ¡Es preciso que alguien la coloque en su verdadero lugar! Heathcliff, ¿en qué está usted pensando, para hacer semejante cosa? ¡Ya le dije que había que dejar tranquila a Isabel!... Le ruego que me haga caso, salvo que esté usted harto de que lo reciban en esta casa y que desee ver a Linton cerrarle la puerta en las narices.

—¡Que Dios lo preserve de intentar semejante cosa! — repuso el sombrío bribón.

Lo detesté realmente en ese instante.

—¡Que Dios le aconseje dulzura y paciencia! ¡Cada día que transcurre, me siento más poseído por el deseo de mandarlo al otro mundo!

—¡Cállese! — dijo Catalina, cerrando la puerta. — No me haga enojar. ¿Por qué no me obedeció? ¿Ha sido ella quien lo buscó?

—¿Qué puede importarle eso? — refunfuñó Heathcliff. — Tengo derecho a besarla, si eso le agrada, y usted no lo tiene de impedirlo. No soy su marido, y por lo tanto no debe estar celosa de mí.

—No estoy celosa de usted — repuso el ama. — Lo estoy por usted. ¡Basta de enojos! ¡No va a estarse toda la tarde con esa cara enfurruñada! Si ama a Isabel, se casará con ella. Pero, ¿la ama realmente? Diga la verdad, Heathcliff. Bueno... no quiere contestar. ¡Estoy segura de que no la ama!

—¿Aprobaría el señor Linton el casamiento de su hermana con este hombre? — pregunté.

—El señor Linton lo aprobaría — repuso mi ama con decisión.

—Podría evitarse ese trabajo — dijo Heathcliff. — Me resultaría muy fácil proceder sin su aprobación. En cuanto a usted, Catalina, quiero decirle algo desde ya, puesto que se ha ofrecido la oportunidad de hacerlo. Sé, se lo prevengo, que me trató usted de una manera diabólica .. ¡diabólica! ¿Me oye usted? Y si se jacta de que no me he dado cuenta de ello, es usted una tonta. Y si supone que puedo ser ablan-

dado con buenas palabras, es una idiota. Y si se imagina que lo toleraré sin vengarme, la convenceré en breve de lo contrario. Mientras tanto, gracias por haberme develado el secreto de su cuñada. ¡Juro que extraeré del mismo todo el beneficio que pueda! Y en lo sucesivo, ocúpese exclusivamente de sus asuntos.

—¿Qué nuevo capricho es éste? — exclamó la señora Linton, estupefacta. — Dice usted que lo he tratado de una manera diabólica... ¡Y que se tomará el desquite! ¿Cómo hará para tomárselo, grandísimo ingrato! ¿Qué he hecho para tratarlo diabólicamente?

—No trato de vengarme en usted — repuso Heathcliff con menos vehemencia. — No es ese mi plan. Los esclavos apaleados por el tirano no se vuelven contra él, sino que aplastan a los que están más abajo. Es usted dueña de someterme a suplicio para su diversión personal, pero permítame, al menos, que también yo me divierta del mismo modo, y cuídese de insultarme, dentro de lo posible. Después de haber destruído mi palacio, no construya una choza y no se jacte de su caridad, ofreciéndomela como residencia. ¡Si creyese que verdaderamente desea mi casamiento con Isabel, me degollaría!

—Sí, usted lamenta que no me sienta celosa, ¿no es verdad? — gritó Catalina. — ¡Pues bien! no le ofrezco ya una mujer, porque sería tan inútil como ofrecerle a Satanás un alma extraviada. Su felicidad, como la suya, consiste en infligir sufrimientos. Todo lo prueba. Edgar se ha curado del malhumor que manifestó a su llegada y empiezo a sentirme confiada y tranquila. Y usted, atormentado porque nos sabe en paz, parece perfectamente resuelto a provocar una disputa. Riña con Edgar, si así lo desea, Heathcliff. Engañe a su hermana, también. Con ello, habrá hallado el medio más eficaz para vengarse de mí.

La conversación cesó.

La señora Linton, presa de sombría agitación, se sentó junto al fuego. El mal genio que la dominaba se tornaba ingobernable: no podía apaciguarlo, ni dominarlo.

Heathcliff se hallaba junto al hogar, cruzado de brazos, rumiando malos pensamientos. Los dejé en esa actitud para ir a ver al amo, extrañado de que Catalina permaneciese abajo durante tanto tiempo.

—Nelly — me dijo, en el momento en que entraba en el cuarto, — ¿vió usted a su señora?

—Sí, está en la cocina, señor — repuse. — Se halla completamente trastornada por la conducta del señor Heathcliff. En verdad, creo que ya es hora de considerar sus visitas desde otro punto de vista. No es conveniente recurrir a los procedimientos demasiado suaves, porque he aquí lo que ocurre. .

Referí la escena presenciada en el patio tan fielmente como me atreví a hacerlo y toda la disputa que siguió a la misma. Supuse que eso no podía perjudicar a la señora Linton, a menos que no cometiese el error de tomar la defensa de su invitado. Edgar Linton me escuchó con evidente esfuerzo, hasta el final. Sus primeras palabras revelaron que no dispensaba a su esposa de toda censura.

—¡Es insoportable! — exclamó. — ¡Es deshonroso que Catalina lo considere su amigo y me imponga su compañía! Llame a dos hombres abajo, Nelly. Catalina no seguirá discutiendo con ese bandido... He sido demasiado indulgente con ella.

Descendió y después de haber ordenado a los criados que esperaran a la puerta, entró en la cocina, precediéndome.

La cálida discusión se había reanudado. La señora Linton, por lo menos, gritaba a más y mejor, con renovado ardor.

Heathcliff se había dirigido a la ventana y agachaba la cabeza, visiblemente conmovido por ese violento ataque. Fué el primero en ver al amo. Hizo una rápida señal a Catalina, para que callara. La señora obedeció al punto cuando comprendió la señal.

—¡Cómo! — dijo Linton, dirigiéndose a su esposa. — ¿Qué sentido de las conveniencias tiene usted, para permanecer aquí después del lenguaje empleado por ese bribón? Supongo que no se preocupa por ello, pues esos son sus modales habituales. Está acostumbrada a sus groserías y se imagina, tal vez, que también yo he de acostumbrarme a ellas. Pero, ¡no será así!

—¿Estaba usted escuchando detrás de la puerta, Edgar? — preguntó el ama en un tono que tendía a irritar a su marido y denunciaba, al mismo tiempo, despreocupación y desprecio.

Heathcliff, que había alzado los ojos durante el primer discurso, se echó a reír sarcásticamente al oír esas palabras, deseoso, al parecer, de llamar la atención de Linton. Lo consi-

guió, pero Edgar no se sentía muy dispuesto a encolerizarse demasiado con él.

—Hasta este momento, señor — le dijo calmosamente, — he sido indulgente a su respecto, no porque ignorara su despreciable y vil carácter, sino porque me daba cuenta de que no era usted más que parcialmente responsable del mismo. Además, como Catalina deseó continuar sus relaciones con usted, consentí en ello... con harta imprudencia. Su presencia es un veneno moral que corrompería a los más virtuosos. Por tal razón y para impedir más graves consecuencias, le negaré en lo sucesivo la entrada en esta casa y le advierto ya que exijo su inmediata partida. Tres minutos de vacilación, la tornarían involuntaria e ignominiosa.

Heathcliff midió con burlones ojos la estatura y la corpulencia de su contricante.

—Cata, su cordero está amenazando como un toro — dijo. — Corre peligro de romperse el cráneo contra mis puños. ¡Dios mío! señor Linton, lamento profundamente que ni siquiera valga usted la pena de ser derribado al suelo.

Mi amo dirigió una mirada a la puerta y me hizo señas de que fuese a buscar a los hombres, porque no era su intención trabarse en combate singular. Obedecí a su gesto, pero la señora Linton, sospechando algo, me siguió y cuando traté de llamarlos, me empujó, cerró la puerta con gran ruido e hizo girar la llave en la cerradura.

—¡Bonitos modales! — dijo, en respuesta a la mirada de sorpresa e irritación de su esposo. — Si no tiene usted valor para atacarlo, preséntele sus excusas o acepte los golpes. Eso lo corregirá de su manía de fingir más bravura de la que realmente posee. ¡No, me tragaré la llave antes de que usted me la quite! ¡Heme aquí maravillosamente recompensada por mi bondad hacia ambos! Después de haber soportado constantemente la débil naturaleza del uno y la detestable del otro, recibo en cambio dos ejemplos de ingratitud ciega y absurda. Edgar, lo estaba defendiendo a usted y a los demás, pero ahora deseo verlo desfallecer bajo los puños de Heathcliff, por haber sospechado injustamente de mí.

No fué necesario llegar a los golpes para producir ese efecto en el amo. Trató de arrancar la llave a Catalina, pero para mayor seguridad, ella la arrojó en medio de las llamas del hogar. En ese mismo instante, el señor Edgar fué presa de un nervioso temblor y su rostro se cubrió de mortal palidez.

Aunque su vida hubiese dependido de ello, no habría podido dominar esa crisis de debilidad y quedó completamente paralizado por una angustia física que agravaba el sentimiento de su humillación. Se apoyó en el respaldo de una silla y se cubrió la cara con las manos.

—¡Oh! ¡Cielos! ¡Eso le habría valido, antaño, el título de caballero! — exclamó la señora Linton. — ¡Estamos vencidos, estamos vencidos! Heathcliff no alzaría ya un dedo contra usted, como no dirigiría un rey su ejército contra una colonia de lauchas. ¡Vamos, cálmese! ¡No le harán daño alguno! No posee usted el temperamento de un cordero, sino el de un lebratillo mamón.

—¡Le deseo muchas felicidades, Catalina, con ese cobarde de sangre de horchata! — dijo su amigo. — La felicito por su elección. ¡Y pensar que me desdeñó a mí por ese ser trémulo y baboso! No es mi puño lo que desearía aplicarle, sino mi pie, y tendría una gran satisfacción en ello. ¿Llora o va a desmayarse de miedo?

Avanzó y sacudió la silla en que Linton se apoyaba. Más le habría convenido mantenerse a distancia. Mi amo se irguió bruscamente y le asestó en medio del pecho un golpe que habría derribado a un hombre menos fuerte. Su respiración se cortó durante un minuto y mientras Heathcliff se ahogaba, Edgar se dirigió al patio por la puerta posterior, y desde allí, a la entrada principal.

—¡Y desde este momento, sus visitas a esta casa han terminado! — gritó Catalina. — ¡Váyase, ahora! Linton regresará con un par de pistolas y media docena de hombres para que lo ayuden. Si nos oyó, es natural que jamás nos perdone. ¡Vaya una forma de tratarlo, Heathcliff! Pero, váyase.. ¡váyase pronto! Prefiero verlo a Edgar malparado, antes que a usted.

—¿Cree usted que voy a irme con este golpe que me ahoga? — refunfuñó. — ¡No, por el infierno! Lo aplastaré como a una nuez podrida antes de franquear este umbral. Si no lo veo en el suelo ahora mismo, soy capaz de matarlo más tarde. Así, por poco que quiera usted salvarle la vida, déjeme ir en su busca.

—No volverá — dije, inventando una mentira. — Allí están el cochero y los dos jardineros. No logrará usted alcanzarlo, pues lo derribarán antes en la carretera. Están armados con garrotes y será seguramente desde la ventana de la sala que el amo vigilará la ejecución de sus órdenes.

Los jardineros y el cochero se encontraban allí, pero Linton los acompañaba. Se hallaban ya en el patio. Heathcliff, luego de breve reflexión, resolvió evitar una lucha con los tres subalternos. Tomó el atizador, hizo saltar la cerradura de la puerta interior y escapó en el momento mismo en que los otros penetraban en el cuarto.

La señora Linton, que se hallaba fuera de sí, me pidió que la acompañara arriba. No sabía que yo era, hasta cierto punto, la causante de todo ese desorden y me sentía deseosa de dejarla en esa ignorancia.

—Estoy casi trastornada, Nelly — exclamó, echándose en el diván. — Golpean en mi cabeza un millón de martillos. Dígale a Isabel que se aparte de mi camino; ella es la causante de este trastorno y si ella o cualquier otra persona exacerban mi cólera, me volveré rabiosa. Y dígale también a Edgar, si lo ve esta noche, que estoy a punto de caer gravemente enferma. Deseo que así sea. Su conducta me ha afectado penosamente. Quiero atemorizarlo. Además, sería muy capaz de empezar con una serie de invectivas y de quejas, estoy segura de que yo las replicaría y sólo Dios sabe adónde nos conduciría eso. ¿Hará usted lo que le pido, mi buena Nelly? Ya sabe que nada puede vituperársele en este asunto. ¿Qué le dió por espiarme? Heathcliff me dirigió palabras insultantes después que usted nos dejó, pero habría conseguido alejarlo de Isabel y el resto no hubiese sido nada. Ahora, todo quedó desbaratado por la absurda curiosidad de oír hablar mal de sí mismo, que existe en ciertas personas como un demonio. Si Edgar no hubiese sorprendido nuestra conversación, habría sido mucho mejor para él. Verdaderamente, cuando empezó a hablarme en ese tono de estúpido descontento, en momentos en que acababa de tomar su defensa ante Heathcliff hasta quedarme afónica, ya no me preocupé por lo que pudieran hacerse el uno al otro. Además, me daba perfecta cuenta de que, sucediese lo que sucediese, todos quedaríamos separados por Dios sabe cuánto tiempo... En fin, si no puedo conservar a Heathcliff como amigo, si Edgar debe ser mezquino y celoso, trataré de destrozarle el corazón, destrozando el mío al propio tiempo. Será un medio rápido para terminar de una vez, cuando me halle al extremo de mi paciencia. Pero es una resolución que sólo debe adoptarse cuando ya no quedan esperanzas. No quiero tomar a Linton por sorpresa. Hasta hoy ha sido prudente y temió provocarme. Es preciso que le demuestre el peligro que correría adop-

tando otra táctica y que le recuerde que mis arrebatos lindan con la locura, cuando alguien me exaspera. Y también me agradaría que abandonase usted ese aire de indiferencia y que demostrase un poco más de inquietud a mi respecto.

La absoluta calma con que acogí esas instrucciones debía ser, indudablemente, un poco irritante, porque habían sido impartidas con perfecta sinceridad.

Pero yo hallaba que una persona tan hábil en calcular el futuro provecho de sus accesos de ira, era también muy capaz de dominarlos por la fuerza de su voluntad, en el momento mismo en que los padecía. Juzgaba inútil, pues, "asustar" a su marido, tal como ella lo dijera, y causarle nuevas molestias por el único placer de servir el egoísmo de mi ama. Nada dije al señor Linton cuando lo vi dirigirse al salón, pero me permití volver sobre mis pasos a fin de enterarme si reanudaban la disputa. El amo fué el primero en hablar.

—No se mueva, Catalina — dijo, sin ninguna cólera en la voz, pero con un acento de tristeza y desaliento. — No he de quedarme. No vine a formular reproches, ni a intentar una reconciliación; quiero saber, únicamente, si después de los sucesos de hace un rato, tiene usted la intención de seguir manteniendo relaciones con...

—¡Oh! por el amor de Dios... — interrumpió el ama, golpeando el suelo con el pie. — ¡Por el amor de Dios!... ¡No deseo oír hablar más de eso! Su tibia sangre jamás podrá hullir; es un líquido helado el que circula por sus venas. Pero la mía hierve y salta ante el espectáculo de semejante frialdad.

—Si desea usted librarse de mí, conteste a mi pregunta — dijo el señor Linton, insistiendo. — Es preciso que me conteste; su excitación no me preocupa. He advertido que puede usted dominar sus nervios como cualquiera otra persona, cuando le conviene. ¿Renunciará usted a Heathcliff, en lo futuro, o renunciará a mí? Es imposible que siga siendo su aliada y mi mujer, al mismo tiempo, y deseo saber a quién escoge usted de los dos.

—¡Y yo, deseo que me dejen tranquila! — gritó Catalina, enfurecida. — ¡Lo exijo! ¿No está usted viendo que me encuentro al cabo de mi paciencia? Vávase, Edgar. . ¡váyase!

Empezó a sacudir la campanilla, que acabó por romperse con un agudo sonido.

Entré sin apresurarme. ¡Semejantes crisis de demencia y de maldad habrían puesto a prueba la paciencia de un santo!

Catalina estaba acostada, golpeando la cabeza contra los brazos del diván y haciendo rechinar sus dientes al punto de hacer suponer que los quebraría en menudos pedacitos.

El señor Linton, de pie frente a ella, la miraba temeroso y evidentemente arrepentido. Me pidió que fuese a buscar un poco de agua. Cata ni siquiera tenía alientos para hablar. Traje un vaso lleno y como no quiso beberlo, se lo derramé en la cara. En el espacio de contados segundos, la señora se tornó rígida, sus ojos se convulsionaron, en tanto que sus mejillas, blancas y lívidas, adoptaban la apariencia de la muerte. Linton parecía aterrado.

—No es nada — murmuré.

No quería que el amo dier señles de debilaidad, aunque yo misma no dejaba de sentirme asustada.

—¡Tiene sangre en los labios! — dijo, estremeciéndose.

—¡No tiene ninguna importancia! — afirmé, con dureza.

Y le referí cómo la señora había resuelto, antes de su llegada, ofrecerle el espectáculo de un ataque de nervios. Cometí la imprudencia de hacer ese informe en alta voz y ella me oyó, pues se irguió súbitamente, los cabellos caídos sobre sus hombros, los ojos lanzando chispas y los músculos de su cuellos y de sus brazos tensos al extremo. Me resigné a que me quebraran algunos huesos, por lo menos, pero Catalina se limitó a mirar a su alrededor, por un instante, precipitándose luego fuera de la habitación.

El amo me ordenó que la siguiera, cosa que hice hasta la puerta de la habitación, pues ella me impidió que fuese más lejos, cerrándola en mis mismas narices y echándole el pestillo.

Al siguiente día por la mañana, como no se decidía a bajar para tomar el desayuno, fuí a preguntarle si quería que le sirviese algo en la alcoba.

—¡No! — contestó con perentorio acento.

La misma pregunta, repetida a la hora del almuerzo, a la del té y a la de la cena recibió, así como el día siguiente, una respuesta idéntica. El señor Linton, por su lado, pasó el tiempo en la biblioteca y no inquirió nada sobre las ocupaciones de su esposa.

Isabel y él habían mantenido una conversación de una hora, en el transcurso de la cual el señor Linton trató de hacer nacer en la joven un natural movimiento de horror hacia Heathcliff, pero sólo obtuvo respuestas evasivas y tuvo que poner término al interrogatorio sin lograr mayor satisfacción

Terminó, empero, advirtiendo solemnemente a Isabel que si se mostraba lo suficientemente alocada como para alentar ese indigno pretendiente, todos los lazos de parentesco que los unían, quedarían definitivamente rotos.

CAPITULO XII

Mientras la señorita Linton vagaba tristemente a través del parque y del jardín, siempre silenciosa y casi siempre llorando; mientras su hermano se encerraba en compañía de libros que no abría jamás continuamente absorto, supongo, en la vaga esperanza de que Catalina, arrepentida, vendría por propia voluntad a pedirle perdón y a esbozar una reconciliación; mientras la propia Catalina se obstinaba en ayunar, probablemente con la idea de que a cada comida Edgar no podría ingerir alimento alguno ante el asiento vacío y que sólo el orgullo le impedía ir a arrojarse a sus pies, yo continué, por mi parte, ocupándome de las tareas de la casa, firmemente convencida de que Thrushcross Grange no alojaba más que a una persona sensata entre sus muros, y que esa persona era yo.

No perdí el tiempo consolando a la señorita Isabel, ni regañando al ama, ni presté mayor atención, tampoco, a los suspiros del señor Linton, que mucho hubiese deseado oír el nombre de su mujer, a falta de su voz.

Decidí que vendrían a buscarme cuanto se sintiesen con deseos de hacerlo y aunque fuese el adoptado un método desesperadamente lento, pude congratularme de un pequeño éxito, o mejor dicho, de lo que al principio creí que lo era.

Al tercer día, la señora Linton abrió su puerta, diciendo que había acabado con el agua del cántaro y de la garrafa. Pidió una nueva provisión, así como un plato de sopa, pues creía que se iba a morir, aserción que juzgué destinada a los oídos de Edgar y que callé, no concediéndole fe alguna. Le traje té y pan tostado. Comió y bebió con avidez. Luego, volvió a caer sobre su almohada, apretando las manos y gimiendo.

—¡Oh! ¡quiero morirme, puesto que nadie se preocupa por mí! Desearía no haber comido lo que comí.

Luego, un buen rato después, la oí murmurar:

— .. No, no moriré.. eso lo alegraría... No me ama en absoluto... ¡Nunca podrá librarse de mí!

—¿Desea usted algo, señora? — pregunté, conservando ex-

teriormente la calma, a pesar de su apariencia de espectro y de su extraña excitación espiritual.

—¿Qué hace ese ser insensible? — preguntó, a su vez, echando hacia atrás sus espesos bucles, que rodeaban su agotado rostro. — ¿Ha caído en algún letargo? ¿Se ha muerto, acaso?

—Ni una cosa, ni la otra — repuse, — si es que se refiere usted al señor Linton. Se encuentra bastante bien, creo, aunque sus trabajos lo absorben más de lo conveniente. Se halla continuamente en medio de sus libros, desde que no dispone de otra compañía.

No habría hablado en ese tono si hubiese estado al corriente de su estado real, pero no podía sacarme de la cabeza que simulaba una parte de ese desorden espiritual.

—¡En medio de sus libros! — exclamó, confundida. — ¡En medio de sus libros, mientras yo estoy moribunda, al borde del sepulcro! ¡Oh! Dios. ¿Sabe él cuánto he cambiado? — prosiguió, mirando su rostro en un espejo colgado del muro opuesto. — ¿Es esa Catalina Linton? Se imagina que se trata de un acceso de malhumor.. de una comedia, quizá. ¿No puede usted decirle que es horriblemente grave? Nelly, si no es demasiado tarde, apenas conozca sus sentimientos, escogeré entre estas dos soluciones: o dejarme morir de hambre en seguida, cosa que sólo lo castigaría si tuviese corazón, o restablecerme e irme de la región. ¿Ha dicho usted la verdad en lo que le concierne? Mucho cuidado. ¿eh? ¿Se muestra en este momento tan completamente indiferente por mi existencia?

—Pero, señora, el amo no tiene la menor idea de que se encuentra usted enferma y como es natural, no experimenta ningún temor de que se deje usted morir de hambre.

—¿Lo cree usted así? ¿No puede decirle lo que haré? — preguntó. — Trate de persuadirlo de ello. Háblele como si fuese cosa suya. Dígale que está segura de que voy a hacerlo.

—No, señora Linton. Olvida usted — insinué, — que acaba de tomar complacida algún alimento y que mañana sentirá los buenos efectos de su gesto.

—Si estuviese segura de que se moriría — interrumpió, — me mataría ahora mismo. No he cerrado los ojos durante estas tres espantosas noches... ¡Y qué persecución! ¡He sido atormentada, Nelly! Pero, estoy empezando a creer que usted no me ama. ¡Qué curioso es! Me imaginaba que los que viven conmigo, aunque todos se odien y se desprecien entre sí, no

podían dejar de quererme. Y se convirtieron en enemigos en pocas horas.. Sí, todos los de esta casa, yo lo afirmo. ¡Qué cosa terrible acercarse a la muerte rodeada por esos rostros helados! Isabel, aterrada, a quien la repulsión detiene en el umbral de la puerta... ¡Sería tan horrible ver morir a Catalina! Y Edgar, de pie, solemne, para asistir al final, luego elevando preces a Dios para agradecerle el haber restablecido la paz en esta casa, y finalmente retornando a sus libros. En nombre de todo lo que tiene un sentimiento en esta tierra miserable, ¿qué tiene que hacer con los libros, mientras yo muero?

No podía hacerse a la idea de un marido filósofo y resignado, tal como yo le había presentado al señor Linton. A fuerza de pensar en eso, su delirio llegó a la demencia y empezó a desgarrar su almohada con los dientes. Luego, irguiéndose, afiebrada, me ordenó que abriese la ventana.

Estábamos en pleno invierno, soplaba con violencia el viento del nordeste y me opuse a esa pretensión. Las expresiones que se sucedían en su rostro y la versatilidad de su humor empezaron a alarmarme realmente y me hicieron recordar su anterior enfermedad, así como la orden del médico de no contrariarla.

En tanto que un minuto antes se hallaba en plena excitación, ahora, apoyada en un brazo, e indiferente a mi negativa de obedecerla, parecía hallar una diversión infantil en arrancar plumas por los desgarrones de la almohada y en acomodarlas sobre la sábana, de acuerdo con sus distintas especies.

—He aquí una pluma de pavo — murmuró, como hablando consigo misma; — he aquí una de pato salvaje, esta es de paloma. ¡Ah! colocan plumas de paloma en las almohadas... ¡no es extraño, entonces, que no haya podido morir! Hágame acordar de tirarla al suelo cuando me acueste de nuevo. Esta es de gallo y esta otra de avefría. . la reconocería entre mil. . ¡Qué hermoso pájaro, cuando revolotea por encima de nuestras cabezas, en la landa! Quería retornar a su nido, pues las nubes envolvían las montañas y sentía que se acercaba la lluvia. Esta pluma ha sido recogida en los brezales, el pájaro no fué herido. Vimos su nido en invierno, lleno de pequeños esqueletos. Heathcliff había armado una trampa encima y los viejos no se atrevieron a volver. Después de eso, le hice prometer que nunca más mataría avefrías, y me escuchó. Pero, ¡hay más todavía! ¿Mató, entonces, mis avesfrías? Déjeme ver, Nelly.

—¡Termine con ese juego de niños! — interrumpí, retirándole la almohada y volviendo los agujeros del lado del colchón, porque la vaciaba a puñados. Acuéstese y cierre los ojos, ¡está divagando! ¡Vaya un destrozo el que ha hecho! Los plumones vuelan por doquier como copos de nieve.

Me agaché repetidamente para recogerlos.

—Nelly — prosiguió con soñadora voz, — la veo hecha una anciana .. Tiene grises los cabellos y caídos los hombros. Esta cama es la gruta embrujada que se encuentra debajo de la Roca de Pennistow y usted recoge las flechas de los elfos para acribillar a nuestros ganados. Pretende, mientras estoy allí que no son más que copos de lana. He aquí lo que será dentro de cincuenta años... Sé que no es así, ahora. No divago, se engaña.. Si divagase, creería que es usted realmente esa vieja bruja disecada y me imaginaría que estoy en la gruta de Pennistow. Ahora bien, estoy segura de que es de noche. Hay dos bujías sobre la mesa, las cuales hacen brillar como jade la negra madera del armario.

—¿Del armario? — pregunté. — ¿Dónde está? ¡Está hablando dormida!

—Contra la pared, como siempre — repuso. — ¡Y qué aspecto extraño tiene!... ¡Veo una cara en él!

—No hay aquí ningún armario, ni nunca lo hubo — dije, retornando a mi asiento, después de haber corrido la cortina, a fin de vigilarla.

—¿No vé usted esa cara? — preguntó, con los ojos desmesuradamente abiertos y clavados en el espejo.

A pesar de mis protestas, no pude hacerle comprender que esa cara era la suya. Me puse en pie y tapé el espejo con un chal.

—¡Todavía está detrás! — prosiguió Catalina, inquieta. — Y se ha movido. ¿Quién es? Supongo que no saldrá cuando usted se marche. ¡Oh! Nelly, la habitación se halla embrujada. ¡Tengo miedo de quedarme sola!

La tomé de la mano y le recomendé se calmase, pues una serie de estremecimientos sacudía todo su cuerpo y su mirada seguía clavada en el espejo.

—¡No hay nadie allí! — dije con firmeza. — Era usted misma, señora Linton. Bien que lo sabía, hace un instante.

—Yo misma... — dijo, exhalando un suspiro. — ¡Y el reloj de péndulo dió las doce! ¡Es cierto, entonces! ¡Es espantoso!

Sus dedos aferraron la sábana, estirándola hacia su ros-

tro. Traté de dirigirme furtivamente hacia la puerta, con la intención de prevenir a su esposo, pero un estridente grito impidió mi intento... el chal se había deslizado del espejo.

—¿Qué? ¿qué sucede? — exclamé. — ¿De qué tiene miedo, ahora? ¡Despiértese usted! Es el espejo .. el espejo, señora Linton. Se está usted viendo en él y yo estoy aquí, a su lado.

Trémula y como enloquecida, me estrechaba fuertemente. Pero el miedo fué desapareciendo poco a poco de su semblante y su palidez fué reemplazada por un rubor de vergüenza.

—¡Dios mío! creía estar en casa — murmuró. — Sí, acostada en mi antigua alcoba de Cumbres Borrascosas. Estoy tan débil que mis ideas se confunden y grité, inconscientemente. No diga nada, pero quédese conmigo. Temo dormirme, mis sueños me espantan.

—Un buen rato de sueño le haría bien, señora — contesté, — y deseo que ese malestar le quite las ganas de ayunar nuevamente.

—¡Oh! si por lo menos estuviese en mi cama de antaño, allá en la vieja casa — prosiguió, quejumbrosamente y retorciéndose las manos. — Ese viento que silbaba en los pinos y pasaba por las persianas. . Déjeme respirar una bocanada del mismo, pues viene directamente de la landa...

Para calmarla, mantuve entreabierta la ventana durante algunos segundos, luego volví a cerrarla y retorné a mi asiento. Catalina se había acostado, más tranquila, con el rostro bañado en lágrimas. Su cuerpo agotado venció completamente a su espíritu; nuestra fogosa Cata no valía más que una criatura.

—¿Cuánto tiempo hace que me he encerrado aquí? — preguntó, sobresaltada.

—Fué el lunes por la tarde — repuse, — y ya estamos en la noche del jueves, o mejor dicho, en la madrugada del viernes.

—¿Cómo? ¿de la misma semana? — exclamó. — ¿Tan poco tiempo, solamente?

—Demasiado, cuando sólo se vive de agua fría y de malhumor — dije.

—¡Pues bien! para mí es una serie interminable de horas — murmuró, con aire de incredulidad. — Debe hacer mucho más tiempo. Me veo en el salón, después de su disputa, luego viniendo a refugiarme en este cuarto cuando Edgar co-

menzó su terrible escena. Recuerdo que apenas cerré la puerta, me rodeó una oscuridad absoluta y caí al suelo. ¡No podía explicar a Edgar que iba a sufrir una crisis de nervios, que hasta podía volverme loca si persistía en su deseo de atormentarme! Era imposible guiar mi cerebro, coordinar mis palabras y, sin duda, nada adivinó de esa angustia. Sólo subsistía en mí el instinto de huir de él, de él y de su voz. Antes de que recuperase suficientemente mis sentidos para ver y oír, empezó a caer la noche y, escuche, Nelly, voy a contarle la visión que tuve y que trabajó en mi cabeza hasta hacerme temer por mi razón. Creí, mientras estaba acostada en el suelo, la cabeza contra la pata de la mesa y frente a los ojos el débil resplandor de los grises cristales de la ventana, creí, digo, que estaba encerrada en mi viejo lecho de paneles de madera. Experimenté una pena vaga y punzante, que no pude recordar cuando desperté. Traté en lo posible de hallar la causa, me torturé durante un buen rato, pero, cosa extraña, ¡todo el espacio de mis últimos siete años no era más que un gran vacío! No recordé que hubiesen contado jamás. Volví a ser una niñita, acabábamos de enterrar a mi padre y la razón de mi indefinido sufrimiento era la separación ordenada por Hindley, entre Heathcliff y yo. Estaba acostada sola por vez primera y saliendo de un agitado sueño, después de una noche transcurrida entre lágrimas, alcé la mano para correr los paneles del lecho, pero sólo encontré la parte superior de la mesa. Paseaba aún mi mano sobre la carpeta, cuando recobré la memoria. Mi angustia, entonces, llegó al paroxismo de la desesperación. No puedo decir por qué me sentí tan violentamente desdichada; no hay otra explicación que una locura pasajera. Imagínese, sin embargo, que a los doce años fuí arrancada de Cumbres Borrascosas, de mi ambiente habitual y de aquel que todo lo representaba para mí, como lo era Heathcliff entonces, y que fuí bruscamente transformada en la señora Linton, en el ama de Thrushcross Grange, en la mujer de un extraño, en una exilada, en una proscripta de lo que había sido su universo hasta ese momento... Imagínese esto y podrá usted hacerse una idea del abismo en el cual caí. Menee su cabeza todo lo que quiera, Nelly; usted contribuyó a este cataclismo. Usted debió haber hablado a Edgar, sí, debió decirle que me dejase tranquila. ¡Oh! ¡estoy ardiendo! ¡Quisiera salir un poco! Querría ser nuevamente una joven salvaje todavía, pero despreocupada y libre... ¡que se riría de las injusticias en lu-

gar de desesperarse por ellas! ¡Qué! ¿he cambiado tanto?... ¿Por qué unas simples palabras hacen bullir mi sangre con un zumbido infernal? Estoy segura de que volvería a ser yo misma si me reemplase en los brezales de la montaña. Abra de par en par la ventana y mírela. ¡Pronto! ¿Por qué no se mueve?

—Porque no quiero verla morir de frío — repuse.

—Diga más bien, que no quiere usted concederme una oportunidad de vivir — replicó sombríamente. — ¡No importa! tengo aún fuerzas suficientes para abrirla yo misma.

Y deslizándose fuera de su cama antes de que pudiese impedirlo, atravesó el cuarto con titubeante paso, abrió la ventana y se asomó a la misma, sin preocuparse por el aire glacial que aplicaba sobre sus hombros el filo de un cuchillo. Le supliqué que retrocediese. Luego, finalmente, traté de obligarla a ello. Pero muy pronto advertí que su fuerza, acrecentada por el delirio (realmente deliraba, sus actos y sus palabras incoherentes me dieron la prueba en seguida) sobrepasaba en mucho a la mía. No brillaba la luna y todo estaba sumido en una brumosa oscuridad. Ninguna luz brillaba en las casas próximas o lejanas... Todas estaban apagadas desde ahcía tiempo las de Cumbres Borrascosas nunca eran visibles y, sin embargo, afirmó que distinguía su resplandor.

—¡Mire! — gritó. — ¡Aquella es mi habitación! Aquella en la que se ve una bujía y frente a la cual se agitan los árboles. La otra luz brilla en la buhardilla de José. José vela hasta muy tarde, ¿verdad? Espera a que yo regrese para cerrar la palizada. ¡Pues bien! tendrá que esperar todavía un buen rato. El viaje es penoso y mi corazón está muy fatigado para emprenderlo. Además, habría que pasar frente a la capilla de Gimmerton, el lugar en que ambos, a menudo, hicimos frente a los fantasmas, desafiándonos mutuamente a quien permaneciera en medio de los sepulcros para pedirles que apareciesen ¡Ah! ¡ah! Heathcliff si lo desafiase hoy, ¿se arriesgaría? Si lo hace, lo conservo. No quiero acostarme allí completamente sola. . Ya podrían enterrarme a doce pies de profundidad y volcar la iglesia encima mío, que no estaría tranquila hasta que usted no se hallase conmigo. ¡No, no lo estaría!

Hizo una pausa y luego prosiguió, con una extraña sonrisa:

—Vacila... ¡preferiría que fuese hacia él! ¡Busque un camino, entonces! Un camino que no pase por la tierra de

los muertos. ¡Oh! ¡qué lerdo es! ¡Demuestre alegría, usted que siempre me siguió!

Advirtiendo que era en vano luchar con su locura, traté de hallar algo para envolverla sin soltarla (pues no me atrevía a dejarla sola junto a la ventana abierta) cuando estupefacta, oí que giraba el picaporte y entraba el señor Linton.

Salía de la biblioteca y al pasar por el corredor, oyó nuestra conversación. Por temor o por curiosidad, venía a ver qué significaba esa agitación a semejante hora.

—¡Oh! señor — exclamé, deteniendo la imprecación provocada por el espectáculo de la habitación y su temperatura glacial. — Mi pobre señora está enferma y es más fuerte que yo. No puedo con ella. Se lo ruego, persuádala de que debe volver a la cama. Olvide su cólera, porque es difícil hacerle aceptar otra voluntad que no sea la suya.

—¿Catalina está enferma? — dijo, precipitándose hacia nosotras. — ¡Cierre la ventana, Nelly! ¡Catalina! ¿por qué...?

Calló. El trastornado semblante de la señora Linton lo hizo enmudecer y pudo solamente mirarme con horripilado asombro.

—Estuvo atormentándose aquí — proseguí. — No comió nada, nada pidió. No quiso dejar entrar a nadie hasta esta noche, razón por la cual no pudimos informarlo sobre su estado, que todos ignorábamos. Pero, no será nada.

Me dí cuenta de que refería torpemente las cosas.

El amo frunció el entrecejo.

—¿No será nada, Nelly Dean? — dijo severamente. — ¡Sin embargo, preciso será que me explique usted mejor por qué me dejó en la ignorancia de esto!

Tomó a su mujer entre sus brazos, y la miró angustiado.

Al principio, ella no pareció reconocerlo; era como invisible a su ausente mirada.

Empero, su delirio no era constante y luego de apartar los ojos de la negra noche, llevó progresivamente su atención hacia él y advirtió que la sostenía.

—¡Ah! ¡Usted aquí, Edgar Linton! — dijo, con vivacidad. — Usted es de esas personas a las que siempre se encuentra cuando una menos lo desea y nunca cuando se necesitan. ¡Presumo que oiremos ahora una cantidad de lamentaciones!... Las veo venir .. Pero las mismas no me impedirán ir a mi estrecha mansión que está allá, refugio en el que estaré, con toda seguridad, antes de que termine la primavera. Pero, ten-

ga cuidado. Mi mansión no se encuentra entre los Linton, bajo el techo de la capilla; está al aire libre, bajo una losa. ¡Podrá usted escoger, así, entre ellos y yo!

—¿Qué ha hecho, Catalina? — empezó a decir el amo. — ¿Ya nada significo para usted? ¿Ama a ese miserable de Heath...?

—¡Cállese! — gritó la señora Linton. — ¡Cállese ya! ¡Si pronuncia ese nombre, termino con todo arrojándome por la ventana! Lo que ahora toca lo tendrá, quizá, pero mi alma estará allá arriba, sobre la colina, antes de que pueda posar nuevamente una mano sobre mí. No deseo verlo, Edgar, no lo necesito ya. Vuelva a sus libros. Me complace que tenga usted un consuelo, porque todo lo que en mí tenía, no existe más.

—Su mente divaga, señor — interrumpí. — Ha desatinado durante toda la noche. Pero, si permite que descanse un poco y se cuide como es debido, pronto se restablecerá. En lo sucesivo, tendremos que cuidarnos mucho de no irritarla.

—No quiero seguir ya sus consejos — repuso el señor Linton. — Conocía usted la naturaleza de su ama y ello no obstante, me alentó a contrariarla. ¡Y para colmo de males, no me dijo ni una sola palabra sobre su estado durante estos tres días! ¡Eso es inhumano! ¡Dos meses de enfermedad no habrían podido operar semejante cambio!

Empecé a disculparme, hallando injusto que me vituperaran por la maligna obstinación de un tercero.

—Conocía la naturaleza dominante y testaruda de la señora Linton — grité, — pero no sabía que deseaba usted tolerarle todos sus caprichos. No sabía que, para ser persona grata, debía cerrar los ojos en lo que al señor Heathcliff se refería. He cumplido con el deber de una criada fiel informándole sobre lo que pasaba. ¡Y recibo la recompensa de una fiel criada! ¡Pues bien! esto me enseñará a ser prudente la próxima vez. ¡La próxima vez podrá recoger usted mismo esas informaciones!

—La próxima vez que me venga usted con cuentos, Nelly Dean, dejará de estar a mi servicio — repuso Linton.

—Supongo que preferiría usted no saber nada, ¿verdad, señor Linton? Quiere decir, entonces, que permite a Heathcliff cortejar a la señorita Isabel y aprovechar sus ausencias para venir a esta casa y soliviantar al ama contra usted.

Por vacilante que estuviese la mente de Catalina, se dió cuenta al punto del sentido de nuestra conversación.

—¡Ah! ¡Nelly me ha traicionado! — exclamó. — ¡Nelly es mi enemiga secreta! ¡Grandísima bruja! ¡Es para hacernos daño que recoge las flechas de los elfos! ¡Suélteme, que ha de arrepentirse de lo que ha hecho! ¡La obligaré a retractarse a gritos!

Una frenética ira se encendió bajo sus cejas y luchó desesperadamente para desprenderse de los brazos de Linton. No me sentí dispuesta a esperar el desarrollo de los acontecimientos y resuelta a ir en busca de socorros médicos por propia autoridad, salí de la alcoba.

En momentos en que atravesaba el jardín, rumbo a la carretera, vi en un lugar donde un gancho se hundía en el muro, una cosa blanca que se agitaba a intervalos, sin que el viento fuese la causa de ello. A pesar de la prisa que tenía, me detuve frente al objeto, no queriendo conservar en la mente la impresión de un fantasma.

Grandes fueron mi sorpresa y mi perplejidad cuando descubrí, por el tacto más que por la vista, a Fanny, la perrita de la señorita Isabel, colgada de un pañuelo y casi en la agonía.

Puse rápidamente en libertad al animalito y lo llevé al jardín. La había visto subir con su ama cuando esta fué a acostarse; me pregunté, por lo tanto, cómo pudo llegar hasta allí y quién había podido ser tan cruel para tratarla en esa forma. Mientras deshacía el nudo en torno del gancho, me pareció oir, a cierta distancia, el ruido de los cascos de un caballo lanzado al galope; pero tantas cosas desfilaban por mi cabeza, que pasé por alto el incidente. Sin embargo, era aquel un ruido singular, en ese lugar y a las dos de la mañana.

Felizmente, el doctor Kenneth salía de su casa para ir a ver a un enfermo de la aldea, en momentos en que yo marchaba calle arriba. El relato que le hice sobre el estado de Catalina Linton lo decidió a acompañarme de inmediato. Era un hombre sencillo y hosco y me dijo sin mayores circunloquios que no respondía de ella, después de ese segundo ataque, si no se sometía mejor que la primera vez, a sus instrucciones.

—Nelly Dean — me dijo, — no puedo dejar de pensar que hay allí una cosa extraordinaria. ¿Qué ha pasado en Thrushcross Granje? Llegan hasta nuestros oídos curiosos rumores. Una chica fuerte como Catalina no cae enferma por una tontería. No es lo frecuente en personas de su contextura física. Hace falta una grave circunstancia para que la ataque la fiebre u otro malestar por el estilo. ¿Cómo empezó eso?

—El amo se lo explicará — repuse. — Pero, ya conoce usted el temperamento violento de los Earnshaw y la señora Linton les da ciento y raya a todos, en ese sentido. Puedo decirle esto: todo tuvo su origen en una disputa. Fué presa de una especie de crisis de nervios en pleno acceso de cólera. Por lo menos, tal es lo que ella pretende, porque huyó en el paroxismo de la crisis y se encerró. Luego de eso, se negó a tomar alimento alguno y ahora oscila entre el delirio y una semiinsconsciencia, reconociendo a las personas que están a su lado, pero con la mente trastornada por toda clase de cosas raras.

—Supongo que el señor Linton estará muy apenado, ¿verdad? — inquirió el doctor Kenneth.

—¿Apenado? ¡Si ocurriese una desgracia, se le destrozaría el corazón! — repuse. — No lo asuste más de lo necesario.

—Sea, pero le recomendé que tomase precauciones. Tendrá que soportar las consecuencias de su descuido. ¿No vió muy a menudo al señor Heathcliff, en estos últimos tiempos?

—Heathcliff visita con frecuencia Thrushcross Grange — contesté, — pero impulsado, más bien, por la intimidad que existía entre él y el ama, en su infancia, que por la simpatía que el señor le demuestra. Por otra parte, actualmente ha sido dispensado de esas visitas debido a una ambición un tanto presuntuosa que manifestó con respecto a la señorita Linton. No creo que lo reciban nuevamente.

—Y la señorita Linton, ¿lo acogió fríamente? — preguntó el doctor.

—No me hace partícipe de sus secretos — repuse, no deseando continuar con ese tema.

—No, es una persona reconcentrada — dijo Kenneth, meneando la cabeza. — ¡No pide consejos a nadie! Pero es una verdadera loca. Sé, de fuente segura, que la noche pasada — ¡qué hermosa noche era? — ella y Heathcliff se pasearon durante dos horas por el bosquecillo situado detrás de la casa. Insistió para que la joven no regresase a Thrushcross Grange; quería hacerla subir a la grupa de su caballo y llevársela con él. Mi informante me dijo que Isabel sólo pudo librarse de Heathcliff dándole su palabra de que lo seguiría en oportunidad de su próxima cita. ¿Cuándo se realizará? No pudieron saberlo, pero puede usted decir al señor Linton que tenga cuidado.

Ese relato hizo nacer en mí nuevos terrores.

Me adelanté a Kenneth y corrí durante la mayor parte del

trayecto. La perrita gemía y ladraba aún, en el jardín. Abrí la verja, pero en vez de dirigirse hacia la puerta de la casa, corrió desorientada, oliendo los canteros del prado y se habría ido a la carretera si no la hubiese tomado entre mis brazos y llevado conmigo.

Subí a la habitación de Isabel y allí, mis sospechas se confirmaron: estaba vacía. Si hubiese llegado algunas horas antes, la enfermedad de la señora Linton habría podido postergar ese acto temerario, pero ¿qué podía hacerse ahora?

La única probabilidad de alcanzarlos consistía en perseguirlos de inmediato. Empero, yo no podía encargarme de esa persecución, ni me atrevía a despertar a todos los habitantes de la casa, sembrando la agitación en la misma. Menos aún me atrevía a revelar la historia a mi amo, absorto como lo estaba en su desdicha presente y probablemente sin fuerzas para soportar ese nuevo golpe.

Consideré que lo más prudente era callar y dejar que las cosas siguieran su curso. Cuando Kenneth llegó, fuí a anunciarlo con aire impasible. Catalina dormía con un sueño agitado; su esposo había conseguido apaciguar el delirio y ahora, inclinado sobre su almohada, vigilaba cada sombra y cada alteración sobre los rasgos dolorosamente marcados de su mujer.

El doctor, luego de examinar a la paciente, dió esperanzas al amo de una reacción favorable, si podíamos asegurar a la misma una calma completa y continua. Personalmente, me manifestó que el peligro más amenazador no era tanto la muerte, como una completa enajenación mental.

No cerré los ojos en toda la noche, así como tampoco el señor Linton. A decir verdad, ni siquiera nos acostamos. Los criados estaban todos en pie mucho antes de la hora habitual, caminando a través de la casa con furtivos pasos y hablándose al oído cuando se cruzaban.

Todo el mundo estaba atareado, salvo la señorita Isabel. Alguien empezó a hallar que dormía demasiado profundamente; su propio hermano preguntó si se había levantado. Parecía desear su presencia y la escasa inquietud que demostraba por su cuñada, lo hería.

Temblaba ante la idea de que me enviase en su busca; pero me fué evitada la pena de ser la primera en develar su fuga.

Una de las criadas, aturdida chiquilla que había ido temprano a hacer un mandado a Gimmerton, hizo irrupción en el cuarto, jadeante.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! — gritó. — ¿Qué nos sucederá ahora? ¡Amo, amo, nuestra joven señorita...!

—¡Termine con ese escándalo! — dije vivamente, exasperada por esos clamores.

—Hable más despacio, María... ¿Qué ocurre? — inquirió el señor Linton. — ¿Que le ha sucedido a su joven señorita?

—Se ha ido.. se ha ido... ¡Ese Heathcliff huyó con ella! — murmuró la sirvienta.

—¡No es cierto! — exclamó Linton, poniéndose en pie de un salto. — Es imposible .. ¿Cómo ha podido metérsele en la cabeza semejante idea? Nelly Dean, vaya a buscarla. Es increíble; eso no puede ser.

Mientras hablaba, atrajo a la criada junto a la puerta y una vez allí, le pidió explicaciones.

—¡Pues bien! encontré en la carretera a un muchacho que viene a buscar leche a la granja — dijo, balbuceando, — el cual me preguntó si había novedades en la casa. Creí que hablaba de la enfermedad de la señora y contesté que sí. "Supongo que alguien correrá detrás de ellos" — me dijo. Lo miré asombrada. Entonces, viendo que no sabía nada, me contó que un señor y una dama se habían detenido, a dos millas de Gimmerton, frente a la casa del herrero para que le colocara una herradura al caballo, poco después de medianoche. La hija del buen hombre se levantó para verlos y muy pronto los reconoció a ambos. Notó que el hombre — era Heathcliff, está segura de ello, y por otra parte nadie podría confundirlo con ningún otro — puso un soberano en la mano de su padre, en pago de sus servicios. La dama tenía una manta echada sobre el rostro, pero como pidió un vaso de agua y su velillo se deslizó mientras bebía, la vió perfectamente. Heathcliff tenía las dos bridas cuando se marcharon. Volvían la espalda a la aldea y corrieron tan rápidamente como lo permitían las malas carreteras. La chica nada dijo a su padre, pero desde esta mañana lo anda contando por todo Gimmerton.

Corrí, fingiendo ignorancia, a la habitación de Isabel. A mi regreso, confirmé la noticia traída por la criada.

El señor Linton había vuelto junto al lecho. Alzó los ojos al entrar yo en la alcoba y luego de comprender la verdad ante mi aturrullado aspecto, los bajó nuevamente sin impartir una orden ni profesir una palabra.

—¿Debemos tomar medidas para alcanzarlos y traerlos de vuelta? — pregunté. — ¿Cómo podríamos hacer?

—Isabel se marchó por propia voluntad — repuso el amo; — tenía derecho a hacerlo, ni tal cosa le agradaba. No me moleste más a su respecto. En lo sucesivo, sólo será mi hermana de nombre y ello, no porque yo la répudie sino porque ella me repudió.

Y eso fué todo lo que me dijo sobre el suceso.

No practicó más averiguaciones, ni habló más de ella, salvo para recomendarme que le enviara todo lo que en Thrushcross Grange poseía, a su nueva residencia, o a donde estuviese, cuando me enterase de ello.

CAPITULO XIII

Durante dos meses no tuvimos noticias de los fugitivos. En el transcurso de esos dos meses, la señora Linton padeció y venció el más violento ataque de una enfermedad a la que denominaron fiebre cerebral. Madre alguna en el mundo habría podido cuidar a su único hijo con tanta abnegación como Edgar lo hizo. Veló noche y día, soportando con santa paciencia todas las incomodidades que pueden ser provocadas por unos nervios irritados y por una razón trastornada. Y aunque Kenneth le repitió hasta la saciedad que salvándola del sepulcro, no lograría otra recompensa que conservar a su lado una causa de constante inquietud, que en realidad derrochaba fuerzas y salud para prolongar a un organismo en ruinas, Linton experimentó una gratitud y una alegría sin límites, cuando la vida de Catalina fué declarada fuera de peligro.

Hora tras hora permanecía sentado a su cabecera, vigilando los progresos de su convalescencia y alentando la temeraria ilusión de que su mente recobraría también el equilibrio y que muy pronto volvería a ser lo que antes era.

Catalina salió de su habitación, por primera vez, a principios del mes de marzo. Desde por la mañana, el señor Linton había puesto sobre su almohada una mata de amarillo azafrán. Su mirada, durante tanto tiempo privada de todo rayo de alegría, se posó en ella al despertarse y brilló de placer, mientras la oprimía entre sus dedos.

—¡Son las primeras flores de Cumbres Borrascosas! — exclamó la señora. — Me recuerdan el aire tibio del deshielo, el sol que recalienta y la nieve casi derretida. Edgar, ¿no sopla el viento del sur y no ha desaparecido casi completamente la nieve?

—La nieve ha desaparecido completamente aquí, querida — repuso su marido, — y no veo más que dos lugares blancos en toda la extensión de la landa. El cielo está azul, las alondras cantan y se desbordan los arroyos. Catalina, el año pasado, en esta misma época, deseaba tenerla bajo este techo; ahora, desearía verla a una o dos millas de aquí, en la cima de esas montañas, donde la brisa es tan suave, que seguramente la sanaría.

—No iré allí más que una vez — dijo la enferma, — y entonces, me dejará para siempre. La próxima primavera deseará nuevamente tenerme bajo este techo y mirando hacia atrás, pensará que hoy era feliz.

Linton le prodigó las más tiernas caricias y trató de alentarla, de infundirle valor con las más cariñosas palabras; pero, paseando una vaga mirada por las flores, Catalina dejó que sus lágrimas se agolparan en el borde de sus pestañas y corrieran a lo largo de sus mejillas.

Estaba realmente mejor, lo sabíamos. Pensamos, por lo tanto, que ese abatimiento se debía, en gran parte, a su larga reclusión en el mismo lugar y que podría ser disipado si la enfrentaban a cosas nuevas.

El amo me ordenó que encendiese fuego en el salón, abandonado desde hacía largas semanas, y que colocara un diván al sol, junto a la ventana. Luego transportó a Catalina en sus brazos y ella se quedó allí largo tiempo, gozando del calor bienhechor y reanimada, tal como lo esperábamos, por la vista de todo lo que la rodeaba. Espectáculo ordinario, seguramente, pero en el cual no encontraba ya las penosas imágenes que frecuentaban de una manera espantosa su habitación de enferma.

En las últimas horas de la tarde pareció agotada. Empero, ninguna razón pudo decidirla a retornar arriba. Tuve que transformar en lecho el sofá del salón, hasta tanto la condujéramos a otra parte. Para evitarle la fatiga de subir y bajar la escalera, instalamos en el mismo piso del salón, esta habitación en la cual está usted acostado, y muy pronto tuvo fuerzas suficientes para ir de una pieza a la otra, apoyándose en el brazo de Edgar. ¡Ah! yo misma creía que se restablecería, mimada como lo estaba. Había una doble razón para desearlo, porque otra existencia dependía de la suya; en efecto, todos alentábamos la esperanza de que en breve el corazón del señor Linton se regocijaría y de que sus bienes

serían salvados de las garras de un extraño, con el nacimiento de un heredero.

Habría debido mencionar que Isabel envió a su hermano, unas seis semanas después de su partida, una breve esquelita anunciándole su casamiento con Heathcliff. La cartita era seca y fría, en apariencia, pero abajo de la misma había garabateado, a lápiz, una serie de excusas y expresado el deseo de recibir un recuerdo afectuoso. Intentaba también una reconciliación, suponiendo que su proceder lo había ofendido. Añadía que no pudo obrar en distinta forma y que ahora que las cosas estaban hechas, no podía ya volverse atrás.

Creo que Linton no contestó. Quince días después yo recibía una extensa carta que me pareció extraña en una recién casada que salía, apenas, de su luna de miel. Voy a leérsela, pues aún la guardo. Todas las reliquias de los muertos son preciosas, cuando los amamos en vida.

He aquí la misiva de Isabel:

"Querida Nelly:

"Llegué anoche a Cumbres Borrascosas y me enteré por vez primera de que Catalina había estado y está todavía muy enferma. Supongo que será preferible que no le escriba y mi hermano está demasiado enojado, o demasiado alarmado, para contestarme. Sin embargo, es preciso que escriba a alguien, y ese alguien sólo puede ser usted.

"Diga a Edgar que daría todo lo que tengo en el mundo para volverlo a ver, que mi corazón retornó a Thrushcross Grange veinticuatro horas después de haberla dejado y que en este momento está colmado de tiernos sentimientos para él y para Catalina. Desgraciadamente, no puedo acompañarlo (estas palabras están subrayadas) y no deben contar conmigo. Que extraigan de esto las conclusiones que deseen, cuidando, empero, de no hacer recaer la culpa de ello en mi débil voluntad o en mi falta de cariño.

"El resto de esta carta es para usted sola. Quiero formularle dos preguntas. La primera es esta: ¿Cómo pudo usted, cuando vivía aquí, nutrir esa facultad de simpatía que existe en el fondo de la naturaleza humana? Yo, no hallo en mí misma ningún sentimiento que pueda compartir con los que me roedan. La segunda pregunta cuya respuesta me interesa particularmente, es la que sigue: ¿Es el señor Heathcliff un ser humano? Si lo es, ¿está loco? Y si no, ¿es un demo-

nio? No le expondré las razones que me impulsan a preguntarle esto, pero le suplico que me explique, si puede hacerlo, con quien me he casado. Hágalo cuando venga a verme. Y es preciso, Nelly, que venga usted lo antes posible. No me escriba; venga y tráigame un mensaje de Edgar.

"Ahora, va usted a saber cómo he sido recibida en mi nueva residencia, porque creo que Cumbres Borrascosas lo será. Sólo de paso mencionaré temas tales como la carencia de comodidades. Eso no me preocupa nunca, salvo en el momento en que realmente siento su falta. Reiría y bailaría de júbilo si descubriese que ésa es la única causa de mis desdichas y que el resto no es más que un mal sueño.

"El sol se ponía detrás de Thrushcross Grange cuando llegamos a la landa. Calculé, por ello, que serían las seis de la tarde. Mi compañero se detuvo alrededor de media hora para inspeccionar, tanto como pudo hacerlo, el parque, los jardines y probablemente la propia casa, de modo que ya era de noche cuando nos apeamos del caballo en el enlosado patio de la granja. José, su antiguo compañero de trabajo; salió a recibirnos a la luz difusa de una gruesa bujía; lo hizo con una cortesía digna de su reputación. Su primer gesto fué alzar la luz a la altura de mi cara, luego me miró de través, avanzó su labio inferior y me dió la espalda. Después, tomó los caballos, los condujo a la cuadra y volvió para cerrar la palizada, como si viviésemos en un castillo fortificado.

"Heathcliff se quedó con él, hablando, y yo entré en la cocina, un negro y desordenado agujero. Creo que no la reconocería usted, tanto ha cambiado desde el día en que dejó de estar a su cargo. Junto al fuego se encontraba un joven ganapán de sólidos miembros, vestido con desaseo, que se parecía a Catalina en la mirada y en la boca.

"He aquí el sobrino político de Edgar — pensé, — y el mío también, hasta cierto punto. Preciso será saludarlo y... si... tengo que besarlo. Conviene establecer una buena armonía desde el principio.

"Me acerqué al muchacho y tratando de tomar sus gruesos dedos, le dije:

"—¿Cómo está usted, bonito?

"Me contestó en una jerga que no pude comprender.

"—¿Seremos buenos amigos los dos, Hareton? — pregunté, haiendo una segunda tentativa.

"Un juramento y la amenaza de soltar a Throttler contra mi persona si no "me largaba", fueron la respuesta.

"—¡Throttler, aquí, precioso! — gritó el pequeño miserable, haciendo salir de su guarida a un bull-dog semisalvaje. — Y ahora, ¿te irás a molestar a otra parte? — me preguntó autoritariamente.

"El amor a la vida me impulsó a obedecer. Volví a franquear el umbral para esperar la llegada de los otros. No vi en parte alguna al señor Heathcliff y José, a quien fuí a buscar a la cuadra para pedirle que me acompañara hasta la casa, refunfuñó durante un rato luego de medirme de pies a cabeza, frunció la nariz y me contestó:

"—¡Mim! ¡mim! ¡mim!... ¿Habrá oído jamás un cristiano hablar en esta forma? Se come usted las palabras, las unas después de las otras. ¿Cómo puedo saber lo que me dice?

"—¡Digo que desearía ser acompañada hasta la casa! — grité, creyendo que era sordo e indignada al mismo tiempo ante su grosería.

"—¡No he de ser yo, en todo caso, quien la acompañe! Tengo cosas más importantes que hacer — repuso.

"Y prosiguió su tarea, moviendo sus hundidas mejillas y examinando con supremo desprecio mi vestido y mi actitud, el primero demasiado elegante, pero la última, estoy segura de ello, tan triste como podía desearlo.

"Di la vuelta al patio, pasé un portón y llegué a otra puerta, en la que me tomé la libertad de golpear, en la esperanza de ver aparecer a algún criado más cortés. Un segundo después esa puerta era abierta por un hombre alto y descarnado, sin corbata y, por otra parte, sin el menor cuidado en su atuendo. Su rostro desaparecía entre unos pelos hirsutos que llegaban hasta sus hombros; también sus ojos evocaban los de Catalina, no obstante su destruída belleza.

"—¿Qué viene a hacer aquí? — preguntó con hosco acento. — ¿Quién es usted?

"—Me llamo Isabel Linton — repuse. — Usted ya me conoce, señor. Estoy casada desde hace muy poco tiempo con el señor Heathcliff, quien me trajo a esta casa... con su permiso, supongo.

"—¿Ha vuelto, entonces? — inquirió el solitario, cuyos ojos brillaron como los de un lobo famélico.

"—Sí, acabamos de llegar — dije. — Pero me dejó en la puerta y cuando quise entrar, su hijito, que estaba de guardia, me hizo retroceder con la ayuda de un bull-dog.

"—¡Ese condenado pillastre ha hecho muy bien en cum-

plir con su palabra! — refunfuñó mi futuro huésped, escrutando en la oscuridad, a fin de descubrir a Heathcliff.

"Luego, inició un monólogo cargado de imprecaciones y de amenazas, sobre lo que habría hecho si el "demonio" no hubiese vuelto.

"Me arrepentía de haber golpeado a esa otra puerta y tenía casi deseos de esquivarme, sin aguardar el final de sus juramentos. Pero antes de que pudiese llevar a cabo ese proyecto, me ordenó que entrase y echó el cerrojo.

"Vi frente a mí un gran fuego. Esa era la única luz en la amplia habitación, cuyo suelo había tomado, uniformemente, una tonalidad gris. Las fuentes de estaño, otrora tan brillantes, que atraían mis miradas cuando era pequeña, se confundían en el mismo color opaco y polvoriento. Pregunté si podía llamar a la sirvienta y ser conducida a mi habitación. El señor Earnshaw no me contestó. Se paseaba de un extremo al otro de la habitación, con las manos metidas en los bolsillos, olvidando a todas luces mi presencia. Y tan profunda era su desatención, tan hosca toda su actitud, que temblé ante la idea de molestarlo nuevamente.

"No le sorprenderá, Nelly, que me haya sentido profundamente abrumada en ese inhospitalario hogar, más espantoso que la soledad, mientras a cuatro millas de allí se encontraba mi deliciosa residencia, cobijando bajo su techo a los únicos seres que en el mundo amo. Esas cuatro millas constituían un océano entre nosotros, porque no podía franquearlas. Me preguntaba dónde encontraría alguien que me alentara. Y — sobre todo no se lo diga a Edgar, ni a Catalina — tenía una pena mayor que todas las demás, la desesperación de no hallar a nadie que pudiese o quisiese ser mi aliado contra Heathcliff. Había buscado un refugio en Cumbres Borrascosas casi con júbilo, porque así me salvaba de vivir sola con él. Pero Heathcliff sabía entre qué clase de gente íbamos a morar y no temía su intervención.

"Pasé un triste momento, reflexionando. El reloj de péndulo dió las ocho, luego las nueve y mi compañero proseguía en sus idas y venidas, la cabeza echada sobre el pecho y saliendo de su mutismo, sólo para hacer oír un gruñido o una sibilante exclamación. Aguzaba a veces el oído, esperando sorprender alguna voz de mujer a través de la casa, y mi espera se llenaba de tan crueles lamentaciones y de tan lúgubres pensamientos, que al fin provocaron suspiros y sollozos que no pude reprimir. No me dí cuenta del estado en que me

hallaba, hasta que Earnshaw detuvo frente a mí su metódica marcha y me miró con una sorpresa indescriptible. A fin de no desperdiciar esa muestra de atención, exclamé:

"—Mi viaje me ha fatigado y desearía irme a la cama. ¿Dónde está la criada? ¡Dígame dónde puedo encontrarla, ya que ella no viene!

"—No tenemos criada — me contestó. — Tendrá usted que servirse a sí misma.

"—¿Dónde debo acostarme, entonces?

"Abandonando todo amor propio, me eché a llorar, abrumada por la fatiga y mis desdichas.

"—José le mostrará el camino de la habitación de Heathcliff — dijo. — Abra esa puerta... allí está.

"Iba a obedecer, cuando me detuvo bruscamente, añadiendo con extraño acento:

"—Tenga la bondad de hacer girar su llave en la cerradura y de echar el cerrojo, no lo olvide.

"—Bien — repuse. — Pero, ¿por qué, señor Earnshaw?

"La idea de encerrarme con Heathcliff no me agradaba en absoluto.

"¡Mire! — repuso, extrayendo de su chaleco una pistola de curiosa fabricación, cuyo caño estaba munido de un cuchillo con resorte y de doble filo. — ¡Qué tentación para un hombre que ya nada tiene que esperar! No hay noche que no suba hasta su habitación y trate de abrir la puerta. ¡El día que no la encuentre cerrada, Heathcliff estará listo! Hago esto invariablemente, aun cuando me acuerde, un minuto antes, de todas las razones que deberían detenerme. Es como un demonio que me impulsase a matarlo para contrariar mis planes. ¡Por amor hacia él, luche contra ese demonio durante todo el tiempo que le sea posible, pero, cuando llegue el momento, ni todos los ángeles del cielo podrán salvarlo!

"Miré la pistola con curiosidad. Una espantosa idea cruzó por mi mente: ¡cuán fuerte sería si poseyese semejante arma! Se la saqué suavemente de las manos y toqué la hoja. Pareció extrañado por la expresión que adoptó mi fisonomía, durante un segundo. No era horror, sino codicia. Me arrancó celosamente la pistola y se la metió en el bolsillo.

"—Poco importa que le cuente usted esto! — dijo. — Póngalo en guardia y vele por él. Ya veo que sabe en qué términos estamos, pues el peligro que corre no la sorprende.

"—¿Qué le hizo Heathcliff? — pregunté. — ¿En qué pu-

do haberlo perjudicado, para que justifique este espantoso odio? ¿No sería mejor ordenarle que se marchase de la casa?

"—¡No! — refunfuñó Earnshaw. — Si se le ocurriese dejarme, sería hombre muerto. Persuádalo de que se marche, y usted será su asesina. ¿Debo perder todo mi dinero sin esperanza de un desquite? ¿Debo condenar a Hareton a la mendicidad? ¡Oh! ¡maldición! Volveré a ganar y tomaré también su oro. ¡Después, que el infierno se lleve su alma! ¡Con semejante huésped, estará diez veces más oscuro!

"Ya me había usted hablado, Nelly, de la manera de ser de su antiguo amo. Se halla visiblemente al borde de la locura, o por lo menos, lo estaba anoche. Me estremecí al sentirme junto a él, y consideré que casi era preferible la acogida simple y hosca del criado. Cuando reanudó su triste paseo, hice girar el picaporte y huí de la cocina.

"José estaba inclinado sobre el fuego, mirando una gran marmita que se balanceaba. Una escudilla de madera, llena de puches de avena, se hallaba a su lado, sobre el banco. El contenido de la marmita empezó a hervir y él se volvió para meter la mano en la escudilla. Supuse que esos preparativos estaban destinados a nuestra cena y como tenía apetito, quise que la misma fuese aceptable. Por lo tanto, grité: "¡Yo misma haré la sopa!", y colocando el recipiente fuera de su alcance, me quité el sombrero, así como mi tapado de amazona.

"El señor Earnshaw — proseguí, — me comunicó que debería servirme a mí misma y lo haré. No voy a representar el papel de dama entre ustedes, porque me moriría de hambre.

"—¡Buen Dios! — murmuró, sentándose y pasándose la mano desde la rodilla hasta el tobillo, — si hay ahora nuevas órdenes, justamente cuando estoy acostumbrándome a tener dos amos, y si debo cargar con un ama que siempre esté detrás mío, es hora de que me marche de esta casa. Nunca supuse que vería el día en que tuviese que irme de Cumbres Borrascosas... pero es posible que ese día no esté muy lejano.

"Esas lamentaciones no provocaron ninguna observación de mi parte. Puse de inmediato manos a la obra, suspirando al recordar la época en que todo aquello no habría sido más que una diversión. Pero me apresuré a apartar ese pensamiento de mi mente. El recuerdo de esa dicha pasada me torturaba y cuanto más se adueñaba de mi cerebro, tanto más rápida-

mente giraba la cuchara, y tanto más grandes eran los puñados de harina que caían en el agua. José contemplaba con creciente indignación mis métodos culinarios.

"—¡Adelante! — profirió. — Trabajo te costará, Hareton, tragar esta noche tu sopa. No habrá en ella más que albóndigas gruesas como mi cabeza. ¡Adelante! En su lugar, echaría la harina con taza y todo. Así terminaría más pronto. ¡Pam! ¡Pam!... es una suerte que el fondo sea de una solidez a toda prueba.

"En efecto, reconozco que era un plato bastante grosero, una vez que fué servido en los tazones. Había cuatro preparados y trajeron de la granja un gran tarro de leche fresca. Hareton se apoderó del mismo y empezó a beber directamente del pico, desparramando la leche por doquier. Le reproché su actitud y quise que se la sirviera en una taza, declarando que no podría beber de ese líquido, manchado en esa forma. El viejo gruñón se mostró realmente ofuscado ante semejante refinamiento. Me dijo en varias oportunidades "que el pequeño era tan gente como yo" y "también tan sano", y que no comprendía cómo podía ser tan orgullosa. Mientras tanto, el joven bribón seguía bebiendo y babeando en el tarro, en tanto me miraba con aire de desafío.

"—Cenaré en otra pieza — dije. — ¿Hay algún lugar al que llamen ustedes salón?

"—¡Salón! — repitió José, riendo sarcásticamente. — ¡Salón!... No, no tenemos de eso. Si no gusta usted de nuestra compañía, está la del amo, y si la del amo le desagrada, está la nuestra.

"—¡Pues bien!, iré arriba — repuse. — Condúzcame a una habitación.

"Dejé mi taza en una bandeja y fuí personalmente a buscar un poco de leche. El hombre se puso en pie refunfuñando y me precedió por la escalera. Llegamos al granero. De vez en cuando, abría una puerta, miraba al interior del cuarto y seguía de largo.

"—Aquí tiene una habitación — dijo, al fin, empujando unas simples tablas que giraban sobre unos goznes. — Basta, para tomar un poco de sopa. En aquel rincón hay un saco de cereal que está bastante limpio. Si teme ensuciar su hermoso vestido de seda, extienda su pañuelo por encima.

"La "habitación" era una especie de buhardilla que apestaba a cebada y a granos de toda índole. Diversos sacos estaban apilados en montón informe contra la pared.

"—¡Oiga! — exclamé, volviéndome encolerizada hacia él. — ¡Este no es un lugar para dormir! Quiero ver mi alcoba.

"—¡Alcoba! — repitió José, con acento de mofa. — Ya ha visto todas las alcobas de la casa.. Esta es la mía.

"Me mostró el segundo zaquizamí, distinto del primero únicamente por sus muros libres de bolsas y por una amplia cama baja, desprovista de cortinas y cubierta con una miserable frazada.

"—¿Qué puede importarme su dormitorio? — repuse. — Supongo que el señor Heathcliff no se aloja en el granero, ¿verdad?

"—¡Oh! ¿Es la del señor Heathcliff la que usted quiere? — exclamó, como si hiciese un nuevo descubrimiento. — ¿No pudo habérmelo dicho en seguida? Porque en ese caso le habría contestado, sin tomarme todo este trabajo, que es precisamente la que usted no puede visitar... Siempre la tiene cerrada y nadie entra en ella, salvo él.

"—¡Vaya una agradable residencia la de ustedes, José! — no pude dejar de hacer notar. — ¡Y qué agradables habitantes! ¡Creo que toda la locura del mundo había anidado en mi cerebro el día en que ligué mi destino al de semejantes personas! Pero no se trata de eso... hay otras habitaciones. ¡Por el amor de Dios, apresúrese usted y permítame instalarme en alguna parte!

"No contestó a esta reprensión, pero descendió, cojeando, los escalones de madera y se detuvo malhumorado frente a una pieza que supuse, por eso y por la superioridad de su mobiliario, era la mejor. Estaba adornada con una alfombra al parecer bonita, pero cuyo dibujo desaparecía bajo el polvo; frente a la chimenea, el empapelado caía hecho jirones. También se veía una hermosa cama de roble con cortinas de color carmesí, amplias y lujosas, pero que visiblemente habían soportado un duro trato. Las bandas superiores, arrancadas de sus anillos, pendían en festones, y la barra de hierro que las soportaba, doblándose como un arco, dejaba caer hasta el suelo las colgaduras. Las sillas también estaban en pésimo estado, varias de ellas fuera de uso; los paneles del muro llevaban la marca de profundas resquebrajaduras. Me armé de valor para entrar y tomar posesión de la pieza, cuando mi cruel guía anunció: "Esta es la del amo". En ese momento, mi cena se había enfriado, mi apetito desaparecido y mi paciencia concluído. Insistí para que me dieran, de inmediato, u refugio y me permitieran descansar.

"—¿Dónde diablos? — preguntó el santo anciano. — Con todas las bendiciones y todas las indulgencias del Señor, ¡dónde, por el infierno! Ya empieza usted a cargarme. Las ha visto todas, salvo la habitación de Hareton. No existe ningún otro agujero para acostarse, en la casa.

"Estaba a tal punto irritada, que arrojé al suelo la bandeja y todo lo que en la misma había; luego me senté en el rellano, oculté mi cara entre las manos y me eché a llorar.

"—¡Ah! ¡ah! —dijo José. — ¡Igualita a la señorita Cata! ¡Bravo! ¡bravo! me gustaría que el amo cayese justamente entre este destrozo de vajilla. ¡Ya oiríamos algo, entonces! Veremos cómo toma las cosas. ¡Qué locura! Debería usted arrepentirse hasta la Navidad por haber tirado al suelo los preciosos dones del Señor. Pero, mucho me engaño, o no mostrará usted por mucho tiempo el mismo humor. ¿Cree que Heathcliff va a aceptar estos bonitos modales? Me gustaría que la pescase haciendo una de estas bromitas. ¡Sí, mucho me gustaría que así fuese!

"Luego de lo cual, bajó a su guarida, llevándose la bujía y dejándome en la oscuridad. Poniéndome a reflexionar sobre mi tonta acción, tuve que admitir la necesidad de vencer mi amor propio, de sofocar mi cólera y de borrar rápidamente los rastros de la misma. Una inesperada ayuda se presentó bajo la forma de Throttler, a quien reconocí en ese momento como hijo de nuestro viejo Skulker. Había sido criado en Thrushcross Grange y mi padre se lo dió al señor Hindley. Creo que se acordó de mí, puso su morro contra mi cara a guisa de saludo y después se apresuró a devorar la sopa, mientras yo descendía a tientas los escalones, recogiendo los restos de vajilla y enjugando con mi pañuelo las salpicaduras que mancharon la baranda. Nuestra tarea había terminado, apenas, cuando oí los pasos de Earnshaw en el pasillo. Mi ayudante bajó la cola y se aplastó contra la pared. Yo, me deslicé en el quicio de la puerta más próxima. La maniobra del perro con el amo no tuvo éxito, como pude adivinarlo por una carrera frenética y un ladrido prolongado y lamentable. Personalmente, tuve más suerte. Pasó junto a mí, penetró en su habitación y cerró la puerta de la misma. Poco después subió José con Hareton, para ponerlo en la cama. Yo había hallado refugio en el cuarto del chico, y el viejo, al verme, dijo:

"—Ya hay bastante lugar en la sala grande para usted y para su orgullo. Está vacía. Puede utilizarla para usted so-

la, sin contar al Señor, que siempre está presente y que se encontrará allí en muy mala compañía.

"Aproveché con júbilo la información y un segundo después me dejaba caer en una silla, junto al fuego. Mi cabeza se inclinó y me quedé dormida. Mi sueño fué profundo y reparador, aunque muy pronto me despertó el señor Heathcliff. Acababa de entrar y me preguntó, con su amabilidad habitual, qué estaba haciendo allí. Le contesté que si me había quedado levantada hasta tan tarde, era porque él tenía en el bolsillo la llave de nuestra habitación. Ese posesivo "nuestra" lo ofendió mortalmente. Juró que no era mi cuarto y que jamás lo sería, y .. pero no repetiré sus palabras, así como tampoco me referiré a su grosera conducta de todos los días. ¡Hace lo imposible por despertar mi odio y en ese sentido es infatigable y genial! Lo contemplo, a veces, con un asombro que atenúa mis temores. Sin embargo, le aseguro que un tigre o una serpiente venenosa no podrían provocar en mí un terror más grande que el que experimento en su presencia. Me comunicó la enfermedad de Catalina y acusa a mi hermano de haberla provocado. Añadió que sabría hacerme sufrir en lugar de Edgar, hasta que pudiera poner la mano sobre él.

"Lo odio... soy muy desdichada... ¡he procedido como una loca! Pero no diga ni una palabra de todo esto, a nadie de Thrushcross Grange. La esperaré todos los días... no me cause una decepción.

"ISABEL."

CAPITULO XIV

Apenas leí esta epístola, fuí a ver al amo. Le dije que su hermana había llegado a Cumbres Borrascosas y que me escribió para expresarme su pena por el estado de la señora Linton y su ferviente deseo de ver a su hermano; añadí que Isabel esperaba que le enviaría, por mi intermedio y lo antes posible, un mensaje de perdón.

—¿De perdón? — dijo Linton. — Nada tengo que perdonarle, Nelly. Puede usted ir esta tarde a Cumbres Borrascosas, si así lo desea, y decirle que no estoy enojado, sino triste por haberla perdido, tanto más que nunca podré creer en su felicidad. Empero, no puede ser cuestión, para mí, de ir a verla. Estamos separados para siempre y si verdaderamen-

te Isabel quiere hacer algo por mí, que persuada al miserable que se casó con ella a que abandone la región.

—¿Y no le escribirá usted una cartita, señor? — pregunté, con acento de súplica.

—No — repuso, — sería inútil. Mis relaciones con la familia Heathcliff serán tan raras como las suyas conmigo. ¡No existirán!

La frialdad del señor Edgar me consternó y durante todo el trayecto me exprimí el cerebro para averiguar cómo haría para poner un poco más de corazón en ese mensaje, y también cómo dulcificaría la negativa de escribir a Isabel algunas líneas de consuelo. Creo que mi amita me acechaba desde por la mañana. La vi mirar por detrás de la ventana, mientras seguía el sendero del jardín; le hice un signo con la cabeza, pero Isabel retrocedió como si temiera ser observada. Entré sin llamar. Jamás había visto un espectáculo más sombrío, más lúgubre, que el que a mi vista se ofreció en esa sala, tan alegre antaño. Debo confesar que, en el lugar de la joven, habría, por lo menos, barrido la parte delantera de la chimenea y pasado un trapo sobre las mesas. Pero la negligencia de los demás ya había desteñido sobre ella.

Su bonito rostro estaba pálido e insensible, sus cabellos no habían sido rizados y algunas mechas pendían perezosamente, mientras otras se arrollaban sin cuidado en su cabeza.

Probablemente no se había preocupado por su "toilette" desde la víspera por la noche. Hindley no se encontraba allí. El señor Heathcliff se hallaba sentado frente a una mesa y recorría algunos papeles extraídos de su cartera; al entrar yo, se puso en pie, me preguntó cómo estaba y me ofreció una silla. Sólo él tenía un aspecto correcto en esa habitación y me dije que nunca había estado mejor. Las circunstancias habían cambiado a tal punto sus respectivas situaciones, que a los ojos de un extraño, él hubiese pasado, seguramente, por un hombre de buena cuna, y su mujer por una verdadera fregona. Isabel se precipitó a mi encuentro y tendió la mano para tomar la carta esperada. Sacudí la cabeza. No quiso comprender el signo que le hacía y me siguió hasta un aparador sobre el cual iba a dejar mi sombrero. En voz baja, me dijo que le entregara lo que había traído. Heathcliff comprendió esa mímica y dijo:

—Nelly, si, como me lo imagino, trae usted algo para Isabel, déselo. ¡No es preciso hacer un misterio de ello! No existen secretos entre nosotros.

—¡Oh! nada tengo — repuse, pensando que era preferible establecer la verdad desde un principio. — Mi amo me encargó que previniera a su hermana que, por ahora, no debía esperar cartas, ni visitas. Le envía sus cariños, señora, con todos sus votos de felicidad y su perdón por la pena que le causó. Pero opina que a partir de este instante, su familia y la suya deben quebrar todos los vínculos que pudiesen existir, pues nada puede resultar de ellos.

Los labios de la señora Heathcliff temblaron ligeramente y retornó a su asiento, junto a la ventana. Su marido volvió a ubicarse al lado de la chimenea, cerca mío, y empezó a interrogarme acerca de Catalina. Sólo le dije, con respecto a su enfermedad, lo que me pareció conveniente, pero él me arrancó, gracias a un interrogatorio en regla, la mayoría de los hechos que habían podido provocarla. Reproché a Catalina, como era justo, haber sido ella misma la causa de su dolencia y terminé expresando la esperanza de que seguiría el ejemplo del señor Linton, evitando, en lo porvenir, toda clase de relaciones con la familia de su mujer.

—La señora Linton empieza a restablecerse — dije. — Nunca volverá a ser lo que fué, pero su vida está a salvo. Y si siente usted, realmente, alguna conmiseración por ella, deberá apartarse de su camino; más aún, debería usted abandonar del todo la región. Para que no experimente pesares, puedo decirle que Catalina Linton es tan distinta ahora de su antigua amiga Catalina Earnshaw, como esta joven dama lo es de mí. Su físico ha cambiado mucho, su carácter más todavía y aquel que está obligado por el destino a permanecer junto a ella no tendrá en lo futuro, para caldear su afecto, más que el recuerdo de lo que fué un día, el sentimiento de la bondad y el sentido del deber...

—Es muy posible — dijo Heathcliff, esforzándose en aparentar calma. — Es muy posible que su amo no tenga otros recursos que el sentimiento de la bondad y el sentido del deber. Pero, ¿cree usted que dejaré a Catalina sometida a ese deber y a esa bondad? ¿Y puede usted comparar mis sentimientos hacia Catalina con los suyos? Antes de que salga de esta casa, exijo de usted una promesa: la de facilitarme una entrevista con ella. ¡Acepte o se niegue, la veré lo mismo! ¿Qué dice usted?

—Digo, señor Heathcliff, que no debe usted verla y que no ha de ser por mi intermedio que lo conseguirá. Un nuevo altercado entre usted y el amo la mataría.

—Con su ayuda, eso podría ser evitado — prosiguió Heathcliff. — Y si hubiese que temer algo por el estilo... si Linton fuese la causa del más leve contratiempo en la existencia de Catalina... ¡pues bien! ¡me consideraría con derecho a recurrir a las actitudes extremas! Desearía que fuese usted lo suficientemente franca para decirme si Catalina sufriría mucho con la desaparición de Edgar. Ese temor es el que me detiene. Y en esto puede usted ver la diferencia existente entre nuestros sentimientos; si él hubiese estado en mi lugar y yo en el suyo, aun cuando lo odie con un odio que llenó mi vida de amargura, no habría alzado la mano contra él, jamás. Puede usted mostrarse escéptica, si así lo desea. No lo habría alejado de ella, en tanto Cata desease su presencia. Pero, desde el momento mismo en que ese deseo hubiese desaparecido, le habría arrancado el corazón y bebido su sangre. ¡Hasta ese instante — si no me cree es porque no me conoce, — hasta ese instante, digo, habría muerto a fuego lento antes que tocar un solo cabello de su cabeza!

—Sin embargo — dije, — no vacila usted, ahora, en arruinar toda esperanza de curación imponiéndose a su recuerdo, cuando ya casi lo ha olvidado, y resucitando en torno de ella causas de discordia y de sufrimiento.

—¿Cree usted que casi me ha olvidado? — repuso. — ¡Oh! Nelly, bien que sabe que eso no es cierto. Sabe usted perfectamente que piensa mil veces más en mí que en Linton. En la época más miserable de mi vida, imaginé lo que me está diciendo en este instante y ese temor me persiguió en oportunidad de mi regreso al país, el verano pasado. Pero sólo una seguridad proveniente de ella habría podido hacerme admitir esa horrible sospecha. Entonces, Linton no hubiese contado, ni Hindley, ni todos los sueños que forjé. Dos únicas palabras involucraban mi porvenir: la muerte y el infierno, porque la existencia, después de haber perdido a Catalina, no sería más que un infierno. Sin embargo, muy tonto he sido al creer, aunque sólo haya sido por un instante, que Cata concedía mayor valor al cariño de Edgar Linton, que al mío. Si él la amara con todas las fuerzas de su endeble persona, nunca podría amarla tanto, en un siglo, como yo en un día. Y el corazón de Catalina siente las cosas tan profundamente como el mío; le es tan imposible a esta arteca contener el mar, como a Linton absorber todo el afecto de su mujer. ¡Vamos! si apenas le es más caro que su perro o que su ca-

ballo. No puede Linton hacerse amar como yo. ¿Cómo amaría ella en él lo que no existe?

—Catalina y Edgar están tan enamorados la una del otro como es posible estarlo — gritó Isabel, con súbita vivacidad. — ¡Nadie tiene derecho a hablar en la forma que usted lo ha hecho y yo no permitiré que se rebaje de ese modo a mi hermano!

—Su hermano tiene también por usted un extremado afecto, ¿verdad? — hizo notar irónicamente Heathcliff. — ¡Y la envía al diablo con sorprendente prisa!

—¡No sabe cuánto sufro! — repuso Isabel. — No se lo dije...

—¿Le dijo usted algo, entonces? ¿Le escribió, sin duda?

—Sí, para comunicarle mi casamiento... usted mismo vió la carta.

—¿Nada más, después de eso?

—No.

—Mi joven ama parece tristemente deprimida por su cambio de vida — hice notar. — Es evidente que carece de un afecto. ¿Del afecto de quién? Puedo adivinarlo, pero tal vez no lo diga.

—Creo que del de ella misma — dijo Heathcliff. — Se deja estar y no es más que una fregona. Pronto se ha cansado de sus tentativas para agradarme. ¿Lo creerá usted? Al día siguiente de nuestro casamiento, sin ir más lejos, pedía, llorando, que la dejase regresar a su casa. Por otra parte, su falta de elegancia hará juego con esta casa y ya cuidaré yo de que no me avergüence, vagando por sus exteriores.

—¡Oh! señor — repuse; — supongo que tendrá usted en cuenta que la señora Heathcliff está acostumbrada a verse rodeada y servida y que fué educada como única hija, a cuyas órdenes todo el mundo se plegaba. Preciso será que le ponga usted una mucama para que cuide de sus cosas y que la trate con amabilidad, sea cual fuere su opinión sobre el señor Edgar. No puede usted dudar de que la señora Isabel sea capaz de un afecto serio, pues de lo contrario no habría abandonado su refinamiento, sus comodidades y sus amigos para venirse a vivir con usted, por propia voluntad, en un lugar tan triste...

—Ha sido por una ilusión que abandonó todo eso — dijo Heathcliff. — Yo era, a sus ojos, un héroe de novela y ella esperaba de mí, luego de mi caballeresca solicitud, una ilimitada indulgencia. No puedo creer que goce de toda su ra-

zón, a tal punto se empecinó en formarse una quimérica noción de mi carácter y en obrar de acuerdo con la falsa impresión que dejó crecer. Pero, en fin, creo que empieza a conocerme. No veo ya las sonrisas estúpidas y las muecas que al principio me fastidiaron, y no advierto, hace tiempo, esa tonta incapacidad para tomarme en serio cuando le digo lo que pienso de ella y de su loca pasión. Necesitó un admirable esfuerzo de perspicacia para descubrir que no la amaba. Creí en un momento dado, que nada podría enseñárselo. Y, a pesar de todo, sólo lo aprendió a medias, porque esta mañana me anunció como una noticia del otro mundo que había conseguido hacerme odiar por ella... Un verdadero trabajo de Hércules, se lo aseguro. Si así fuese, realmente, daría gracias al cielo, por ello. ¿Puedo creer en su afirmación, Isabel? ¿Está usted segura de detestarme? Si la dejo sola medio día, ¿no retornará a mí con suspiros y mimos? Tengo la vaga idea de que hubiese preferido que me mostrase tierno en su presencia, porque hiere su dignidad ver divulgarse la verdad. Pero poco me importa que se sepa que el amor estaba de un solo lado; ¡nunca mentí al respecto! No puede acusarme de haber fingido la menor muestra de ternura. La primera cosa que me vió hacer, al salir de Thrusheross Grange, fué colgar a su perrita y cuando me suplicó que le perdonara la vida, mis primeras palabras fueron para expresar el deseo de colgar a todos los seres que la rodeaban, con excepción de uno solo. Es posible que haya tomado por cuenta propia esta excepción. Pero, ninguna brutalidad la alejaba de mí. Supongo que eso excitaba, en secreto, su admiración, desde el momento que su preciosa persona estaba al abrigo de mis maldades. ¿Dígame si no es el colmo de lo absurdo, una perfecta estupidez de parte de esta criatura pálida y ridícula, creer que podía amarla? Que su amo lo sepa de una vez por todas, Nelly. ¡Nunca he encontrado, en toda mi vida, algo más abyecto que esta mujer! Hasta deshonra el apellido de los Linton y algunas veces tuve que poner término a los experimentos que hacía sobre su repugnante pasividad y su cobardía. Que sepa también, para que se regocije su corazón de hermano y de consejero, que permanezco estrictamente dentro de los límites de la ley. He evitado, hasta este momento, conceder a Isabel el menor derecho a reclamar una separación. Más aún, si ella desea irse, que se vaya. El fastidio que implica su presencia es superior al placer que puee extraerse atormentándola.

—Señor Heathcliff — dije, — su lenguaje es el de un demente. Su mujer, probablemente, se halla persuadida de su locura y es por eso que lo soportó hasta este momento. Pero, ahora que le ha concedido permiso para que se marche, hará uso del mismo, sin duda alguna. No está usted embrujada hasta el punto de quedarse a su lado por propia voluntad, ¿no es cierto, señora?

—No lo escuche, Nelly — exclamó Isabel, cuyos ojos brillantes de cólera no dejaban planear ninguna duda sobre el odio que su compañero había sabido inspirarle. — No crea una sola palabra de lo que ha dicho. Es un soberano embustero, un monstruo y no un ser humano. Me dijo ya que podía dejarlo, hice la prueba, pero no me atrevería a renovarla... Nelly, se lo suplico no repita ni una sola palabra de esta infame conversación a mi hermano, o a Catalina. Diga lo que diga, quiere poner a Edgar fuera de sí. Se casó conmigo, él mismo me lo dijo, para tenerlo en su poder... Pero no lo conseguirá. ¡Antes moriré! ¡Hago votos, únicamente, para que algún día olvide su diabólica prudencia y me mate! ¡La mayor alegría que puedo imaginar es morir o verlo muerto!

—Bueno.. ¡basta ya! — dijo Heathcliff. — Si es usted citada algún día ante una Corte de Justicia, tendrá que recordar estas palabras, Nelly. Y mire bien la expresión de su rostro: ¡ha llegado, casi, a donde yo quería que llegase! No, Isabel, no se halla usted en condiciones de dirigirse a sí misma; en este instante lo está demostrando. Y como soy su protector legal, es preciso que la guarde bajo mi vigilancia, por desagradable que sea esa obligación. Ahora, váyase arriba, pues tengo que decir algo en privado a Nelly Dean. ¡No, por allí no! ¡Arriba, le dije! Y éste es el camino, hija mía.

Tomándola brutalmente la empujó fuera de la habitación. Luego regresó, murmurando:

—¡No tengo piedad, no tengo piedad! ¡Cuánto más veo enroscarse bajo mi suela a un gusano de tierra, más deseos siento de aplastarle las entrañas! Es como un dolor de muelas que llega hasta el cerebro y me hace triturar con tanta más energía, cuando más vivo es.

—¿Sabe usted, acaso, lo qué significa la palabra piedad? — pregunté, tomando apresuradamente mi sombrero. — ¿Experimentó ese sentimiento una sola vez en el transcurso de su vida?

—¡Deje eso! — exclamó, al comprender mi intención de marcharme. — ¡No se vaya, todavía, Acérquese, Nelly. La

convenza o la obligue, es preciso que me ayude a ver a Catalina, y eso, sin más demoras. Le juro que no estoy tramando ninguna maldad. No seré la causa de drama alguno; no quiero excitar la cólera del señor Linton, ni ultrajarlo. Deseo, únicamente, saber por propia boca de Catalina, cuál ha sido la causa de su enfermedad y preguntarle si no puedo hacer nada por ella. Anoche, estuve seis horas en el jardín de Thrusheross Grange y hoy volveré. Todas las noches rondaré por allí, hasta que halle una ocasión de entrar. Si Edgar Linton me descubre, no vacilaré en arreglarlo de tal modo, que no me molestará ya durante todo el tiempo que me quede en la casa. Si intervienen sus criados, les enseñaré estas pistolas. Pero, ¿no sería preferible evitar ese encuentro con ellos o con su amo? ¡Podría usted hacerlo tan fácilmente! Yo le advertiría mi llegada, me haría pasar cuando estuviese sola, velaría hasta el momento de mi partida y su conciencia quedaría en paz, pues con ello evitaría una desgracia.

Me rebelé contra la idea de traicionar a mi amo y, además, puse de relieve la crueldad y el egoísmo que significaría arruinar, por su placer personal, la actual tranquilidad de la señora Linton.

—La menor cosa la espanta — dije. — Vive con los nervios a flor de piel y puedo asegurarle que no podría soportar semejante sorpresa. No insista, señor, o me veré obligada a poner a mi amo al corriente de sus designios. El señor Linton adoptará las medidas del caso para poner su casa y a las personas que en ella viven, al abrigo de una tan injustificable intrusión.

—En ese caso, yo adoptaré medidas para que sea usted, mi buena mujer, la que sea puesta al abrigo. ¡No se irá de Cumbres Borrascosas antes de mañana por la mañana! — exclamó Heathcliff. — Es un absurdo hacerme creer que Catalina no podría soportar mi presencia. En cuanto a sorprenderla, no lo deseo. Es preciso que usted la prepare... que le pregunte si puedo ir. Dice usted que nunca pronuncia mi nombre y que nadie, jamás, lo pronuncia ante ella. ¿A quién hablaría de mí, si soy un tema de conversación desterrado de la casa? Ella los cree a todos, espías de su marido. ¡Oh! ¡no me cabe la menor duda de que está como suplicada en medio de ustedes! Adivino en su silencio, más que en cualquier otra cosa, lo que experimenta. Habla usted de su agitación y de su aspecto inquieto. ¿Es esa una prueba de tranquilidad? ¿Y su cerebro trastornado? ¿Cómo podría ser de

otro modo, en su espantoso aislamiento? ¡Y ese pálido y lamentable fantoche que la cuida por *deber* y por *humanidad!* ¡Por *piedad* y por *caridad!* ¡Podría, con el mismo criterio, plantar un roble en un tiesto y esperar a que crezca, antes que creer que le devolverá la salud en el ambiente preparado por sus débiles manos!

'Decidamos esto en seguida y dígame si quiere usted quedarse aquí, obligándome a luchar con Linton y sus gentes para acercarme a Catalina, o si prefiere ser mi amiga, como hasta hoy lo fué, haciendo lo que le pido. ¡Conteste!... ¡Porque no existe ninguna razón para que pierda ni un sólo minuto más si persiste usted en su obstinada maldad!

* * *

—¡Pues bien! señor Lockwood, discutí, me lamenté, me negué positivamente más de cincuenta veces, pero, luego de esa larga discusión, me vi obligada a aceptar un arreglo. Me comprometí a llevar una carta suya a mi ama y formulé la promesa de que si ella lo consentía, sería notificado de la próxima ausencia de Linton y penetraría en la casa como Dios le diese a entender. Yo no estaría allí, así como tampoco ninguna de las demás criadas. ¿Estaba bien o mal hecho? Creo que mal, pese a ciertas ventajas, pues pensé, gracias a esa complacencia, evitar un nuevo escándalo. Me dije, también, que aquello podría provocar un "choc" favorable en la dolencia mental de Catalina. Después me acordé de la severa advertencia del señor Linton, ordenándome no contar más historias y traté de alejar toda inquietud al respecto, repitiéndome incesantemente que esa traición, si traición era, sería la última. Sin embargo, el trayecto me pareció más triste a la vuelta que a la ida y vacilé muchísimo antes de entregar la misiva a la señora Linton.

"Pero, ¡ahí llega el doctor Kenneth! bajaré a recibirlo y a decirle que se siente usted mucho mejor. Mi relato tiene larga vida, como decimos por aquí, y nos ayudará a abreviar otra mañana.

"... ¡Vida larga y trágica, quizá! — pensé, mientras la buena mujer descendía a recibir al médico. — ¡Y no es, precisamente, de los que hubiese escogido para distraerme! Pero, ¡tanto peor! De las hierbas amargas de la señora Dean voy a extraer una saludable medicina. Y, ante todo, cuidémonos de no sucumbir a la fascinación ejercida por los brillantes ojos

de Catalina Heathcliff. ¡Me vería en una curiosa y desagradable posición si abandonara mi corazón a esa joven persona y la hija resultase la réplica de la madre!

CAPITULO XV

Ha transcurrido una semana más... una semana cada uno de cuyos días me acercó a la salud y a la primavera. Conozco ya la historia entera de mi vecino, referida en varias sesiones, de acuerdo con el tiempo que el ama de llaves podía consagrarme entre las más importantes ocupaciones. Proseguiré el relato de acuerdo con sus propias palabras, resumiéndolo, apenas, aquí y allá. La señora Dean es, después de todo, una muy buena narradora y no creo que me sea posible embellecer su estilo.

* * *

—En el transcurso de la noche que siguió a mi visita a Cumbres Borrascosas — dijo Nelly, — supe, como si lo hubiese visto con mis propios ojos, que el señor Heathcliff no andaba muy lejos de allí. Me cuidé muy mucho de salir pues su carta se encontraba aún en mi bolsillo y no tenía el menor interés en ser nuevamente atormentada o amenazada por él. Había resuelto no entregarla antes de que mi amo se ausentase, porque no podía prever en qué forma sería acogida por Catalina. Así fué que la guardé durante tres días. El cuarto era un domingo y se la llevé a su habitación cuando todo el mundo se hubo marchado a la iglesia. Un criado se quedaba conmigo para cuidar la casa, y teníamos la costumbre de cerrar las puertas mientras duraba el oficio divino. Pero aquel día era tan hermoso y tan cálido, que las abrí de par en par. A fin de cumplir con mi promesa, pues sabía quién vendría, dije a mi compañero que el ama tenía grandes deseos de comer naranjas y lo envié a la aldea a buscar algunas, que pagaríamos al siguiente día.

La señora Linton, trajeada con un ondeante vestido blanco y un liviano chal echado sobre los hombros, estaba sentada, de acuerdo con su costumbre, en el hueco de la abierta ventana.

Su larga y abundante cabellera había sido alivianada, en parte, al comienzo de su enfermedad y la usaba, a la sazón, simplemente peinada en bucles naturales, sobre las sienes y el cuello.

Mucho había cambiado, tal como se lo dije a Heathcliff, pero, en sus instantes de calma, una belleza sobrenatural se aliaba a ese cambio. La llama de su mirada había sido reemplazada por una melancólica y soñadora dulzura; no daba ya la impresión de contemplar los objetos que la rodeaban, sino que parecía clavada siempre más allá... fuera de este mundo, se hubiese dicho.

La palidez de su rostro — cuyo trastornado aspecto desapareció desde que recuperó un poco de carnes, — y la peculiar expresión debida a su estado mental, a pesar de la tristeza de su origen evidente, contribuía al patético interés que despertaba. Y, cosa indudable a mis ojos, como a los de todos los que la veían, segura estoy de ello, eran ésas, señales que refutaban las pruebas más o menos tangibles de su convalescencia y la marcaban como a un ser condenado a declinar.

Frente a ella, sobre el antepecho de la ventana, estaba abierto un libro y la brisa, apenas perceptible, hacía volar sus páginas, por momentos. Creo que era Linton quien lo puso allí, pues ella jamás intentaba distraerse con la lectura o con cualquier otra ocupación; el amo perdió horas enteras tratando de llamar su atención con cosas que otrora la divirtieron. Catalina comprendía la intención y en sus mejores momentos, toleraba con resignación esas tentativas, demostrando únicamente, de vez en cuando, con un suspiro de fastidio, su inutilidad, hasta el momento en que detenía a su esposo con la más triste de las sonrisas o de los besos. Otras veces, se volvía precipitadamente y ocultaba su cara entre las manos, o lo rechazaba encolerizada. Entonces, él la dejaba sola, porque estaba seguro de que su presencia no la favorecería en nada.

Las campanas de la capilla de Gimmerton tañían aún y el armonioso murmullo del arroyo que se deslizaba en el fondo del valle, acariciaba su oído. Esa suave música substituía el zumbido, aún ausente, del follaje estival, que la ahoga en torno de Thrusheross Grange, cuando los árboles reverdecen. En Cumbres Borrascosas siempre se la oía, en las jornadas tranquilas que seguían a un gran deshielo o consecutivas a un período de continuas lluvias. Y era en Cumbres Borrascosas que pensaba Catalina al escucharla, si es que escuchaba o pensaba: porque tenía esa vaga mirada lejana de la cual ya le hablé, que no revelaba lazo alguno con las cosas materiales, ni por los ojos, ni por los oídos.

—Traigo una carta para usted, señora Linton — dije, deslizándosela en la mano que había posado sobre sus rodi-

llas. — Es preciso que la lea en seguida, pues tiene contestación. ¿Quiere que rompa el sello?

—Sí — repuso, sin modificar la dirección de su mirada.

La abrí; era muy breve.

—Y ahora — proseguí, — léala.

Retiró su mano y dejó caer el papel. Volví a colocarlo sobre sus rodillas y esperé a que le plugiera posar en él sus ojos. Pero permaneció tanto tiempo inmóvil, que pregunté:

—¿Debo leerla yo, señora? Es del señor Heathcliff.

Advertí en ella un estremecimiento, el vago resplandor de un recuerdo y un esfuerzo para coordinar sus pensamientos. Tomó la carta y pareció recorrerla. Cuando llegó a la firma, exhaló un suspiro. Descubrí, empero, que no había captado el sentido de la misiva, porque cuando expresé el deseo de conocer su respuesta, se limitó a designar el nombre y a contemplarme con ardiente mirada, con una mirada desolada e inquisitiva, al propio tiempo.

—¡Pues bien! el señor Heathcliff desearía verla — dije, adivinando que necesitaba una aclaración. — Se encuentra en este momento en el jardín y está impaciente por conocer la respuesta que le llevaré.

Mientras hablaba vi, acostado al sol y sobre la hierba, a un perrazo que, luego de haber parado las orejas como si fuese a ladrar, las volvía a bajar, anunciando por los rápidos movimientos de su cola, que se acercaba alguien a quien no consideraba un extraño. La señora Linton se asomó a la ventana y escuchó sin respirar. Un instante después se oía el ruido de un paso que franqueaba la entrada. La vista de la casa abierta había sido una tentación demasiado fuerte para que Heathcliff resistiera al deseo de entrar en la misma. Además, debió suponer que yo faltaría a mi promesa decidiendo por lo tanto, no confiar más que en su audacia.

Catalina dirigió una trastornada mirada al umbral de la habitación. Heathcliff no halló en seguida el buen camino y Catalina me hizo señas de que lo introdujera. Pero, antes de que hubiese podido llegar a la puerta, él la había abierto y precipitándose hacia ella, la tomó entre sus brazos.

No habló ni aflojó su abrazo durante cinco minutos, en el transcurso de los cuales la cubrió de más besos de los que, estoy segura, había dado antes en toda su vida. Pero, fué mi ama la primera en besarlo y advertí claramente que Heathcliff no podía, sin experimentar una mortal angustia, mirar su rostro... Mi misma convicción se adueñó de él apenas la

vió, quitándole toda esperanza de curación... Catalina, sin duda alguna, estaba condenada a morir.

—¡Oh! Cata... ¡Oh! vida mía... ¡Cómo podré soportar esto!

Tales fueron las primeras palabras que Heathcliff pronunció, en un tono que no trataba de ocultar su desesperación. Luego, la miró con insistencia tal que creí que la intensidad de esa mirada haría aflnir las lágrimas a sus ojos. Pero ardían de angustia y no cedieron.

—¡Cómo! — dijo Catalina, echándose hacia atrás y respondiendo a esa llama de amor con una frente súbitamente fruncida, pues su humor estaba a la merced de tales caprichos. — ¡Edgar y usted han destrozado mi corazón, Heathcliff! ¡Y ambos vienen a lamentarse en mi presencia, como si fuesen ustedes los dignos de compasión! No los compadeceré. Ustedes me han matado... y se han beneficiado con ello, me parece. ¡Qué fuerte está usted! ¿Cuántos años más piensa usted vivir, después que yo ya no esté aquí?

Heathcliff se había arrodillado para estrecharla entre sus brazos. Trató de incorporarse, pero ella lo retuvo por los cabellos y lo obligó a permanecer de hinojos.

—¡Ah! quisiera tenerlo así hasta que los dos estuviésemos muertos — prosiguió con amarga voz. — No me importarían sus sufrimientos. ¿Por qué sufriría usted? ¡Yo sí que sufro! ¿Me olvidará? Dirá, dentro de veinte años; "Esta es la tumba de Catalina Earnshaw. Yo la amé, hace mucho tiempo y fuí presa de la desesperación, cuando la perdí. Pero eso ya pasó. He amado a muchas más, después. Mis hijos me son más caros que ella y a mi muerte, no me regocijaré en absoluto a la idea de volver a reunirme con ella, porque me sentiré desolado al pensamiento de abandonarlos!" ¿Dirá usted esto, Heathcliff?

—¿Me torturará usted hasta que también yo me vuelva loco? — gritó Heathcliff, libertando violentamente su cabeza.

Formaban ambos un extraño y terrible espectáculo para un observador de sangre fría.

Es comprensible que Catalina pensara en el cielo como en una tierra de exilio si, al alejarse de sus despojos mortales, no debía separar su alma al mismo tiempo. Todo su rostro, en ese instante, expresaba un rencor salvaje, visible en sus pálidas mejillas, en sus labios exangües y en sus centelleantes ojos; sus crispados dedos retenían aún algunos de los bucles que había aferrado.

En cuanto a Heathcliff, ayudándose con una mano para incorporarse, le tomó el brazo con la otra y sus recursos de dulzura eran tan poco apropiados para lo que exigía el estado de Catalina que, cuando la soltó, ví cuatro marcas netamente impresas en azul sobre la piel lívida.

—¿Está usted poseída por el demonio para hablarme en esa forma, hallándose moribunda? — prosiguió acremente. — ¿No ha pensado que todas esas palabras quedarán marcadas en mí como con un hierro al rojo blanco y que me roerán cada vez más profundamente, cuando me haya dejado? Sabe usted que miente cuando dice que yo la he matado y sabe, Catalina, que no podré olvidarla ya. ¿No basta a su perverso egoísmo, pensar que cuando usted esté en paz, yo me retorceré en los tormentos del infierno?

—No estaré en paz — dijo Catalina, gimiendo y recobrando la noción de su debilidad física por las intermitentes palpitaciones de su corazón, que una extremada agitación precipitaba.

Nada más dijo hasta que la crisis hubo pasado. Luego prosiguió, con mayor bondad:

—No deseo peores torturas que las mías, Heathcliff. Ansío, únicamente, que jamás seamos separados y si alguna de mis palabras lo afligiera un día, piense que yo experimento la misma pena bajo tierra. ¡Por mi bien, perdóneme usted! Acérquese y arrodíllese nuevamente. Nunca me hizo daño alguno en su vida. Además, si perdura en usted ese resentimiento, ello constituiría un recuerdo más penoso que mis duras palabras. ¿No quiere acercarse? ¡Se lo ruego!

Heathcliff se aproximó al sillón y se inclinó por encima del respaldo, pero no lo suficiente para que ella pudiese ver su rostro, que la emoción tornaba lívido. Catalina hizo un movimiento para mirarlo, pero él no se lo permitió y alejándose bruscamente, se dirigió hacia la chimenea, donde permaneció silencioso, vuelto de espaldas a nosotras.

Los ojos de la señora Linton se clavaban temerosos en él; cada uno de sus gestos despertaba en ella un sentimiento nuevo. Después de una larga y silenciosa contemplación, Catalina prosiguió, dirigiéndose a mí, con un acento de indignada desesperación:

—¡Oh! vea, Nelly. ¡No cedería ni por un solo instante, ni siquiera para evitarme la tumba! ¡He ahí cómo soy amada! ¡Pues bien! tanto peor. No es *mi* Heathcliff. Seguiré amando al mío y me lo llevaré conmigo; está en mi alma. Y, después

de todo — añadió con aire soñador, — lo más insoportable, es esta cárcel en ruinas. Estoy cansada de verme encerrada aquí abajo. Aspiro a escaparme hacia ese mundo de gloria, para quedarme en él para siempre: no entreverlo ya solamente a través de mis lágrimas, no suspirar más por él, detrás de las murallas de un corazón enfermo, sino sentirme verdaderamente con él y en él. Nelly, usted cree que es más dichosa y que ha sido más favorecida que yo. Gozando de plena salud y de todas sus fuerzas, me compadece... pero muy pronto será diferente. Yo la compadeceré a mi vez. Estaré incomparablemente más allá y por encima de todos ustedes. ¡Me extraña que no quiera él estar a mi lado!

Y prosiguió, para sí misma:

—...Creía que lo deseaba. Querido Heathcliff, no debería mostrarse enfadado, ahora. ¡Venga a mi lado, Heathcliff!

En su impaciencia, se puso en pie, apoyándose en el brazo de su sillón. Ante ese apremiante llamado, Heathcliff se volvió hacia ella, ofreciendo la imágen misma de la desesperación. Finalmente, sus ojos desmesuradamente abiertos y completamente húmedos, se clavaron en Catalina lanzando salvajes destellos y su pecho se alzó convulsivamente. Permanecieron separados todavía un instante. Luego, apenas vi como se unieron. Catalina, dando un salto, cayó en sus brazos y ambos quedaron reunidos en un abrazo del que creí que mi ama no saldría con vida. En realidad, parecía ya muerta. Heathcliff se desplomó en el asiento más próximo. Al acercarme precipitadamente para ver si Catalina estaba desmayada, él empezó a refunfuñar, con una verdadera espuma canina en los labios y volvió a estrecharla con celos voraces. No creía encontrarme ya en presencia de una criatura de mi especie. Parecía que no comprendería, si le hablaba. Me alejé, por lo tanto, y permanecí silenciosa, sumida en una gran perplejidad.

A poco, un movimiento de Catalina alivió un tanto mi inquietud; alzó la mano para estrechar el cuello de Heathcliff y acercar su mejilla a la del amado.

Heathcliff, entonces, cubriéndola de frenéticas caricias, en retorno, dijo como enloquecido:

—Me está demostrando ahora cuán cruel y desleal ha sido... ¿Por qué me desdeñó? ¿Por qué traicionó a su propio corazón, Cata? No hallo ninguna palabra para consolarla. Merece lo que le ocurre. Usted misma se ha matado. Sí, puede besarme y llorar, puede arrancarme lágrimas y besos, que

sólo conseguirá con ello mancillarse... condenarse. Me amaba usted... ¿qué derecho tenía, entonces, para abandonarme? ¿Qué derecho?... contésteme... ¿Por el pobre capricho que le inspiraba Linton? Ni la miseria, ni la decadencia, ni la muerte, ni ninguna pena proveniente de Dios o de Satanás habrían podido separarnos... y usted lo hizo por propia voluntad. No fuí yo quien destrozó su corazón... ha sido usted, y al destrozarlo, destrozó el mío. Tanto peor para mí si gozo de buena salud. ¿Tengo, acaso, deseos de vivir? ¿Qué clase de existencia será la mía cuando usted...? ¡Oh! ¡Dios! ¿Se sienten deseos de vivir cuando el alma está encerrada en una tumba?

—Déjeme... Déjeme — sollozaba Catalina. — Si he procedido mal, me muero. ¡Ya es bastante! También usted me abandonó, pero no quiero reprochárselo. Yo lo perdono, ¡perdóneme usted!

—Es difícil perdonar cuando se ven esos ojos, cuando se sienten esas manos tan débiles — repuso Heathcliff. — ¡Béseme de nuevo y no me muestre sus ojos! Le perdono cuanto me ha hecho. Amo a mi asesino... pero al suyo, ¿cómo podría amarlo?

Permanecieron silenciosos, bañados en lágrimas sus rostros. Supongo, por lo menos, que ambos lloraban, pues Heathcliff podía hacerlo, creo, en semejante caso.

Entretanto, empezaba a sentirme muy incómoda, porque la tarde transcurría, el hombre al que había alejado regresó de la aldea y a los últimos rayos de luz que llegaban al valle, podía distinguir la multitud que salía de la capilla de Gimmerton.

—El servicio divino ha terminado — anuncié. — El amo estará de regreso dentro de media hora.

Heathcliff farfulló un juramento y abrazó con más fuerza aún a Catalina, que no se movió.

Poco después, vi el grupo formado por los criados, en la carretera que conducía al ala de la cocina. El señor Linton los seguía, no mucho más lejos. Abrió personalmente la palizada y entró sin apresurarse, gozando, probablemente, de ese maravilloso día, que tenía un suave perfume estival.

—¡Ya está aquí! — exclamé. — ¡Huya usted pronto, por el amor de Dios! No encontrará a nadie en la escalera del frente. Corra y ocúltese entre los árboles hasta que él haya entrado en la casa.

—Es preciso que me marche, Cata — dijo Heathcliff, tra-

tando de apartarse de los brazos de su amada. — Pero si vivo aún, volveré a verla antes de que se haya dormido. No estaré a más de cinco metros de su ventana.

—¡No es posible que se vaya! — repuso Catalina, estrechándolo tanto como sus fuerzas se lo permitían. — ¡Le digo que no se irá!

—Por una hora — dijo él, con insistencia.

—Ni siquiera por un minuto — repuso ella.

—Es preciso... Linton estará aquí dentro de un instante — imploró el intruso, empezando a alarmarse.

Se disponía a ponerse en pie, a separar a la fuerza los dedos de Catalina, pero ella lo aferraba, jadeante, reflejándose en su rostro una trastornada voluntad.

—¡No! — gritó. — ¡Oh! no se vaya, no se vaya... ¡Es la última vez! Edgar nada le hará. ¡Voy a morirme, Heathcliff, voy a morirme!

—¡Ahí está! ¡Maldito imbécil! — gritó Heathcliff, volviendo a desplomarse en su asiento. — ¡Chitón! querida mía, ¡Chitón! ¡chitón! Catalina. Me quedaré. Si me matase así, expiraría con una bendición en los labios.

Y se abrazaron nuevamente.

Oí que mi amo subía la escalera... Una helada transpiración humedecía mi frente. Estaba aterrada.

—¿Obedecerá usted sus divagaciones? — exclamé, encolerizada. — No sabe lo que dice. ¿Quiere usted perderla porque no posee bastante juicio para defenderse? ¡Levántese de esa silla! Sólo de usted depende apartarse de ella. Está usted procediendo peor que nunca, en este instante. Todos estamos perdidos... amo, ama y criada.

Me retorcía las manos y gritaba tan fuerte, que el señor Linton acudió al ruido. En mi perturbación vi, con sincera alegría, que los brazos de Catalina habían soltado a Heathcliff y que su cabeza caía, sin fuerzas.

"Está desmayada, o muerta — pensé. — ¡Tanto mejor! Tanto mejor que muera, antes que languidezca en este estado, carga y fuente de dolores para todos los que la rodean".

Edgar, pálido de asombro y de rabia, se precipitó de un salto hacia el odiado visitante. Lo que pretendía hacer, no puedo decirlo, porque el otro detuvo de inmediato toda demostración, poniéndole en los brazos el, al parecer, inanimado cuerpo.

—¡Mire! — dijo. — Si hay en usted algo de humano, socórrala primero... ¡después me hablará!

Fué al salón y se sentó. El señor Linton requirió mi ayuda y con gran trabajo, luego de haber recurrido a todos los medios posibles, conseguimos reanimarla, pero sin que por ello recobrara su lucidez. Suspiraba, gemía y no reconocía a nadie.

Edgar, en su tormento, olvidó al ser que aborrecía. Pero yo, no. Apenas pude hacerlo, fuí a suplicarle que se marchase, afirmándole que Catalina estaba mejor y que tendría noticias de ella, por mi intermedio, al siguiente día por la mañana.

—No me niego a salir de esta casa — repuso, — pero me quedaré en el jardín. ¡Mucho cuidado, Nelly, con faltar a su palabra! Estaré debajo de esos alerces. Sí, ¡mucho cuidado! Porque regresaré, esté o no Linton.

Echó una rápida ojeada a la habitación por la entornada puerta y comprobando que mis informaciones eran veraces, en apariencia, libró a la casa de su indeseable presencia.

CAPITULO XVI

Ese mismo día, poco antes de medianoche, nació esa Catalina que vió usted en Cumbres Borrascosas, una criatura enfermiza que vino al mundo dos meses antes de término. La madre murió dos horas después, sin haber recobrado el suficiente conocimiento para lamentar a Heathcliff, o prestar atención a Edgar.

Este último quedó sumido, por esa pérdida, en un trastorno demasiado penoso para que desee recordarlo. La repercusión de ese golpe probó hasta qué punto era profundo su dolor. Dolor agravado, a mi juicio, por el hecho de verse privado de un heredero varón. Yo deploraba aquello mientras contemplaba a la frágil huerfanita y maldecía "in petto" al viejo Linton que, simplemente por una inclinación natural, había asegurado su fortuna a su propia hija antes que a la de su vástago. ¡Pobre pequeñuela! ¡Qué criatura mal acogida! Durante las primeras horas de su existencia, habría podido llorar hasta morir sin que nadie se preocupase de ella. Reparamos luego esa negligencia, pero sus comienzos estuvieron tan privados de afecto como probablemente lo estará el final de su vida.

Al siguiente día por la mañana — una mañana espléndida y alegre, — la luz se deslizó suavemente a través de las per-

sianas de la silenciosa habitación, bañando con tamizado resplandor el lecho y la que lo ocupaba.

Edgar Linton tenía la cabeza apoyada en la almohada y cerrados los ojos.

Sus puros y juveniles rasgos representaban la imagen de la muerte, casi tan perfectamente como los de la forma que velaba. Conservaban tanta inmovilidad como los de ella, pero esa calma, en él, significaba el agotamiento del dolor; la de Catalina, era la paz definitiva.

Ante su lisa frente, sus cerrados párpados, sus labios que conservaban la expresión de una sonrisa, se habría pensado que ningún ángel del cielo podía ser más hermoso. Me sentí invadida por esa tranquilidad infinita en la cual reposaba. Experimenté, al contemplar la imagen de esa serenidad divina, una santa disposición que mi espíritu jamás conociera. Hallé, inconscientemente, las palabras que ella había pronunciado pocas horas antes; "incomparablemente más allá y por encima de todos nosotros! ¡Esté aún en la tierra o en el cielo, ahora su alma se encuentra a la vera de Dios!"

No sé si es una peculiaridad mía, pero es raro que no me sienta dichosa cuando velo en una cámara mortuoria, siempre que no se encuentre a mi lado alguien que cumpla el mismo deber con frenéticas lamentaciones. Presiento un reposo que ni la tierra, ni el infierno, podrían quebrar; veo la seguridad de otro mundo sin fin y sin sombra — la Eternidad que recogió a los muertos — mundo donde la existencia no se halla limitada en su duración, ni el amor en su impulso, ni la alegría en su plenitud. Noté en esa ocasión cuánto egoísmo existe, aun en un amor como el del señor Linton, cuando lamentó tanto la bendita liberación de Catalina. Cierto es que habríamos podido preguntarnos si merecía una obra de paz, después de su dramática y desarreglada vida. Habríamos podido preguntarnos eso reflexionado fríamente, pero no, como entonces, en presencia de su cadáver. Por su misma tranquilidad, esa forma parecía haber apaciguado todo cuanto la habitaba otrora.

—¿Cree usted, señor, que seres como ese son realmente dichosos en el otro mundo? Mucho daría por saberlo.

Evité contestar la pregunta de la señora Dean, que me pareció un tanto heterodoxa. El ama de llaves prosiguió:

—Rememorando la vida de Catalina Linton, me temo que no tengamos derecho a creer que ella lo es, pero dejémosla en las manos del Creador.

El amo parecía haberse dormido y yo me arriesgué, poco antes del alba, a salir de la habtiación, en busca de un poco de aire puro y fresco. Los criados creyeron que salía para sacudir la modorra consecutiva a mi prolongada velada. En realidad, el principal motivo que me impulsaba a salir era el de ver al señor Heathcliff. Si se había quedado toda la noche en el bosque de alerces, nada pudo haber oído de la agitación que trastornó a Thrusheross Grange, a menos que hubiese sorprendido el galope del mensajero enviado a Gimmerton. Si se había aproximado a la casa, probablemente hubiese comprendido, por el movimiento de las luces, por el abrir y cerrar de puertas, que las cosas no marchaban bien en el interior.

Deseaba hallarlo y temía ese encuentro, al mismo tiempo. Me decía que era preciso anunciarle la terrible nueva y ansiaba haber puesto término a mí triste tarea. Pero no sabía cómo encararla. Estaba allí... a escasos metros más lejos, en el parque, apoyado contra un añoso fresno, en cabeza y con los cabellos empapados por el rocío que se había acumulado debajo de las brotadas ramas, y que caía con un leve ruido a su alrededor Se hallaba desde hacía un buen rato en esa posición, porque vi que un casal de mirlos revoloteaba en torno suyo, apenas a tres pies de distancia, ocupados en construir su nido y tan indiferentes a su vecindad como si hubiese sido un leño. Heathcliff alzó los ojos y dijo:

—Ha muerto... No la he esperado para saberlo. Haga desaparecer su pañuelo. . no lloriquee en mi presencia. ¡Malditos sean todos ustedes! ¡Ella no quiere sus lágrimas!

Lloraba tanto por él, como por ella.

A veces, nos apiadamos de las criaturas incapaces de experimentar ese sentimiento, tanto para con ellas mismas, como para con los demás. Cuando llegué frente a él, comprendiendo por su cara que estaba al corriente de la catástrofe, atravesó mi mente, por un segundo, el estúpido pensamiento de que su corazón se había apaciguado y de que oraba, pues sus labios se movían y su mirada se hallaba clavada en el suelo.

—¡Sí, ha muerto! — repuse, conteniendo mis sollozos y enjugando mis mejillas. — Está en el cielo; así lo espero, al menos. Todos podremos reunirnos con ella, si consideramos esto una sabia advertencia y si abandonamos nuestras malas inclinaciones para seguir otras mejores.

—¿Siguió ella esa advertencia, entonces? — inquirió Heath-

cliff, esbozando una sarcástica sonrisa. — ¿Murió como una santa? Vamos, hágame un relato exacto del acontecimiento. Cómo...

Trató de pronunciar el nombre, pero no lo consiguió. Apretando los labios, luchó en silencio contra su íntima desesperación, mientras su mirada resuelta y feroz desafiaba, al mismo tiempo, mi simpatía.

—¿Cómo ha muerto? — preguntó, al fin, viéndose obligado, a pesar de su valor, a apoyarse en un árbol, pues ese esfuerzo lo hacía temblar de pies a cabeza.

"¡Pobre desdichado! — pensé. — ¡Tiene un corazón y unos nervios iguales a los de sus hermanos, los hombres! ¿Por qué se obtinará en ocultarlos? ¡Su orgullo no engañará a Dios! Lo provocará hasta la tortura, hasta que El le arranque un grito de humildad".

—¡Con la misma tranquilidad de un cordero! — dije, en voz alta. — Exhaló un suspiro, se desperezó como un niño que despierta y cae nuevamente dormido. Cinco minutos después oí latir claramente su corazón... ¡Luego, nada!

—Y... ¿habló de mí? — preguntó, vacilando, como temiendo que la respuesta revelara detalles que no podría soportar.

—No recobró sus sentidos en momento alguno — dije. — No reconoció a nadie desde el momento en que usted la dejó. Está acostada con una dulce expresión en el rostro y sus últimos pensamientos giraron en torno de los felices días del ayer. Su vida terminó en un sueño sin pasión... ¡Pueda despertarse tan favorablemente en el otro mundo!

—¡Pueda despertarse en medio de los tormentos! — gritó con terrible vehemencia, gruñendo y golpeando con el pie en el suelo, presa de una cólera brusca y desenfrenada. — ¡Ha mentido hasta el último instante! ¿Dónde está? Aquí, no. En el cielo, tampoco... Aniquilada, menos... ¿Dónde, entonces? ¡Oh! Dijo usted que no se preocupaba por mis sufrimientos. ¡Pues bien! voy a decir una plegaria, una sola, que repetiré hasta que mi lengua se quede paralizada .. ¡Catalina Earnshaw, ojalá que no conozca el reposo mientras yo viva! Dijo usted que yo la había matado... ¡Vuelva, entonces, para atormentarme! Las víctimas atormentan a sus asesinos y sé que hay fantasmas que han errado sobre la tierra. Quédese siempre junto a mí... adopte la forma que más le plazca... ¡vuélvame loco! ¡Pero no me deje en este abismo en el que no puedo encontrarla! ¡Oh! Dios, ¡es indecible! ¡Yo no puedo vivir sin mi vida! ¡Yo no puedo vivir sin mi alma!

Golpeó su cabeza contra el nudoso tronco y alzando la mirada, empezó a gritar, no como un hombre, sino como una bestia salvaje a la que hubieran acribillado a puñaladas y cubierto de venablos.

Vi varias manchas de sangre en la corteza del árbol, en las palmas de sus manos y en su frente. La escena que tenía lugar en mi presencia era, probablemente, la repetición de otras acaecidas en el transcurso de la noche. Apenas si despertó mi compasión, pues más bien me espantó...

Sin embargo, no me atrevía a dejarlo sólo en ese estado. Pero en el momento mismo en que reaccionó lo suficiente para darse cuenta de que lo estaba observando, me ordenó con voz de trueno que me fuese. Obedecí. Era superior a mi ciencia calmarlo, o consolarlo.

* * *

El entierro de la señora Linton fué fijado para el viernes siguiente al día del deceso y hasta ese momento quedó en el salón, cubierto de flores y de aromáticas hojas, el abierto ataud.

Linton pasó allí día y noche, guardián sin sueño y — cosa que todos ignoraban, menos yo — Heathcliff pasaba afuera las noches, por lo menos, igualmente privado de descanso.

No me comuniqué con él en momento alguno; sin embargo, tenía la seguridad de que entraría, si podía hacerlo. Tanta perseverancia me conmovió y el martes, poco después del crepúsculo, cuando mi amo, fatigado, se vió en la necesidad de retirarse dos horas, fuí a abrir una de las ventanas, brindándole así una oportunidad de dirigir el último adiós a la palidecida imágen de su ídolo.

No dejó de aprovechar la ocasión, con prudencia y sin demoras, con demasiada prudencia, quizá, pues no hizo el más ligero ruido al entrar. A decir verdad, no habría descubierto su visita si no hubiese sido por el desorden en que quedó el paño que rodeaba el rostro de la muerta. Vi también en el suelo un rizo de rubios cabellos, atados con un hilo de plata. Después de examinarlo, constaté que provenía de un medallón que pendía del cuello de Catalina. Heathcliff había abierto la joya y arrojado su contenido, para reemplazarlo por un rizo negro de sus propios cabellos. Los enrosqué a ambos y los encerré juntos.

El señor Earnshaw, naturalmente, fué invitado a acompa-

ñar los restos de su hermana hasta el sepulcro. Sin excusarse en ninguna forma, no acudió, de modo que el cortejo, aparte del señor Linton, estaba compuesto únicamente de granjeros y criados. Isabel no recibió comunicación de la desgracia.

El lugar en que inhumaron a Catalina no fué, con gran sorpresa de los aldeanos, ni la capilla situada debajo del esculpido monumento de los Linton, ni el recinto reservado a sus parientes. Excavaron una fosa en un verdegueante talud, en un rincón del cementerio en que el muro es tan bajo, que los brezos y lasairelas pasan por encima, y que está casi cubierto de tierra turbosa. Su esposo descansa, ahora, en el mismo lugar Y cada uno de ellos tiene una simple piedra recta a la altura de la cabeza y una losa gris y unida, a sus pies, para marcar su tumba.

CAPITULO XVII

Ese viernes fué el último de nuestros hermosos días, por un mes. Por la tarde, el tiempo se descompuso, el viento sur se trocó en noroeste, trayendo primeramente lluvia y después granizo y nieve. Al siguiente día, apenas si era posible creer que habíamos gozado de tres bellas semanas. Las prímulas y los crocos estaban ocultos debajo de una blanca capa, las alondras callaban y los tiernos renuevos de los árboles precoces, morían y se ennegrecían.

El día transcurrió, triste, lúgubre y glacial. Mi amo permaneció en su habitación. Yo me hice cargo del abandonado salón para convertirlo en cuarto de niño y allí me quedé sentada, cargadas las rodillas con esa muñeca llorona a la que acunaba, mientras contemplaba la incesante caída de los copos que se amontonaban frente a la ventana sin cortinas. De pronto, se abrió la puerta y alguien entró, jadeante y riendo. Imaginóse que sería alguna de las criadas y grité:

—¿Ha terminado usted de reir? ¿Cómo es posible hacer gala de tanta liviandad? ¿Qué diría el señor Linton si la oyese?

—¡Perdón! — me contestó una voz familiar. — Pero sé que Edgar está en la cama y no puedo detenerme.

Al mismo tiempo, la visitante se acercó al fuego, sofocada aún y con la mano posada en el costado.

—¡He venido corriendo desde Cumbres Borrascosas! — prosiguió, después de un instante. — Eso, si no he volado. No habría podido contar el número de mis caídas. ¡Oh! es-

toy toda dolorida. ¡No se preocupe! Se lo explicaré todo, apenas me sea posible. Pero, vaya a ordenar que preparen el coche para que me conduzca a Gimmerton, y diga a una de las sirvientas que traiga algunos vestidos de mi armario.

Era la señora Heathcliff. Tenía un aspecto que no concordaba en absoluto con su risa. Sus cabellos caían, despeinados, sobre sus hombros, chorreando nieve derretida. Usaba su vestido de doncella, cosa que convenía más a su edad que a su situación, puesto que era uno de mangas cortas. Nada tenía en la cabeza y alrededor del cuello. La tela era una liviana seda que la humedad pegaba a su cuerpo y sus pies estaban simplemtnte protegidos por delgadas pantuflas. Añadamos a eso un profundo tajo debajo de una oreja, que únicamente el frío impedía sangrar, una cara pálida, rasguñada, magullada y será posible imaginar que mi primer pavor no se calmó en modo alguno cuando pude examinarla a fondo.

—Mi querida señora — exclamé, — no me moveré ni escucharé nada, mientras no haya reemplazado todas sus ropas por otras perfectamente secas. Y con toda seguridad no irá a Gimmerton esta tarde; por lo tanto, será inútil ordenar que preparen el coche.

—Iré, seguramente — dijo, — a pie o en coche. Sin embargo, prefiero hacerlo correctamente vestida. Y... ¡Oh! ¡mire cómo gotea en mi cuello, ahora! ¡El calor del fuego está haciendo cosas de negros!

Insistió para que ejecutara sus órdenes antes de tocarla. Sólo cuando hube advertido al cochero que se preparara y enviado a la mucama que hiciera un paquete con algunas ropas indispensables, consintió en dejarse curar la herida y retirar sus vestidos.

—Y ahora, Nelly — me dijo, cuando terminé y ella se instaló en un sillón junto al fuego, con una taza de té entre sus manos, — va usted a sentarse frente a mí y a llevarse al pobre bebé de Catalina a otra parte, porque no tengo interés en verlo. No vaya a creer, porque me vió entrar tan alegremente hace un rato, que soy indiferente a la pérdida de Catalina. También yo lloré amargamente... y con más razón que nadie. Nos separamos sin reconciliarnos, ¿se acuerda? Nunca me lo perdonaré. Empero, no iba a llorar con él... ¡con ese bruto! ¡Oh! déme el atizador. Esta es la última cosa que llevo encima.

Hizo deslizar el anillo de oro que usaba en el dedo mayor y lo arrojó al suelo.

—¡Lo romperé! — prosiguió, golpeando sobre la alhaja con infantil irritación. — ¡Y después lo quemaré!

Tomó el execrable objeto y lo arrojó en medio de las brasas.

—¡Ya está! tendrá que comprarme otro, si vuelve a encontrarme. Sería capaz de venir a esta casa, con el único objeto de perseguirme. ¡No me atrevo a quedarme, temiendo que esa idea haya entrado en su endemoniada cabeza! Y después, Edgar no ha sido bueno conmigo, ¿verdad? No quiero implorar su ayuda, así como tampoco deseo causarle nuevas preocupaciones. La necesidad me ha obligado a buscar refugio en su casa, pero si no hubiese sabido que subió a acostarse, me habría quedado en la cocina. Después de haberme lavado la cara, entrado un poco en calor y haberle pedido a usted que me trajera lo que deseaba, habría partido con destino ignorado, rumbo a cualquier parte, con tal de ponerme fuera del alcance de mi maldito... ¡de ese demonio encarnado! ¡Ah! ¡qué furioso estaba! ¡Es una lástima que Earnshaw no sea tan fuerte como él! No me habría marchado antes de haberlo visto en mala postura frente a él, de haber sido Hindley capaz de dominarlo.

—Vamos, señorita, no hable con tanta rapidez — dije, interrumpiéndola, — que va usted a hacer caer el pañuelo que acabo de envolverle alrededor de la cara y el tajo volverá a sangrar. Beba ese té, repóngase un poco y cese en sus risas, porque las mismas están fuera de lugar bajo este techo y en su situación.

—Es una verdad innegable — repuso Isabel. — ¡Oiga a esa chiquilla! Llora sin tregua. . Aléjela de mis oídos durante una hora, que no me quedaré más tiempo.

Llamé y confié la guardia del bebé a una sirvienta. Interrogué, entonces, a la señora Heathcliff, sobre lo que la impulsó a huir de Cumbres Borrascosas con un tan inverosímil atuendo. ¿A dónde tendría la intención de irse, puesto que se negaba a quedarse entre nosotros?

—Debería y desearía quedarme — repuso Isabel, — a fin de consolar a Edgar y de cuidar a la criatura. Por esas dos cosas y porque Thrushcross Grange es mi verdadera residencia. ¡Pero le digo que él no me permitiría hacerlo! Jamás soportaría verme alegre y en buen estado de salud .. jamás aceptaría la idea de nuestra tranquilidad, sin adoptar de inmediato la resolución de envenenar nuestro bienestar. Ahora, con gran satisfacción de parte mía, estoy segura de que me detesta a tal punto, que le resulta intolerable tenerme bajo

sus ojos u oír el sonido de mi voz. Noté que cuando me ponía en su presencia, todos los músculos de su rostro se contraían involuntariamente en una expresión de odio. Eso proviene, en parte, del mismo sentimiento que adivina en mí, y en parte de una instintiva aversión. Ese odio es lo bastante fuerte para infundirme la seguridad de que no me perseguirá a través de Inglaterra si supiera componérmelas para huir. Esa es la razón por la cual me alejo del todo. Me he curado de mi antiguo deseo de ser muerta por él. ¡Prefiero que se mate a sí mismo! Destruyó mi amor de raiz; por lo tanto, estoy liberada. Puedo recordar, sin embargo, cuánto lo he amado y puedo oscuramente imaginarme que lo amaría aún si... ¡No, no! Aunque hubiese estado loco por mí, su diabólica naturaleza se habría revelado en una u otra forma. Preciso era que Catalina tuviese un espíritu muy perverso para que lo quisiera tan tiernamente, ella que tan bien lo conocía. ¡Es un monstruo! ¡Ojalá pudiese ser eliminado de la faz del mundo y de mi recuerdo!

—¡Calle! ¡calle! es un ser humano — dije. — Sea más caritativa. ¡Hay hombres peores que él, todavía!

—No es un ser humano — replicó la señora Heathcliff. — No tiene derecho a mi caridad. Le entregué mi corazón y él lo sometió a suplicio y después lo arrojó. Es por el corazón que sentimos piedad, Nelly. Desde el momento que él ha destruído el mío, ya no podría sentirla nunca hacia su persona, aunque gimiera hasta la muerte y llorara a Catalina con lágrimas de sangre. No, verdaderamente, no podría.

Isabel se echó a llorar, pero enjugando al punto las lágrimas que humedecían sus pestañas, prosiguió:

—... Me preguntó usted qué me determinó a huir, al fin. Me vi obligada a ello cuando la rabia que provoqué fué más fuerte que su calculada maldad. Torturar a alguien con pinzas al rojo blanco, exige más calma que asestar fuertes golpes en la cabeza. Estaba exasperado al punto de olvidar la abominable prudencia de que hacía gala y de entregarse a una violencia criminal. Experimenté cierto gozo al sentirme capaz de sacarlo completamente de sus casillas. Ese gozo despertó en mí mi instinto de conservación y huí del todo. Si alguna vez vuelvo a caer entre sus manos, se apresurará a tomarse un terrible desquite.

"Ayer, como usted sabe, el señor Earnshaw debía concurrir al senelio. No había bebido, precisamente por eso... no bebió demasiado, en todo caso, quebrando su costumbre de

acostarse medio loco a eso de las seis y de levantarse, ebrio aún, a mediodía. Se hallaba despierto, por lo tanto, en un estado mental muy sombrío, en la pendiente del suicidio y tan dispuesto para ir a la Iglesia como al baile. Y, en lugar de hacerlo, se sentó junto al fuego, bebiendo ginebra y brandy a vasos llenos.

"Heathcliff — ¡tiemblo al nombrarlo! — desapareció de la casa desde el domingo precedente hasta ese día. ¿Fueron los ángeles los que proveyeron a su subsistencia o su acólito de las tinieblas? El caso es que no tomó comida alguna con nosotros por espacio de una semana. Regresaba de madrugada y subía a su habitación, en la que se encerraba... ¡Como si alguien, nunca, hubiese deseado reunirse con él! Y allí se quedaba, orando con el fervor de un Metodista. Pero la divinidad que él imploraba no era más que frío polvo y Dios, cuando lo invocaba, se confundía singularmente con el diablo, que es el padre de Heathcliff, sin ningún género de dudas. Después de haber terminado con esas hermosas oraciones, que duraban, por lo general, hasta que su enronquecida voz se estrangulaba en su garganta, volvía a salir, siempre rumbo a Thrusheross Grange. ¡Me extraña que Edgar no haya mandado buscar a alguien de la policía para hacerlo detener! En lo que a mí se refería, podía sentirme apenada con respecto a Catalina, pero no podía dejar de considerar como unas verdaderas vacaciones ese período en que me sentía libre de su degradante tiranía.

"Recobré el valor suficiente para soportar, sin llorar, los eternos sermones de José y para ir de un lado al otro de la casi sin adoptar, como antes, las precauciones de un ladrón. Sin duda, usted nunca creyó que las cosas que dice José pudieran hacerme llorar, ¿verdad? Es que tanto él como Hareton, son una detestable compañía. Prefiero quedarme con Hindley y oir sus horribles palabrotas, antes que con el "amito" y su fiel camarada, ese viejo odioso... Cuando Heathcliff está allí, me veo obligada, a menudo, a refugiarme en la cocina, con ellos, o ayunar en unas habitaciones deshabitadas y húmedas. Cuando no se encuentra en la casa, como fué el caso esta semana, instalo una mesa y una silla junto al fuego, en la sala grande, no me preocupo por lo que hace el señor Earnshaw, ni él se inmiscuye en mis ocupaciones. Ahora está más tranquilo que antes, siempre que no lo contradigan; más sombrío y más melancólico también y menos inclinado a enfurecerse súbitamente. José afirma que es otro

hombre, que el Señor ha tocado su corazón y que está salvado "en lo que al fuego eterno se refiere". Trabajo me cuesta reconocer las señales de ese cambio favorable, pero no es asunto mío. Anoche, sentada en mi rincón, leí algunos viejos libros hasta bastante tarde, casi hasta la medianoche. Me parecía siniestro subir a mi habitación con la tempestad de nieve desencadenada afuera y el obsesionante pensamiento del cementerio y de la tumba que acababan de excavar. Cuando me atrevía a alzar los ojos de la página, se me aparecía esta lúgubre escena. Hindley estaba sentado frente a mí, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, pensando, sin duda, en la misma cosa. Se había limitado a beber hasta los límites de la embriaguez. No se movía, ni hablaba, desde hacía dos horas. Los únicos ruidos que se oían en la casa, eran el gemido del viento que sacudía las ventanas en todo momento, el débil chasquido de los tizones y el crepitar de mi bujía cuando, de vez en cuando, la despabilaba. Hareton y José dormían profundamente, sin duda, en sus camas. Reinaba una gran tristeza y suspiraba en medio de mi lectura, porque parecía que toda la alegría había desaparecido del mundo, para no retornar jamás. Ese lúgubre silencio fué roto, al fin, por el ruido del pestillo de la cocina. Heathcliff regresaba más temprano que de costumbre, sin duda a causa de la brusca tormenta. Esa puerta estaba cerrada y oímos que daba la vuelta para entrar por la otra. Me puse en pie y manifesté tan a las claras mi sentimiento, que mi compañero, que había clavado sus ojos en la puerta, se volvió y me miró.

"—Voy a dejarlo afuera cinco minutos — exclamó. — ¿Usted no se opone?

"—No — repuse. — Por mí, podría dejarlo toda la noche. ¡Hágalo! Haga girar la llave y eche los cerrojos.

"Earnshaw tuvo tiempo de ejecutar aquello antes de que su huésped llegara frente a la casa. Luego volvió, puso su silla del otro lado de la mesa y me miró en los ojos, buscando un poco de simpatía para el ardiente odio que brillaba en los suyos. Como tenía, a la vez, el aspecto y los pensamientos de un asesino, no pudo hallar en mi mirada tanta como deseaba, pero descubrió la suficiente como para sentirse alentado a hablar.

"—Usted y yo tenemos — dijo, — una deuda muy grande que saldar con el hombre que está afuera. Si no fuésemos unos cobardes, podríamos ponernos de acuerdo para terminar de una vez. ¿Es usted tan blanda como su hermano? ¿Lo

soportará todo hasta el fin, sin intentar vengarse ni una vez?

"—Estoy cansada de tener paciencia — repuse, — y recurriría de buen grado a las represalias, si las mismas no deben recaer, forzosamente, en mí. Pero la traición y la violencia son armas de doble filo que hieren más profundamente a los que las utilizan, que a sus enemigos.

"—¡Traición y violencia son un justo retorno de violencia y traición! — exclamó Hindley. — Señora Heathcliff, nada le pediré, salvo que no se mueva y que permanezca callada. ¿Puede hacerlo? Dígamelo. Estoy seguro de que vería desaparecer a ese demonio con tanto placer como yo. Será su asesino, si no se adelanta a sus designios, y constituirá mi ruina. ¡Maldito sea ese infernal pillastre! Golpea a la puerta como si fuese ya el amo de esta casa. Prométame callarse y antes de que este reloj dé la hora — faltaban tres minutos para la misma — será usted una mujer libre.

"Extrajo de entre sus ropas el instrumento que le describí en mi carta y fué a apagar la bujía. Pero se lo arranqué de entre las manos y contuve su brazo.

"—¡No me callaré! Usted no lo tocará. ¡Deje la puerta cerrada y quédese tranquilo!

"—¡No, mi resolución ha sido adoptada y por Dios que la ejecutaré! — gritó ese ser llevado al límite de la desesperación. — Le prestaré un servicio a pesar de usted misma y haré justicia a Hareton. No se preocupe por ampararme. Catalina ha muerto, ningún ser viviente deplorará mi desaparición, nadie se avergonzará de mi acción, si me corto la garganta un segundo después... ¡ya es hora de acabar con todo esto!

"Lo mismo hubiese sido querer luchar con un oso o razonar con un demente. El único recurso que me quedaba era correr a una ventana y advertir a la víctima designada el peligro que corría.

"—¡Sería preferible que fuese usted a buscar en otra parte un techo para esta noche! — grité, en un tono hasta cierto punto alegre. — El señor Earnshaw podría muy bien hacer fuego sobre usted si insiste en querer entrar.

"—Y preferible sería que abriese usted la puerta, especie de... — repuso, aplicándome un elegante término que no tengo interés en repetir.

"—No quiero inmiscuirme en este asunto — repliqué. — Entre si quiere, pero lo matarán. Yo, he cumplido con mi deber.

"Pronunciadas esas palabras, cerré la ventana y volví a mi lugar junto al fuego, no poseyendo bastante hipocresía para simular ansiedad ante el peligro que lo amenazaba.

"Earnshaw empezó a jurar encolerizado contra mí declarando que todavía estaba enamorada del miserable, y tratándome de toda clase de cosas por el poco carácter de que daba muestras. Y yo, en el fondo de mi corazón — y sin que mi conciencia me formulase un solo reproche, — pensé en el beneficio que sería para él si Heathcliff le quitaba la vida, su miserable vida, y en el beneficio que para mí sería si el otro enviaba a Heathcliff a su verdadera morada... Mientras reflexionaba en esas cosas, un golpe asestado por éste último hizo volar, hecha añicos, la lumbrera colocada a mis espaldas. Apareció en la misma el hosco rostro, con una mirada de odio en sus ojos. Los antepechos de la abertura estaban demasiado cerca el uno del otro para permitir el paso de sus hombros. Sonreí, dichosa ante mi imaginaria seguridad. Sus cabellos y sus ropas estaban blancos de nieve y sus aguzados dientes, que se mostraban bajo la sensación del frío y por efecto de la rabia, brillaban en la sombra como los de un caníbal.

"—¡Isabel, déjame pasar, o haré que se arrepienta de su testarudez! —"gruñó", como dice José.

"—No puedo cometer un crimen — repuse. — El señor Hindley lo espera con un cuchillo y una pistola cargada.

"—Hágame entrar por la puerta de la cocina — dijo.

"—Hindley estará allí antes que usted. ¡Y qué pobre amor es el suyo, si no puede soportar una tempestad de nieve! Nos dejaba usted en paz en nuestras camas mientras brillaba una luna estival, pero apenas sopla una ráfaga de viento, busca un techo bajo el cual cobijarse... Heathcliff, si estuviese en su lugar, iría a acostarme sobre su tumba, muriendo junto a ella como un perro fiel. Ahora, la vida no vale seguramente la pena de ser vivida, ¿verdad? Me convenció usted de que Catalina era la única alegría de su existencia. ¿Cómo podría creer, ahora, que la sobrevivirá?

"—¿Está allí, verdad? — gritó Hindley, corriendo hacia la abertura. — Si paso un brazo afuera podría herirlo.

"—Me temo, Nelly, que me considere usted muy mala, pero como no lo sabe todo, no juzgue aún. Por nada del mundo contribuiría a un atentado contra una vida humana, ni siquiera contra una vida como la suya. En cuanto a desear su muerte, sí, debo desearla. Por lo tanto, me sentí cruelmente de-

cepcionada y más bien aterrada ante las consecuencias que tendrían mis burlas, cuando lo vi arrojarse sobre el arma de Earnshaw y arrancársela de las manos. El tiro partió y la hoja, lanzada hacia atrás, penetró profundamente en la muñeca de su propietario. Heathcliff la retiró brutalmente, cortando la carne de paso, y se la metió chorreando sangre, en su bolsillo. Luego tomó una piedra, destruyó la madera que separaba los dos cristales y entró en la habitación de un salto. Su adversario había caído sin conocimiento, bajo los efectos del dolor y de la hemorragia producida en una arteria o en una gruesa vena. El bandido se precipitó sobre él, pisoteándolo y golpeándole repetidas veces la cabeza contra las losas del piso, mientras impedía que yo fuese en busca de José.

"Demostró un extraordinario dominio de sí mismo absteniéndose de ultimarlo; se detuvo, al fin, jadeante y arrastró hasta el banco, al parecer, el inanimado cuerpo. Desgarró, entonces, la manga de la casaca de Earnshaw y vendó la herida con cruel dureza, escupiendo y jurando en el transcurso de esa operación con tanta energía como la empleada antes para golpear. Aprovechando mi libertad, no perdí tiempo y fuí a buscar al viejo criado. Este, comprendiendo poco a poco el sentido de mi precipitado relato, se apresuró a descender la escalera de a dos escalones a la vez, llegando todo sofocado.

"—¿Qué sucede, ahora? ¿Qué sucede, ahora?

"—Sucede — gritó Heathcliff. — que su amo es un loco y si dentro de un mes se halla todavía con vida, lo haré encerrar. ¿Y cómo diablos me dejó usted afuera, grandísimo perro desdentado? No se quede allí refunfuñando y hablando entre dientes. Acérquese, que no he de ser yo quien lo cuide. Límpieme todo esto y cuidado con la llama de su bujía... ¡más de la mitad es brandy!

"—¿Conque lo asesinó? — exclamó José, alzando al cielo, horrorizado, manos y ojos. — ¡Tener que presenciar semejante espectáculo! Pueda el Señor...

"Heathcliff le aplicó un puntapié que lo hizo caer de rodillas en medio del charco de sangre y le arrojó una toalla. Pero en vez de empezar la limpieza, José juntó las manos y comenzó una plegaria cuya extraña fraseología provocó mis carcajadas. Me hallaba en un estado de espíritu tal, que ya nada podía intimidarme. En realidad, me sentía tan despreocupada como lo están ciertos condenados al pie de la horca.

"—¡Oh!, la había olvidado — dijo el tirano. — Es usted la que hará eso. ¡Al suelo! Usted conspiró con él contra mi persona, ¿no es verdad, serpiente? ¡Pues bien! ahí tiene trabajo para divertirse.

"Me sacudió hasta hacerme dar diente con diente y me arrojó contra José que, luego de proseguir su súplica sin inmutarse, se incorporó declarando que partía al punto rumbo a Thrusheross Grange. El señor Linton era un magistrado y aunque hubiesen muerto cincuenta de sus mujeres, preciso sería que iniciase una investigación. Parecía tan resuelto a hacerlo, que Heathcliff consideró conveniente obligarme a referir lo que había sucedido. Inclinado sobre mí, jadeaba de ira, mientras yo contestaba de mala gana a sus preguntas. No fué tarea fácil convencer al anciano que Heathcliff no era el agresor, tanto más que las respuestas me eran arrancadas penosamente. Empero, el señor Earnshaw pronto pudo probarle, también, que se hallaba aún con vida. José se apresuró a administrarle una dosis de alcohol y gracias a ese socorro, su amo recuperó el movimiento y sus facultades. Heathcliff, advirtiendo que su adversario ignoraba el trato de que había sido objeto durante su desmayo, lo persuadió de que era presa de los delirios de la borrachera. Consentía — añadió — en olvidar su infame conducta, pero le ordenaba que fuese a acostarse. Luego de ese juicioso consejo, se alejó, con gran júbilo de parte mía. Hindley se tendió frente al hogar. En lo que a mí se refiere, me retiré a mi habitación, maravillada de haber podido salir del paso tan fácilmente

"Esta mañana, cuando descendí, más o menos una hora antes del mediodía, el señor Earnshaw se hallaba sentado junto al fuego, en lamentable estado. Su genio maléfico, casi tan descompuesto como él, estaba apoyado contra la chimenea. Ninguno de los dos parecía dispuesto a almorzar, y luego de haber esperado hasta el momento en que todo se enfrió sobre la mesa, empecé a comer sola. Nada me impedía hacerlo con apetito y experimentaba cierto sentimiento de satisfacción y de superioridad cuando, echando una mirada sobre mis compañeros, sentía mi conciencia tranquila. Después de haber almorzado, me aventuré junto al fuego y, libertad inusitada, pasando junto a la silla de Earnshaw, me arrodillé en el ángulo, junto a él.

"Heathcliff no advirtió mi maniobra. Alcé mis ojos hacia él, contemplando sus rasgos casi con tanto atrevimiento como si se hubiese convertido en una estatua. Su frente, que

otrora consideré tan enérgica y en la que en ese momento veía la marca del demonio, estaba ensombrecida por un pliegue abrumador; sus ojos de basilisco se hallaban casi apagados por el insomnio, por el llanto quizá, porque noté humedecidas sus pestañas; sus labios, libres ya de su feroz sonrisa, estaban sellados en una expresión de indecible tristeza. Si hubiese sido otro, habría ocultado mi cara a la vista de semejante dolor. Pero, desde el momento que se trataba de él, me sentía encantada, y por vil que parezca insultar al enemigo caído, no pude desperdiciar esa oportunidad de lanzarle una flecha. Su debilidad era el único instante en que podía paladear el placer de devolverle, el mal por el mal.

—¡Eso es horrible, señorita! — dije. — Al oírla, se creería que nunca abrió una Biblia en su vida. Debería bastarle el hecho de que Dios abrume a sus enemigos. ¡Es despreciable y presuntuoso, al mismo tiempo, que agregue sus torturas a las del Señor!

"—Sí, Nelly — prosiguió Isabel, — confieso que así es, en general, pero ¿qué suplicio infligido a Heathcliff podría conformarme, a menos que no participe en el mismo! Preferiría que sufriera menos si pudiese provocar sus sufrimientos y si él supiese que yo soy la causa de los mismos. ¡Oh! ¡qué deuda tengo con él! Sólo podré perdonarlo a condición de devolverle ojo por ojo, diente por diente, tortura por tortura, a fin de reducirlo al estado en que yo me hallo. Como él fué el primero en perjudicar, también el primero tendrá que ser en pedir perdón y entonces... entonces. Pero es imposible que obtenga mi desquite y por lo tanto, que lo perdone.

"Hindley pidió un poco de agua, le tendí un vaso y le pregunté cómo se sentía.

"—No tan mal como lo desearía — fué la respuesta. — Pero, sin hablar de mi brazo, todos los puntos de mi cuerpo me duelen tanto como si hubiese luchado con una legión de demonios.

"—¡Oh! nada tiene eso de extraño — repuse; — Catalina se jactaba con frecuencia de hallarse entre usted y sus sufrimientos físicos. Quería decir con eso que ciertas personas no lo tocarían, con tal de no desagradarla a ella. Es una suerte que no se pueda salir realmente de una tumba, porque de haber sido así, habría asistido, anoche, a una espantosa escena. ¿No se halla dolorido y con contusiones en el pecho y en los hombros?

"—No lo sé — contestó; — ¿pero qué quiere decir con eso? ¿Se atrevió Heathcliff a golpearme estando en el suelo?

"—Lo pisoteó, lo golpeó, dió con su cabeza contra el suelo — murmuré. — Sentía deseos de desgarrarlo a dentelladas, porque no es hombre sino a medias... ni eso siquiera... y el resto es de un monstruo.

"El señor Earnshaw alzó los ojos, como yo, hacia nuestro enemigo. Sumido en su dolor, parecía insensible a todo cuanto lo rodeaba. Cuanto más permanecía en esa actitud, más se reflejaba en sus facciones lo sombrío de sus reflexiones.

"—¡Oh! si Dios me concediese la fuerza suficiente para estrangularlo en mi agonía suprema, iría con júbilo al infierno — gimió el pobre demente, tratando de incorporarse y volviendo a caer, desesperado al advertir su incapacidad para la lucha.

"—No, basta con que haya matado a uno de ustedes — dije en alta voz. — Todo el mundo sabe en Thrusheross Grange que su hermana viviría aún sin el señor Heathcliff. Después de todo, es preferible ser odiado antes que amado por él. Cuando recuerdo lo felices que éramos... cuán dichosa era Catalina antes de que él llegase, estoy dispuesta a maldecir ese día.

"Muy probablemente, Heathcliff se sintió más herido por esas palabras que por la intención que las había dictado. Vi que su atención se había despertado, pues gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y exhaló profundos suspiros. Lo miré de frente y me eché a reír con desdén. Las dos brumosas lumbreras del infierno lanzaron rayos en mi dirección, pero el demonio que allí velaba, por lo general, estaba tan vacilante, que no temí arriesgar un nuevo sarcasmo.

"—Levántese y desaparezca de adelante de mi vista — dijo ese hombre abatido.

"Adiviné, casi, esas palabras, porque su voz era apenas inteligible.

"—Le pido perdón — repuse. — Pero, también yo amaba a Catalina y su hermano exige cuidados que, por amor hacia ella, le prodigaré. Ahora que ha muerto, la veo en Hindley; Hindley tiene exactamente sus mismos ojos, o los tendría, si al tratar de arrancárselos no los hubiera usted convertido en un arco iris. Y su...

"—¡Levántese, miserable idiota, antes de que la quiebre como a una brizna de paja! — gritó, haciendo un movimiento que provocó otro en mí, de inmediato.

'—Pero, entonces — proseguí, antes de huir, — si la pobre Catalina hubiese creído en usted, aceptando el título ridículo, despreciable y degradante de señora Heathcliff, muy pronto habría ofrecido el mismo espectáculo. Mas ella no habría aceptado tranquilamente su abominable conducta, y su odio, su repugnancia, seguramente hubieran estallado algún día...

"El respaldo del banco y la persona de Earnshaw nos separaban. Por eso, en vez de tratar de alcanzarme, tomó un cuchillo de sobre la mesa y me lo arrojó a la cabeza. Herida detrás de la oreja, interrumpí al punto mi frase. Pero, después de haber arrancado la hoja, me precipité hacia la puerta y lancé otra verdad que, así lo supongo, penetró más profundamente aún que su proyectil. La última visión que de él tuve fué un furioso impulso detenido por un abrazo de su huésped, que terminó con la caída de los dos hombres enlazados, frente al fuego. En mi fuga a través de la cocina ordené a José que corriera en socorro de su amo. Tropecé con Hareton, que se hallaba colgando una cantidad de perritos del respaldo de una silla, en el alféizar de la puerta. Y dichosa como un alma que se evade del purgatorio, me lancé, salté, volé, a lo largo del escarpado camino. Después, eludiendo las vueltas y revueltas de la carretera, corté directamente a través de la landa, rodando sobre los taludes, hundiéndome en los pantanos, precipitándome literalmente, hacia el fanal salvador de Thrusheross Grange. Y preferiría, con mucho gusto, verme condenada a habitar eternamente en las regiones infernales, antes que retornar, aunque más no fuese que por una noche, bajo el techo de Cumbres Borrascosas."

Isabel calló y tomó un sorbo de té. Luego se puso en pie y me pidió que le colocase su sombrero y un gran chal que le había traído. Después de eso, sorda a mis ruegos de que se quedase una hora más, se subió a una silla, besó los retratos de Edgar y de Catalina, se volvió hacia mí para hacer otro tanto y corrió al coche, escoltada por Fanny, que ladraba de júbilo por haber encontrado a su ama.

Se marchó, pues, y nunca más volvimos a verla en la región.

Se estableció una correspondencia regular entre ella y mi amo cuando las cosas se tornaron estables. Creo que su nueva residencia había sido fijada en el sur de Londres. Allí nació, pocos meses después de su fuga, un hijo que fué batizado Linton. Desde un principio nos lo describió como un ser enfermizo y desapacible.

El señor Heathcliff, encontrándome un día en la aldea, me preguntó dónde vivía su mujer. Me negué a decírselo. Añadió que eso no tenía ninguna importancia, siempre y cuando Isabel se cuidase de no volver junto a su hermano. Le prohibía que viviese en Thrushcross Grange, prefiriendo a ello tomarla nuevamente a su cargo. Aunque yo no le proporcioné el menor indicio, él descubrió, por intermedio de otros criados, el lugar de su residencia y se enteró de la existencia del niño. Sin embargo, no la atormentó, favor que Isabel debió agradecer, supongo, a la aversión que Heathcliff seguía sintiendo por ella.

A menudo me preguntaba por el niño, cuando me veía y cuando se enteró de su nombre, dijo con una siniestra sonrisa:

—¿Conque quieren que también lo odie a él?

—Quieren, a mi entender, que nada sepa usted a su respecto — repuse.

—Pues iré a buscarlo cuando se me ocurra. ¡Pueden tener la seguridad de ello!

Fué casi una suerte para la madre morir antes de que eso sucediera, alrededor de trece años después del fallecimiento de Catalina. Linton contaba, para ese entonces, poco más de doce.

Al siguiente día de la visita de Isabel no tuve oportunidad de hablar con el amo. Rehuía las conversaciones y era incapaz de razonar sobre nada. Cuando pude hacerme oír, comprendí que se sentía dichoso al enterarse de que su hermana había abandonado al hombre al cual detestaba con una fuerza que su dulce naturaleza no hubiese dejado suponer. Su odio era tan profundo y tan vivo, que evitaba todos los lugares en que hubiese podido oír o ver a Heathcliff. Esa conducta, a la que debía añadirse su pesar, lo transformó en un verdadero ermitaño. Abandonó su cargo de magistrado, cesó de frecuentar la iglesia, evitó la aldea en todo lo posible y llevó, en el interior de su parque y de sus tierras, una vida de absoluta reclusión, a la que no aportaban otra variación más que solitarios paseos por la landa y visitas a la tumba de su mujer. Y aun eso, lo hacía casi siempre de tarde o muy temprano, de mañana, antes de que nadie saliese de sus casas. Pero era demasiado bueno para ser desdichado hasta ese punto por mucho tiempo. El no rogó para que el espíritu de Catalina viniese a torturarlo. El tiempo le aportó resignación y una melancolía más dulce que la simple alegría. Evocaba su re-

cuerdo con un amor ardiente y tierno, y ponía toda su esperanza en un mundo mejor, al cual no dudaba había ido Catalina.

Existen también consuelos y afectos terrenales. Le dije ya que, durante algunos días, no pareció conceder la menor atención a la débil criatura dejada por la desaparecida. Su frialdad se derritió tan rápidamente como la nieve en abril y antes de que la cosita aquella hubiese balbuciado una palabra o arriesgado un vacilante paso, reinó como una déspota sobre el corazón de su padre. Fué bautizada Catalina, pero nunca la llamó por su nombre completo, así como nunca aplicó diminutivos a la primera Catalina, probablemente porque Heathcliff tenía la costumbre de hacerlo. La pequeña siempre fué Cata para él, cosa que la distinguía de su madre, al mismo tiempo que establecía un lazo entre las dos. Y su afecto a la criatura provenía más de esa ascendencia que de su derecho paterno.

Establezco, a menudo, paralelos entre él y Hindley Earnshaw y no puedo explicarme por qué su conducta era tan diferente en circunstancias idénticas.

Ambos habían sido cariñosos esposos y amantes padres y no alcanzo a comprender por qué no siguieron los dos el mismo camino, en bien o en mal. Pero, pienso que Hindley, con su cabeza en apariencia más sólida, se mostró, triste es decirlo, el más indigno y el más débil. Habiendo naufragado su barco, el capitán abandonó el puesto y la tripulación, en vez de tratar de salvar a la infortunada nave, se precipitó al motín y al desorden.

Linton, por el contrario, mostró el verdadero rostro de un alma recta y creyente. Tuvo confianza en Dios y Dios lo reconfortó. El uno esperó, mientras desesperaba el otro. Escogieron su suerte y tuvieron, con razón, que acatarla. Pero, no tiene usted necesidad de mis reflexiones morales, señor Lockwood; juzgará usted tan bien como yo todas estas cosas. Por lo menos, lo creerá, y eso es lo principal.

* * *

El final de Earnshaw fué el que era dable prever; siguió a su hermana a la tumba con seis meses de intervalo apenas. En Thrusheross Grange nada supimos en concreto sobre los días que precedieron a su muerte. Todo cuanto pude saber me llegó por boca de terceros mientras ayudaba a la prepara-

ción de las exequias. El doctor Kenneth vino a anunciar el acontecimiento a mi amo.

—¡Pues bien! Nelly — dijo el médico, apareciendo una mañana a caballo, demasiado temprano para que el presentimiento de una mala noticia no acudiese de inmediato a mi mente, — nos ha llegado el turno, a usted y a mí, de estar de duelo. ¿Quién, a su juicio, se nos adelantó esta vez en el camino que todos seguiremos algún día?

—¿Quién?

—¡Adivínelo, pues! — repuso, apeándose del caballo y colgando la brida de un gancho colocado junto a la puerta. — Y prepare la punta de su delantal, porque estoy seguro de que va a necesitarlo.

—¿No será, seguramente, el señor Heathcliff? — exclamé.

—¡Cómo! ¿Vertería usted lágrimas por él? No; Heathcliff es un individuo joven y fuerte Su aspecto era hoy floreciente. Acabo de verlo. Recupera carnes rápidamente desde que su cara mitad ya no vive con él.

—¿Quién, entonces, doctor Kenneth? — repetí, impaciente.

—¡Hindley Earnshaw! Su viejo amigo Hindley y mi diablo de compañero, aunque hacía mucho tiempo que había adoptado uan vida demasiado desarreglada, para mí. ¡Bueno! Ya había dicho que verteríamos lágrimas. Pero, consuélese. Murió fiel a sí mismo, borracho como un lord. ¡Pobre muchacho! También yo estoy muy triste. No es posible dejar de deplorar a un antiguo vecino, aunque haya sido más pillo de lo necesario y me haya hecho más de una canallada. Creo que tenía veintisiete años, apenas. ¡Su edad! ¡Quién hubiese podido creer que nacieron ustedes en el mismo año!

Confieso que ese golpe me afectó más que la muerte de la señora Linton. Acudieron a mi mente antiguos recuerdos. Me senté en el porche, llorando como si se tratara de un pariente y rogué al doctor Kenneth que buscase otra criada para que lo condujese hasta la habitación del amo. No pude evitar de formularle la siguiente pregunta: "¿Habrá sucedido eso normalmente?" Aunque trataba de desecharla por todos los medios, esa idea me obsesionaba a tal punto, que pedí permiso para ir hasta Cumbres Borrascosas, a fin de hacer mi postrera visita al muerto. El señor Linton opuso muchas dificultades para acordármelo, pero hablé del abandono en que debía encontrarse Hindley y declaré que mi antiguo amo y hermano de leche tenía tanto derecho como él a mis servicios. Además, le recordé que el pequeño Hareton era

el sobrino de su mujer y que en ausencia de parientes más cercanos, él debía hacerse cargo del chico. También sería preciso que se ocupara por la propiedad y que tomara entre manos los intereses de su cuñado. Incapaz de ocuparse por sí mismo de tales cosas, en ese momento, me pidió que hablara al respecto con su abogado. Finalmente, me autorizó a que fuera.

Su abogado había sido también el de Earnshaw. Fuí a buscarlo a la aldea y le rogué que me acompañase. Meneó la cabeza y me aconsejó que dejase a Heathcliff tranquilo, pretendiendo que si la verdad llegaba a conocerse, Hareton se vería reducido, casi, a la mendicidad.

—Su padre ha muerto cargado de deudas — dijo, — y toda la propiedad está hipotecada. Lo único que podemos desear al heredero natural es que despierte la simpatía en el corazón de su acreedor, a fin de inclinarlo a una mayor generosidad.

Cuando llegué a Cumbres Borrascosas, expliqué mi visita diciendo que la misma se debía al deseo de que todo tuviese lugar decentemente. José, que parecía bastante afectado, expresó su satisfacción al verme allí. El señor Heathcliff manifestó que no sentía la necesidad de mi presencia, pero que podía quedarme y disponer todo lo necesario para el sepelio, si así lo deseaba.

—Para ser justos — dijo, — el cuerpo de ese loco debería ser enterrado en una encrucijada, sin ceremonias de ninguna especie. Lo dejé solo diez minutos, ayer por la tarde, y aprovechó mi momentánea ausencia para atrancar las dos puertas de la casa a fin de que yo no pudiese entrar. Luego, se pasó la noche ingiriendo alcohol hasta que sobrevino la muerte. Esta mañana, penetramos a la fuerza, porque lo oíamos roncar como un caballo. Estaba allí, acostado sobre el banco. Hubiese sido posible arrancarle la piel a tiras y levantarle el cuero cabelludo, sin despertarlo. Mandé a buscar a Kenneth, pero éste no pudo llegar antes de que el bruto fuese una carroña. Estaba ya muerto y frío, y hasta rígido. Como usted comprenderá, era inútil seguirse molestando a su respecto.

El viejo criado confirmó ese relato, pero farfulló:

—¡Es una lástima que no haya sido él quien buscase al doctor! Yo habría cuidado al amo mejor de lo que él lo hizo... Porque cuando yo me fuí no estaba muerto ni mucho menos...

Insistí en que los funerales fuesen honorables.

El señor Heathcliff me dijo que también sobre ese punto podía disponer a mi antojo rogándome, eso sí, que me acordara que en todo aquello, el dinero salía de su bolsillo.

Conservó una actitud dura e indiferente que no expresaba alegría, ni aflicción. Apenas, si se hubiese querido leer algo en ella, la despiadada satisfacción de haber llevado a buen término un difícil trabajo.

Una sola vez advertí claramente sobre su rostro un resplandor de triunfo; fué en el momento en que el ataúd salía de la casa. Había tenido la hipocresía de vestirse de luy antes de seguir el cortejo con Hareton, subió al infortunado niño sobre la mesa y murmuró, con singular expresión:

—¡Ahora, hombrecito, eres mío! Y ya veremos si un árbol puede resistir mejor que otro cuando el mismo viento los dobla.

El inocente pequeño ser pareció encantado con ese discurso; empezó a jugar con las patillas de Heathcliff y a acariciar sus mejillas. Pero yo, que había adivinado el sentido del mismo, dije duramente:

—Es preciso que esta criatura regrese conmigo a Thrushcross Grange, señor. Nada hay sobre la tierra que le pertenezca menos que Hareton Earnshaw.

—¿Es esa la opinión de Linton?

—Naturalmente... me ha ordenado que me lo llevase conmigo — repuse.

—Bien — declaró el miserable, — no vamos a discutir eso, ahora. Pero tengo grandes deseos de iniciar mi aprendizaje como educador. Por lo tanto, haga comprender a su amo que si quiere quitármelo lo reemplazaré con mi propio hijo. No me comprometo a permitir que Hareton se marche sin lucha, pero estoy perfectamente seguro de que haré venir al otro. No olvide de decírselo.

Aquello bastó para ligarnos las manos.

Repetí esas palabras a Edgar Linton y como desde un principio se había interesado muy poco en el asunto, ya no volvió a hablar de intervenir. Por otra parte, no estoy muy segura de que hubiese podido hacerlo útilmente, aun cuando hubiera sentido deseos de interponer su influencia.

El intruso se había convertido en el amo de Cumbres Borrascosas mediante una posesión debidamente establecida.

Probó al abogado, el cual a su vez lo probó al señor Linton, que Earnshaw había hipotecado todas y cada una de las

parcelas de sus tierras para hallar el dinero necesario a su pasión del juego, y que el prestamista era él, Heathcliff.

Gracias a ese medio, Hareton, que sería hoy el primer notable de la región, quedó reducido a un estado de completa dependencia por el inveterado enemigo de su padre.

Vive como un criado en su propia mansión, sin tener siquiera la ventaja de percibir un salario. Además, es completamente incapaz de hacerse justicia, porque no tiene amigos e ignora que ha sido perjudicado en sus intereses.

CAPITULO XVIII

Los doce años que siguieron a ese lúgubre período — prosiguió la señora Dean — fueron los más dichosos de mi vida. Mis principales preocupaciones fueron provocadas por las pequeñas dolencias que nuestra joven señorita tuvo que soportar, como todas las criaturas, ricas o pobres. Aparte eso y transcurridos los primeros meses, creció como un hermoso arbusto y habló y caminó a su manera, antes de que los brezos hubiesen florecido dos veces sobre la tumba de la señora Linton.

Jamás una casa desolada recibió el rayo divino de una criatura tan encantadora. Físicamente, era una verdadera belleza, con los espléndidos ojos negros de los Earnshaw, pero con la tez clara, los rasgos finos y los dorados y ondulados cabellos de los Linton.

Su carácter era turbulento, pero nada tenía de rudo. Además, se hallaba atemperado por un corazón sensible, que se entregaba completamente a sus afectos.

Esa gran facultad de cariño me recordaba a su madre, aunque no se le parecía; era suave y tierna como una paloma, y tenía una voz agradable y una pensativa expresión.

Su cólera jamás era violenta, su cariño nunca hosco, sino profundo y acariciador. Sin embargo, hay que reconocer que algunos defectos arrojaban sombras sobre esas cualidades. Uno de esos defectos, era cierta inclinación a la impertinencia; el otro, una obstinada voluntad que adquieren todos los niños mimados, invariablemente, tengan buen o mal carácter.

Si algún criado la contrariaba, la frase: "¡Se lo diré a papá!" era infaltable. Y si el padre la regañaba, aunque más no fuese con una mirada, se hubiese creído que su corazón estaba destrozado. No creo que el señor Linton le haya dirigido nunca una palabra demasiado fuerte. Se

encargó personalmente de su educación, considerando como una diversión esa tarea. Por suerte, su curiosidad y una vivaz inteligencia hicieron de ella una alumna perfecta; aprendía rápida y apasionadamente e hizo honor a las enseñanzas que le impartieron.

Hasta los trece años no franqueó, sola, los límites del parque. El señor Linton, a veces, la llevaba a más o menos una milla fuera del mismo, pero no la confiaba a nadie. Gimmerton era para ella un nombre sin significado alguno y la iglesia el único edificio al que se acercó o penetró, excepción hecha de su propia casa. Cumbres Borrascosas y el señor Heathcliff no existían, para ella. Vivía como una perfecta reclusa y en apariencia, muy satisfecha. A veces, es cierto, mientras contemplaba la campiña desde la ventana de su alcoba, preguntaba:

—Nelly, ¿cuánto tardaría yo en llegar a la cumbre de esas montañas? Me gustaría saber qué hay del otro lado... ¿Será el mar?

—No, señorita Cata; sólo encontraría montañas iguales a ésas.

—¿A qué se parecen esas rocas doradas cuando una se encuentra al pie de las mismas? — preguntó otra vez.

La abrupta pendiente de las rocas de Pennistow llamaba particularmente su atención, sobre todo cuando el sol poniente brillaba allí y sobre las demás cimas, y cuando la sombra bañaba todo el paisaje que las rodeaba.

Le expliqué que eran simples masas de piedra, peladas, cuyas grietas apenas si contenían bastante tierra para alimentar a un mísero arbolillo.

—¿Y por qué son tan brillantes, cuando aquí ya es de noche? — prosiguió.

—Porque son mucho más altas que nosotros — contesté. — No podría usted trepar a ellas, pues son demasiado elevadas y sumamente escarpadas. En invierno, hiela siempre antes que aquí y en pleno verano he hallado nieve en ese agujero negro de la vertiente nordeste.

—¡Oh! ¡Ha subido hasta allí! — gritó gozosa. — Entonces, también yo podré ir, cuando sea grande. ¿Papá ha ido, Nelly?

—Papá le diría que no valen la pena de ser vistas de cerca, señorita — repuse precipitadamente. — La landa por la cual se pasean es mucho más bonita, y el parque de Thrushcross Grange es el lugar más hermoso del mundo.

—Sí, pero el parque ya lo conozco y las montañas, no — murmuró la pequeña. — ¡Debe ser tan divertido mirar por doquier desde la cima más elevada! Algún día iré, montada en mi "poney" Minny.

Una criada terminó de hacerle perder la cabeza hablando en su presencia de la Gruta de las Hadas y ya no tuvo más que un deseo: poner en práctica ese proyecto. Y atormentó tanto y tan bien al señor Linton, que él le prometió dejarla hacer esa excursión cuando fuese un poco más grande. Pero la señorita Catalina contaba su edad todos los meses, y esta pregunta: "¿Soy ya lo bastante grande para ir a la Roca de Pennistow?" no se alejaba de sus labios. El camino a seguir pasaba muy cerca de Cumbres Borracosas. Edgar no se sentía con valor para recorrerlo. Por esa razón, recibía eternamente la misma respuesta: "Todavía no, amor mío, todavía no."

* * *

Le dije ya que la señora Heathcliff vivió aún una docena de años después de haber abandonado a su marido. Su familia era de delicada constitución. Edgar y ella carecían ambos de esa hermosa salud que generalmente se ve por aquí. No sé, a ciencia cierta, cuál fué su última enfermedad. Presumo que murieron del mismo modo, después de una especie de fiebre, débil al principio, pero incurable y que, al final, consume rápidamente al paciente. Isabel escribió a su hermano para comunicarle el probable desenlace de la dolencia que la aquejaba desde hacía cuatro meses y le suplicaba que fuese a verla, si le era posible, porque además de tener varias cosas pendientes de solución, deseaba decirle adiós y dejar a Linton en seguridad, entre sus manos. Esperaba que el chico podría vivir con él como había vivido con ella. El padre del niño, deseaba persuadirse de ello, no tenía el menor deseo de asumir la responsabilidad de su educación y crianza. Mi amo, sin vacilación alguna, acudió a ese llamado. Aun cuando, por lo general, le repugnaba dejar su casa, acudió junto a su hermana, recomendándome que velara sobre Catalina durante su ausencia. Dió órdenes reiteradas para que no vagabundease fuera del parque, aun con mi escolta. Ni siquiera pensaba, naturalmente, en la posibilidad de que saliese sola.

Estuvo tres semanas ausente. Los dos primeros días, mi jo-

ven ama permaneció sentada en un rincón del escritorio, demasiado triste para leer o para jugar. Durante ese período de tranquilidad, me causó escasas preocupaciones, pero pronto llegó la impaciencia y con ella la agitación y el malhumor. Como yo estaba demasiado ocupada y demasiado vieja, también, para corretear con ella por doquier, con el único objeto de divertirla, tuve que buscarle distracciones fuera de mi compañía. Tomé la costumbre de enviarla de paseo al parque, a pie o a caballo, y a su regreso la recompensaba prestando una paciente atención a todas sus aventuras, reales o imaginarias.

El verano resplandecía en toda su belleza y tomó tal afición a esas salidas solitarias, que le acaecía a menudo quedarse afuera desde la hora del almuerzo hasta la del té; la tarde transcurría luego rápidamente, inventando historias. No temía que fuese más allá de los límites permitidos, porque las verjas estaban generalmente cerradas y suponía que muy difícilmente se hubiese arriesgado fuera de ellas, aunque estuvieran abiertas de par en par.

Por desgracia, mi confianza no tenía ninguna razón de ser. Una mañana, a las ocho, Catalina vino a decirme que ese día era un mercader árabe y que iba a atravesar el desierto con su caravana. Tendría que darle muchas provisiones para ella y sus bestias, un caballo y tres camellos, los cuales estaban personificados por un perro de caza y dos comunes. Reuní una cantidad de golosinas, en un cesto que suspendí de un costado de la montura. Y alegre como un elfo, salió a caballo, protegida del sol de junio por un sombrero de amplias alas y un velillo de gasa. Partió con alegre risa, burlándose de mis consejos de que no galopara y regresase temprano. La pequeña no apareció a la hora del té. Uno de los viajeros, el perro de caza, un animal viejo amante de la comodidad, regresó solo. En cuanto a Cata, su "poney" y los otros dos perros, no se los veía por ningún lado. Envié emisarios por este camino, luego por aquel otro y acabé por salir yo misma en su busca. Un campesino trabajaba en un cercado, junto al dominio. Le pregunté si había visto a nuestra joven señorita.

—La vi esta mañana — repuso. — Me pidió que le cortase una varita de avellano, luego hizo saltar su caballo por encima del seto que vé usted allí, por la parte más baja, y desapareció al galope.

Ya podrá usted imaginarse en qué estado me puse al en-

terarme de esa noticia. Se me ocurrió, súbitamente, que había ido a las rocas de Pennistow.

"¿Qué le sucederá?", dije, precipitándome a través de la brecha que el hombre estaba reparando y encaminándome hacia la carretera real. Recorrí milla tras milla, desesperada. Finalmente, una vuelta me llevó a la vista de Cumbres Borrascosas, pero no descubrí a Catalina por ninguna parte. Las rocas se encuentran a una milla y media de la casa del señor Heathcliff y Cumbres Borrascosas se halla a cuatro de Thrusheross Grange. Por lo tanto, empezaba a temer que se hiciese de noche antes de que llegase a la montaña.

"¿Y si resbaló al trepar — pensaba, — y se mató o quebró algún miembro?". Mi inquietud era real. Por lo tanto, fué con una sensación de alivio que vi, al pasar precipitadamente frente a la granja, al más salvaje de los dos perros, acostado debajo de una ventana y con una oreja ensangrentada. Abrí la palizada y me precipité a la puerta, golpeando fuertemente para que me abrieran. Fué una mujer conocida, oriunda de Gimmerton, quien contestó. Servía en Cumbres Borrascosas desde la muerte del señor Earnshaw.

—¡Ah! — dijo. — ¿Ha venido usted a buscar a su amita? No tenga miedo, está aquí en seguridad, pero mucho me complace que no sea el amo el que haya llegado.

—¿No está en casa, entonces? — pregunté, jadeante aún por la rapidez de la marcha y la ansiedad.

—No, no — repuso. — José y él salieron y creo que no regresarán antes de una hora, o tal vez más. Pase y descanse un rato.

Entré y vi frente al fuego a mi oveja descarriada, sentada y hamacándose en un sillonciito que perteneciera a su madre en la época de su infancia. Su sombrero estaba colgado de la pared y la chica parecía encontrarse absolutamente a sus anchas, riendo y charlando a más y mejor con Hareton — en ese entonces un alto y vigoroso muchachón de dieciocho años — que la miraba con una fuerte dosis de curiosidad y de asombro, sin comprender absolutamente nada de la abundante serie de observaciones y preguntas que la niña no cesaba de hacerle.

—Muy bonito, señorita — exclamé, ocultando mi júbilo bajo una cara de enojo. — Este será su último paseo a caballo hasta el regreso de su padre. ¡Ya no la dejaré franquear al umbral de la casa, mala, malísima niña!

—¡Ah! Nelly — gritó Cata alegremente, poniéndose en pie

y precipitándose a mi encuentro. — Esta noche tendré una hermosa historia para referirle. ¡Con qué me encontró! ¿Ya estuvo alguna vez en esta casa?

—Póngase ese sombrero y regresemos de inmediato. Estoy muy descontenta de usted, señorita Cata, porque ha procedido muy mal. No vale la pena poner trompita y llorar, porque eso no me resarcirá de las inquietudes que tuve mientras recorría el campo en su busca. ¡Cuando pienso que el señor Linton me había recomendado que no la dejase salir sola y usted emprende tranquilamente la fuga!... Esto prueba que es una taimada zorrita en la que nadie podrá confiar ya.

—¿Qué he hecho? — dijo sollozando, súbitamente desconcertada. — Papá no me prohibió y no me regañará, Nelly... ¡Nunca se enoja como usted!

—¡Venga, venga! — repetí. — Le arreglaré ese moño. ¡Y no tanta agitación! ¡Qué vergüenza! ¡Tener ya trece años y seguir siendo una verdadera bebita!

Mi exclamación se debía a que la chica había retrocedido hacia la chimenea, fuera del alcance de mis manos, después de haberse arrancado el sombrero de la cabeza.

—No, señora Dean, no sea severa con la gentil señorita — dijo la criada. — Fuimos nosotros los que la demoramos; ella quería marcharse, temiendo que usted estuviese inquieta. Hareton propuso acompañarla y era prudente, a mi juicio, porque esta carretera de montaña está bastante desierta.

Durante esa discusión, Hareton permaneció de pie, con las manos metidas en los bolsillos, demasiado torpe para hablar. Sin embargo, no parecía muy conforme con mi llegada.

—¿Durante cuanto tiempo deberé esperar? — proseguí, sin tener en cuenta la intervención de la mujer. — Dentro de diez minutos ya será de noche. ¿Dónde está el "poney", señorita Catalina? ¿Y Phoenix? Si no se apura, la dejaré. Ahora, haga lo que se le antoje.

—El "poney" está en la cuadra — repuso Cata, — y Phoenix encerrado allí. Ha sido mordido... y Charlie también. Iba a contárselo todo, pero usted parece estar malhumorada y no se lo merece.

Recogí su sombrero y me aproximé a la niña, para ponérselo. Pero, viendo que los de la casa la defendían, empezó a saltar alrededor de la pieza. La perseguí, mientras ella corría como una lancha por entre los muebles, pasando por debajo y por detrás de los mismos, lo que tornaba ridícula mi persecución.

Hareton y la mujer reían, ella les hizo coro y se hizo más impertinente aún, hasta el momento en que exclamé, sumamente irritada:

—¡Pues bien! señorita Cata, si supiese usted de quien es esta casa, muy contenta que estaría marchándose de ella.

—¿Es la de su padre, no? — inquirió, volviéndose a Hareton.

—No — repuso el muchacho, mirando al suelo, rojo de timidez.

No podía aguantar la atrevida mirada de Catalina, aunque los ojos de ésta fuesen exactamente iguales a los suyos.

—¿La de quién, entonces?... ¿La de su amo?

Hareton enrojeció aún más, pero con un sentimiento diferente, farfulló un juramento y le volvió la espalda.

—¿Quién es su amo? — preguntó la terrible niña, dirigiéndose a mí. — El ha dicho "nuestra casa" y "nuestros criados". Supuse que sería el hijo del propietario. Nunca me llamó señorita. ¿No es cierto que debió haberlo hecho, si es un sirviente?

Al oír esas infantiles palabras, una nube ensombreció la frente de Hareton. Sacudí, sin contestar, a la pequeña averiguadora y conseguí, al fin, equiparla para la partida.

—Ahora, vaya en busca de mi caballo — ordenó a ese primo ignorado, como si hubiese sido uno de los palafreneros de la granja. — Y puede usted venir conmigo. Quiero ver el lugar donde el cazador fantasma surge del pantano. También quiero conocer sus "cuentos de hadas", como dijo. ¡Pero, apúrese! ¿Qué pasa? ¡Le digo que me traiga mi caballo!

—Ya podrás ser condenada antes de que yo te sirva de criado — gruñó el muchachote.

—¿Ser qué... — inquirió Catalina, llena de asombro.

—Condenada... ¿oyes. especie de monita descarada?

—Ya está usted viendo, señorita Cata — dije vivamente, — en qué hermosa compañía se encuentra. ¡Vaya unas palabras bonitas para emplear frente a una joven! Se lo ruego, no empiece a discutir nuevamente con él. Venga; iremos a buscar personalmente a Minny y nos marcharemos.

—Pero, Nelly — gritó Cata, abriendo desmesuradamente los ojos y como paralizada por la estupefacción. — ¿Cómo se atreve a hablarme así? ¿No está obligado a hacer lo que le digo? Hombre feo, se lo contaré a papá, y ya veremos...

Como esa amenaza no turbó a Hareton, sus ojos se llenaron de indignadas lágrimas.

—Entonces, tráigame usted misma mi "poney" — gritó, volviéndose hacia la mujer, — y suelte en seguida a mi perro.

—Despacio, señorita — repuso la otra, — que nada perderá mostrándose amable. Aunque el señor Hareton, aquí presente, no sea el hijo del amo, es su primo de usted. En lo que a mí se refiere, no he sido empleada para servirla.

—¡Ese, mi primo! — exclamó Cata, con una despreciativa carcajada.

—Sí, sí, aunque le parezca raro — afirmó su adversaria.

—¡Oh! Nelly, no le permita decir cosas semejantes — prosiguió Cata, completamente turbada. — Papá ha ido a buscar a mi primo a Londres. Mi primo es el hijo de un caballero. ¡Este, mi primo!

Calló, echándose a llorar a lágrima viva, trastornada por la posibilidad de estar emparentada con semejante zafio.

—¡Calle! ¡Calle! — le dije en voz baja. — Es posible tener varios primos y de todas las categorías, señorita Cata, sin que nada nos ocurra, por eso. Sólo que no hay necesidad de visitarlos cuando son desagradables o malos.

—No es... no es mi primo, Nelly — prosiguió, hallando una nueva causa de pesadumbre y refugiándose en mis brazos, para consolarse.

Estaba muy descontenta con ella y con la sirvienta, a raíz de sus mutuas revelaciones. No me cabía ninguna duda de que la próxima llegada de Linton, anunciada por Cata, sería comunicada al señor Heatheliff. Estaba segura, también, de que el primer pensamiento de mi joven ama, apenas llegase su padre, sería aclarar el misterio que planeaba sobre la existencia de ese primo tan grosero.

Hareton, olvidando que la chica lo había confundido con un criado, parecía conmovido ante su llanto. Para calmarla, fué a buscar a la perrera, después de haber dejado al "poney" frente a la puerta, un lindo cachorro de raza que puso entre sus manos, pronunciando, a su manera, unas palabras destinadas a tranquilizarla. Cesando en sus lamentos, Cata lo contempló con una mirada de espanto y luego rompió nuevamente a llorar, como una Magdalena.

No pude dejar de sonreir ante esa evidente antipatía por el pobre muchacho. Era bien formado y vigoroso, poseía hermosos rasgos, una estatura respetable y aparentaba fuerza y salud, pero sus ropas eran las apropiadas para su labor diaria en la granja y para sus furtivas cazas de conejos y

otras bestias, en la landa. Su fisonomía parecía revelar un corazón mejor que el de su padre.

Creo que si no había sido maltratado por Heathcliff, ello se debía a su naturaleza que, no temiendo a nadie, no ofrecía atractivos a esa índole de opresión. No poseía en grado alguno la temerosa susceptibilidad que, a juicio del señor Heathcliff, hubiese agregado un poco de pimienta a esos procedimientos. Este parecía haber encaminado su nefasta actividad a transformarlo en un bruto; nunca le habían enseñado a leer y a escribir; nunca lo reprendieron por una mala costumbre, desde el momento que la misma no molestaba a su guardián; nunca guiaron sus pasos hacia la virtud, ni nunca lo protegieron contra el vicio con un solo precepto.

Y, por lo que pude comprender, José contribuyó ampliamente a su degradación mediante una testaruda parcialidad, que lo inducía a halagarlo y a mimarlo desde su infancia, porque era el heredero de la vieja familia.

Y así como antaño acusaba a Catalina Earnshaw y a Heathcliff de inducir al amo a sus "pésimos modales" y de obligarlo a buscar un consuelo en la bebida, también ahora cargaba todos los defectos de Hareton en la cuenta de aquel que había usurpado sus bienes. Cuando el muchacho juraba, no lo corregía; ni en ninguna ocasión, por otra parte, por vituperable que fuese su conducta. Se hubiese dicho que José veía complacido adentrarse a Hareton por el peor de los caminos. Admitía que el muchacho estaba perdido y su alma destinada al infierno, pero consideraba que Heathcliff sería el responsable de ello y que algún día le reclamarían el rescate de Hareton. Y ese pensamiento le aportaba un poderoso consuelo.

José le había inspirado el orgullo de su nombre y de su linaje; de haberse atrevido, habría alimentado el odio que erguía a Hareton contra el poseedor de Cumbres Borrascosas, pero el terror que éste le inspiraba llegaba a la superstición. Se limitaba, por lo tanto, a hacer oscuras insinuaciones y a proferir íntimas maldiciones.

No pretendo estar al corriente de la vida diaria de Cumbres Borrascosas durante ese período. No hablo más que por boca de ganso, porque poco fué lo que mis ojos vieron.

Los aldeanos afirmaban que el señor Heathcliff era "roñoso" y muy duro como propietario entre los granjeros. Pero la casa había recuperado, en su interior, su viejo aire de comodidad, gracias a una dirección femenina y las escenas de

escándalo, corrientes en los tiempos de Hindley, ya no se reproducían entre esas paredes. El amo era demasiado sombrío, para buscar una compañía, buena o mala. Y lo sigue siendo.

Pero todo esto no contribuye al progreso de mi historia. La señorita Catalina rechazó la oferta de paz representada por el perrito y reclamó los dos que le pertenecían; Charlie y Phoenix. Ambos se presentaron rengueando y con la cabeza gacha. Emprendimos todos la marcha, en extremo malhumorados.

No pude saber, por mi joven ama, cómo había pasado la tarde. Supe, únicamente, que la finalidad de su paseo había sido, tal como lo supuse, la Roca de Pennistow. Había llegado sin inconvenientes hasta la palizada de la granja, cuando salió Hareton de improviso, en compañía de una jauría de perros que atacaron el convoy de Catalina.

Se entabló una bonita batalla antes de que sus respectivos propietarios hubiesen podido separarlos; aquello sirvió de presentación.

Catalina manifestó a Hareton quien era, a donde iba y le pidió que le indicara el camino a seguir. Luego, lo encantó tanto y tan bien, que el muchacho acabó por acompañarla. Le develó los misterios de la Gruta de las Hadas y de veinte otros lugares curiosos. Pero, como caí en desgracia, no fuí favorecida con una descripción de todas las cosas interesantes que había visto.

Comprendí, empero, que se entendió muy bien con su guía hasta el momento en que ella lo hirió hablándole como a un criado, y en que se sintió herida, cuando la criada llamó a Hareton su primo. El lenguaje del muchacho, a partir de ese instante, ulceraba su corazón.

Ella, que siempre fué "amor" y "querida", "reina" y "ángel", para todos los habitantes de Thrushcross Grange, había sido insultada por un extraño .. No volvía de su asombro y trabajo me costó hacerle prometer que no se quejaría a su padre.

Le expliqué que el señor Linton detestaba a los habitantes de Cumbres Borrascosas y que se sentiría muy contrariado si llegaba a enterarse de que ella los había visitado.

Pero, insistí aún más sobre el hecho de que si ella le comunicaba que habían sido descuidadas las órdenes que me impartió, su cólera sería tan grande, que nada de difícil tendría que fuese despedida.

Catalina no pudo soportar semejante pensamiento. Me dió su palabra de que callaría y la mantuvo, por cariño hacia mí. Después de todo, era una chiquilla buenísima.

CAPITULO XIX

Una carta orlada de negro anunció el regreso de mi amo. Isabel había muerto; me pedía que preparase el duelo de su hija y que instalase una habitación, así como todo lo necesario, para su joven sobrino.

Catalina experimentó un intenso júbilo al pensar que volvería a ver a su padre y empezó a hacer los más alegres cálculos sobre las innumerables perfecciones de su "verdadero primo". Llegó, por fin, el día de su tan ansiado arribo. Desde el alba la chica estuvo ocupada en sus propios asuntitos y a la sazón, muy elegante con su nuevo vestido negro — ¡pobre criatura! la muerte de su tía no le había dejado ningún pesar bien definido — me obligó, a fuerza de zalamerías, a ir a su encuentro, al extremo de la propiedad.

—Linton tiene justo seis meses menos que yo — dijo alegremente, mientras marchábamos, sin apresurarnos, a la sombra de los árboles, entre las colinas cubiertas de césped y los musgosos bajíos. — ¡Qué agradable será tenerlo como compañero de juegos! La tía Isabel envió a papá un muy bonito bucle de sus cabellos. Eran más claros que los míos... más rubios y tan finos como ellos. Los guardé cuidadosamente en una cajita con tapa de cristal y a menudo pensé en la alegría que experimentaría cuando viese al que los posee. ¡Oh! ¡qué dichosa soy!.. ¡Y papá! ¡Mi querido papá! ¡Vamos, Nelly! ¡Corramos! ¡Corramos!

Se echó a correr, volvió, una y cien veces, antes de que mi paso, más tranquilo, me condujese a la verja. Se sentó, entonces, sobre el talud cubierto de hierba, junto al sendero y trató de esperar con santa paciencia. Pero era imposible; no podía permanecer inmóvil ni un solo segundo.

—¡Cómo tardan! — exclamó. — ¡Ah! veo polvo en la carretera... ¿Llegan?... ¡No! ¿Cuándo estarán aquí? ¿No podemos adelantarnos un poco? Media milla, Nelly, media milla únicamente. Diga que sí... Hasta ese bosquecillo de abedules, en el recodo.

Me negué categóricamente. Al fin cesó su espera; apareció en el recodo el coche de los viajeros. La señorita Cata lanzó un grito y tendió los brazos apenas vió el rostro de su padre,

que miraba por la portezuela. Se apeó, casi tan impaciente como ella y transcurrió un largo rato sin que ninguno de los dos se ocupase de los demás. Mientras se prodigaban caricias, eché una rápida ojeada sobre Linton. Estaba dormido en un rincón, envuelto en una gruesa manta con forro de pieles, como si estuviésemos en pleno invierno. Era un jovencito pálido y delicado, que habría podido ser tomado por un hermano menor de mi amo, tanto se parecían. Pero, en toda su persona, se advertía un aire de enfermizo malhumor que Edgar Linton nunca tuvo. Este me miró mientras contemplaba al niño y luego de saludarme, me recomendó que cerrara la portezuela y no lo molestara, porque el viaje lo había fatigado.

Cata hubiese deseado verlo, pero su padre le dijo que lo acompañara y siguieron a pie a través del parque, mientras yo me adelantaba, corriendo, a prevenir a los criados.

—Ahora, querida — dijo el señor Linton a su hija, mientras se detenían al pie de la escalinata, — es preciso que te advierta que tu primo no es tan fuerte, ni tan alegre como tú. Recuerda que ha perdido a su madre hace muy poco tiempo. Por lo tanto, no habrá que esperar que juegue y corretee por todas partes desde el primer día. No lo fatigues con demasiada charla. Déjalo tranquilo por esta noche, al menos, ¿quieres?

—Sí, sí, papá — repuso Catalina. — Pero me gustaría verlo. ¡Todavía no se ha asomado ni una sola vez!

El carruaje se detuvo y el niño, despierto ya, se apeó con la ayuda de su tío.

—Esta es tu prima Cata, Linton — dijo, juntando sus manecitas. — Ella te quiere mucho ya. Trata de no apenarla. . no llores esta noche. Esfuérzate en mostrarte alegre. El viaje ha terminado y no tienes otra cosa que hacer más que descansar y divertirte como se te ocurra.

—Permítame irme a la cama, entonces — repuso el jovencito, retrocediendo ante los abrazos de Catalina y llevándose la mano a sus ojos para enjugar las lágrimas que pugnaban por brotar de los mismos.

—Vamos, vamos, hay que ser buenito — murmuré, mientras lo conducía a la casa. — Va a hacerla llorar también a ella... ¡Mire que triste se ha puesto!

No sé si era porque compartía su pena, pero su prima tenía una cara tan lamentable como la suya cuando regresó junto a su padre. Entraron los tres y subieron a la bibliote-

ca, donde ya había sido servido el te. Tomé el abrigo y el sombrero de Linton y lo instalé en una silla, junto a la mesa. Pero apenas se sentó, volvió a echarse a llorar. Mi amo le preguntó qué tenía.

—No puedo sentarme en una silla — dijo el muchachito, sollozando.

—Hazlo sobre el diván, entonces. Nelly te llevará allí el te — repuso su tío, con paciencia.

Estoy segura de que debió ser puesto a dura prueba, durante el viaje, por ese chico enfermizo y gruñón. Linton se arrastró penosamente hasta el diván, recostándose en el mismo. Cata llevó un taburete y puso su taza a su lado. Permaneció un instante silenciosa, pero aquello no podía durar. Había resuelto hacer de su primito el compañero favorito con el cual soñaba, y empezó a acariciar sus rizos, a besarlo en las mejillas, a ofrecerle te en el platillo, como si hubiese sido un bebé. Aquello agradó al muchacho, pues no era sino una criaturita. Se enjugó los ojos y su rostro se iluminó con una débil sonrisa.

—¡Oh! esto marchará perfectamente — me dijo mi amo, luego de haberlos observado un minuto. — Perfectamente... si podemos conservarlo, Nelly. La compañía de una niña de su edad muy pronto le inspirará una nueva disposición de espíritu y deseando ser fuerte, lo será.

"Sí, si podemos conservarlo", pensé.

Penosos presentimientos me asaltaron, diciéndome que existían muy pocas probabilidades de que así fuese. Y, en ese caso, me preguntaba cómo viviría en Cumbres Borrascosas ese endeble ser.

Entre su padre y Haretou, ¿quiénes serían sus compañeros de juego y sus profesores? Nuestras dudas muy pronto quedaron aclaradas... mucho más pronto de lo que había esperado.

Acababa de hacer subir a los chicos a sus habitaciones, después del te y había esperado a que Linton se durmiese — no me habría dejado retirarme antes, — cuando, hallándome a la entrada, junto a la mesa, encendiendo una bujía para la habitación del señor Edgar, salió una mucama de la cocina y me comunicó que el criado del señor Heathcliff, José, estaba en la puerta y deseaba hablar con el amo.

—Voy a preguntarle primero que es lo que desea — dije, precipitadamente. — Es una hora bastante mala para molestar a la gente, sobre todo después de un largo viaje; no creo que el amo pueda recibirlo.

José había penetrado a la cocina mientras yo pronunciaba esas palabras y se apareció en el "hall". Vestía sus ropas domingueras, había adoptado su cara más devota e insociable y, con su sombrero en una mano y su bastón en la otra, empezó a limpiarse las suelas de sus botas en el felpudo.

—Buenas tardes, José — dije fríamente. — ¿Qué asunto lo trae por aquí?

—Es con el señor Linton que deseo hablar — dijo, rechazándome con desdeñoso gesto.

—El señor Linton ha ido a acostarse. A menos que sea algo muy especial lo que tiene que decirle, estoy segura de que no lo recibirá en este momento — proseguí. — Preferible será que tome usted asiento y me confíe su mensaje.

—¿Cuál es su habitación? — preguntó el viejo bribón, mirando la hilera de cerradas puertas.

Vi que estaba resuelto a rechazar mi intervención.

Subí, por lo tanto, a la biblioteca, de muy mala gana, anunciando al inoportuno visitante, al mismo tiempo que aconsejaba que le dijesen de volver al día siguiente.

El señor Linton no tuvo tiempo de autorizarme a ello, porque José llegó pisándome los talones y entrando bruscamente en la estancia, se plantó en el extremo más alejado de la misma, con los dos puños apretados en el pomo de su bastón. Luego, empezó a hablar en elevado tono, como previendo cierta oposición.

—Heathcliff me ha mandado a buscar a su muchacho y no puedo regresar sin él.

Edgar Linton permaneció un instante sin despegar los labios. Una expresión de profundo pesar se reflejó en su rostro. Su naturaleza lo impulsaba a deplorar la suerte del pobre niño, pero, recordando las esperanzas y los temores expresados por Isabel, sus ansiosos deseos, su suprema recomendación, sufría tanto más cruelmente y buscaba, en el fondo de su corazón, el medio de no abandonarlo. Desgraciadamente, ningún plan pudo forjar su mente. Si hubiese manifestado el menor deseo de conservarlo con él, el padre sólo habría demostrado una mayor insistencia para llevárselo. No quedaba más remedio que entregarlo. Sin embargo, no quería despertarlo en ese momento.

—Diga al señor Heathcliff — manifestó calmosamente, — que su hijo irá a Cumbres Borrascosas mañana. Está en la cama y demasiado fatigado para emprender ahora el trayecto. Puede usted también decirle que la madre de Linton

deseaba que el niño quedase a mi cargo. Además, en este momnto su salud es realmente precaria.

—¡No! — dijo José golpeando en el suelo con su bastón y adoptando un aire autoritario. — ¡No! Todo eso no quiere decir nada. A Heathcliff se le da un comino de la madre y de usted, al mismo tiempo. Quiere a su muchacho y yo tengo que llevárselo. ¡Ya queda usted enterado, por lo tanto!

—¡No se lo llevará usted hoy! — repuso Linton con firmeza. — Baje ya y repita a su amo lo que acabo de decirle. Nelly, acompáñelo hasta la puerta. Vaya...

Y empujando al indignado viejo, libró la habitación de su presencia y cerró la puerta.

—¡Muy bien! — gritó José, alejándose lentamente. — ¡Heathcliff vendrá personalmente y ya veremos si se atreve a ponerlo en la puerta, como a mí!

CAPITULO XX

Con el objeto de evitar que esa amenaza fuese llevada a la práctica, el señor Linton me encargó que al siguiente día por la mañana, temprano, condujese al jovencito a Cumbres Borrascosas, en el "poney" de Catalina.

—Como ya no ejerceremos influencia alguna sobre su destino, bueno o malo, no dirá usted a mi hija a dónde ha ido. En lo futuro ya no podrá mantener relaciones con él y lo mejor que se puede hacer es dejarla en la ignorancia de su proximidad, a fin de que no sienta deseos de ir a Cumbres Borrascosas. Dígale, sencillamente, que el padre de Linton lo mandó a buscar sin previo aviso y que se vió obligado a dejarnos.

Linton se mostró muy poco dispuesto a salir de su cama a las cinco de la mañana y experimentó una gran sorpresa al enterarse de que debía prepararse para un nuevo viaje. Pero yo suavicé la cosa, explicándole que iría a pasar algún tiempo con su padre, el señor Heathcliff. Este deseaba tanto verlo, que no quería diferir ese placer hasta que su hijo se hubiese repuesto de su última expedición.

—¡Mi padre! — exclamó con aire de asombro y curiosidad. — Mamá nunca me dijo que yo tenía un padre. ¿Dónde vive? Hubiese preferido quedarme con mi tío.

—Vive no muy lejos de Thrushcross Grange — repuse, — detrás de esas montañas. Podrá usted venir con frecuencia

hasta aquí, en el transcurso de sus paseos, cuando esté mejor. Debería sentirse contento de ir a su casa y de verlo. Preciso será que trate de quererlo, como quería a su madre, que él le retribuirá ese cariño con creces.

—Pero, ¿por qué no oí hablar antes de él? — preguntó Linton. — ¿Por qué mamá y él no vivían juntos, como las demás personas?

—Sus asuntos lo retenían en el norte y la salud de su mamá la obligaba a vivir en el sur.

—¿Y por qué mamá nunca me habló de él? — insistió el chico. — Hablaba a menudo de mi tío y hace mucho tiempo que aprendí a quererlo. ¿Como podría amar a mi padre, si no lo conozco?

—¡Oh! Todos los niños aman a sus padres — dije. — Su mamá, seguramente, pensaría que desearía usted irse con él, si le hablaba con mucha frecuencia del suyo. ¡Vístase rápido! Un paseo matinal con un tiempo tan hermoso, es preferible a una hora más de sueño.

—¿Vendrá con nosotros la niñita que ví ayer?

—Ahora, no — contesté.

—¿Y mi tío? — prosiguió Linton.

—No; seré yo quien lo conduzca a la casa de su padre.

Linton se dejó caer nuevamente sobre su almohada y se sumió en una profunda meditación.

—¡No me iré sin mi tío! — gritó, al fin. — No puedo saber a donde quiere usted conducirme.

Traté de demostrarle cuan feo era manifestar semejante repugnancia ante la idea de ir a ver a su padre. A pesar de ello, se negó obstinadamente a vestirse y tuve que recurrir a mi amo para decidirlo, a fuerza de diplomacia, a salir de la cama. El pobre chico partió finalmente, luego de numerosas e ilusorias seguridades de que su ausencia sería breve, de que el señor Edgar y Cata irían a verlo y otras promesas tan poco fundadas como esas, que inventé y renové todo a lo largo del camino. El aire puro con olor a brezos, el sol resplandeciente y el agradable trote de Minny muy pronto suavizaron su congoja. Empezó a interrogarme sobre su nueva casa y sus habitantes, con mayor interés y animación.

—¿Es Cumbres Borrascosas una mansión tan bonita como Thrusheross Grange? — preguntó, volviéndose para echar una última mirada al valle, del cual ascendía una ligera bruma, formando una algodonosa nube junto al cielo azul.

—No está tan hundida entre los árboles — repuse, — ni es

tan grande, pero se goza de una maravillosa vista sobre toda la campiña que la rodea y el aire será más fortificante para usted... es más fresco y más seco. Al principio, quizá, halle que el edificio es viejo y oscuro. Sin embargo, es la mansión más hermosa de la vecindad, o casi. Además, podrá hacer unos paseos hermosísimos por la landa. Hareton Earnshaw — es el otro primo de la señorita Cata y en cierto modo el suyo también — le mostrará los lugares más agradables y cuando reine buen tiempo podrá llevar un libro y establecer, en medio del follaje, su gabinete de trabajo. Después, de vez en cuando, su tío se reunirá con usted durante sus salidas. pues pasea con frecuencia por esas montañas.

—¿Y cómo es mi padre? — preguntó. — ¿Tan joven y tan simpático como mi tío?

—Es tan joven como el señor Linton, pero tiene los cabellos y los ojos negros y un aspecto más severo. Es también más alto y más fuerte. Tal vez, al principio, no le parezca tan dulce y tan bueno, porque no es ese su tipo. Pero sea franco y afectuoso con él y lo amará, naturalmente, más que ningún tío, puesto que es usted su hijo.

—¡Cabellos y ojos negros! — dijo Linton, con aire soñador. — No puedo imaginármelo. ¿Yo, entonces, no me parezco a él?

—No mucho — repuse.

"En absoluto", pensé, contemplando la pálida tez, los lánguidos ojos y la débil contextura de mi compañerito. Eran los suyos los ojos de su madre, pero sólo reflejaban su chispeante vivacidad en los raros instantes en que su enfermiza irritabilidad los hacía brillar.

—¡Qué curioso es que nunca haya ido a vernos, a mamá y a mí! — murmuró. — ¿Nunca me ha visto? Si tal cosa ha ocurrido, yo debía ser muy pequeño, porque no me acuerdo en absoluto de él...

—Señor Linton, trescientas millas es una distancia muy grande y diez años parecen muy distintos, en su duración, a una persona mayor, comparativamente a lo que son para usted. Es probable que el señor Heathcliff haya tenido todos los años la intención de ir, pero sin hallar jamás la oportunidad de hacerlo. Ahora, ya es demasiado tarde. No lo fastidie con preguntas al respecto, porque con ello lo irritaría inútilmente.

El niño, durante el resto del trayecto, se sumió en sus pensamientos. Cuando nos detuvimos frente a la palizada de

la granja, traté de leer sus impresiones sobre su rostro. Examinó con sostenida atención la esculpida fachada, las ventanas de bajos dinteles, los retorcidos pinos y los dispersos bosquecillos de groselleros, y luego sacudió la cabeza. Todo, en él, desaprobaba el aspecto de su nueva casa, pero fué lo bastante prudente para reservarse su mala impresión. ¿No existirían compensaciones en su interior? Antes de que se apease del caballo, fuí a abrir la puerta. Eran las seis y media; todos los habitantes de la casa acababan de tomar el desayuno y la sirvienta levantaba y limpiaba la mesa. José se encontraba junto al asiento de su amo, refiriendo cierta historia a propósito de un caballo manco y Hareton se aprestaba a encaminarse a los henares.

—¡Hola, Nelly! — dijo el señor Heathcliff, al verme. — Me preguntaba si tendría que ir a buscar personalmente lo que me pertenece. ¿Lo ha traído usted, verdad? Veamos qué podremos hacer de ese caballerete.

Se puso en pie y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta. Hareton y José lo siguieron, con la boca abierta por la curiosidad.

La mirada del pobre Linton se posó, aterrada, en cada uno de aquellos rostros, alternativamente.

—Es más que seguro — dijo José, después de una grave inspección, — que le ha hecho trampas, amo, y que le ha enviado a su hija...

Heathcliff, luego de mirar a su hijo en una forma capaz de trastornar a cualquiera, lanzó una despreciativa carcajada.

—¡Dios! ¡Qué belleza! ¡Qué bonito, que encantador varoncito! — exclamó. — Han debido alimentarlo con lacticinios y también con babosas, ¿eh? ¡Oh! ¡qué desgracia! ¡Es peor, todavía, de lo que me imaginaba!... ¡Y Dios sabe que no me mostré exigente!

Dije al niño, tembloroso y aturdido, que bajase y entrase en la casa. No comprendía del todo las palabras de su padre y no sabía si las mismas le estaban destinadas. A decir verdad, no se hallaba muy seguro de que ese individuo horroroso y socarrón fuese su padre. Se aferró a mí con creciente terror y cuando el señor Heathcliff tomó asiento y le gritó: "¡Acércate!" ocultó su cara en mi hombro y se echó a llorar.

—¡Basta! ¡basta! — dijo Heathcliff, que extendió su mano, lo atrajo brutalmente entre sus rodillas y le hizo levantar la cabeza, tomándolo por la barbilla. — ¡Nada de tonterías!

No te haremos ningún daño, Linton... ¿tal es tu nombre, verdad? Eres enteramente el hijo de tu madre. ¿Dónde está mi parte en tí, pollito gritón?

Arrancó, casi, el sombrero del niño, echó hacia atrás sus rubios rizos y palpó sus delgados brazos y sus afilados deditos. Durante ese examen, Linton dejó de llorar y alzó sus grandes ojos azules sobre el que lo inspeccionaba.

—¿Me conoces? — preguntó Heathcliff, después de haberse convencido de que sus miembros eran, por igual, frágiles y débiles.

—No — dijo Linton, con una mirada que el temor trastornaba.

—Supongo, al menos, que habrás oído hablar de mí.

—No — repitió el chico.

—¿No? ¡Qué vergüenza para tu madre no haber despertado nunca en ti un sentimiento filial a mi respecto! Tú eres mi hijo y yo haré que esa idea se incruste en tu cabeza. ¡Tu madre ha sido una bribona al permitir que ignoraras la existencia de tu padre! Y ahora, no tiembles así y no te ruborices, aunque me sienta dichoso al comprobar que tu sangre no es blanca. Sé un buen chico y llegaremos a entendernos. Nelly, si está usted fatigada, puede tomar asiento. De lo contrario, regrese a su casa. Apostaría cualquier cosa a que referirá al pobre individuo que habita en Thrushcross Grange, todo cuanto vió y oyó aquí. En cuanto a esta criatura, no se calmará mientras usted ande rondando en torno suyo.

—Muy bien — repuse. — Espero que se mostrará usted bondadoso con el niño, señor Heathcliff. Si así no fuese, no lo conservará por mucho tiempo. El constituye la única familia que posee usted sobre la tierra y que conocerá en su vida... ¡Recuérdelo!

—Seré muy bueno con él, no tenga miedo — dijo Heathcliff, echándose a reir. — Pero, nadie más que yo ha de serlo. Soy celoso y quiero acaparar su afecto. Y como prueba de mi bondad, José, sirva el desayuno a este chico. ¡Hareton, aborto del infierno, a tu trabajo!

Luego, cuando todo el mundo se hubo marchado, añadió:

—...Sí, Nelly, mi hijo es el futuro propietario de Thrushcross Grange y no desearía que muriese antes de tener la certidumbre de heredarlo. Además, es *mío* y quiero gozar del triunfo de ver a mi descendiente reinar, en amo, sobre *sus* propiedades. ¡De contemplar a mi hijo empleando a sueldo a los suyos, para que cultiven la tierra de su padre! ¡Esta

es la única consideración que puede hacerme soportar a este pequeño bribón, pues lo desprecio en sí mismo y lo odio por la memoria que hace resucitar! Pero dicha consideración es suficiente. También está en seguridad conmigo y cuidaré tanto de él, como su amo de su hija. Tengo arriba una habitación hermosamente alhajada para él. Tomé, asimismo, un preceptor que vendrá tres veces por semana, haciendo un trayecto de veinte millas, para que le enseñe lo que guste aprender. He ordenado a Hareton que lo obedezca y lo he dispuesto todo, en realidad, con la idea preconcebida de que sea superior a sus compañeros. Lamento, empero, que merezca tan poco ese trabajo. Si deseaba algo en este mundo, era hallar en él un objeto digno de orgullo. Cruel es mi decepción ante ese pequeño llorón de pálido rostro.

Mientras hablaba, regresó José, trayendo un tazón de sopas de leche que posó frente a Linton. Este rechazó ese grosero plato, declarando que no lo comería. Vi que el viejo criado compartía ampliamente el desprecio de su amo por el chico, aunque se viese obligado a rechazar ese sentimiento, porque Heathcliff había dado a entender claramente a sus criados que debían respetar a su hijo.

—¿No puede comer esta sopa? — repitió, echando una furtiva mirada sobre el rostro de Linton y bajando la voz, ante el temor de ser oído. — Pues el señor Hareton nunca comió otra cosa cuando era pequeño, y lo que para él era bastante bueno, bastante bueno debe ser también para usted, me parece...

—¡No la comeré! — repitió Linton con hosco acento. — ¡Llévese esto!

José, indignado, tomó el tazón y nos lo trajo.

—¿Hay algo de malo en esta comida? — preguntó, colocando la sopa debajo de las narices de Heathcliff.

—¿Quién dice que es mala? — inquirió éste.

—Su delicado señorito, el cual declara que no puede comerla. ¡Naturalmente, no hay de qué asombrarse! Su madre era igual... Opinaba que hasta éramos demasiado sucios para sembrar el trigo con el que harían su pan.

—¡No hable de su madre en mi presencia! — dijo Heathcliff, encolerizado. — Dele algo que pueda comer, y nada más. ¿Cuál es su alimentación habitual, Nelly?

Sugerí la leche hervida o el te. El ama de llaves recibió la orden de prepararlo.

"Bueno — pensé, — el egoísmo de su padre contribuirá,

quizá, a su bienestar. Ha comprendido que es de una constitución débil y que hay que tratarlo con cuidados. Consolaré al señor Edgar informándolo del cariz que ha tomado el humor de Heathcliff".

No hallando excusa alguna para demorarme por más tiempo, me deslicé de la habitación en momentos en que Linton estaba ocupado en rechazar tímidamente las muestras de amistad que le prodigaba un enorme mastín. Pero el chico se hallaba demasiado alerta para que fuese posible engañarlo; mientras cerraba la puerta, oí un grito y estas precipitadas palabras:

—¡No me deje! ¡No quiero quedarme aquí! ¡No quiero quedarme aquí!

Luego, el picaporte se alzó y volvió a caer. No le permitían salir.

Poniendo fin a mi breve tutela, Minny me condujo al trote a Thrushcross Grange.

CAPITULO XXI

Trabajo tuvimos aquel día con la señorita Cata. Se levantó alegremente, demostrando impaciencia por reunirse con su primo y lágrimas y lamentos tan apasionados acogieron la noticia de su partida, que el propio señor Edgar tuvo que consolarla, afirmando que muy pronto regresaría. Añadió, sin embargo: "Siempre que pueda volver a hacerme cargo de él". Y de eso, no había la menor esperanza.

Esa promesa no apaciguó más que a medias a la niña, pero el tiempo fué más eficaz. Aun cuando a veces preguntaba a su padre cuando regresaría Linton, los rasgos de éste se fijaron tanto y tan bien en su mente, que cuando volvió a verlo, ya no lo reconoció.

Cuando, por casualidad, encontraba al ama de llaves de Cumbres Borrascosas en Gimmerton, no dejaba de inquirir noticias del joven amo, pues el mismo vivía casi tan recluído como la señorita Catalina y no lo veíamos nunca. Supe, por la buena mujer, que la salud de Linton era siempre delicada y que era bastante cansador servirlo. Me dijo que el señor Heathcliff parecía detestarlo un poco más cada día que pasaba, aunque trataba de disimularlo. Hasta su mismo timbre de voz le resultaba antipático y no podía soportar una permanencia demasiado prolongada con él en la misma habitación. Era muy raro que se estableciese una conversación entre

ambos y Linton se pasaba las tardes enteras, estudiando, en una piecita a la que denominaban la sala. A veces, se quedaba acostado todo el día, porque eran cosa corriente en él las bronquitis, los romadizos y las dolencias y dolores de toda índole.

—En mi vida he visto una criatura tan temerosa y tan ocupada de sí misma como esa — añadió el ama de llaves. —¡Las cosas que hay que oír si dejo alguna ventana abierta hasta demasiado tarde. ¡Oh! ¡Un soplo de aire nocturno es algo mortal! Necesita fuego en pleno verano, y exije en todo momento caramelos y golosinas y sobre todo leche; leche en cualquier estación, sin preocuparse en absoluto de que durante el invierno tengamos que privarnos a causa de él. Y permanece sentado junto al fuego, envuelto en su abrigo de pieles, con una tarta, agua, o cualquier medicina que entibia en la rejilla de la chimenea. Y si Hareton, apiadado al verlo tan solo, va a divertirlo — Hareton no es malo a pesar de su rudeza — siempre se separan, jurando el uno y llorando el otro. Creo que el amo estaría muy contento de que Earnshaw lo moliera a palos, si no fuese su hijo. Estoy persuadida, por otra parte, de que lo arrojaría a la calle si se enterase de la mitad de los cuidados que tiene para consigo mismo. Pero, no hay peligro que esto ocurra; jamás entra en la sala y si Linton exhibe sus modales en la habitación en que el señor Heathcliff se encuentra, lo manda enseguida arriba.

Intuí por ese relato que la absoluta carencia de afectos había tornado al joven Heathcliff egoísta y desagradable, si no lo era ya en su origen. Mi interés hacia él disminuyó, aunque su suerte siempre me conmovió y lamentase aun su partida de Thrushcross Grange. El señor Edgar me alentó a que me informase sobre su situación; pensaba a menudo en el niño, creo, y de buena gana habría corrido el riesgo de verlo. Un día me dijo que averiguase, por intermedio del ama de llaves, si nunca iba a la aldea. La mujer me manifestó que había ido dos veces a caballo, en compañía de su padre, pretendiendo, en otras tres o cuatro oportunidades, que se hallaba completamente agotado. El ama de llaves se marchó de Cumbres Borrascosas, si mal no recuerdo, dos años después de la llegada de Linton, reemplazándola otra mujer a la que no conocía. Todavía está allí.

* * *

La vida transcurrió tan agradablemente como otrora en Thrusheross Grange, hasta que la señorita Catalina cumplió sus dieciséis años. El día de su cumpleaños nunca daba lugar a grandes festejos, porque era también el aniversario de la muerte del ama. Su padre, invariablemente, pasaba ese día solo en su biblioteca y a la hora del crespúculo, iba hasta el cementerio de Gimmerton, permaneciendo en el mismo hasta después de medianoche. Catalina, por lo tanto, quedaba reducida a sus propios recursos, para divertirse. El 20 de marzo de ese año fué un hermoso día primaveral. Cuando su padre se retiró, mi joven ama descendió, vestida para salir, comunicándome que había solicitado permiso para pasearse por la landa en mi compañía. El señor Linton había accedido a su pedido, a condición de que no nos alejáramos demasiado y de que regresáramos temprano.

—¡Apúrese, Nelly! — gritó Cata. — Ya sé donde quiero ir; al lugar en que se ha instalado una cantidad de gallos silvestres. Deseo ver si han formado ya sus nidos.

—Debe ser bastante lejos — repuse, — porque no empollan en los linderos de la landa.

—No, no es lejos. Ya he ido con papá.

Me puse el sombrero y salí, sin reflexionar mayormente en el asunto. Saltaba adelante mío como un joven lebrel, volvía a mi lado y tornaba a alejarse. Al principio, mucho me agradó oír el canto de las alondras por doquier, gozar del hermoso y cálido sol y contemplarla a ella, a mi queridita mimosa, con sus largos rulos rubios ondeando libremente, sus resplandecientes mejillas, tan delicadas y puras como agavanzos y sus ojos, que brillaban con una alegría que nube alguna empañaba. Era feliz, entonces, ese ángel. ¡Qué lástima que no haya podido conformarse con esa felicidad!

—¿Y bien, señorita Cata? — pregunté. — ¿Dónde están sus gallos silvestres? Ya deberíamos haber llegado. El seto del parque de Thrusheross Grange está a considerable distancia de estos parajes.

—¡Oh! es un poco más lejos... apenas un poco más lejos — contestaba la chica continuamente. — Suba sobre ese cerrillo, pase ese terraplén y antes de que haya llegado al otro lado, habré espantado a las aves.

Pero eran tantos los cerrillos y terraplenes que debíamos franquear, que empezaba a sentirme fatigada y le dije que era preciso desandar lo andado. La llamé a gritos, porque se me había adelantado muchísimo. No me oyó, o no quiso oír-

me, porque ví que seguía corriendo. Tuve que seguirla. Finalmente, desapareció en una hondonada y cuando volví a verla, estaba dos millas más cerca de Cumbres Borrascosas que de su propia casa. Distinguí, entonces, a dos personas que la detenían, una de las cuales, con toda seguridad, era el señor Heathcliff.

Cata había sido descubierta en pleno delito de caza furtiva o, por lo menos, buscando nidos de aves. Cumbres Borrascosas era propiedad del señor Heathcliff y éste reprendía a la ladronzuela.

—No he tomado ni descubierto ninguna — decía la chica, abriendo las manos a fin de confirmar su relato, mientras yo apretaba el paso para reunirme con ella. — No era mi intención cazarlas, pero como papá me dijo que había grandes cantidades por aquí, quise ver los huevos.

Heathcliff me echó una ojeada acompañada de una maligna sonrisa, dándome a entender con ello que sabía quien era la chica y que su maldad se aprestaba a hacer de las suyas. Le preguntó quien era "papá".

—El señor Linton, de Thrushcross Grange — repuso la niña. — Supuse que no me conocería, pues de lo contrario no me habría tratado en la forma que lo hizo.

—¿Cree usted, entonces, que su padre es estimado y respetado hasta tal punto? — dijo Heathcliff, con sarcástico acento.

—Y usted, ¿quién es? — inquirió Catalina, mirando con curiosidad a su interlocutor. — Yo ya he visto a este hombre. ¿Es su hijo?

El otro individuo así designado era Hareton, a quien los dos años transcurridos habían tornado más grueso y más fuerte, aunque sin eliminar su torpeza, ni pulir su grosería.

—Señorita Cata — interrumpí, — van a hacer tres horas y no una que estamos afuera. Es absolutamente preciso que regresemos.

No, este hombre no es mi hijo — repuso Heathcliff, apartándome. — Pero tengo uno y usted lo ha visto. Aunque su gobernanta parece muy apurada, creo que un pequeño descanso les convendría a las dos. ¿Quiere usted pasar ese cerrillo cubierto de brezos y llegarse hasta mi casa? Regresarán más pronto a la suya después de ese descanso. Cumbres Borrascosas se honrará con su visita.

Dije en voz baja a Catalina que no debía, en modo alguno, aceptar esa proposición.

—¿Por qué? — exclamó la chica. — Estoy cansada de correr y como el suelo está húmedo, no puedo sentarme aquí. Vamos, Nelly. Además, dice que ya he visto a su hijo. Creo que se equivoca al respecto, pero adivino donde vive en la granja a la que fuí, al regresar de las rocas de Pennistow. ¿No es verdad?

—Sí, allí vivo. Vamos, Nelly, cállese usted... Será una fiesta para ella vernos en nuestro interior. Hareton, precédenos en compañía de la señorita. Usted, Nelly, quédese conmigo.

—¡No, no irá a semejante lugar! — grité, esforzándome en libertar mi brazo, que Heathcliff había aferrado.

Pero Cata se encontraba ya casi frente al umbral de la puerta, después de haber contorneado el montículo a toda la velocidad que le permitían sus piernas. El compañero que le designaron no se tomó el trabajo de seguirla; se apartó bruscamente de la carretera y desapareció.

—Señor Heathcliff, está usted procediendo muy mal — proseguí, — y su acto, usted lo sabe perfectamente, tendrá las peores consecuencias. Verá a Linton y repetirá todo cuanto oiga y vea, apenas regresemos. Y la que cargará con el mochuelo, seré yo.

—Quiero que vea a Linton — repuso Heathcliff. — Está bastante mejor estos últimos días y es muy raro que pueda recibir visitas. Fácilmente la persuadiremos de que no cuente nada. ¿Qué mal hay en todo esto?

—Que su padre nunca me perdonaría que le haya permitido entrar en su casa. Además, estoy convencida de que lo guía a usted una mala intención, al obligarla a hacer semejante cosa.

—Mi intención es todo lo honesta posible y voy a hacérsela conocer de cabo a rabo. Quiero que los dos primos se enamoren y se casen. Procedo generosamente con su amo: su retoño no tiene ninguna esperanza y si secunda mis deseos, compartirá la herencia de Linton.

—Pero si Linton muriese, y su vida es algo completamente incierta, Catalina heredaría de todos modos.

—No — dijo. — No hay cláusula alguna en el testamento que garantice semejante cosa. Sus bienes serían míos. Pero, a fin de evitar ulteriores discusiones, deseo esa unión y estoy resuelto a todo, con tal de concretarla.

—Y yo, estoy resuelta a no permitir que nunca más se acerque a su casa, yendo en mi compañía — repuse. en el

momento de llegar a la verja, donde nos aguardaba la señorita Cata.

Heathcliff me ordenó que me quedase tranquila y precediéndonos por el sendero, se apresuró a abrirnos la puerta.

Mi joven ama lo miraba de vez en cuando, como si no pudiese definir exactamente qué debía pensar de él. Pero, cuando sus miradas se cruzaban, Heathcliff sonreía y suavizaba su voz. Fuí lo bastante loca para creer que el recuerdo que de la madre de Cata conservaba, podría desarmarlo e impedirle cometer una maldad.

Linton se encontraba frente a la chimenea. Regresaba de un paseo al campo, porque tenía el sombrero puesto y pedía a José que le trajera un calzado seco. Era muy alto para su edad, puesto que no contaba aún dieciséis años. Sus rasgos conservaban su belleza; sus ojos y su tez eran más brillantes de lo que yo recordaba, pero era aquel un brillo pasajero, debido al aire saludable y al sol bienhechor.

—Y ahora, ¿quién es? — inquirió Heathcliff volviéndose a Catalina. — ¿Puede usted decírmelo?

—Su hijo — contestó la chica, luego de mirar alternativamente a los dos hombres, con aire de duda.

—Sí, sí, pero ¿es la primera vez que lo ve? ¡Reflexione! ¡Ah! ¡qué poca memoria tiene! Linton, ¿te acuerdas de tu prima? ¡Bastante que nos fastidiastes, pidiéndonos que te lleváramos nuevamente a su lado!

—¡Cómo! ¿Es Linton? — exclamó Cata, alegremente sorprendida al oír ese nombre. — ¿Es Linton? ¡Si es más alto que yo! ¿Es usted Linton, realmente?

El joven avanzó, dándose a conocer. Cata saltó a su cuello y luego hablaron, asombrados, del cambio que el tiempo había aportado a sus respectivas personas. Catalina tenía la plenitud de su talla; su silueta era firme y esbelta, a la vez, y todo su aspecto respiraba salud y vitalidad.

La mirada y los movimientos de Linton eran sumamente lánguidos y su cuerpo en extremo delgado. Pero había una gracia en sus modales que atenuaba ese defecto y lo tornaba agradable. Después de prodigarle infinitas muestras de ternura, su prima se volvió al señor Heathcliff, que se había quedado junto a la puerta, compartiendo su atención entre lo que pasaba en el interior y lo que ocurría en el exterior, o mejor dicho, pretendiendo mirar hacia afuera, en tanto que sólo miraba, en realidad, lo que acaecía adentro.

—¿Es usted mi tío, entonces? — exclamó, poniéndose de

puntillas para besarlo. — Ya me pareció que lo quería, a pesar de su malhumor del principio. ¿Por qué no va usted a Thrusheross Grange con Linton? ¿No es singular haber vivido tantos años junto a nosotros, sin vernos nunca? ¿Por qué razón?

—Fuí una o dos veces, antes de su nacimiento, y esas dos veces estuvieron de más — repuso Heathcliff. — ¡Bueno!... ¡bueno!... ¡al diablo! Si tiene usted besos para distribuir, que aproveche de los mismos su primo Linton. Besarme a mí, es perder el tiempo.

—¡Malísima Nelly! — gritó Catalina, volando hacia mí, para abrumarme también con sus desordenadas caricias. — ¡Malísima Nelly! ¡Haber pretendido impedirme entrar en esta casa! En lo sucesivo, este será mi paseo de todas las mañanas. ¿Lo permitirá usted, tío? Y también traeré a papá, a veces. ¿No se alegrará usted de vernos?

—Naturalmente — repuso el tío, con una mueca que ocultaba mal su aversión hacia los dos presuntos visitantes. — Pero, espere... — prosiguió, volviéndose a la joven. — Pensándolo bien, mejor será que la ponga al corriente de las cosas. El señor Linton está mal dispuesto contra mí; disputamos en cierta época de nuestra vida, con una ferocidad poco digna de cristianos, y si le comunica usted su intención de venir a esta casa, se opondrá formalmente a esas visitas. Por esta razón, nada habrá que decirle al respecto, si es que quiere volver a ver a su primo. Puede usted venir, si así lo desea, pero Linton no debe saberlo.

—¿Por qué disputaron ustedes? — inquirió Catalina, consternada.

—Me consideraba demasiado pobre para marido de su hermana — repuso Heathcliff. — Se sintió ofendido cuando me casé con ella y, herido en su orgullo, nunca me perdonará mi gesto.

—¡Mal hecho! — dijo Cata. — Algún día se lo diré. Pero Linton y yo nada tenemos que ver con su querella. Yo no vendré a esta casa, pero él irá a Thrusheross Grange.

—Será demasiado lejos, para mí — murmuró su primo; — un paseo de cuatro millas me mataría. No, venga usted de vez en cuando, señorita Catalina. No todas las mañanas, pero sí una o dos veces por semana.

El padre echó sobre su hijo una mirada de amargo desprecio.

—Me temo que perderé el tiempo, Nelly — murmuró a mi

oído. — La señorita Catalina, como la llama ese estúpido, descubrirá lo que vale y lo enviará al diablo. ¡Ah! ¡si hubiese sido Hareton! ¿Sabe usted que, veinte veces por día, lamento que Hareton, con toda su bajeza, no sea mi hijo? Sí, habría amado a ese muchacho, de no ser quien es. Creo que existen muy pocas probabilidades de que la chica se enamore de él. Pero, ya sabré hacer de ese mozo un rival, si ese ser lamentable que es Linton carece de ardor. Es muy poco probable que mi hijo pase los dieciocho años. ¡Oh! ¡qué pobre cosa es! ¡Véalo ahí, ocupado en secar sus zapatos, sin mirar siquiera a la chiquilla! ¡Linton!

—Sí, padre — contestó el muchacho.

—¿No tienes nada que mostrar a tu prima, aquí o afuera? ¿Ni siquiera un conejo o una madriguera de comadreja? Llévala al jardín antes de cambiarte los zapatos, y luego a la cuadra, para que vea tu caballo.

—¿No prefiere quedarse aquí? — preguntó Linton, dirigiéndose a Cata en un tono que no expresaba el menor deseo de moverse.

—No sé... — repuso la chica, con una codiciosa mirada hacia la puerta.

Linton no se levantó de la silla, que arrastró hasta la chimenea.

Heathcliff, entonces, se puso en pie, fué a la cocina, de allí al patio y llamó a Hareton. Este contestó y muy pronto entraron los dos. El joven se había lavado, lo cual se advertía en sus mejillas brillante y en sus mojados cabellos.

—¡Oh! es a usted, tío, a quien preguntaré eso — gritó Cata, recordando la afirmación del ama de llaves. — Hareton no es mi primo, ¿verdad?

—Sí, es sobrino de su mamá. ¿No le agrada este muchacho?

Catalina puso una cara un poco rara.

—¿No le parece un buen mozo? — prosiguió Heathcliff.

La impertinente chiquilla se alzó de puntillas y murmuró una frase al oído de Heathcliff, quien se echó a reír.

Pasó una sombra por el rostro de Hareton. Comprendí que era de un carácter muy susceptible y que, indudablemente, tenía una oscura noción de su inferioridad. Pero su amo o tutor logró que se esfumara el fruncimiento de cejas, exclamando:

—¡Catalina va a preferirte a todos nosotros, Hareton! Dice que eres un... ¿cómo era? Bueno, algo muy halagador.

¡Vaya! llévala a visitar la granja. Y trata de conducirte como un muchacho bien educado. No digas malas palabras, no la contemples con unos ojos como platos cuando ella no te mire, y si lo hace, no escondas la cara. Cuando hables, pronuncia suavemente tus palabras y no te metas las manos en los bolsillos. Váyanse y distráela lo más agradablemente que puedas.

Siguió con la mirada a la pareja que pasaba frente a la ventana. Earnshaw parecía despreocuparse completamente de su compañera. Contemplaba con la atención de un forastero o de un artista. el paisaje que, sin embargo, tan familiar le resultaba.

Catalina le echó una rápida ojeada carente de admiración. Luego de lo cual, empezó a buscar entretenimientos para ella sola y partió bailando alegremente, reemplazando la charla por una canción.

—Le he anudado la lengua — hizo notar Heathcliff. — No se atreverá a pronunciar una sola palabra durante todo el paseo. Nelly, ¿se acuerda usted de mí a su edad... no, algunos años más joven? ¿Tenía un aspecto tan estúpido, tan de patán, como dice José?

—Peor — repuse, — porque además poseía un carácter sombrío.

—Me causa placer verlo — prosiguió Heathcliff, pensando en voz alta. — Ha colmado mis esperanzas. Si hubiese sido idiota de nacimiento, mi satisfacción habría mermado en la mitad. Pero no lo es y puedo comprender todos los sentimientos que experimenta, puesto que yo mismo los experimenté, antaño. Por lo tanto, mido exactamente sus sufrimientos de este instante... ¡y este no es más que el comienzo de los mismos, sin embargo! Nunca podrá salir de su pozo de grosería e ignorancia. Lo conseguí todo más rápidamente que su bribón de padre conmigo y también lo hundí más bajo, porque se envanece de su embrutecimiento. Le enseñé a despreciar como nimiedades o signos de impotencia, todo lo que no es puramente animal. ¿No cree usted que Hindley estaría orgulloso de su hijo, si lo viese? Casi tanto como yo lo estoy del mío. Pero existe esta diferencia: el uno es un lingote de oro rebajado a un uso vil, y el otro, latón lustrado para que imite la plata. El mío no tiene ningún valor intrínseco; sin embargo, me habrá cabido el mérito de obtener de él, todo lo que tan pobre cosa puede producir. El suyo, tenía cualidades preciosas, y las mismas han sido arruinadas, convertidas

en algo peor que estériles, en nefastas. Nada tengo que lamentar, en tanto que él tendría todas las razones del mundo para hacerlo. Y lo admirable, es que Hareton siente por mí un obstinado afecto. Convendrá usted conmigo, que en eso he derrotado a Hindley. Si el miserable difunto se levantase de su tumba y viniera a pedirme cuenta de los vicios de su retoño, experimentaría la alegría de ver al dicho retoño empujarlo nuevamente debajo de la losa, indignado ante el hecho de que alguien se hubiese atrevido a atacar al único amigo que tiene en el mundo...

Esa idea provocó en Heathcliff una satánica carcajada. Nada contesté, pues me di cuenta de que no aguardaba respuesta alguna. Mientras tanto, nuestro joven compañero, que se encontraba demasiado lejos para oír nuestras palabras, empezó a agitarse. Se arrepentía, sin duda, de haber perdido aquella oportunidad de estar junto a Catalina, por temor de sufrir una pequeña fatiga.

Su padre notó las miradas que dirigía a la ventana y la mano que avanzaba tímidamente del lado del sombrero.

—¡Levántate, haragán! — gritó, con fingida jovialidad. — ¡Vé a reunirte con ellos! Están en la esquina de la casa, junto al colmenar.

Linton, haciendo acopio de energías, se apartó de la chimenea.

La ventana estaba abierta y en el momento en que salía, oí que Catalina preguntaba a su poco sociable compañero qué quería decir la inscripción grabada encima de la puerta.

Hareton miró hacia arriba y se rascó la cabeza con un verdadero gesto de payaso.

—Es una de esas malditas cosas escritas — repuso. — No puedo leerla.

—¿Que no puede leerla, dice? — exclamó Catalina. — Pues yo puedo; está en inglés. Pero quiero saber por qué está allí.

Linton rió sarcásticamente. Era aquella la primera muestra de alegría que daba.

—No conoce el abecedario — dijo a su prima. — ¿Se imaginó alguna vez que pudiese existir en el mundo semejante borrico?

—¿Es completamente como se debe ser — inquirió Catalina seriamente, — o un simple de espíritu, un anormal? Acabo de formularle dos preguntas, y las dos veces adoptó un aire de estupidez tal, que creí que no me había comprendido.

—En lo que a mí respecta, puedo asegurar que apenasú si lo comprendo.

Linton se echó nuevamente a reir y miró a Hareton con ojos de burla. El patán no parecía, en ese momento, estar del todo desprovisto de comprensión.

—¿No es más que pereza, Earnshaw, verdad? — dijo Linton. — Mi prima cree que es usted un idiota. He aquí a donde conduce su desprecio por "lo que se encuentra en los libracos", como usted dice. Catalina, ¿advirtió su horrible acento campesino?

—¡Dime, pues, para qué diablos es útil lo que está en los libros! — refunfuñó Hareton, respondiendo con más facilidad a su compañero de todos los días.

Iba a proseguir, pero los dos cómplices estallaron en una ruidosa carcajada. Mi alocada jovencita se hallaba encantada de descubrir un pasatiempo en esa extraña pronunciación.

—¿Y cuál es la utilidad del diablo, en esa frase? — inquirió Linton con sarcástico acento. — Papá le ha dicho que no dijese malas palabras y usted no puede abrir la boca sin soltar alguna. ¡Veamos! ¡Trate de ser un muchacho bien educado!

—¡Si no fueses más una mujercita que un varón, te tiraría al suelo en un periquete! ¡Sí que lo haría, monigote canijo! — replicó el palurdo, encolerizado.

Y se retiró, con el rostro del color de la grana debido a la ira y a la indignación, porque, aunque se daba cuenta del insulto, no sabía cómo vengarse.

El señor Heathcliff había oído tan bien como yo aquel diálogo y sonrió al verlo alejarse. Pero, inmediatamente después, echó una mirada de odio sobre la alegre pareja que seguía charlando frente a la puerta.

El joven, en efecto, se animó burlándose de los defectos y los yerros de Hareton y refiriendo anécdotas sobre su modo de ser. Y la chica paladeaba esa cruel malevolencia, sin pensar en la pobre naturaleza que lo misma revelaba. Empecé a detestar a Linton más que a deplorar su suerte y disculpé a su padre, en cierto modo, por sentir tan escasa estima hacia él.

Nos quedamos hasta pasado mediodía. No pude llevarme antes a Cata. Por suerte, mi amo no había salido de sus aposentos, gracias a lo cual no se enteró de nuestra prolongada ausencia. Mientras regresábamos a la casa, habría abierto de buen grado los ojos, a mi protegida, sobre las peculiaridades

de las personas que acabábamos de ver, pero la chica se había empecinado en que yo estaba en contra de las mismas.

—¡Ah! ¡ah! Nelly — exclamó. — ¡Usted es partidaria de papá! Es parcial, lo sé. De lo contrario, no me habrían engañado durante años diciéndome que Linton vivía lejos de Thrasheross Grange. Estoy muy encolerizada por eso, pero como el placer experimentado ha sido muy grande, no lo denuestro. ¡Pero cuide su lengua en lo que concierne al señor Heathcliff! ¡Recuerde que es mi tío! Además, regañaré a papá por haberse querellado con él.

Siguió hablando en ese tono durante un buen rato y tuve que renunciar a convencerla de su error. No habló de su visita aquella tarde, porque no vió al señor Linton. Pero, al siguiente día, todo se descubrió, para mayor desgracia mía. Sin embargo, no lo lamenté enteramente. Me dije que el cuidado de guiarla y de ponerla en guardia sería más eficazmente asumido por su padre, que por mí. Mas el señor Linton esgrimió argumentos demasiado débiles cuando expresó el deseo de que evitara toda relación con los habitantes de Cumbres Borrascosas. Ahora bien, Catalina recurría a buenas razones cuando algún obstáculo se oponía a su voluntad de niña mimada.

—¡Papá! — exclamó, inmediatamente después de desearle los buenos días; — ¿Adivine a quién vi ayer, paseándome por la landa? ¡Ah! papá, ¡conque se sobresalta usted! No ha procedido bien, ¿eh? He visto... pero, escuche cómo lo he descubierto todo... ¡Me duele pensar que Nelly estaba coaligada con usted, y fingía lamentar mi suerte, cuando yo seguía esperando el regreso de Linton, en mi inmensa decepción!

Hizo un exacto relato de su paseo y de sus consecuencias; mi amo, mientras me echaba más de una reprobadora mirada, nada dijo hasta el final de la historia. Cuando ello ocurrió, la atrajo hacia sí y le preguntó si sabía por qué le había ocultado la presencia de Linton en la vecindad. ¿Suponía, acaso, que era para negarle un placer que habría podido gustar impunemente?

—Porque no quería usted al señor Heathcliff — repuso la jovencita.

—¿Supones, entonces, que me preocupo más de mis propios sentimientos, que de los tuyos? No, no era porque no quería al señor Heathcliff, sino porque el señor Heathcliff no me quería a mí. Y ese hombre diabólico halla un placer

en confundir y en despreciar a los que odia, desde que se le brinda la mínima oportunidad de hacerlo. Sabía qué no podías relacionarte con tu primo sin encontrarte con él y sabía, también, que por mi causa, Heathcliff te detestaría. Por eso, por tu bien y por nada más, te impedí volver a ver a Linton. Tenía la intención de explicarte esto algún día, cuando fueses mayor y lamento haber demorado en hacerlo.

—Pero, ¡el señor Heathcliff se mostró muy amable conmigo, papá! — repuso Catalina, en modo alguno convencida. — No se opone en absoluto a que nos veamos. Dijo, únicamente, que era preferible ocultárselo a usted porque había disputado con él, y no le perdonaba el haberse casado con la tía Isabel. Tiene razón y usted no la tiene. Por lo menos, él desearía que Linton y yo fuésemos amigos, y usted no lo quiere.

Mi amo, viendo que la chica se negaba a creer en los malos sentimientos de su tío, le refirió en pocas palabras cómo había obrado el mismo para con Isabel, apropiándose de Cumbres Borrascosas. Ese tema le resultaba penoso, porque aun cuando pocas veces lo tocaba, el horror y el odio que le inspiraba su antiguo enemigo no había disminuído desde la muerte de la señora Linton.

"Sin él — se repetía tristemente, — quizá estuviese viva aún".

Heathcliff, a sus ojos, había sido un asesino.

La señorita Cata que, en lo que a malas acciones se refería, tenía únicamente la experiencia de sus pequeños pecados de desobediencia, de mentira o de cólera, debidos todos a su carácter vivaz y atropellado, y de los cuales se arrepentía el día mismo en que los cometía, se sentía estupefacta ante ese sombrío espíritu capaz de alentar en secreto, durante años, una idea de venganza, y de proseguir tranquilamente sus planes, sin sentirse acosado por los remordimientos. Pareció tan profundamente conmovida e indignada por ese nuevo aspecto de la naturaleza humana, ausente hasta ese instante de su campo de observación, que el señor Edgar consideró inútil seguir desarrollando el tema. Sencillamente, añadió:

—Ya sabes, ahora, querida, por qué deseaba que evitases su casa y la relación de las personas que lo rodean. Vuelve, pues, a tus ocupaciones habituales, diviértete y no pienses más en eso.

Catalina besó a su padre y se puso tranquilamente a estudiar sus lecciones durante dos horas, de acuerdo con el plan

establecido. Luego lo acompañó por la propiedad y el día transcurrió como de costumbre. Pero por la noche, cuando subí a su habitación para ayudarla a desvertirse, la encontré llorando, de rodillas junto a su cama.

—¡Oh! ¡pequeña tonta! — exclamé. — Si tuviese usted una verdadera razón para apenarse, vergüenza le daría derrochar sus lágrimas por una tan nimia contrariedad. Jamás tuvo usted ni la sombra de un pesar verdadero, señorita Catalina. Suponga, sólo por un instante, que el amo y yo estuviésemos muertos y se quedase sin nadie en el mundo. ¿Qué experimentaría, entonces? Compare el caso presente con una aflicción de esa índole y agradezca al cielo por los amigos que tiene, en lugar de desear otros.

—No lloro por mí, Nelly — repuso Cata, — sino por él. Esperaba verme nuevamente mañana y sufrirá, en cambio, una terrible decepción. ¡Me esperará y yo no iré!

—¡Qué tontería! — dije. — ¡Como si hubiese pensado tanto en Cata, como Cata en él! Nadie lloraría ante la idea de perder a un primo al que apenas si entrevió en dos ocasiones. Linton adivinará de qué se trata y no se ocupará más de usted.

—Pero, ¿no puedo escribirle una esquelita para decirle que me es imposible ir? — preguntó, incorporándose. — ¿Y enviarle también unos libros que prometí prestarle? Los suyos no son tan bonitos como los míos y cuando le dije lo interesantes que eran, sintió grandes deseos de leerlos. ¿Puedo, Nelly?

—¡No, no! ¡En absoluto! — repliqué, con decisión. — Linton le contestaría y eso no se terminaría más. No, señorita Catalina, las relaciones deben cesar completamente; su padre lo exige y yo cuidaré de que así sea.

—Pero, ¿como una simple esquelita?... — protestó, adoptando una actitud de imploración.

—¡Cállese! — interrumpí. — No volvamos a empezar con sus esquelitas. ¡Métase en la cama!

Me dirigió una mirada tan irritada que, al principio, no quise besarla en el momento de desearle las buenas noches. La arropé y cerré la puerta, muy descontenta; pero, cambiando de idea a mitad camino, volví suavemente sobre mis pasos y, ¿lo creerá usted?... mi buena señorita estaba instalada a su mesa, con una hoja de blanco papel frente a ella y una pluma en la mano, que hizo desaparecer con aire culpable a mi llegada.

—No hallaría usted a nadie que llevara esa carta, si la escribiese, Catalina — dije. — Y ahora, voy a apagar su bujía.

Coloqué el casquete sobre la llama y al mismo tiempo recibí un mojicón en la mano, acompañado de la impertinente exclamación:

—¡Desalmada criatura!

Me alejé nuevamente y Cata corrió el cerrojo, en uno de sus peores accesos de malhumor.

La carta fué escrita y entregada a su destinatario por un lechero que venía de la aldea, pero yo no lo supe hasta algún tiempo después. Transcurrieron las semanas y Cata volvió a recobrar su alegría. Sin embargo, gustaba de irse furtivamente a un rincón cualquiera y permanecer allí completamente sola. A menudo, me acercaba bruscamente mientras leía. La chica se estremecía y se inclinaba sobre su libro, cosa que no me impedía distinguir, entre las páginas, hojas sueltas de papel. Tomó también la costumbre de bajar muy temprano, por la mañana, y de permanecer largo rato junto a la cocina, como si aguardase la llegada de alguien o de algo. Finalmente, había en el "secrétaire" de la biblioteca un cajoncito frente al cual jugaba durante horas y cuya llave se cuidaba de quitar, cuando se marchaba.

Un día, mientras Cata arreglaba ese cajón, advertí que los juguetes y menudas reliquias que en él había guardado hasta entonces, se habían transformado en dobladas hojas.

Se despertaron mi curiosidad y mis sospechas. Decidí echar una ojeada sobre esos misteriosos tesoros y por la noche, cuando mi amo y ella se encontraban arriba, busqué y hallé rápidamente, en mi llavero, la llave que podía convenir a esa cerradura. Abierto que hube el cajón, volqué todo su contenido en mi delantal y lo llevé a mi habitación, para examinarlo.

Aunque tenía algo más que sospechas, mucho me sorprendió descubrir una extensa correspondencia, casi diaria, al parecer, entre Linton Heathcliff y Cata. La primera era una carta breve y torpe, pero, poco a poco, las otras se iban convirtiendo en epístolas amorosas, exuberantes y desordenadas, como es muy natural a la edad de su autor, brindando aquí y allá, sin embargo, ciertos toques que supuse obra de una mano más experimentada.

Algunas de aquellas cartas me extrañaron por su singular mezcla de ardor y simpleza. Empezaban expresando sentimientos muy fuertes y terminaban en el prolijo y afectado

estilo que podría gastarse cualquier estudiante con una imaginaria bienamada. No sé si conformaban a Cata, pero a mí me parecieron carentes de todo valor. Luego de recorrer tantas como consideré necesario, las reuní en un pañuelo, las puse de lado y volví a cerrar el cajón vacío.

De acuerdo con su costumbre, mi joven ama descendió temprano al siguiente día y se encaminó a la cocina. La vi acechar en la puerta la llegada de cierto muchachito. Mientras éste hacía llenar su cántaro de leche por la moza de granja, Cata le metía algo en el bolsillo de la blusa y extraía de allí otra cosa. Dí la vuelta por el jardín y aguardé al mensajero. Este luchó como un bravo para defender su bien y la leche se derramó entre nosotros. Logré, sin embargo, sustraer la epístola y amenazándolo con serias consecuencias si no se apresuraba a librar el campo de su presencia, me quedé detrás del muro, leyendo la tierna composición de la señorita Cata. Era más sencilla y más elocuente que las de su primo, muy fina y muy tonta, a la vez. Sacudí la cabeza y volví a la casa reflexionando. El día era lluvioso, Cata no podía distraerse vagabundeando por el parque y luego de sus estudios matinales, recurrió al cajón consolador. Su padre leía junto a la mesa y yo había hallado, de intento, algunos flecos que coser en la cortina de la ventana. No le quitaba los ojos de encima.

Jamás un pájaro, hallando completamente vacío el nido que dejara lleno de vida y de aliento, expresó tanta desesperación con sus angustiados gritos y sus aleteos, que mi joven ama con su simple "¡Oh!" y el cambio que alteró su rostro, tan dichoso un instante antes.

El señor Linton alzó la mirada.

—¿Qué pasa, querida? ¿Te has lastimado? — preguntó.

El tono con que fueron pronunciadas estas palabras y la mirada que las acompañó, probaron a Cata que no era él quien había descubierto su tesoro.

—No, papá — dijo con apagada voz. — ¡Nelly! ¡Nelly! suba conmigo... no me siento bien.

Obedecí a su llamado y la seguí hasta fuera de la habitación.

—¡Oh! Nelly, usted las tomó — empezó a decir apenas estuvimos solas, cayendo de hinojos. — ¡Oh! devuélvamelas, que nunca más volveré a hacerlo... No se lo diga a papá. ¿No se lo contó, Nelly? ¡Diga que no lo ha hecho! ¡He procedido muy mal, pero esto no volverá a repetirse!

Conservando mi serenidad le ordené que se incorporase.

—¡Pues bien! señorita Catalina — exclamé, — ¡va usted por un excelente camino! Debería avergonzarse por esas cartas. ¡Qué bonito montón de tonterías estudiaba en sus momentos de ocio! ¡Realmente, son dignas de ser impresas! Y, a su juicio, ¿qué le parece que pensará el amo cuando se las coloque debajo de los ojos? No lo he hecho aún, pero no se vaya a creer que guardaré para mí sola sus ridículos secretos. ¡Qué cosa más indigna! ¡Y ha de haber sido usted la primera en escribir semejantes pamplinas! Linton, estoy segura, no habría pensado en ello.

—¡No he sido yo! ¡No he sido yo! — sollozó Cata, a punto de desmayarse. — No pensé en amarlo hasta que...

—¡En amarlo! — repetí con todo el desprecio que pude hallar. — ¡En amarlo! ¿Habráse oído jamás nada por el estilo? También podría decir yo que amo al molinero que viene una vez por año a comprar nuestro trigo. ¡Bonito amor, en verdad! ¡en dos veces, vió usted a Linton durante cuatro horas, y nada más! En cuanto a esas infantiles estupideces, las llevaré a la biblioteca y ya veremos qué opina su padre de semejante amor.

Saltó hacia sus preciosas cartas, pero yo las mantenía en alto. Empezó, entonces, a suplicarme desesperadamente que las quemase... que hiciese con ellas lo que quisiera, con tal de que su padre no las viese. Y yo, que me sentía con tantas ganas de reir como de refunfuñar, pues consideraba todo aquello como una ligereza de chiquilla, acabé por ceder, hasta cierto punto, preguntando:

—Si consiento en quemarlas, ¿me promete usted, con toda sinceridad, no enviar ni recibir carta alguna, ningún libro — porque también descubrí que le ha mandado — así como tampoco rizos, sortijas o juguetes?

—¡No nos enviamos juguetes! — exclamó Catalina, cuyo orgullo era más fuerte que su confusión.

—Bueno, absolutamente nada, señorita. De lo contrario, iré a ver a su padre de inmediato.

—¡Se lo prometo, Nelly! — gritó la jovencita, aferrándose a mi falda. — ¡Oh! ¡por favor, arrójelas al fuego! ¡Se lo pido por lo que más quiera!

Pero, cuando empecé a remover las brasas del hogar con el atizador, el sacrificio se hizo demasiado penoso. Cata me suplicó que salvara del fuego una o dos.

—¡Una o dos, Nelly, que guardaré como recuerdo de Linton!

Desanudé el pañuelo y empecé a hacerlas deslizar. La llama se elevó a lo largo de la chimenea.

—¡Conservaré una, odiosa mujer! — chilló, metiendo la mano en el fuego y retirando, sin preocuparse por sus dedos, algunos fragmentos semi consumidos.

—Muy bien... pero yo conservaré otras que mostraré a su padre — repuse, anudando nuevamente el pañuelo y dirigiéndome a la puerta.

Arrojó su ennegrecido botín entre las llamas y me hizo señas de que terminara el sacrificio.

Así fué hecho.

Removí luego las cenizas y las enterré debajo de una palada de carbón. Y Cata, sin pronunciar una palabra, con el sentimiento de una profunda herida, se retiró a su habitación.

Descendí para comunicar a mi amo que el malestar de la señorita ya había pasado, casi, pero que consideraba preferible que permaneciese recostada un rato. Catalina no quiso almorzar pero apareció a la hora del te, muy pálida, con los ojos colorados y admirablemente sumisa, en apariencia.

Al siguiente día por la mañana contesté a la carta con una esquelita así concebida: "Se ruega al señor Heathcliff no enviar más cartas a la señorita Linton, porque la misma no las recibirá".

Y, a partir de ese día, el muchachito llegó con los bolsillos vacíos.

CAPITULO XXII

Terminó el verano, siendo reemplazado por un precoz otoño. Había pasado la fiesta de San Miguel, pero la cosecha fué tardía ese año y algunos de nuestros campos todavía no estaban segados. El señor Linton y su hija iban a menudo a contemplar el trabajo de los segadores. Asistían al almacenamiento de las últimas gavillas y se quedaban en el campo hasta las primeras horas de la noche. Y como las tardes eran frescas y húmedas, mi amo fué atacado por un romadizo que le interesó los bronquios y lo retuvo en la casa durante todo el invierno, casi sin interrupción.

La pobre Cata, que experimentó una verdadera conmoción con su pequeño romance, se entristeció considerablemente desde que tuvo que renunciar al mismo, a tal punto que su padre insistió para que leyera menos e hiciera más ejercicio. Como él no podía acompañarla, consideré un deber reempla-

zarlo, en lo posible. Débil compensación, porque no disponía, para seguirla, más que de dos o tres horas, entre las numerosas ocupaciones de mis jornadas. Por otra parte, era evidente que mi compañía era menos agradable que la otra.

Un tarde de octubre, o de los primeros días de noviembre — tardes frescas y lluviosas, en que las hojas muertas, impregnadas de agua, se estremecían sobre la hierba y en los senderos; en que el cielo azul estaba casi oculto por las bandas grises y oscuras de las nubes que se acumulaban al oeste, como un presagio de abundante lluvia — pedí a mi joven ama que renunciase a su salida, que seguramente se vería perjudicada por los chaparrones. Cata se negó. Me puse de mala gana un abrigo y tomé mi paraguas apra acompañarla hasta el extremo del parque. Siempre se encaminaba hacia ese lado cuando se sentía preocupada por alguna agravación en el estado del señor Edgar, cosa que él nunca confesaba, pero que adivinábamos, Catalina y yo, en sus silencios más frecuentes y en su fisonomía más triste.

La chica caminaba melancólicamente, sin correr ni brincar, aunque el aire glacial era como para incitar al movimiento. A menudo, con el rabillo del ojo, la veía que alzaba una mano y enjugaba algo en su mejilla.

Busqué a mi alrededor cualquier cosa que pudiese distraerla de sus pensamientos. A un costado de la carretera había un elevado talud en el que crecían, a la buena de Dios, con las raíces casi a flor de tierra, algunos achaparrados avellanos y encinas. El suelo era demasiado blando para estas últimas, y la violencia del viento: haba acostado a varias, casi horizontalmente.

En verano, la señorita Catalina gustaba de trepar por los troncos de esos árboles. Se sentaba entre las ramas, balanceándose a veinte pies del suelo. Yo, aunque sintiéndome feliz ante su habilidad y sus alegres travesuras, juzgaba conveniente, sin embargo, regañarla cada vez que la sorprendía en esos juegos. Pero lo hacía en una forma tan suave, que Cata no consideraba necesario descender. Desde la hora del almuerzo hasta la del te, permanecía en esa cuna que oscilaba bajo la brisa. No hacía más que entonar viejas canciones — todo mi repertorio de nodriza — o mirar a los pájaros, sus más cercanos compañeros, dar la pitanza o lecciones de vuelo a sus pequeñuelos; o soñar, simplemente, sobre sí misma, con los ojos cerrados, más dichosa de lo que podrían explicarlo las palabras.

—¡Mire, señorita! — exclamé, designando un hueco en las raíces de un árbol torcido. — El invierno aun no ha llegado. Vea, allí en el fondo, esa florecilla, último botón de las campánulas que, en julio, tapizaban de lila las cuestas cubiertas de césped. ¿No quiere usted trepar para arrancarla y llevársela a su padre?

Catalina miró largamente la flor solitaria, que temblaba en su abrigo y repuso, al fin:

—No, no la tocaré. Pero, parece muy melancólica, ¿no es verdad, Nelly?

—Sí — dije, — casi tan débil y digna de lástima como usted. Sus mejillas no tienen ni una sola gota de sangre. Deme la mano y echemos a correr. Está usted tan decaída, hoy, que estoy segura de ganarle.

—No — dijo Cata nuevamente.

Siguió andando negligentemente, deteniéndose, a veces, para soñar ante un poco de musgo, una mata de amarillenta hierba o un hongo, que se destacaba con su anaranjado fulgor, entre la capa de parduzcas hojas. Y, a cada instante, su mano iba hacia su rostro, que volvía furtivamente.

—Catalina, amor mío, ¿por qué llora usted? — pregunté, acercándome y poniendo mi brazo en torno de sus hombros. — No está bien llorar porque su padre sufra de un romadizo. Dé gracias al cielo de que no sea algo más grave.

Ya no trataba de contener su llanto y su respiración era entrecortada por los sollozos.

—¡Oh! ha de ser algo más grave — dijo. — ¿Y qué será de mí, cuando papá y usted me hayan abandonado, dejándome completamente sola? No quiero olvidar sus palabras, Nelly, esas palabras, que zumban aún en mis oídos. ¡Qué distinta será la vida, cuán lúgubre será el mundo, cuando papá y usted hayan muerto!

— Nadie puede saber si no morirá usted antes — repuse. — No está bien eso de pensar en catástrofes. Es preciso esperar que transcurrirán años y más años antes de que desaparezca ninguno de nosotros. El amo es joven; en lo que a mí se refiere, soy robusta y apenas si tengo cuarenta y cinco años. Mi madre llegó a los ochenta, conservando todas sus facultades hasta el postrer minuto de su existencia. Suponga, únicamente, que el señor Linton llegue a los sesenta, y eso significará ya, más años de los que hasta ahora ha vivido usted, señorita. ¿No sería absurdo lamentarse por una calamidad, más de veinte años antes de que ocurra?

—Pero, tía Isabel era más joven que papá — hizo notar la niña, alzando los ojos, con la esperanza de que la alentaran nuevamente.

—Su tía Isabel no nos tenía a las dos para que la cuidásemos — dije. — Estaba muy lejos de ser tan dichosa como el amo y no poseía tantas razones para amar a la vida. Confórmese con cuidar bien a su padre, con distraerlo demostrándole alegría y con evitarle la menor inquietud, bajo ningún pretexto. ¡Acuérdese de esto, Cata! No debo ocultárselo: podría matarlo con caprichos e inconsecuencias, y si continúa alentando un loco y quimérico afecto por el hijo de alguien que sería feliz si lo viese en la tumba. También sería la muerte del señor Linton el darse cuenta de que está usted perturbada por la separación que él consideró conveniente ordenar.

—Nada en el mundo puede perturbarme, salvo la enfermedad de papá — repuso mi compañera. — Nada cuenta, tratándose de él. Y nunca... nunca... ¡oh! nunca, mientras goce de todos mis sentidos, haré nada o pronunciaré alguna palabra que lo contraríe. Lo amo más que a mí misma, Nelly, y lo sé por esto: todas las noches ruego a Dios que me permita sobrevivirlo, porque prefiero ser desdichada yo, antes de que lo sea él Esto prueba de que lo amo más que nadie.

—Buenas palabras — dije. — Pero es preciso probarlas con actos. Cuando se restablezca, no olvide las resoluciones adoptadas en las horas de peligro.

Mientras hablábamos, llegamos junto a una puerta que se abría sobre la carretera. Mi joven señorita, en un brusco acceso de alegría, trepó de un salto sobre el muro, para arrancar algunas bayas escarlatas de las más elevadas ramas de los rosales silvestres que daban sombra al camino. Los frutos de las ramas inferiores habían desaparecido y únicamente los pájaros y Cata, en la posición que ocupaba, podían llegar a las otras. Alzándose para alcanzarlas, su sombrero cayó del otro lado. Como la puerta estaba cerrada, propuso dejarse deslizar hasta el suelo para ir en su busca. Le recomendé que se mostrase muy prudente, que tuviese cuidado de no caerse y la chica desapareció ágilmente.

Pero la vuelta no fué tan fácil. Las piedras eran lisas y estaban unidas estrechamente; ni los rosales silvestres, ni las dispersas ramas de las zarzas, podrían servir de punto de apoyo para subir nuevamente. Yo, como una tonta, me dí cuenta de eso sólo al oirla gritar, en medio de una carcajada:

—Nelly, tendrá usted que ir a buscar la llave, pues de lo

contrario deberá dar la vuelta por la casa del guardián. ¡No puedo escalar esta muralla!

—Quédese donde está — contesté. — Tengo el llavero en el bolsillo y tal vez pueda abrir. Si no lo consigo, iré a buscar la llave.

Catalina empezó a bailar frente la puerta, mientras yo probaba sucesivamente todas las llaves grandes. Al llegar a la última, me dí cuenta de que ninguna servía. Entonces, recomendándole nuevamente que no se moviera de donde estaba, me dispuse a correr hasta la casa, cuando un ruido, cada vez más distinto, me detuvo.

Era el trote de un caballo. También la danza de Catalina cesó.

—¿Quién es? — murmuré.

—Nelly, ¡cuánto desearía que se abriese la puerta! — me contestó mi compañera en el mismo tono ansioso.

—¡Oh! señorita Linton — exclamó la grave voz del jinete. — ¡Encantado de verla! No se vaya, que debo pedirle una explicación.

—No hablaré con usted, señor Heathcliff — respondió Catalina. — Papá dice que es usted un hombre malo y que nos detesta á los dos. Nelly, además, asegura otro tanto.

—Nada tiene que ver eso con lo que voy a decirle — dijo Heathcliff. — No detesto a mi hijo, que yo sepa, y es a su respecto que le pido que me escuche. Sí, es muy natural que se ruborice. ¿No tenía usted la costumbre, hace dos o tres meses de escribir a Linton? Jugaba al gran amor, ¿eh? ¡Ambos merecen un par de latigazos, por eso! Usted especialmente, la mayor y la menos sensible, al parecer. Tengo sus cartas en mis manos y a la primera insolencia, se las envío a su padre. Supongo que se cansó de su pasatiempo y que renunció al mismo, ¿verdad? ¡Pues bien! al propio tiempo, sumió a Linton en un abismo de desesperación. Mi hijo se había tomado las cosas en serio y la amaba realmente. Tan cierto como existo, se está muriendo por usted. Languidece a causa de su liviandad, y no en sentido figurado, sino tal como suena. Aunque Hareton, desde hace seis semanas, lo abruma con sus sarcasmos y yo mismo, adoptando las más serias medidas, traté de abrirle los ojos sobre los peligros que entrañaba su tonta conducta, su estado empeora día a día. ¡Y estará bajo tierra antes del verano, a menos que no le devuelva usted la vida!

—¿Cómo puede usted engañar tan abiertamente a esa po-

bre chica? — grité, desde el otro lado del muro. — Prosiga su paseo, se lo ruego. ¡Qué audacia inventar deliberadamente semejantes historias! Señorita Cata, voy a hacer saltar la cerradura, de la puerta a pedradas. No crea esa indigna patraña. Usted misma puede juzgar si es posible morir de amor por una persona desconocida.

—No sabía que existiesen espías en las inmediaciones — murmuró el miserable, sintiéndose descubierto. — Digna señora Dean, la aprecio a usted mucho, pero no así su doble juego — añadió en alta voz. — ¿Cómo pudo usted mentir tan abiertamente, afirmando a esta pobre niña que yo la detestaba? ¿E inventar historias de aparecidos para infundirle el terror de mi mansión? Catalina Linton — me resulta agradable pronunciar este nombre — bonita mía, estaré ausente de mi casa durante toda la semana. Vaya a ver si es cierto lo que le digo, vaya a verlo, ángel querido. Imagínese a su padre en mi lugar y a Linton en el suyo, y piense cuán indiferente le parecería su enamorado si se negase a dar un paso para consolarla, aun cuando se lo suplicara su padre. Juro sobre mi cabeza que marcha a pasos gigantescos hacia la tumba y que sólo usted puede salvarlo.

Cedió el cerrojo y me mostré.

—¡Juro que Linton se muere! — repitió Heathcliff, mirándome con dureza. — La pena y la decepción precipitan su fin. Nelly, si no la deja usted ir, vaya personalmente, al menos. No regresaré a Cumbres Borrascosas antes de ocho días y creo que su propio amo no se opondrá en absoluto a que Catalina fuese a ver a su primo.

—Venga — dije, tomando a Cata por el brazo y obligándola, casi, a entrar.

La chica titubeaba, en efecto, y contemplaba con ojos de duda la expresión de su interlocutor, demasiado dura para no revelar algo de su duplicidad.

Acercó su caballo a nosotras y añadió, inclinándose:

—Señorita Catalina, he de confesarle que tengo muy poca paciencia con Linton. Hareton y José tienen todavía menos que yo. Reconozco que vive en un círculo severo. Aspira a la gentileza, tanto como a un sentimiento amoroso y una palabra tierna sería el mejor remedio para su mal. No escuche las opiniones de la insensible señora Dean, sea generosa y haga de modo que pueda verlo. Sueña con usted día y noche y vive pensando que usted lo odia, puesto que no le escribe, ni va a verlo.

Cerré la puerta y tranqué con una piedra el arrancado pestillo. Luego abrí mi paraguas y atraje a mi lado a Cata, porque empezaba a caer la lluvia por entre las ruidosas ramas de los árboles, advirtiéndonos que no debíamos demorarnos. Nuestra prisa impidió todo comentario sobre el encuentro con Heathcliff, durante el trayecto de regreso a la casa, pero adiviné instintivamente que el corazón de Catalina estaba a la sazón doblemente afligido. Su rostro se hallaba tan triste, que no parecía el mismo. La chica, evidentemente, consideraba real todo lo que acababa de oír.

El amo se había retirado a descansar poco antes de nuestra llegada. Cata penetró furtivamente en su habitación, para enterarse de cómo estaba. El señor Edgar se había dormido. La niña volvió y me rogó que la acompañase hasta la biblioteca.

Tomamos el te juntas y luego se echó sobre la alfombra y me dijo que no la hablara, porque se sentía fatigada. Tomé un libro y simulé leer. Apenas me creyó absorta en mi ocupación, empezó a llorar silenciosamente. Al parecer, aquélla era la mejor diversión que había descubierto, de un tiempo a esa parte. Me burlé de ella, ridiculizando todas las afirmaciones del señor Heathcliff a propósito de su hijo, como si estuviese segura de que Cata opinaría como yo. Pero, ¡ay!, no fuí lo suficientemente hábil para borrar la impresión que su relato produjo en ella y que era, exactamente, lo que el amo de Cumbres Borrascosas esperaba.

—Acaso tenga usted razón, Nelly — repuso la niña, — pero no me quedaré tranquila hasta que sepa lo qué ocurre. Es preciso que diga a Linton que no es culpa mía si no escribo más y que lo persuada de que no cambiaré.

¿De qué habrían servido la cólera y las protestas contra esa tonta credulidad? Nos separamos aquella noche como dos enemigas. Pero, el siguiente día, me vió sobre el camino de Cumbres Borrascosas, junto al "poney" de mi joven ama, tan obstinada.

No podía soportar verla apenada y cedí, con la débil esperanza de que el propio Linton nos probaría, por la forma en que nos recibiese, hasta qué punto carecía de fundamento toda esa historia.

CAPITULO XXIII

Las lluvias de la noche fueron el origen de una mañana brumosa — entre el helado rocío y la llovizna — y accidentales arroyos, cuyo gorjeo descendía desde las alturas, atravesaban nuestra senda. Tenía los pies empapados y estaba de mal humor y fatigada, condiciones que me hacían sentir más vivamente aún esas cosas desagradables. Penetramos en la granja por la cocina, a fin de asegurarnos de que el señor Heathcliff se hallaba realmente ausente, porque yo concedía muy poca fe a sus afirmaciones.

José se encontraba solo y con su corta pipa culotada en la boca, parecía instalado en medio del Paraíso, entre un fuego sonoro y una mesa provista de una pinta de cerveza y de los restos de una torta al horno. Catalina se precipitó a la chimenea, para entrar en calor. Pregunté si estaba el amo. Mi pregunta quedó sin respuesta durante tanto tiempo, que creí que el viejo se había vuelto sordo, por cuya razón la repetí en voz más alta.

—No.. no... — dijo, con un gruñido, o mejor dicho, con un sonido que descendía de la nariz. — No... no... Preciso será que vuelvan por donde han venido.

—¡José! — gritó, al mismo tiempo que yo, una voz áspera, desde el interior. — ¿Cuántas veces tendré que llamarlo? Aquí ya no quedan más que brasas. ¡José! Venga en seguida.

Vigorosas chupadas en su pipa y una resuelta mirada hacia la rejilla de la chimenea demostraron que su oído estaba muerto para ese llamado.

El ama de llaves y Hareton se hallaban ausentes, la una en sus compras y el otro en su trabajo, probablemente. Reconocimos la voz de Linton y entramos.

—¡Oh! deseo que se muera usted de frío en una buhardilla — dijo el joven, que confundió nuestros pasos con los de su indolente criado.

Calló al reconocer su error.

Su prima se precipitó hacia él.

—¿Es usted, señorita Linton? — dijo, alzando la cabeza del gran diván en el cual se hallaba recostado. — No... no me apriete demasiado fuerte, que me corta la respiración. ¡Dios mío! Papá me había dicho que vendría usted — prosi-

guió, reponiéndose poco a poco de los besos y abrazos de Catalina, que estaba junto a él con aire contrito. — ¿Quiere hacerme el favor de cerrar la puerta? La dejó usted abierta y esas horribles criaturas no quieren echar carbón al fuego. ¡Y hace tanto frío!

Removí las cenizas y fuí a buscar personalmente un balde de combustible.

El enfermo se quejó luego de que estaba cubierto de hollín, pero como tenía una tos agotadora y parecía afiebrado y débil, no lo vituperé por su evidente malhumor.

—¿Y bien, Linton? — murmuró Catalina, cuando el muchacho dejó de lamentarse. — ¿Está usted contento de verme? ¿Puedo serle de alguna utilidad?

—¿Por qué no vino usted antes? — preguntó. — Debió haberlo hecho, en lugar de escribir. Me fatigaba terriblemente tener que escribir esas largas cartas. Hubiese preferido hablarla, con mucho gusto. Ahora soy incapaz de hacerlo, incapaz de todo. Me pregunto dónde estará Zillah. Vaya a buscarla a la cocina, ¿quiere usted? — añadió, volviéndose hacia mí.

No me habían agradecido mi primera ayuda y con muy pocas ganas de corretear por doquier a sus órdenes, contesté:

—En la cocina no hay nadie, salvo José.

—¡Quiero beber! — exclamó, irritado y volviéndose de espaldas. — Desde que papá se ha marchado, Zillah no hace otra cosa que divertirse en Gimmerton. ¡Es espantoso! Y yo, me veo obligado a quedarme abajo.. porque han resuelto no oírme jamás, cuando estoy arriba.

—¿Tiene su padre atenciones con usted, señor Heathcliff? — pregunté, notando el poco éxito obtenido por las demostraciones de amistad de Catalina.

—¿Atenciones? Por lo menos, los obliga, a ellos, a tener un poco más — gritó. — ¡Qué miserables son! ¿Sabe usted, señorita Linton, que ese bruto de Hareton se atreve a burlarse de mí? ¡Lo odio! Por otra parte, los odio a todos, pues no son más que unos seres odiosos.

Cata fué en busca de un poco de agua; descubrió un cántaro en el aparador, llenó un vaso y se lo llevó. Linton le pidió que añadiera una cucharada de vino de una botella que estaba sobre la mesa. Luego, después de beber un minúsculo sorbo, pareció más tranquilo y le dijo a la niña que era muy buena.

—¿Está usted contento de verme? — inquirió nuevamente

Cata, feliz al ver dibujarse en el rostro del joven una pálida sonrisa.

—Sí, lo estoy. Es una cosa rara oír una voz como la suya. Pero, mucho me enfadé cuando no quiso usted venir más. Papá juraba que era por culpa mía y me trataba de pobre y lamentable criatura. Según él, usted me despreciaba, añadiendo que si hubiese estado en mi lugar, sería a estas horas el verdadero amo de Thusheross Grange, en vez de su padre. Mas usted no me desprecia, ¿no es verdad, señorita?

—Preferiría que me llamase Catalina, o Cata — interrumpió mi joven ama. — ¿Despreciarlo? ¡Oh! no. Lo prefiero a cualquier persona, en el mundo, después de papá y de Nelly. Pero no quiero al señor Heathcliff y no me atreveré a volver cuando él regrese. ¿Permanecerá ausente muchos días?

—No, su ausencia no será larga — repuso Linton. — Pero ahora que la caza ha comenzado, se pasea casi siempre por la landa, y usted podría pasar una o dos horas en mi compañía, mientras tanto. Diga que lo hará. Creo que no me mostraré muy irritable a su lado. Usted no me contrariará jamás y estará siempre dispuesta a acudir en mi ayuda, ¿verdad?

—Sí — dijo Catalina, acariciando sus largos y sedosos cabellos. — Si pudiese obtener la autorización de papá, pasaría la mitad de mi tiempo con usted. ¡Mi lindo Linton! Me gustaría que fuese hermano mío.

—Y en ese caso, me amaría tanto como a su padre — prosiguió más alegremente. — Pero papá dice que me querría más aún y más que a todo, en el mundo, si fuese mi esposa. Por lo tanto, esto es lo que preferiría.

—No, a nadie querré más que a papá — repuso gravemente Cata. — Además, a veces, los maridos y sus esposas se detestan entre sí, cosa que nunca ocurre entre hermanos y hermanas. Si fuese usted hermano mío, viviría con nosotros, y papá lo querría tanto como a mí.

Linton negó que existiesen hombres que detestasen a sus mujeres, pero Catalina afirmó que sí y basándose en su experiencia, dió como ejemplo la aversión del propio padre del muchacho hacia su esposa.

Traté de detener esas imprudentes palabras, pero sólo lo conseguí una vez que la chica hubo referido todo cuanto sabía.

El joven Heathcliff, sumamente irritado, afirmó que su relato era falso.

—Papá me lo dijo, y papá nunca dice mentiras — replicó Cata, vivamente.

—¡Mi padre desprecia al suyo! — gritó Linton. — Lo trata de pobre imbécil.

—El suyo es un bribón — repuso Catalina, — y hace usted muy mal en repetir sus palabras. Muy malo debía ser para que tía Isabel se haya visto obligada a abandonarlo, como lo hizo.

—¡No lo abandonó! ¡Quiero creer que no pretenderá usted contradecirme!

—¡Lo abandonó! — gritó mi joven ama.

—¡Pues bien! yo voy a decirle algo que va a dejarla helada — dipo Linton. — Su madre odiaba a su padre... ¡ya está!

—¡Oh! — exclamó Catalina, demasiado encolerizada para seguir hablando.

—Y amaba al mío — añadió Linton.

—¡Pequeño embustero! Ahora lo detesto — dijo Cata, jadeante y con el rostro arrebolado por la ira.

—¡Lo amaba! ¡lo amaba! — repitió el muchacho, con acento de burla.

Y se puso boca arriba, para gozarse con la turbación de su adversaria, que se hallaba detrás del diván.

—¡Cállese, señor Heathcliff! — dije. — Sin duda ha sido su padre quien le contó semejante historia, ¿verdad?

—No... ¡Y usted, cuidadito con su lengua! — repuso. — ¡Lo amaba! ¡lo amaba, Catalina! Sí, sí, lo amaba...

Entonces, fuera de sí, Catalina asestó al diván un golpe tan violento, que Linton fué rechazado contra uno de sus brazos. Una crisis de tos que lo sofocó, terminó rápidamente con su triunfo. El acceso duró tanto y era tan fuerte, que me sentí asustada.

En cuanto a su prima, lloraba desconsoladamente, atemorizada por el mal que había hecho. Sin embargo, no pronunciaba una sola palabra. Sostuve a Linton hasta que el acceso hubo pasado. El muchacho me apartó de su lado e inclinó la cabeza silenciosamente.

También Catalina contuvo sus gimoteos, tomó una silla y empezó a contemplar el fuego con aire digno.

—¿Cómo se siente usted ahora, señor Heathcliff? — pregunté, luego de algunos minutos de espera.

—Desearía que ella se sintiese como me siento yo — repuso Linton. — ¡Maligna y cruel criatura! Hareton jamás me toca; nunca, en su vida, me ha golpeado. Hoy estaba mejor, pero ahora...

Su voz murió en un sollozo.

—¡Yo no lo he golpeado! — murmuró Catalina, mordiéndose el labio inferior para impedir una nueva afluencia de lágrimas.

Linton suspiró y gimió como si fuese presa de un intenso sufrimiento. Continuó con esa comedia durante un cuarto de hora, probablemente con la intención de producir impresión en su prima, porque cada vez que oía algún sollozo ahogado, añadía un suspiro y una nota más dolorosa a las inflexiones de su voz.

—Lamento haberlo lastimado, Linton — dijo la joven, sin poder aguantar más aquella tensa situación. — Pero un choque tan pequeño nada me habría hecho, y jamás me imaginé que ocurriese lo contrario con usted. ¿No es nada grave, verdad, Linton? No permita que regrese a mi casa con la idea de que lo he herido. ¡Conteste! ¡Diga algo, pues!

—No puedo decirle nada — murmuró. — Me asestó usted un golpe tal, que ya no podré dormir en toda la noche, bajo la pesadilla de esta tos. Si usted también la sufriese, sabría lo qué es. Pero usted dormirá tranquilamente, mientras yo pasaré momentos espantosos sin nadie a mi lado. ¡Me pregunto qué haría usted durante esas terribles noches!

Y empezó a gimotear en alta voz, apiadándose de sí mismo.

—Desde el momento que está usted habituado a pasar malas noches — dije, — no ha de ser la señorita quien haya turbado su reposo. Su estado sería el mismo aunque Catalina no hubiese venido. De todos modos, ya no lo molestará más y tal vez se sienta usted más tranquilo cuando lo hayamos dejado solo.

—¿Debo irme? — inquirió quejumbrosamente Catalina, inclinándose sobre él. — Linton, ¿desea usted que me marche?

—Ya no puede cambiar lo que hizo — repuso el joven con desapacible acento y retrocediendo, — salvo que desee agravar mi estado, irritándome hasta que me ataque la fiebre.

—¡Pues bien! entonces, será preciso que me vaya — repitió la chica.

—Déjeme tranquilo, por lo menos — dijo Linton. — No puedo soportar su charla.

Cata titubeaba y rechazó durante un buen rato mis invitaciones para que nos fuésemos, pero como el muchacho permanecía sin alzar la mirada ni hablar, hizo un movimiento hacia la puerta y yo la seguí.

Un grito nos obligó a volvernos.

Linton se había deslizado de su diván, cayendo y revolcándose frente a la chimenea; simple perversidad de niño mimado, resuelto a mostrarse todo lo exasperante posible. Comprendí claramente su juego y vi al punto que sería una locura ceder. Pero no pensó lo mismo mi compañera. Volvió corriendo sobre sus pasos, completamente aterrorizada. Se arrodilló, lloró, lo acarició, le suplicó, hasta que el muchacho se calmó por falta de aliento y de ningún modo arrepentido por haberla sumido en la desolación.

—Voy a colocarlo sobre el banco — dije; — allí podrá revolcarse hasta que se harte. No vamos a quedarnos aquí velando por él. Está usted convencida, supongo, que no es la persona que puede serle útil, señorita Cata, y que el mal estado de su salud en nada se debe a su afecto hacia usted. ¡Ya está instalado! Venga. Apenas vea que nadie se ocupa de sus remilgos, se quedará tranquilo y muy contento.

Catalina puso un almohadón debajo de su cabeza y le ofreció un poco de agua. El muchacho rechazó el líquido y se agitó, molesto, en su almohadón, como si fuese una piedra o un leño. Cata trató de colocarlo más confortablemente.

—No va bien — dijo Linton, — no es suficientemente alto.

La chica trajo otro y lo puso encima.

—Es demasiado alto — murmuró el irritante adolescente.

—¿Cómo debo arreglarlo, entonces? — inquirió Cata, en el colmo de la desesperación.

Mientras la chica se arrodillaba a medias junto al banco, Linton se sirvió de su hombro como de un sostén.

—No, tampoco así estará bien — dije. — Tendrá usted que conformarse con un solo almohadón, señor Heathcliff. La señorita Linton ya ha perdido demasiado tiempo en su compañía. No podemos quedarnos ni cinco minutos más.

—¡Sí que podemos, sí! — repuso Catalina. — Está más buenito y más tranquilo, ahora. Empieza a comprender que seré mucho más desdichada que él, esta noche, y que no me atreveré a volver si creo que mi visita le ha desagradado. Diga la verdad, Linton, porque nunca más me verá si le he hecho algún daño.

—Es preciso que venga, para que me sane — repuso el muchacho. — Precisamente porque me ha hecho daño debe volver bien que sabe que me hizo mucho. Yo no estaba tan enfermo cuando usted llegó, ¿verdad?

—Pues se enfermó a fuerza de llorar y de encolerizarse — le dije.

—No, yo no soy la culpable de nada — protestó su prima. — En fin, seamos amigos, ahora. ¿Verdaderamente quiere volverme a ver? ¿Desea, realmente, mi compañía?

—Ya le dije que sí — repuso Linton, con acento de impaciencia. — Siéntese en el banco y permítame apoyarme en sus rodillas. Mamá acostumbraba hacer esto durante días enteros. Quédese completamente inmóvil y no hable, pero puede cantar alguna canción, si es que conoce. O puede recitar una linda poesía... una de esas que prometió enseñarme, o contar una historia. Preferiría una poesía, sin embargo. Empiece.

Catalina recitó la más larga que recordaba. Ese entretenimiento los encantó a los dos. Linton pidió otra, y otra más, a pesar de mis repetidas recriminaciones. Continuaron en esa forma hasta que el reloj de péndulo dió las doce y oímos a Hareton en el patio, que regresaba para el almuerzo.

—¿Y mañana, Catalina? ¿Volverá usted mañana? — preguntó el joven Heathcliff, reteniéndola por el vestido, mientras ella se incorporaba, muy a pesar suyo.

—No — declaré, — ni mañana, ni pasado.

Pero Catalina, evidentemente, dió otra respuesta, porque cuando se inclinó hacia él y le murmuró algo al oído, la frente de Linton se iluminó.

—¡No vendrá usted mañana, recuérdelo bien, señorita Linton! — dije, cuando estuvimos fuera de la casa. — Será inútil pensar en eso.

Catalina sonrió.

—¡Oh! yo adoptaré mis precauciones — proseguí. — Haré arreglar esa cerradura y no existe otro medio para salir del parque.

—Puedo pasar por encima de la pared — repuso la joven, riendo. — Thrusheross Grange no es una cárcel, Nelly, ni usted mi carcelera. Además, tengo casi diecisiete años, soy una mujer. Por otra parte, estoy segura de que Linton pronto se repondría si alguien lo cuidase como es debido. Soy mayor que él, ya lo sabe, y más seria, menos criatura, también, ¿verdad? Seguirá mis consejos, con la ayuda de algunos mimos. Es un verdadero ángel cuando se muestra gentil. ¡Cómo lo mimaría si estuviese conmigo! ¿No es cierto que nunca discutiríamos, cuando estuviésemos acostumbrados el uno al otro? ¿No lo ama usted, Nelly?

—¡Amarlo yo! — grité. — Es el peor y el más bilioso mocoso que haya luchado jamás para llegar a la edad adulta. Felizmente, tal como lo ha previsto el señor Heathcliff, no

llegará a cumplir los veinte años. Dudo, en verdad, que alcance a ver la primavera. Y su muerte, será una ligera, una muy ligera pérdida para su familia. Es una suerte para nosotros que su padre haya cargado con él. Cuanto mejor lo hubiésemos tratado, más nos hubiera cansado con su egoísmo. Mucho me complace que no tenga la menor probabilidad de convertirse algún día en su marido, señorita Catalina.

Mi compañera adoptó un aire de seriedad al oír esas palabras.

Le destrozaba el corazón que alguien hablara tan ligeramente de la posible muerte de Linton.

—Es más joven que yo — declaró, luego de prolongada reflexión, — y debería vivir más tiempo. Vivirá... es preciso que viva tanto como yo. Goza hoy de tan buena salud como cuando llegó a estas regiones nórdicas, estoy convencida de ello. Su enfermedad no es más que un simple romadizo, lo mismo que tiene papá. Dice usted que papá se repondrá... ¿Por qué no él, entonces?

—¡Bueno! ¡bueno! ¡después de todo, no tenemos ninguna necesidad de hacernos mala sangre! Escuche, señorita Catalina y recuerde mis palabras, porque las cumpliré... Si trata usted de ir nuevamente a Cumbres Borrascosas, conmigo o sola, pondré al corriente al señor Linton de lo que sucede y, a menos que él lo permita, no debe reanudarse la intimidad entre usted y su primo.

—Ya se ha reanudado — murmuró Cata, enfurruñada.

—No debe continuar, entonces — dije.

—Ya lo veremos... — fué su respuesta.

Y partió al galope, dejándome sola, atrás.

Llegamos ambas a la casa antes de la hora del almuerzo. Mi amo creyó que habíamos estado paseando por el parque y, en consecuencia, no pidió explicaciones sobre la causa de nuestra ausencia.

Apenas llegué me apresuré a cambiarme mis empapados zapatos y mis medias, pero mi larga permanencia en Cumbres Borrascosas ya había producido su efecto. Al siguiente día por la mañana me vi obligada a quedarme en cama y durante tres semanas víme en la imposibilidad de asegurar mi servicio, calamidad que nunca había conocido, antes, y que nunca más se repitió, a Dios gracias.

Mi amita se condujo como un ángel, cuidándome y alegrando mi soledad. Mucho padecí con mi forzosa reclusión. Es una cosa deprimente para cualquier persona activa y traba-

jadora. Sin embargo, nadie habría tenido menos derecho que yo a quejarse. Al minuto mismo de alejarse de la habitación del señor Linton, Catalina aparecía a mi cabecera. Compartía sus días entre los dos. Ninguna diversión usurpaba un segundo de sus cuidados; la joven había dejado de lado, estudios y juegos. Era la enfermera más afectuosa que haya existido jamás. Debía poseer grandes tesoros de abnegación, para compadecerse tanto a mí, cuando tan grande era su cariño hacia su padre.

Dije que sus días los compartía entre los dos, pero el amo se acostaba temprano y, generalmente, yo no necesitaba nada después de las seis de la tarde. Por lo tanto, las tardecitas le pertenecían. ¡Pobre pequeña! Nunca pensé en qué podía ocuparse después de la hora del te. Y eso, a pesar de que con frecuencia notaba, cuando entraba para desearme las buenas noches. la viva frescura de sus mejillsa y el subido color de sus finos dedos.

En vez de imaginarme que esos colores eran debidos a la excitación de un galope a caballo, en plena landa, los atribuí al ardiente fuego encendido en la biblioteca.

CAPITULO XXIV

Al cabo de tres semanas pude salir de mi habitación y andar por la casa. La primera tarde de mi convalescencia, pedí á Catalina que me leyera algo, pues mis ojos estaban fatigados. Nos hallábamos en la biblioteca y el amo había ido a acostarse. Consintió, pero de mala gana, según me pareció. Suponiendo que mis libros no le agradaban, le dije que ella misma eligiese la clase de lectura que más le gustase. Tomó una de sus obras preferidas y leyó con constancia durante más de una hora.

Luego, me fueron formuladas varias preguntas, en serie.

—Nelly, ¿no está usted fatigada? Nelly, ¿no sería preferible que se acostase? Nelly, volverá usted a enfermarse si sigue levantada hasta tan tarde.

—No, no querida, no estoy cansada — respondía yo.

Advirtiendo que no me movía, trató de demostrarme en otra forma que estaba cansada de esa tarea. Empezó a bostezar, se desperezó y finalmente dijo:

—Nelly, estoy molida.

—Deje eso, entonces, y hablemos — repuse.

Peor fué el remedio que la enfermedad. Se agitó, exhaló una

serie de suspiros, consultó su reloj y al fin, a las ocho, se retiró a su habitación, con sueño para dos días, a juzgar por sus pesados párpados y sus ojos chiquitines y por el incesante frotamiento que infligía a los primeros.

Al siguiente día por la tarde me pareció más impaciente aún y durante la tercera velada se quejó de una jaqueca atroz para zafarse de mi compañía. Me dejó sola.

Hallé extraña su conducta, y luego de meditar durante un buen rato, resolví ir a ver cómo seguía, pensando que sería preferible que se echase en el diván, a que se quedase allá arriba, en la oscuridad.

Pero no pude descubrir a Catalina, ni arriba, ni abajo.

Los criados afirmaron no haberla visto. Escuché a la puerta de la habitación del señor Edgar, pero todo estaba en silencio. Volví, entonces, a mi habitación, apagué la bujía y me senté junto al alféizar de la ventana.

Brillaba la luna, una ligera capa de nieve cubría el suelo y pensé que tal vez se le hubiese ocurrido pasearse por el parque, a fin de disfrutar del aire fresco.

Vi una silueta que se deslizaba a lo largo de la palizada interior, pero no era la de mi amita. A la luz, reconocí a uno de los palafreneros. Permaneció un buen rato contemplando el camino que atravesaba el dominio, luego partió con rápido paso y reapareció a poco, conduciendo el "poney" de la señorita Cata. También ella se encontraba allí. Acababa de echar pie a tierra y caminaba a su lado.

El hombre llevó al animal a la cuadra, haciéndolo pasar sin ruido por los arriates. Cata entró por la puerta de la sala y se deslizó con grandes precauciones hasta donde yo la esperaba.

Cerró suavemente la puerta, se quitó el calzado cubierto de nieve, deshizo los lazos de su sombrero y empezaba a sacarse el abrigo, sin imaginarse que la estaba espiando, cuando me puse en pie súbitamente, dejándome ver.

La sorpresa la petrificó y luego de lanzar una inarticulada exclamación, permaneció un largo rato inmóvil.

—Querida señorita Catalina — dije, demasiado conmovida por sus recientes gentilezas para empezar con una reprimenda, — ¿adónde ha ido, a caballo, a semejante hora? ¿Y por qué piensa usted engañarme, haciéndome un cuento? ¿De dónde viene? ¡Conteste!

—Del extremo del parque — repuso la joven. — No invento cuento alguno.

—¿Y de ninguna otra parte? — inquirí.

—No — me contestó, en voz baja.

—¡Oh! Catalina — exclamé, apenada. — Sabe usted que ha procedido mal; de lo contrario, no se vería obligada a mentirme, a mí, que tanto la quiero. Eso me apena. Preferiría estar enferma durante tres meses antes que oírla inventar deliberadamente una mentira.

Se precipitó en mis brazos, estallando en sollozos.

—¡Oh! Nelly, por sobre todas las cosas, temo enfadarla — dijo. — Prométame no encolerizarse y sabrá la pura verdad; me horroriza ocultarla.

Nos sentamos en la banqueta, junto al alféizar de la ventana. Le aseguré que no la regañaría, fuese cual fuese su secreto, el cual, naturalmente, ya había adivinado.

Empezó a decir, entonces:

—Estuve en Cumbres Borrascosas, Nelly, y no dejé de ir ni un solo día desde que cayó usted enferma, salvo tres veces antes de que saliera usted de su habitación, y dos, después. Di libros e imágenes a Miguel para que ensillara a Minny todas las tardes, y lo llevase de vuelta a la cuadra. Sobre todo, no me regañe, se lo suplico. Llegaba a Cumbres Borrascosas a eso de las seis y media, y me quedaba, generalmente, hasta las ocho y media. Luego, galopaba, de regreso a Thrusheross Grange. No era para divertirme que iba allí, pues a menudo esa excursión me resultaba penosa. Sin embargo, acaecía algunas veces, una por semana, quizás, que experimentase un poco de felicidad. Al principio, pensé que tendría que luchar con usted para mantenerme fiel a la palabra dada a Linton, porque me comprometí, al dejarlo, a ir a verlo nuevamente al siguiente día. Pero, como usted permaneció en su cuarto aquel día, la discusión fué evitada. Por la tarde, mientras Miguel reparaba la cerradura de la puerta del parque, me apoderé de la llave y le conté que mi primo, que se encontraba enfermo y no podía venir a Thrusheross Grange, deseaba que fuese a verlo, pero que papá se oponía a ello. Arreglé, entonces, la cuestión del "poney". Miguel gusta de la lectura y tiene la intención de dejarnos muy pronto, para contraer enlace. Se brindó, pues, a hacer lo que yo le pidiese, siempre y cuando le prestase libros de la biblioteca; pero preferí darle de los míos, y eso le agradó mucho más. A mi segunda visita, encontré a Linton en mejores disposiciones. Zillah — es su ama de llaves — limpió la pieza y nos encendió un excelente fuego. Nos dijo que podíamos hacer lo que

más nos gustase, pues José se había ido a un servicio religioso. En cuanto a Hareton, se encontraba fuera de la granja con sus perros, despoblando nuestros bosques de faisanes, como más tarde me enteré. Me trajo un poco de vino caliente, pan de especias y me dió pruebas de gran gentileza.

"Linton se sentó en el sillón, yo en la sillita de hamaca, junto a la chimenea, y riendo y hablando alegremente, ¡cuántas cosas hallamos para decirnos! Hablamos del lugar al que iríamos este verano, y todo cuanto haríamos. No necesito repetirle eso, porque usted lo considerará como verdaderas chiquilladas. En un momento dado, sin embargo, estuvimos a punto de querellarnos. Linton pretendió que el modo más agradable de pasar una cálida jornada de julio, era permanecer echado, desde por la mañana hasta la noche, en los brezos, en un punto cualquiera de la landa, mientras las abejas zumban como en sueños en torno de las flores, cantan las alondras encima de las cabezas y un sol esplendoroso brilla en un cielo puro y azul. Tal era su idea de la perfecta felicidad. La mía era columpiarme en un árbol de follaje muy verde y ruidoso, mientras sopla el viento del oeste y pasan por el espacio, raudas, hermosas nubes blancas. Y como pájaros, no solamente las alondras, sino también los mirlos, los zorzales, los chorlos, los cuclillos, que hacen música por doquier; a lo lejos, la landa, que se vé toda cortada por vallecitos, oscuros y frescos, de cumbres cubiertas de altas hierbas que ondulan como olas, a impulsos de la brisa; y bosques, bosques con agua cantarina y el mundo entero despierto y ebrio de alegría... El deseaba que todo reposase en un tranquilo éxtasis, y yo quería que todo vibrase en una centelleante gloria. Le dije que su paraíso sólo sería vida en una mitad, y él me replicó que el mío estaría borracho. Le manifesté que me quedaría dormida en el suyo, y él me contestó que no podría respirar en el otro y empezó a mostrarse descontento. Finalmente, decidimos probar los dos, cuando el tiempo se prestara a ello. Luego, besándonos, volvimos a ser tan amigos como antes.

"Luego de permanecer tranquila durante una hora, miré la gran habitación, su embaldosado brillante y desnudo y me imaginé cuán hermoso sería jugar en el mismo, después de apartar la mesa. Pedí a Linton que llamara a Zillah para que me ayudase, con lo cual habríamos hecho una partida a la gallina ciega. Zillah habría tratado de agarrarnos, como usted lo hacía, Nelly, ¿se acuerda? Linton no quiso, diciendo que no sería nada divertido, pero consintió en jugar a la pelota con-

migo. Encontramos dos en un armario, entre montañas de viejos juguetes, trompos, fustas, raquetas y volantes. Una de las pelotas estaba marcada con una C., y la otra con una H. Quise tomar la primera porque esa letra correspondía a Catalina, y porque la H convenía a su apellido de Heathcliff. Pero esta última perdía el salvado con que había sido rellenada y Linton no la quiso. Lo derroté constantemente; entonces volvió a enojarse, tosió y retornó a su sillón. Esa misma tarde, sin embargo, recuperó fácilmente su buen humor, escuchó complacido dos o tres hermosas canciones, las suyas, Nelly, y cuando me vi obligada a marcharme, me suplicó que volviese al día siguiente, cosa que prometí. Minny y yo regresamos a la casa tan velozmente como el viento y durante toda la noche soñé con Cumbres Borrascosas y con mi gentil primito.

"Al siguiente día, me sentía triste, en parte, porque usted no estaba bien y en parte, porque hubiese deseado que mi padre conociera y aprobase mis visitas. Pero, después del te, el claro de luna era tan bello, que toda mi melancolía se disipó cuando monté a caballo. Voy a pasar otra buena tarde — pensaba, — y lo que mayor placer me causa, es que mi querido Linton se divertirá también. Atravesé su jardín al trote e iba a dar la vuelta por detrás, cuando el tal Earnshaw vino a mi encuentro, tomó la brida del "poney" y me pidió que entrase por la puerta delantera. Acarició el cuello de Minny, declaró que era un hermoso animal y trató, al parecer, de entablar conversación conmigo. Me limité a decirle que dejase tranquilo a mi caballo, pues de lo contrario sería gratificado con una voz. Contestó, con su vulgar acento: "Eso no me haría mucho daño", y miró, sonriendo, las patas de mi "poney". Deseos tuve de hacer la prueba, pero el hombre se alejó para abrir la puerta. Mientras hacía girar el picaporte, alzó la mirada hacia la inscripción y dijo, con una estúpida mezcla de torpeza y orgullo:

"—Señorita Catalina; ahora puedo leer eso...

"—¡Admirable! — exclamé. — Le ruego que me diga cómo hizo para convertirse en un hombre tan sabio.

"Deletreó y leyó, arrastrando las sílabas, el nombre de Hareton Earnshaw.

"—¿Y las cifras? — pregunté, con alentador acento, viendo que se detenía súbitamente.

"—Todavía no puedo leerlas.

"—¡Oh! ¡tonto! — dije, riendo francamente al oír esa confesión.

"El idiota me miró fijamente, con la boca dispuesta a sonreír y la frente a contraerse, preguntándose si sería esa una familiaridad espiritual, de la que también él tenía que regocijarse, o por el contrario, una muestra de desprecio, como realmente lo era. Disipé sus dudas recobrando súbitamente mi seriedad y rogándole que se fuese, porque yo iba a ver a Linton y no a él. Su rostro se tornó del color de la grana — lo vi a la luz de la luna — soltó el picaporte y se alejó, mortificado en su vanidad. Supongo que creía saber tanto como Linton porque podía deletrear su propio apelativo y se sintió sumamente desconcertado al notar que yo no opinaba lo mismo.

—¡Un momento, señorita Catalina, querida mía! — interrumpí. — No la regañaré, pero no me agrada su manera de proceder. Si hubiese usted recordado que Hareton era su primo tanto como el joven Heathcliff, se habría dado cuenta de lo feo que era conducirse de ese modo. ¿No era, acaso, una ponderable ambición querer ser tan sabio como Linton? Y, sin duda, no era solamente para hacerse el importante que Hareton había aprendido eso. Usted lo avergonzó demostrándole su ignorancia y él quiso salir de ella, para serle agradable. Reírse de esa imperfecta tentativa ha sido una muestra de mala educación. Si hubiese usted vivido en las mismas condiciones que Hareton, ¿sería menos ignorante? Era una criatura tan despierta y tan inteligente como usted, si no más, y sufro al ver que hoy lo desprecian, porque ese vil Heathcliff lo trató tan injustamente.

—¡Vamos, Nelly!, no va usted a echarse a llorar por eso. ¿verdad? — dijo Cata, sorprendida ante el ardor con que fueron pronunciadas mis palabras de reprobación. — Pero, espere, y ya verá usted si aprendió su alfabeto para agradarme y si valía la pena ser amable con ese bruto. Entré; Linton estaba acostado en el banco y se incorporó a medias, para saludarme.

"—Estoy enfermo esta tarde, Catalina amada — me dijo. — Será preciso que usted hable y que yo la escuche, solamente. Venga, siéntese a mi lado. Estaba seguro de que cumpliría su promesa y antes de que se marche, le pediré que me haga otra.

"Sabía ya que era menester no irritarlo cuando se encontraba enfermo y empecé a hablar suavemente, sin formular pregunta alguna y evitando molestarlo en lo mínimo. Le había llevado algunos de mis libros más bonitos; me pidió que le

leyese algo, e iba a iniciar mi lectura, cuando Earnshaw abrió bruscamente la puerta. Su veneno se había ido acumulando a medida que reflexionaba y dirigiéndose directamente a nosotros, tomó a Linton por el brazo y de una sacudida lo derribó de su asiento.

"—¡Vete a la habitación! — dijo, con una voz que la cólera tornaba casi inarticulada y con un rostro que se hubiese dicho hinchado por el furor. — ¡Llévatela arriba, si es que viene a verte! ¡No me harás salir de aquí! ¡Afuera, los dos!

"Empezó a jurar contra nosotros y sin dejar a Linton tiempo para contestar, lo empujó a la cocina. Mientras yo seguía a mi primito, crispó los puños y pareció a punto de golpearme. Tuve un instante de terror y dejé caer mi libro; de un puntapié lo envió detrás mío y cerró la puerta. Oí una sarcástica y cascada carcajada del lado de la chimenea y volviéndome, vi, de pie, a ese odioso de José, que se restregaba sus huesudas manos, temblequeando.

"—Estaba más que seguro que los echaría. ¡Es un mozo como hay pocos! Tiene certera la mirada. Sabe... ¡ah! ¡sí! sabe quién debería ser el amo, aquí... ¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Los ha sacado limpitos a los dos! ¡Je! ¡Je! ¡Je!

"—¿Adónde podemos ir? — pregunté a mi primo, desdeñando las impertinencias del miserable viejo.

"Linton estaba pálido al extremo y temblaba como un azogado. ¡No era nada agradable de contemplar, en ese momento! ¡Le aseguro que no, Nelly! Casi podría decirle que era espantoso, pues su rostro enfermizo y sus enormes ojos estaban torturados por una expresión de impotente furia. Tomó el picaporte de la puerta y lo sacudió. Estaba cerrada por el lado opuesto.

"—¡Si no me dejas entrar, te mataré!... ¡Sí, voy a matarte si no me dejas entrar! — decía, o mejor dicho, aullaba. — ¡Demonio!... ¡Demonio!... ¡te mataré!... ¡te mataré!...

José lanzó una nueva y cascada carcajada.

"—¡Vaya, al fin! — gritó. — Ese es el padre... Ese es el padre que aparece... Siempre tenemos adentro algo de los dos lados. No te preocupes, Hareton, muchacho mío. Nada tienes que temer... No puede acercarse a ti.

"Tomé las manos de Linton y traté de hacerlo retroceder, pero gritaba tan fuerte, que no me atreví a insistir. Finalmente, sus clamores fueron apagados por un terrible acceso de tos, brotó sangre de su boca y cayó al suelo. Me precipité al patio, enferma de miedo y llamé a Zillah con toda la fuerza

de mis pulmones. La mujer se hallaba ordeñando unas vacas en un galpón situado detrás de la granja y me oyó en seguida. Abandonando apresuradamente su trabajo, me preguntó qué sucedía. No tenía alientos suficientes para explicarle los acontecimientos y llevándola al interior de la casa, busqué a Linton con la mirada. Earnshaw, luego de salir para contemplar el daño causado, transportaba arriba al pobre chico. Zillah y yo lo seguimos, pero, una vez en el rellano, Hareton me detuvo, diciéndome que no debía entrar y que regresase a mi casa. Repliqué que había matado a Linton y que quería entrar. José cerró la puerta, declaró que no tenía derecho "a armar semejante bulla" y me preguntó "si tenía, por casualidad, la intención de ser tan loca como él". Me quedé allí, llorando, hasta que regresó el ama de llaves. Me aseguró que Linton estaría mejor dentro de un instante, que ese ruido y esos gritos no le harían ningún bien y me llevó al salón, casi a la fuerza.

"¡Ah! Nelly. Deseos tuve de arrancarme los cabellos. Sollozaba y lloraba tan fuerte, que mis ojos ya casi no veían. El patán por el cual tanta simpatía siente usted se hallaba frente a mí y, de vez en cuando, se permitía lanzarme un "¡Chitón!", negando que todo aquello fuese culpa suya. Finalmente, asustado al oírme repetir que se lo contaría todo a papá, que sería encarcelado y colgado, se echó a llorar a lágrima viva y se apresuró a salir para ocultar su miedo. Empero, no me había librado de él. Cuando me obligaron a partir y hube hecho un centenar de metros, surgió súbitamente de la sombra, a un costado de la carretera, detuvo a Minny y me tomó de la mano.

"—Señorita Catalina — empezó a decir, — mucho lamento lo ocurrido, pero realmente es demasiada maldad...

"Le apliqué un fustazo, diciéndome de inmediato que tal vez iba a matarme, por ello. Pero Hareton me soltó, lanzando uno de sus horribles juramentos. Medio loca, regresé al galope a Thrushcross Grange.

"La noche aquella no fuí a despedirme de usted y al siguiente día no volví a Cumbres Borrascosas. Tenía deseos de ir, sin embargo, pero mi emoción era muy grande. Temía, a veces, enterarme de que Linton había muerto; otras, temblaba ante la idea de que me encontraría con Hareton. El tercer día, hice acopio de todo mi valor o, por lo menos, me sentí incapaz de seguir soportando por más tiempo esa incertidumbre y salí nuevamente, a hurtadillas. Fuí a pie, a las cinco de

la tarde, imaginándome que podría deslizarme en la casa y subir hasta el cuarto de Linton sin que nadie me viera. Empero, los perros anunciaron mi presencia. Zillah me recibió y luego de comunicarme "que el muchacho se iba restableciendo", me hizo pasar a una piecita perfectamente en orden, de alfombrado piso, donde, con inenarrable júbilo, vi a Linton recostado en un diván y leyendo uno de mis libros. Pero, Nelly, no quiso hablarme ni mirarme durante una hora. ¡Tiene un carácter tan malo! Y lo que me confundió del todo, cuando abrí la boca, fué oírle afirmar que yo era la causa de toda la gresca y que Hareton no era culpable de nada... Incapaz de contestar sin evidenciar mi cólera, me puse en pie y salí de la habitación. Me llamó con un débil "¡Catalina!". No esperaba semejante actitud de parte mía, pero yo no volví la cabeza.

"El siguiente fué el segundo día que me quedé en casa; estaba casi decidida a no ir a verlo más. Pero, era tan triste acostarse y levantarse ignorándolo todo de él, que mi resolución pasó a mejor vida antes de haberse formado totalmente. Al principio, me había parecido mal tomar ese camino; a la sazón, parecíame mal no continuar. Cuando Miguel vino a preguntarme si debía ensillar a Minny, contesté "Sí", y mientras el animal me conducía por la colina, tuve la impresión de que cumplía con un deber. Estaba obligada a pasar por frente a las ventanas de la fachada, para penetrar en el patio. Por lo tanto, era inútil tratar de ocultar mi presencia.

"—El joven amo está en el salón — dijo Zillah, al ver que me encaminaba a la salita.

"Entré. También Earnshaw se encontraba allí, pero se alejó inmediatamente de la pieza. Linton dormitaba en un sillón. Me dirigí a la chimenea y dije, muy seriamente aunque no creyendo más que la mitad de mis palabras:

"—Puesto que no me ama, Linton, y me acusa de venir a esta casa sencillamente para hacerle daño; puesto que pretende que siempre es así, ésta será nuestra última entrevista. Digámonos adiós. Prevenga al señor Heathcliff de que no desea usted verme más y que es preciso que no invente más embustes al respecto.

"—Siéntese y quítese el sombrero, Catalina — repuso Linton. — Ha sido usted a tal punto más favorecida que yo, que debería ser la mejor. Papá me reprocha bastante mis defectos y demuestra el suficiente desdén hacia mi persona, para que pueda perdonársele el hecho de que dude de mí mismo. Llego a preguntarme si no seré verdaderamente tan nulo como

diariamente me lo repite, y entonces experimento tanta cólera y amargura, que odio a todo en el mundo... Soy un incapaz y tengo mal carácter; estoy malhumorado casi siempre y si así lo desea, puede decirme adiós. Se librará, con ello, de un pesado fardo. Solamente le pido, Catalina, que tenga la gentileza de creer que si pudiera ser tan dulce, tan amable y tan bueno como usted, lo sería, con tanto o más alegría que si poseyese su dicha y su salud. Y créame si le digo que su bondad ha tornado mi amor más profundo, que si realmente hubiese merecido el suyo. Y aunque no puedo, ni pueda dejar de mostrarle mi verdadera naturaleza, lo lamento y me arrepiento de ello y hasta el último día de mi vida, lo lamentaré y me arrepentiré.

"Me di cuenta de que era sincero, que debía perdonarlo y que aún cuando disputásemos un segundo después, debería perdonarlo nuevamente. Nos reconciliamos, pero durante toda mi visita lloramos al unísono, tal vez no solamente de pena. De todos modos, me sentía muy triste al ver en Linton una tan difícil naturaleza. ¡Nunca hará felices a sus amigos, ni él mismo lo será jamás!

"A partir de la tarde aquella, siempre fuí a su saloncito, porque su padre regresó al día siguiente. Tres veces, creo, estuvimos alegres y confiados, tal como lo habíamos estado la primera tarde. Mis restantes visitas fueron tristes y tempestuosas, ora debido a su egoísmo y a su malhumor, ora por culpa de sus sufrimientos, pero yo había aprendido a soportar una y otra causa con idéntica paciencia, o casi.

"El señor Heathcliff me evita deliberadamente y apenas si lo he visto. El domingo pasado, para decir la verdad, llegando más temprano que de costumbre, le oí injuriar violentamente al pobre Linton por su actitud de la víspera. No podría decir cómo se enteró de la misma, salvo que haya estado escuchando. Linton, es evidente, se mostró irritante al extremo, pero eso a nadie puede interesar, sino a mí. Interrumpí el sermón del señor Heathcliff, entrando en la habitación para decirle cual era mi pensamiento al respecto. Estalló en una carcajada y se marchó, declarando que se sentía feliz por el hecho de que tomase las cosas de ese modo.

"Desde ese día, aconsejé a Linton que no pronunciara muy fuertes sus palabras, por lo menos aquellas tan penosas de ser escuchadas. Y ahora, Nelly, ya lo sabe usted todo. Si me impiden ir a Cumbres Borrascosas, infligirán una tortura a dos seres, en tanto que si nada dice a papá, mis

visitas no perturbarán la tranquilidad de nadie. No se lo dirá usted, ¿verdad? De lo contrario, creeré que su corazón es de piedra.

—Decidiré mañana la cuestión, señorita Catalina — repuse. — Es algo que exije reflexión. Dejaré que descanse usted y, por mi parte, pensaré lo que se debe hacer.

Luego de ir directamente de la habitación de Catalina a la de mi amo, referí a este último toda la historia, salvo las conversaciones mantenidas con su primo Hareton.

El señor Linton quedó más preocupado de lo que en realidad demostró. Al siguiente día por la mañana, Catalina se enteró de que había hecho traición a sus confidencias y también de que sus visitas clandestinas debían cesar.

En vano lloró y protestó contra la prohibición dictada, implorando a su padre que tuviese un poco de piedad por Linton. Todo lo que obtuvo, a guisa de consuelo, fué la promesa de que el señor Edgar escribiría a Linton, autorizándolo a visitar Thrushcross Grange, pero manifestándole, al mismo tiempo, que no debía alentar la esperanza de volver a ver a Catalina en Cumbres Borrascosas.

Y tal vez, si hubiese conocido la naturaleza y el estado de salud de su sobrino, se habría sentido inclinado a negar hasta esa pequeña compensación.

CAPITULO XXV

—Estas cosas han ocurrido el invierno pasado, señor, hace poco más de un año — dijo la señora Dean. — Y no pensé entonces que doce meses más tarde me hallaría distrayendo a un extraño de la familia, refiriéndoselas. Sin embargo, quien sabe si seguirá usted siendo un extraño por mucho tiempo. Es demasiado joven para habituarse a una existencia solitaria y tengo la vaga idea de que nadie puede ver a Catalina Linton sin amarla. Sonríe usted... Pero, ¿por qué se muestra tan alegre y tan curioso cuando hablo de ella? ¿Y por qué me pidió que colgara su retrato encima de su chimenea? ¿Y por qué...?

—¡Deténgase, mi buena amiga! — exclamé. — Podría ser posible que yo la amase, pero ¿me amaría ella? No estoy lo suficientemente seguro de ese amor para arriesgar mi tranquilidad sobre una simple tentación. Además, no es este mi fondeadero. Vivo en la agitación del mundo y debo retornar

al mismo. Prosiga usted. ¿Obedeció Catalina las órdenes de su padre?

—Sí — continuó el ama de llaves. — Su cariño hacia él predominaba aun sobre todos los demás sentimientos de su corazón. El señor Edgar habló sin encolerizarse, con la profunda ternura de quien está a punto de abandonar su tesoro entre los peligros y codicias, y se dijo que el recuerdo de sus palabras era la única ayuda que podía legarle, para guiarla. Pocos días más tarde me confió: "Nelly, quiero que mi sobrino escriba o venga a esta casa. Dígame sinceramente qué opina de él. ¿Advirtió algún cambio en su persona, o es posible esperar una mejora cuando se convierta en un hombre?

—Es muy delicado, señor, siendo muy poco probable que alcance a vivir hasta la edad adulta. Pero puedo afirmarle que no se parece a su padre y si la señorita Catalina se casase, por desgracia, con él, conseguiría dominarlo, a menos que demuestre demasiada debilidad. Sea como fuere, amo, tiene usted tiempo de sobra para conocerlo y para juzgar si conviene como esposo de su hija; no será mayor de edad antes de cuatro años, o más.

Edgar exhaló un suspiro y dirigiéndose a la ventana, miró hacia la iglesia de Gimmerton. Era una tarde brumosa, pero el débil sol de febrero iluminaba los dos pinos del cementerio y las dispersas lápidas de las tumbas.

—Rogué a menudo para apresurar lo que hoy siento que llega — dijo, a media voz. — Y he aquí que empiezo a temblar y a temer esa proximidad. Creía que el recuerdo del día que, recién casado, descendí por ese vallecito, sería menos dulce que la esperanza de ser transportado al mismo muy pronto... dentro de algunos meses, de algunas semanas quizá... y de descansar en esa solitaria hondonada. Nelly, he sido muy feliz con mi pequeña Cata. Durante las noches de invierno y los días de verano, fué una viviente esperanza a mi lado. Pero también fuí feliz cuando soñaba, solo, entre esas piedras, al pie de esa vieja iglesia, de hinojos durante los largos días de junio, junto a la sepultura de su madre, suspirando por la hora en que estaría acostado debajo de su losa. ¿Qué puedo hacer por mi hija? ¿Qué disposiciones adoptar antes de abandonarla? Que Linton sea el hijo de Heathcliff y hasta que la aleje de mí, serían cosas que no podrían preocuparme ni por un solo instante, si pudieran consolarla de mi pérdida. Tampoco me interesaría que Heathcliff triunfase, frustrándome mi postrera felicidad... ¡Pero si Linton

no fuese digno de ella, si no fuese más que un débil instrumento entre las manos de su padre, no podría dársela! Y por duro que sea contener una naturaleza tan viva, mi deber es contrariar su deseo mientras viva, y dejarla sola, cuando muera. ¡Pobre querida! Preferiría confiarla a Dios y acostarla bajo tierra, antes de que yo mismo deba hacerlo.

—Confiéla a Dios tal como es, señor — repuse. — Y si lo perdemos a usted — ¡pueda El impedirlo! — con su ayuda, la amaré y la aconsejaré hasta el fin. La señorita Catalina es una buena chica; no temo que tome, deliberadamente, por el mal camino, y aquellos que cumplen con su deber, al final son siempre recompensados.

Promediaba la primavera. Sin embargo, mi amo nada había recogido en ella de saludable para sus fuerzas, aunque reanudó sus paseos por el dominio, con su hija. Esta, gracias a su poca experiencia, veía en eso una señal de convalescencia, y como el señor Edgar tenía a menudo los ojos brillantes y rojos los pómulos, estaba persuadida de que se repondría. El día en que cumplió los diecisiete años, el señor Linton no fué al cementerio. Llovía y dije:

—No saldrá usted esta tarde, ¿verdad, señor?

El señor Edgar contestó:

—No; haré mi visita un poco más tarde, dentro del año.

Escribió a Linton, expresando su gran deseo de verlo y si el enfermo hubiese estado en condiciones de venir, no dudo de que su padre lo habría autorizado a hacerlo. Sea como fuere, obedeciendo instrucciones, envió una respuesta en la que daba a entender que el señor Heathcliff se oponía a que visitara Thrusheross Grange, añadiendo que el buen recuerdo de su tío no se apartaba de su mente, y que alentaba la esperanza de encontrarlo alguna vez en el transcurso de sus paseos, particularmente para solicitarle autorización para no vivir tan apartado de su prima.

Esta parte de la carta, ingenuamente redactada, era probablemente de su propia cosecha. Heathcliff, sin duda, lo sabía capaz de reclamar con vehemencia la compañía de Catalina.

"No pido — decía, — la autorización para que venga a Cumbres Borrascosas; pero, ¿no debo verla nunca porque mi padre me prohibe ir a su casa, y porque usted le prohibe que venga a la mía? Llégnese a caballo, de vez en cuando, con ella, hasta las proximidades de Cumbres Borrascosas y permítanos cambiar algunas palabras en su presencia. Nada hemos

hecho que merezca esta separación. Por otra parte, usted no está enojado conmigo, ni tiene ninguna razón para no amarme. Usted mismo lo reconoce así. ¡Tío querido! envíeme mañana unas palabras afectuosas y permítame verlo donde usted lo desee, no siendo en Thrusheross Grange. Creo que una entrevista lo convencería de que mi carácter no se parece al de mi padre. Afirma que soy su sobrino, más que su hijo y si poseo defectos que me tornan indigno de Catalina, desde el momento que ella los ha disculpado, debe usted, por amor hacia ella, disculparlos también. Me pide usted lo informe sobre mi estado de salud. Estoy un poco mejor, pero mientras me halle privado de toda esperanza, condenado a la soledad o a la convivencia con personas que no me quieren, ni nunca me querrán, ¿cómo podría estar alegre y sano?".

Edgar, a pesar de su debilidad por el muchacho, no accedió a ese pedido, pues no se hallaba en condiciones de acompañar a Catalina. Contestó que en el transcurso del verano podrían verse, tal vez. Mientras tanto, le pedía que siguiera escribiendo de vez en cuando y se comprometía a darle, por carta, todos los consejos posibles, conociendo, como conocía, su triste situación en el seno de su familia. Linton se sometió a ese deseo y si hubiese sido completamente libre de sus actos, probablemente lo habría echado todo a perder llenando sus epístolas con quejas y lamentos. Pero su padre ejercía una estrecha vigilancia sobre su persona e insistió, naturalmente, para que cada línea enviado a mi amo, le fuese mostrada. En pocas palabras, en vez de describir con lujo de detalles sus padecimientos particulares y sus propias desdichas, temas predominantes en sus pensamientos, Linton se extendía sobre la cruel obligación de tener que permanecer alejado de su querida amiga. Pidió gentilmente que el señor Linton no tardara demasiado en autorizar una entrevista, pues de lo contrario creería que lo habían engañado deliberadamente con vanas promesas.

Cata, en nuestra casa, era una poderosa aliada suya. Y, entre los dos, consiguieron, finalmente, que mi amo los autorizara a efectuar juntos, una vez por semana, un paseo a pie o a caballo, bajo mi vigilancia. Y esto, sin alejarse de la landa que rodeaba a Thrusheross Grange, porque desde el mes de junio, las fuerzas de mi amo experimentaron una nueva declinación.

Aunque todos los años había ahorrado parte de sus rentas para engrosar el caudal de mi joven señorita, el señor Linton

tenía el legítimo deseo de que pudiese conservar la casa de sus antepasados, o por lo menos, de que retornase a ella en breve. Estimaba que la única probabilidad de conseguirlo residía en una unión con el heredero de esa casa. No sospechaba que su sobrino se debilitaba casi tan rápidamente como él; nadie lo sospechaba, por otra parte. Ningún médico iba a Cumbres Borrascosas y nadie podía informarnos sobre el estado del joven señor Heathcliff. Por mi parte, empecé a creer que mis primeros presentimientos eran erróneos y que realmente debía recuperar fuerzas, puesto que hablaba a la sazón de paseos a caballo o a pie por la landa, y demostraba tanto ardor en la realización de sus proyectos.

No podía imaginarme la existencia de un padre lo suficientemente voluntarioso y cruel para obligar a un niño moribundo a simular ese ardor; porque, según más tarde lo supe, eso fué lo que Heathcliff maquinó. Y redoblaba sus esfuerzos, a medida que sus inhumanos y ambiciosos planes corrían un mayor peligro de ser desbaratados por la muerte.

CAPITULO XXVI

No podía imaginarme la existencia de un padre lo suficiencedido el señor Edgar de mala gana a tantas súplicas, salimos a caballo, Catalina y yo, rumbo a nuestra cita inicial con su primo.

El día era caluroso y agobiador, sin el menor rayo de sol. Pero el cielo estaba demasiado aborregado y brumoso para presagiar lluvia. Nuestro punto de cita habría sido fijado en el mojón ubicado en la encrucijada de las carreteras. Pero, a nuestra llegada, nos encontramos con un pastorcillo, enviado a los efectos de comunicarnos que "el señor Linton se hallaba en el linde de Cumbres Borrascosas y que nos veríamos obligadas a andar aún un poquito más".

—Entonces, el señor Linton ha olvidado la primera recomendación de su tío — hice notar. Teníamos orden de permanecer en las tierras de la granja. Yendo más lejos, salimos de las mismas.

—¡Pues, bien! haremos dar media vuelta a nuestros caballos cuando nos hayamos reunido con él — repuso mi compañera, — y proseguiremos nuestro paseo tomando el camino de la casa.

Pero cuando nos reunimos con Linton, y eso a un cuarto de milla de la puerta de Cumbres Borrascosas, vimos que no te-

nía caballo. Tuvimos que apearnos de los nuestros, dejando que pacieran por los alrededores. Linton nos aguardaba tendido sobre la hierba y no se incorporó hasta que estuvimos a pocos metros de él. Luego, caminó con tantas precauciones y cubierto el rostro de una palidez tal, que exclamé al punto:

—¡Oh! señor Heathcliff, no está usted en absoluto en condiciones de hacer un paseo, esta mañana. ¡Cuán poco dispuesto parece!

Catalina lo observaba con doloroso asombro; la exclamación de júbilo que se había esbozado en sus labios se trocó en un grito de espanto y en lugar de festejar ese encuentro, tantas veces postergado, le preguntó ansiosamente si se sentía peor que de costumbre.

—No... mejor... mejor — dijo con desfalleciente voz.

La había tomado de la mano, como si necesitase un sostén. Sus azules ojos erraban tímidamente sobre ella: la enfermedad los rodeó con unas ojeras que transformaban en trastornada expresión, la melancolía que otrora reflejaban.

—Pero, está usted menos bien... ¡Menos bien que en oportunidad de mi última visita! Ha adelgazado y...

—Estoy fatigado — repuso precipitadamente. — Hace demasiado calor para caminar; descansemos aquí. Además, de mañana, casi siempre me siento molesto. Papá dice que crezco demasiado rápidamente.

Poco satisfecha con esa explicación, Cata se sentó junto a él.

—Esto se aproxima un poco a su paraíso — dijo la chica, haciendo un esfuerzo para mostrarse alegre. — Habíamos decidido, ¿se acuerda? pasar dos días en un lugar, de acuerdo con un empleo del tiempo escogido por cada uno de nosotros, según el respectivo ensueño. El día de hoy es seguramente el suyo. Hay nubes, es cierto, pero tan suaves y ligeras, que son preferibles al sol. La semana que viene, si puedo, iremos hasta el parque de Thrusheross Grange y probaremos mi paraíso.

Linton parecía no recordar aquello de que hablaba Catalina. Era evidente que tropezaba con grandes dificultades para sostener una conversación cualquiera. Su escaso interés por los temas que la chica trataba, así como su incapacidad para distraerla, eran tan manifiestos, que Cata no pudo ocultar su decepción.

Una indefenible transformación se había operado en la persona de Linton, así como en sus actitudes. Su melancólico humor, que tan a menudo enternecían las caricias, no era ya

más que una indiferente apatía. Quedaba menos, en él, del niño mimado que se hace insoportable por necesidad de ternura y más del enfermo consciente de su estado e irremediablemente afligido, que rechaza todo consuelo y llega hasta a considerar la alegría de los demás como un insulto.

Catalina advirtió tan bien como yo que soportaba nuestra compañía como un castigo, más que como una recompensa y no vaciló en hablar de marcharse. Esta proposición, cosa inesperada, sacó a Linton de su letargo y lo sumió en una extraña agitación. Miró temerosamente hacia Cumbres Borrascosas, suplicándole que se quedase aún media hora, por lo menos.

—Pero — dijo Cata, — creo que estaría mejor en su casa que aquí. Veo perfectamente que hoy no consigo distraerlo con mis historias, mis canciones y mi charla. Estos seis meses lo han tornado a usted más serio, pues poco le interesan ahora los pasatiempos que le propongo. Si no fuera por eso, me quedaría de buena gana.

—Quédese, para descansar — repuso. — Y no crea, Catalina, o no diga, que no estoy bien. Son este tiempo y este calor los que me abruman. Además, antes de encontrarme con usted, caminé demasiado, para mí. Diga a mi tío que mi salud es buena, ¿quiere usted?

—Le diré que usted lo dice, Linton. No podría afirmar que es así, — añadió mi joven amita, extrañada ante la obstinación con la cual sostenía una tan manifiesta mentira.

—Y vuelva el jueves próximo — prosiguió Linton, eludiendo esa asombrada mirada. — Dele las gracias por el permiso acordado, Catalina... las más efusivas gracias. Y... si encuentra usted a mi padre y la interroga a mi respecto, no le haga suponer que me mostré tan silencioso y tonto. No adopte ese aire triste y abatido... porque se encolerizaría.

—¡Nada me importa su cólera! — exclamó Cata, imaginándose que sería ella el objeto de la misma.

—¡A mí sí que me importa! — dijo su primo, estremeciéndose. — No lo hostigue en contra mía, Catalina, porque es muy duro.

—¿Es severo con usted, señor Heathcliff? — pregunté. — ¿Se ha cansado ya de su indiferencia y un odio activo ha reemplazado su odio pasivo?

Linton me miró, sin contestarme.

Cata permaneció diez minutos más a su lado. El joven inclinaba su cabeza sobre su pecho, como si cayese en una es-

pecie de sopor. Unicamente el agotamiento o el dolor, le arrancaban tristes gemidos.

Entonces, para distraerse, Catalina fué en busca de jacintos que compartió conmigo. No ofreció ninguno a su primo, porque se daba cuenta de que esas atenciones no harían más que fatigarlo y ponerlo nervioso.

—¿Ha transcurrido ya media hora, Nelly? — me preguntó al oído. — No veo por qué tendríamos que quedarnos aquí; Linton se ha dormido y papá podría sentirse inquieto al ver que no regresamos.

—Bueno, pero no hay que dejarlo solo mientras duerme — repuse. — Espere a que se despierte y quédese tranquila. ¡Usted, que tan deseosa estaba de entrevistarse con el pobre Linton! Pronto se esfumó ese deseo...

—¿Por qué quiso verme nuevamente? — dijo Catalina. — Más lo amaba en sus peores accesos de humor que en este extraño estado. Se diría que la presente entrevista es un deber que está obligado a cumplir, ante el temor de que su padre lo regañe. Pero no tengo la menor intención de venir para complacer al señor Heathcliff, sean cuales fueren las razones que tiene para imponer a su hijo esta penitencia. Y aun cuando me sienta dichosa al verlo en mejor estado de salud, lamento mucho notarlo tan apático y tan poco afectuoso.

—¿Cree usted, entonces, que su salud ha mejorado? — pregunté.

—Sí — repuso Catalina, — porque ya sabe usted cómo se preocupó siempre de sus menores padecimientos. No está tan bien como desearía se lo hiciese creer a papá, pero seguramente mejora.

—¡Pues bien! no opinamos en la misma forma, señorita Cata; creo que empeora, por el contrario.

En ese momento, Linton se despertó bruscamente y preguntó, con una expresión de terror, si alguien había pronunciado su nombre.

—No — dijo Catalina, — como no haya sido en sueños. Me pregunto cómo hace para dormir afuera, en plena mañana.

—Me pareció haber oído a mi padre — dijo el muchacho exhalando un suspiro y contemplando el sombrío paisaje que nos dominaba. — ¿Está usted segura de que nadie me ha llamado?

—Completamente segura — repuso su prima. — Nelly y yo discutíamos sobre su salud. ¿Se siente realmente más fuerte que cuando nos separamos este invierno, Linton? En todo

caso, estoy persuadida de que algo es menos fuerte... su sentimiento hacia mí. Conteste... ¿es cierto esto?

Brotaron las lágrimas de los ojos de Linton, en tanto respondía:

—Sí, Catalina, sí, me siento mejor.

Y todavía bajo la impresión de la imaginaria voz, paseaba su mirada por doquier, a fin de descubrir a aquel que creyó oír.

Catalina se incorporó.

—Tendremos que separarnos ya — dijo. — No le oculto que estoy cruelmente decepcionada por nuestra entrevista. A nadie se lo diré más que a usted, y no porque viva aterrorizada por el señor Heathcliff.

—¡Calle! — murmuró Linton. — ¡Por el amor de Dios, calle! Ahí viene.

Y aferrando el brazo de Catalina trató de retenerla.

Pero, al oir semejante cosa, la chica se desprendió rápidamente y silbó a Minny, que obedeció como un perro.

—¡Volveré el jueves que viene! — gritó, al mismo tiempo que montaba de un salto sobre el "poney". — Hasta entonces. ¡Pronto, Nelly!

Y así lo dejamos, apenas consciente de nuestra partida, a tal punto se hallaba bajo la obsesión de la llegada que presentía.

Antes de que hubiésemos llegado a Thrusheross Grange, el resentimiento de Cata se trocó en una mezcla de piedad y de pena. También ella se hallaba inquieta y molesta, pensando en las circunstancias por las cuales pasaba Linton, tanto en lo físico como en lo espiritual, aprensiones que compartí, aconsejándole que no hablara mucho de eso, pues una segunda visita nos permitiría un juicio más ecuánime.

El amo requirió un relato de la expedición. Los agradecimientos de su sobrino le fueron fielmente trasmitidos por la señorita Catalina, que pasó rápidamente sobre todo el resto. En lo que a mí se refiere, contesté más bien parcamente a sus preguntas, porque no sabía muy bien qué debía ocultar y qué revelar.

CAPITULO XXVII

Transcurrieron siete días, cada uno de los cuales aportó una nueva alteración al estado de Edgar Linton. La agravación que, al principio, se producía en el espacio de un mes,

era sobrepasada a la sazón por el estrago causado en una hora. Habríamos querido seguir engañando a Catalina, pero su espíritu perspicaz se negaba a ello; había adivinado oscuramente las cosas y retornaba sin cesar a la terrible eventualidad que adoptaba, gradualmente, la apariencia de una certidumbre.

Cuando llegó el jueves siguiente, no se sintió con valor suficiente para recordar su paseo. Hablé por ella y obtuve el permiso para llevarla a tomar aire, porque la biblioteca en la que su padre permanecía durante el breve instante del día que pasaba levantado, formaba, con la habitación del enfermo, todo su universo.

Catalina deploraba los menores momentos en que no se hallaba inclinada sobre su almohada o sentada a su cabecera. Las vigilias y los pesares habían robado los colores de sus mejillas, de modo que el amo le acordó gustoso lo que suponía iba a ser un feliz cambio de ambiente y de compañía. También se sentía reconfortado con la esperanza de que no se quedaría completamente sola después de su muerte.

Tenía una idea fija, que adiviné por varias observaciones que se le escaparon. Pensaba que, puesto que su sobrino se le parecía físicamente, también se le asemejaría en la parte moral. Las cartas de Linton, en efecto, poco revelaban o nada de todas las imperfecciones de su carácter. Y yo, por una excusable debilidad, me abstuve de abrirle los ojos, preguntándome cual sería la ventaja de turbar sus últimos momentos con una advertencia de la cual no tendría el poder, ni la oportunidad de aprovechar.

Retrasamos nuestra excursión hasta la tarde, una tarde de agosto resplandeciente de luz. Cada soplo de aire que llegaba de las montañas era tan vivificante, que cualquiera que lo respirase, aun moribundo, hubiese resucitado gracias a él.

El rostro de Catalina reflejaba exactamente el paisaje, en el cual las sombras y las luces se sucedían con rapidez; pero las sombras permanecían mucho más tiempo y las luces eran fugitivas... Su pobre corazoncito se reprochaba hasta ese ligero olvido de sus preocupaciones.

Vimos a Linton, que nos aguardaba en el lugar elegido la última vez. Mi amita se apeó del caballo y me dijo que era preferible que tomase sus bridas sin bajarme del mío, porque estaba resuelta a quedarse muy breve tiempo. Pero no opiné del mismo modo, pues no quería perder de vista ni por un segundo a la que me había sido confiada.

Escalamos juntas, pues, la pendiente cubierta de brezos. El joven Heathcliff nos acogió esta vez con mayor animación, aunque no con una animación producida por el buen humor, ni siquiera por la alegría. Aquello, se parecía más bien al miedo.

—¡Es tarde! — dijo, jadeante y hallando dificultad para hablar. — ¿Acaso estará más enfermo su padre? Creí que no vendría ya.

—¿Por qué no es franco? — exclamó al punto Catalina, sin pronunciar el saludo que estuvo a punto de brotar de sus labios. — ¿Por qué no me dice en seguida que no sentía deseos de verme? Es extraño, Linton, que por segunda vez me haya usted hecho venir hasta aquí, aparentemente sin otra finalidad que la de torturarnos los dos. Nada más.

Linton se estremeció y la miró con ojos de súplica y vergüenza, al mismo tiempo. Pero su prima no tenía paciencia suficiente para aguantar esa enigmática actitud.

—Mi padre está *muy* enfermo — dijo. — ¿Y para qué he sido llamada aquí, lejos de su cabecera? ¿Por qué no me hizo usted avisar que no cumpliera mi promesa, puesto que eso es lo que deseaba? ¡Vamos! Quiero una explicación, no me siento inclinada a seguir este jueguito, ni a soportar estas niñerías. Por otra parte, tampoco podría admitir por mucho tiempo su comedia.

—¡Mi comedia! — murmuró Linton. — ¿Cuál es? ¡Por el amor de Dios, Catalina, no ponga esa cara de enojo! Desprécieme todo lo que le plazca, pues nunca será demasiado, ya que soy un miserable; pero soy harto pequeño para merecer su ira. Odie a mi padre y reserve el despecho para mí.

—¡Tonterías! — gritó Catalina, fuera de sí. — ¡Qué muchacho imbécil y estúpido! ¡Mírelo temblar, como si realmente fuese a tocarlo! No necesita usted solicitar el desprecio, Linton. Cualquiera se lo ofrecería espontáneamente. ¡Váyase! Regresaré a mi casa. Es una locura querer arrancarlo de junto a la chimenea y pretender... A propósito, ¿qué pretende usted? ¡Suelte mi vestido! Si yo experimentase piedad hacia su persona por sus lágrimas y su cara de susto, debería usted rechazar esa piedad. Dígale, Nelly, cuan vergonzosa es su conducta. Póngase en pie y trate de no parecerse a una pobre larva...

Con el rostro bañado en lágrimas, Linton se había dejado caer al suelo, con una expresión desesperada. Parecía presa de un extremado terror.

—¡Oh! — sollozó. — ¡Esto no puede continuar! ¡Catalina! ¡Catalina! ¡También soy un traidor y no me atrevo a confesárselo! ¡Pero si me deja, moriré! Catalina querida, mi vida está entre sus manos. Me dijo usted que me amaba... ¡Pues bien! si es cierto, no sufrirá mucho quedándose. No se marche... ¡mi linda, mi buena, mi dulce Catalina! Y quizá consienta en... ¡Entonces, me dejará morir con usted!

Mi amita, ante esa desesperada angustia, se inclinó para ayudarlo a que se incorporara. Su viejo sentimiento de indulgencia y de ternura, venció a su despecho y pareció profundamente conmovida.

—¿Consentir en qué? — preguntó. — ¿En quedarme? Explíqueme el sentido de ese extraño discurso y me quedaré. ¡Se contradice usted todo el tiempo y me vuelve loca! Manténgase tranquilo, sea sincero y confiese lo que abruma su corazón. Nada malo haría contra mí, ¿verdad, Linton? Tampoco permitiría que un enemigo me dañase, si pudiese impedirlo, ¿no es así? Creo que es un cobarde consigo mismo, pero dudo de que lo fuese con su mejor amiga.

—Pero, mi padre me amenaza — exclamó el joven, juntando sus ahusados dedos, — y tengo miedo de él... ¡tengo miedo! ¡No me atrevo a decir nada!

—¡Oh! siendo así, guárdese su secreto — declaró Catalina, con desdeñosa compasión. — Yo no soy una cobarde. Póngase usted en seguridad que yo nada temo.

Esta generosa declaración hizo brotar nuevas lágrimas de los ojos de Linton. Lloró a lágrima viva, besando las manos que lo sostenían y careciendo, sin embargo, de valor para hablar.

Me preguntaba cuál podía ser ese misterio, perfectamente resuelta a impedir que Catalina sufriese en beneficio de nadie, cuando oí un ruido en el soto.

Alcé la mirada y ví al señor Heathcliff que descendía de Cumbres Borrascosas, casi encima de nuestras cabezas. No echó mirada alguna sobre mis acompañantes, aun cuando se hallaba lo bastante cerca como para oír los sollozos de Linton. Llamándome con ese tono casi cordial que sólo empleaba conmigo, y cuya sinceridad siempre puse en duda, me dijo:

—Es raro verla a usted cerca de mi casa, Nelly. ¿Qué tal va la gente de Thrusheross Grange? Cuénteme algo de la misma. Circula la versión — añadió en voz baja — de que Edgar Linton se halla en peligro de muerte. ¿No habrá un poco de exageración en eso?

—No, desgraciadamente, es la pura verdad; mi amo se muere — repuse. — Será algo muy triste para todos nosotros, pero una bendición para él.

—¿Cuánto tiempo vivirá aún, a su juicio? — inquirió.

—No lo sé.

—Porque — prosiguió, mirando a los dos jóvenes que permanecían extáticos frente a él (Linton parecía incapaz de mover la cabeza, impidiendo con ello que Catalina se moviese) — me está pareciendo que este muchacho tiene la santa intención de desbaratar mis planes y mucho agradeceré a su tío que se apresure y se marche antes que él. ¡Hola! ¿Hace mucho que el bribón representa esta comedia? Le había dado, sin embargo, algunas lecciones a propósito de sus lloriqueos. ¿Se muestra vivaz, por lo general, en presencia de Catalina?

—¿Vivaz? No .. demuestra el mayor decaimiento posible — repuse. — Al verlo, se pensaría que en vez de pasearse por el bosque con su bienamada, estaría mejor en su cama, entre las manos de un médico.

—Lo estará, dentro de un día o dos — murmuró Heathcliff. — Pero, ante todo, ¡levántate, Linton! ¡Levántate! — gritó. — No te tires en el suelo de ese modo. ¡Arriba, ahora mismo!

Linton había vuelto a caer, paralizado por el miedo, presumo, bajo la mirada que le echara su padre. Hizo repetidos esfuerzos para obedecer, pero sus pobres recursos no existían, por el momento, y se dejó estar, exhalando un gemido.

Heathcliff, acercándose al muchacho, lo levantó a la fuerza y lo apoyó contra un declive.

—Ahora — dijo con fría ferocidad, — voy a empezar a enojarme, si no dominas esa cobardía... ¡Qué diablo! .. ¡Vamos! ¡Arriba!

—Si, padre — gimió Linton. — Pero, suélteme, pues de lo contrario voy a desmayarme. Le aseguro que he hecho lo que usted deseaba. Catalina le dirá... que... que me he mostrado alegre. ¡Ah! quédese a mi lado, Catalina, deme su mano...

—Toma la mía — dijo su padre, — y mantente en pie. Así... Ahora, Catalina le dará el brazo. Está bien. Mírala ¿No se creería que soy el diablo en persona, señorita Linton, para inspirarle semejante horror? Sea buena y acompáñelo hasta la casa, ¿quiere usted? Tiembla, cuando lo toco.

—¡Querido Linton! — murmuró Catalina. — No puedo

ir a Cumbres Borrascosas, porque papá me lo ha prohibido. No le harán daño alguna, ¿por qué está tan asustado?

—Es demasiado penoso volver a esa casa — repuso Linton. — No quiero hacerlo sin usted.

—¡Basta! — gritó su padre. — Respetemos el amor filial de Catalina.

Luego añadió:

...Nelly, ayúdelo a regresar. Sin más demoras seguiré su consejo, en lo que concierne al médico.

—Hará usted muy bien — repuse. — Pero debo quedarme aquí con mi ama, aparte de que no es asunto de mi incumbencia ocuparme de su hijo.

—Es usted muy testaruda, lo sé — dijo Heathcliff, — pero me obligará a pellizcar al bebé y a hacerlo gritar hasta que eso la torne un poco más caritativa. Ven, héroe mío. ¿Quieres regresar escoltado por tu padre?

Se acercó nuevamente e hizo ademán de tomar por un brazo a la enclenque criatura. Pero Linton, estremeciéndose, se aferró a su prima y suplicó que lo acompañaran, con un encarnizamiento tal, que no había forma de negarse. A pesar de que desaprobaba aquello, no podía retener a la chica. En realidad, ¿cómo habría podido ella misma negarse? ¿Qué lo aterrorizaba hasta ese extremo? No podíamos saberlo, pero el muchacho estaba dominado por ese sentimiento y parecía a punto de volverse loco. Llegamos a la puerta de Cumbres Borrascosas. Catalina entró y yo me quedé afuera, esperando que condujera al enfermo hasta una silla, pensando que saldría de inmediato, cuando el señor Heathcliff, empujándome, exclamó:

—Mi casa no está contaminada por la peste, Nelly, y hoy se me ha ocurrido mostrarme acogedor. Tome usted asiento y permítame cerrar la puerta.

La cerró y hasta echó el cerrojo. Me estremecí.

—Tomarán ustedes el te antes de regresar a su casa — añadió. — Estoy solo; Hareton ha ido a Lees con algunos animales. En cuanto a Zillah y José, es su día de salida. Aun cuando estoy acostumbrado a quedarme solo, no detesto gozar de una compañía interesante, si puedo conseguirla. Señorita Linton, siéntese junto a mi hijo. Le doy lo que tengo, el regalo apenas si es aceptable, pero nada mejor puedo ofrecerle. Me refiero a Linton. ¡Qué ojos pone usted! ¡Qué curioso sentimiento de ferocidad experimento por todo lo que parece tener miedo de mí! Si hubiese nacido en un país donde las

leyes fueran menos severas y los gustos menos refinados, me brindaría el placer de una lenta vivisección sobre esos dos seres, para pasar una tardecita agradable.

Se interrumpió para respirar, asestó un golpe sobre la mesa y juró en voz baja:

—¡Por el infierno! ¡Cuánto los odio!

—¡No le tengo miedo! — exclamó Catalina, que no alcanzó a oír la última frase de Heathcliff.

Avanzó algunos pasos

Sus negros ojos brillaban de cólera y resolución.

—Deme esa llave — dijo. — Quiero tenerla en mis manos. No comeré ni beberé en esta casa, aunque tuviese que morirme de hambre.

Heathcliff conservaba la llave en la mano que apoyaba sobre la mesa. Miró a mi joven ama, extrañado ante esa osadía, o quizá recordando a la que se la había trasmitido. Cata hizo un brusco movimiento hacia la llave y casi consiguió arrancársela de entre los dedos. Pero ese gesto lo devolvió a la realidad, reaccionando vivamente.

—Ahora, Catalina Linton — dijo, — aléjese o irá a dar de espaldas al suelo, cosa que volverá loca a la señora Dean.

Menospreciando esa advertencia, se arrojó nuevamente sobre la cerrada mano, a fin de apoderarse del objeto.

—¡Conseguiremos marcharnos! — repetía la chica, haciendo todos los esfuerzos del mundo para vencer aquellos músculos de acero.

Advirtiendo la ineficacia de sus uñas, recurrió a sus dientes con toda el alma. Heathcliff me echó una mirada tal, que durante un instante no me atreví a intervenir. Catalina nada notó, empecinada en aflojar aquellos dedos.

De pronto, Heathcliff los abrió, abandonando el objeto disputado. Pero, antes de que Cata lo hubiese puesto definitivamente fuera de su alcance, la tomó con su mano libre y estrechándola entre sus rodillas, le administró en la cabeza una lluvia de terribles golpes, cada uno de los cuales hubiese bastado para hacer efectiva su amenaza, si Catalina hubiera podido caer al suelo.

Al ver esa salvajada, me precipité sobre él, gritando:

—¡Miserable! ¡Miserable!

Un golpe en el pecho me hizo callar.

Soy más bien corpulenta y se me corta fácilmente la respiración. Trastabillé, completamente aturdida, a punto de ahogarme o de sucumbir a un golpe de sangre.

La escena terminó en dos minutos.

Una vez en libertad, Catalina se llevó las manos a las sienes, como preguntándome si todavía tenía, o no, orejas. Temblaba como una hoja, la pobre pequeña, y tuvo que apoyarse en la mesa, a tal punto giraba su cabeza.

—Ya vé usted que sé cómo se corrigen los niños — dijo el bribón con aire de ferocidad, mientras se agachaba para recuperar la llave, que había caído al suelo. — Ahora, reúnase con Linton, tal como se lo ordené, y llore hasta hartarse. A partir de mañana seré su padre — el único padre que le quedará, dentro de algunos días — y lo que acaba de ocurrir, se repetirá a menudo. Como no es usted enclenque, soportará el castigo fácilmente. Le advierto que probará esta medicina todos los días, si veo brillar nuevamente en sus ojos ese resplandor de rebelión.

En lugar de ir hacia Linton, Catalina corrió al lado mío y dejándose caer al suelo sin contener sus lágrimas, puso sus ardientes mejillas contra las mías.

Su primo había retrocedido hasta el extremo del banco, tan mudo como una lauchа, felicitándose en su fuero interno, creo, por el hecho de que el correctivo hubiese caído sobre otra persona. El señor Heathcliff, viéndonos a todos aterrados, se puso en pie y empezó a preparar el te personalmente. Las tazas ya estaban preparadas. Llenó una y me la ofreció.

—¡No más aires dramáticos! — me dijo. — Sirva a esos dos estúpidos niños mimados. El te no está envenenado, a pesar de que lo preparé con mis propias manos. Iré a buscar sus caballos.

Nuestro primer pensamiento, cuando se retiró, fué buscar una salida cualquiera. Tratamos de forzar la puerta de la cocina, pero había sido trancada al exterior. Inspeccionamos las ventanas... Eran demasiado estrechas, aun para el delgado cuerpo de Cata.

—Señor Linton — grité, viendo que estábamos realmente presas. — Usted sabe cuál es la idea de su demonio de padre y va a develármosla. De lo contrario, le pegaré del mismo modo como él pegó a su prima.

—Sí, Linton, es preciso que nos diga qué piensa hacer el señor Heathcliff — imploró Catalina. — Vine por usted y sería una abominable ingratitud de su parte negarse a hablar.

—Sírvame te, tengo sed. Luego lo sabrá — repuso el muchacho. — Señora Dean, apártese usted. No me gusta tener-

la tan junto a mí. ¡Atención, Catalina, que sus lágrimas caen en mi taza! No beberé ese te. Sírvame otro.

Catalina obedeció y se enjugó el rostro.

Yo estaba indignada al notar la indiferencia de ese cobarde, desde que no temblaba por sí mismo. Ese terror experimentado en la landa desapareció apenas entramos en Cumbres Borrascosas, lo que me hizo pensar que había sido amenazado con un terrible castigo si no consentía hacernos caer en esa trampa. Una vez cumplida la sucia tarea encomendada, no experimentaba ya temores inmediatos.

—Papá quiere casarnos — prosiguió, después de haber bebido un pequeño sorbo de te. — Sabe que su padre no consentiría actualmente, y teme, si esperamos, que yo me muera antes. Por lo tanto, el casamiento tendrá lugar mañana por la mañana. Preciso será que pase usted la noche aquí. Si acepta, mañana volverá a su casa y me llevará en su compañía.

—¿Llevarlo a usted, lamentable engendro? — exclamé. — ¿Casarse, usted? Pero, ¡este hombre está loco, o nos supone locos a todos! ¿Se imagina que esta hermosa chica, rebosante de salud y de fuerza, va a unirse con un monito medio muerto? ¿Cree, por casualidad, que una mujer, cualquier mujer, y no hablemos de la señorita Linton, podría aceptarlo como marido? Merecería unos buenos latigazos por habernos hecho entrar en esta casa con sus comedias. Y... no ponga esa cara de estúpido. Ganas tengo de sacudirlo un ratito para curarlo de su vil hipocresía y de su imbécil suficiencia.

Lo empujé ligeramente, pero mi gesto provocó su tos; recurrió, entonces, a lo de costumbre, llantos y gemidos.

Catalina me reprendió.

Luego, mirando a su alrededor, dijo:

—¿Pasar la noche aquí? Quemaré esta puerta, Nelly, pero saldré.

Habría llevado a cabo su proyecto, si Linton no se hubiese nuevamente alarmado por su preciosa personita. Rodeó a Catalina con sus débiles brazos y dijo, con una voz que los sollozos entrecortaban:

—¿No me quiere? ¿No quiere salvarme?... ¿No permitirá que vaya a Thrusheross Grange? ¡Oh! Catalina querida, no debe marcharse y abandonarme. Es preciso que obedezca a mi padre... ¡es preciso!

—Preciso es que obedezca al mío — replicó la niña, — y que lo libre de esta cruel incertidumbre. ¡Toda la noche! ¿Qué

cosas no creerá? Debe estar ya desolado, a estas horas. A fin de salir de esta casa, voy a quemar o romper una puerta ¡Tranquilícese, Linton! No se halla en peligro, pero si me lo impide... ¡Linton, quiero a mi padre mucho más que a usted!

El mortal terror que le inspiraba la cólera del señor Heathcliff, soltó la lengua del cobarde. Catalina parecía trastornada. Persistía, empero, en querer regresar a Thrusheross Grange y recurriendo a su vez a las súplicas, le pidió que dominase su egoísta terror. En lo mejor de la escena, regresó nuestro carcelero.

—Sus caballos se fueron — dijo. ¿Qué es eso, Linton? ¿Todavía con lloriqueos? ¿Qué ha hecho Catalina? Bueno, bueno, basta de gimoteos y a la cama... Dentro de un mes o dos, muchacho, podrás hacerle pagar, con mano vigorosa, la tiranía de la cual hoy eres víctima. Ardes de amor por ella, ¿verdad? ¿No es otra la causa de tu llanto? ¡Pues bien! ella te querrá. ¡Ahora, a la cama! Zillah no está en casa, esta noche, y preciso será que te desvistas sólo. ¡Silencio! ¡Basta de gritos! Cuando estés en tu cuarto, te dejaré tranquilo, no temas nada. Por una vez en tu vida, has procedido como la gente. Yo me ocuparé del resto.

Mientras pronunciaba estas palabras, mantenía la puerta abierta para que pasara su hijo. Este último hizo su salida exactamente como lo habría ejecutado un perrito temeroso de que la persona que lo habla, premedite aplastarlo a traición.

Echó el cerrojo.

Heathcliff se acercó al fuego, junto al cual permanecíamos silenciosas mi ama y yo. Catalina lo miró e instintivamente se llevó la mano a la mejilla, porque su proximidad despertaba en ella escocedores recuerdos.

Cualquier persona se habría ablandado ante ese gesto infantil, pero él frunció el entrecejo con aire amenazador y murmuró:

—¡Ah! ¿Conque no me tiene miedo? ¡Pues bien! su valor sabe ocultarse, porque su aspecto es el de alguien que tiene un terror de todos los diablos.

—Tengo miedo, ahora — repuso la chica, — porque si me quedo, mi padre será muy desdichado y no puedo soportar esa idea en momentos en que él... en que él... ¡Oh! señor Heathcliff, permítame regresar a mi casa. Le prometo que me casaré con Linton. Papá se sentirá dichoso y yo lo amo. ¿Por qué obligarme a hacer a la fuerza lo que haría de buen grado y por propia voluntad?

—¿Quién se atreve a emplear la fuerza? — grité. — Existen leyes sobre la tierra, a Dios gracias, aunque vivamos en un rincón perdido del mundo. Protestaré contra semejante... aunque hubiese sido cometido por mi propio hijo. ¡Es un crimen sin perdón de Dios!

—¡Silencio! — exclamó el miserable. — ¡Váyase al diablo con sus gritos! No le pido que hable. Señorita Linton, mucho me agrada saber que su padre es desdichado. Tan grande es el placer que experimento, que esta noche no podré dormir pensando en eso. No podía usted haber hallado un medio más seguro para fijar su residencia bajo mi techo durante las próximas veinticuatro horas, que enterándome de las consecuencias de su secuestro. En cuanto a su promesa de casarse con Linton, velaré personalmente porque se cumpla. No se irá de esta casa hasta que se llame señora Heathcliff.

—Envíe a Nelly, entonces, para que mi padre sepa que estoy bien — exclamó Catalina, bañada en llanto. — O cáseme usted en seguida. ¡Pobre papá! Debe creer que nos hemos perdido, Nelly. ¿qué haremos?

—¡No! Creerá que se hartó usted de cuidarlo y que fué a divertirse un poco — repuso Heathcliff. — No puede negar que entró en mi casa por propia voluntad y pese a su prohibición. ¿No es natural que ansíe usted ciertas distracciones a su edad y que esté cansada de cuidar a un hombre enfermo, a un hombre que no es más que un padre? Catalina, su felicidad murió el día que empezó su vida de usted. La maldijo, me atrevo a decirlo, en el momento de venir al mundo — yo, al menos, lo hice — por lo tanto, puede también maldecirla cuando el mismo lo deje. Uniré mis maldiciones a las suyas, No la quiero. ¿Cómo podía quererla? Basta de llantos. Por lo que puedo prever, llorar será en lo futuro su principal distracción, salvo que Linton sea un consuelo para usted, como parece creerlo su inteligente padre. Sus cartas, repletas de consejos y consuelos, me causaron mucha gracia. En la última, recomendaba a mi alhaja que velase por la suya y fuera bueno con ella, cuando la tuviese en su poder. Velar, ser bueno... ¡es paternal! Pero, Linton necesita para sí mismo toda su provisión de cuidados y de bondad. Puede perfectamente jugar al tirano. Sería capaz de torturar a todos los gatitos de la tierra, gozándose en arrancarles los dientes y en limarles las garras. Le aseguro que podrá repetir a su tío hermosos ejemplos de su bondad, cuando vuelva a su casa.

—En eso, tiene usted razón — dije. — Ponga al desnudo

el carácter de su hijo. Muestre su semejanza con el suyo. Espero que, gracias a ello, la señorita Cata lo pensará dos veces antes de unirse a ese hermoso producto.

—No tengo ningún interés especial en develar ahora sus amables cualidades — repuso Heathcliff, — porque, o lo acepta, o se queda prisionera, y usted con ella, hasta la muerte de su amo. Estoy en condiciones de retenerlas a ambas en esta casa dentro del mayor secreto. Si lo duda, aconséjele que retire la palabra dada y podrá juzgar por sí misma.

—No retiraré mi palabra — dijo Catalina. — Me casaré con él ahora mismo si puedo regresar de inmediato a Thrushcross Grange. Señor Heathcliff, es usted un hombre cruel, pero no un demonio y no destruirá, por simple maldad, irrevocablemente, toda mi dicha. Si papá creyese que lo abandoné voluntariamente y muriese antes de mi regreso, ¿podría yo seguir viviendo? Ya no lloro, pero voy a arrodillarme allí, frente a usted, y no me incorporaré, no apartaré los ojos de su rostro hasta que usted también me haya mirado. ¡No, no me eluda! ¡Míreme! Nada verá que pueda evitarlo. No lo odio. No le guardo rencor porque me haya derrotado. ¿Amó usted a alguien, alguna vez en su vida, tío? ¿Nunca? ¡Ah! Míreme por un segundo, solamente. Soy tan desdichada. que preciso será que se apiade de mí.

—¡Aparte sus dedos de lagarto y levántese, pues de lo contrario la obligaré a puntapiés! — gritó Heathcliff, rechazándola brutalmente. - - Preferiría verme apretado por una serpiente. ¿Cómo diablos espera usted enternecerme? ¡La execro!

Sus hombros se encogieron, y sacudido por un verdadero estremecimiento de repulsión carnal, alejó su silla.

Me puse en pie y abrí la boca para dar libre curso a un raudal de invectivas, cuando la amenaza de que me encerrarían, sola, en una habitación, me tornó muda.

Avanzaba la noche. Oímos un ruido de voces en la verja del jardín. Nuestro huésped, que gozaba de toda su razón, en tanto que nosotras habíamos perdido la nuestra, se precipitó de inmediato afuera.

Luego de conversar con alguien por espacio de dos o tres minutos, regresó sólo.

—Creí que era su primo Hareton — dije a Catalina. — ¡Mucho me gustaría verlo llegar! ¡Quién sabe si no tomaría nuestra defensa!

—Eran tres criados de Thrushcross Grange enviados en su

busca — dijo Heathcliff, que me oyó. — Debió haber abierto la ventana y gritar. Pero apostaría a que esta chica está contenta de que no lo haya hecho. Estoy seguro de que le agrada verse obligada a permanecer aquí.

Al enterarnos de que habíamos desperdiciado la única oportunidad de salvarnos, nos abandonamos ambas a la desesperación. Permitió nuestros lamentos hasta las nueve, a cuya hora nos ordenó subir y entrar en la habitación de Zillah. Murmuré al oído de mi compañera que obedeciera, pensando que tal vez allí tendríamos oportunidad de salir por la ventana, o de pasar al granero y escapar por una lumbrera.

Pero la ventana no era más ancha que las de abajo, la trampa del granero resultaba inaccesible y nos vimos tan encerradas como antes.

No nos acostamos. Catalina se apostó junto a la ventana y esperó ansiosamente la mañana, respondiendo con profundos suspiros a los frecuentes ruegos que le hacía de que se acostase. Me senté en una silla, presa de viva agitación, juzgando severamente mis repetidas faltas al deber, de las cuales emanaban, estaba segura, todas las desdichas de mis amos. Sé, ahora, que tal no era el caso, pero mi imaginación me acusó durante esa terrible noche, hallando al propio Heathcliff menos culpable que yo.

A las siete de la mañana apareció nuestro guardián y preguntó si la señorita Linton se había levantado. Catalina se precipitó de inmediato a la puerta, contestando:

—¡Sí!

—Venga, entonces — dijo, abriendo la puerta y llevándosela.

En momentos en que me ponía en pie para seguirla, hizo girar nuevamente la llave en la cerradura. Reclamé a gritos mi libertad.

—Tenga paciencia — me contestó Heathcliff. — Voy a enviarle su desayuno dentro de un instante.

Asesté una serie de puñetazos contra el tabique y sacudí furiosamente la cerradura. Catalina le preguntó por qué me dejaba encerrada. Heathcliff contestó que tendría que aguantar aquella situación una hora todavía. Luego, se marcharon.

Permanecí encerrada dos o tres horas. Finalmente oí un ruido de pasos que no eran los de Heathcliff.

—Le traigo algo de comer — dijo una voz. — ¡Abrame!

Obedeciendo rápidamente, vi a Hareton cargado con alimentos como para todo el día.

—Tome esto — dijo, poniéndome la bandeja en las manos.
—Quédese un minuto — le pedí.
—¡No! — gritó.
Y se retiró, sin hacer el menor caso a mis ruegos.
Me quedé encerrada durante todo el día y toda la noche siguiente, y otro, y otra más.
Durante cinco noches y cinco días estuve completamente sola, sin ver a nadie, salvo a Hareton, una vez todas las mañanas. Era un carcelero modelo, intratable, mudo y sordo a todas mis tentativas destinadas a conmover su sentimiento de justicia o de compasión.

CAPITULO XXVIII

En el transcurso de la mañana, o mejor dicho, de la tarde del quinto día, se acercó un paso distinto, más liviano y presuroso. Esta vez, la persona entró en la habitación.
Era Zillah, con un chal rojo, un bonete de seda negra en la cabeza y balanceando en su brazo un cesto de mimbre.
—¡Oh! ¡Dios mío, señora Dean! — exclamó. — ¡Pues bien! ¡vaya unas historias las que cuentan en Gimmerton, referentes a su persona! Creí que se había caído en el pantano del Caballo Negro y la señorita con usted. Pero, héte aquí que el amo me dice que la han encontrado y alojado acá. ¿Pudo, entonces, llegar hasta un islote? ¿Cuánto tiempo permaneció en el pantano? ¿Fué el amo que la salvó, señora Dean? Pues no está usted tan delgada... me parece que no ha sufrido mucho en el accidente.
—¡Su amo es un loco furioso! — repuse. — Pero tendrá que explicarse ante la Justicia. De nada le servirá haber urdido semejante historia. ¡Todo se descubrirá! —
—¿Qué quiere usted decir con eso? — preguntó Zillah. — Esta historia no es suya, sino que la cuentan en toda la aldea. Dicen que se perdió usted en el pantano y cuando volví, hablé de la misma a Earnshaw. "¡Y bien! señor Hareton — le dije. — ¡Vaya unas cosas raras las que han pasado en mi ausencia! ¿No es lamentable para esa pobre chica y esa buena señora Dean?" Hareton me miró con ojos de asombro. Comprendiendo que no había oído hablar de nada, le repetí los rumores circulantes. El amo escuchó, sonrió y dijo: "Si bien estuvieron en el pantano, Zillah, ya han salido del mismo. En este momento, Nelly Dean se halla alojada en su habitación. Cuando suba, podrá decirle que se vaya. Tome la llave. El

agua del pantano se le ha subido a la cabeza, de modo que se habría ido a su casa en pleno delirio. Pero la dejé en Cumbres Borrascosas para que recuperara sus sentidos. Puede decirle que vaya de inmediato a Thrusheross Grange, si es capaz de hacerlo, y agregue que su joven señorita la seguirá a tiempo para asistir al sepelio del amo".

—¿Ha muerto el señor Edgar, entonces? — dije, sin aliento, casi. — ¡Oh! ¡Zillah! ¡Zillah!

—No, no, quédese sentada, mi buena señora — repuso el ama de llaves. — Todavía está usted muy enferma. No, no ha muerto. El doctor Kenneth cree que todavía puede durar un día. Lo encontré en la carretera y lo interrogué al respecto.

En vez de sentarme, tomé mis cosas para salir y me precipité abajo, pues el camino estaba libre.

Al llegar a la sala, busqué con la mirada a alguien que pudiese darme noticias de Catalina. El sol iluminaba la pieza, la puerta estaba abierta de par en par, pero parecía que nadie andaba en cinco millas a la redonda. Mientras vacilaba entre marcharme en seguida o volver sobre mis pasos para buscar a mi amita, una leve tos llamó mi atención hacia la chimenea. Tendido en el banco, Linton, que se encontraba sólo en la sala, seguía todos mis movimientos con apática mirada, mientras chupaba un trozo de azúcar cande.

—¿Dónde está la señorita Catalina? — pregunté severamente, esperando que en esa oportuna soledad obtendría, mediante métodos de terror, alguna información de sus labios.

Siguió chupando su azúcar como un bebé.

—¿Se fué? — dije.

—No — repuso. — Está arriba y no se irá, porque no se lo permitiremos.

—¿Quién no se lo permitirá? ¿Usted, grandísimo idiota? — exclamé. — Condúzcame en seguida a su habitación o le doy una paliza que lo obligará a cantar con más voz que un tenor.

—Papá ha de ser quien la haga cantar a usted, si trata de acercarse a su pieza. Dice que no me mostré suave con Catalina. Es mi mujer y es vergonzoso que sienta deseos de abandonarme. Dice que me odia y que desea que me muera, para heredar mi dinero. Pero no lo heredará, ni tampoco regresará a su casa. ¡Jamás!... ¡Que llore y se enferme todo lo que quiera!

Reanudó su ocupación, bajando sus párpados como deseando dormirse.

—Señor Heathcliff — proseguí. — ¿Olvidó ya todas las bondades de Catalina, durante el invierno pasado, cuando afirmaba que la amaba, cuando ella le traía libros, le cantaba canciones, desafiando más de una vez el viento y la nieve para verlo? Una noche lloró de pena por haber faltado a la cita, pensando en su decepción. Reconoció usted, entonces, que ella era cien veces demasiado buena para usted. Y hete aquí que ahora cree en las mentiras de su padre, aunque no ignora que los detesta a los dos. ¡Y se coaliga con él, contra ella! ¡Hermosa gratitud, en verdad!

Linton dejó su trozo de azúcar y frunció los labios.

—¿Vino Catalina a Cumbres Borrascosas porque lo detestaba? — continué. — Reflexione en esto. En cuanto a su dinero, ni siquiera sabe que lo tendrá. Dice usted que Cata está enferma, y a pesar de ello la deja sola, arriba, en una casa extraña. ¡Sin embargo, bien que sabe lo que es estar abandonado en esa forma! Cuando se lamentaba usted como un cordero sobre sus propios padecimientos, ella también se compadecía, pero hoy que Catalina sufre, usted no la compadece. Vea, señor Heathcliff, vea mis lágrimas... lágrimas de mujer, de una sirvienta, nada más... Y usted, luego de haber fingido ese afecto, usted, que tiene todas las razones del mundo para adorarla, reserva todas sus lágrimas para su propia persona, tendido ahí, como un zángano. ¡Ah! ¡qué joven egoísta y desalmado es!

—No puedo quedarme a su lado — contestó, malhumorado. — No quiero. Llora en un forma exasperante. Ni siquiera dejó de gimotear cuando le dije que llamaría a mi padre, cosa que, por otra parte, hice una vez. La amenazó con estrangularla si no se calmaba, pero apenas salió de la habitación, volvió a lloriquear y a quejarse durante toda a noche, impidiéndome dormir, a pesar de mis gritos de protesta.

—¿Salió el señor Heathcliff? — pregunté, advirtiendo la incapacidad del lamentable ser para compadecerse de las torturas morales de su prima.

—Está en el patio, conversando con Kenneth, el cual asegura que mi tío se muere de veras, esta vez. Mucho me complace la noticia, porque me convertiré en el amo de Thrushcross Grange. Catalina siempre habla de ella como de *su* casa. ¡No es la suya! Es la mía. Papá dice que todo lo que posee es mío. Todos sus lindos libros son míos. Cata me propuso regalármelos, así como sus bonitos obsequios y su "poney" Minny, si iba a buscarle la llave de su habitación y la ayu-

daba a huir. Pero yo le contesté que nada tenía que regalarme, puesto que todo me pertenecía ya. Entonces, se echó a llorar y me ofreció una pequeña miniatura que llevaba colgada del cuello. Eran dos retratos metidos en un medallón de oro: de un lado, su madre, del otro, mi tío, cuando eran jóvenes. Esto ocurrió ayer... le dije que también era propiedad mía y quise apoderarme del mismo. Pero, la vil criatura no lo entendió así y me rechazó, lastimándome. Lancé unos gritos que la aterraron y oyendo que se acercaba papá, rompió la bisagra del medallón y me dió el retrato de su madre. Trató luego de esconder la otra parte, pero papá la exigió explicaciones y le ordenó que me la entregara. Cata se negó y... después de tirarla al suelo de un empujón, papá le arrancó el retrato y lo aplastó bajo su pie.

—¿Y a usted le agradaba ver cómo la castigaban? — pregunté, a fin de alentarlo a hablar.

—Cerré los ojos — repuso el cobarde. — Siempre cierro los ojos cuando mi padre golpea a un perro o a un caballo. ¡Lo hace tan fuerte!... Sin embargo, al principio me causó placer... Merecía ser castigada por haberme tratado brutalmente. Pero, después que papá se hubo alejado, me llamó junto a la ventana, me mostró su mejilla cortada en el interior, contra los dientes y su boca llena de sangre. Luego recogió los restos de la miniatura y sentándose de cara a la pared, no me dirigió más la palabra. Me pregunto si será el dolor lo que le impide hablar. No me gusta pensar en eso, pero encuentro que es una chica detestable, con sus eternos llantos. Además, está tan pálida y tiene un aspecto tan extraño, que me da miedo.

—¿Y podría usted tomar la llave, si quisiera hacerlo? — inquirí.

—Sí, cuando estoy arriba — repuso, — pero ahora no puedo subir.

—¿En qué pieza está Catalina?

—¡Oh! ¡no se lo diré! Ese es nuestro secreto. Nadie, ni Hareton, ni Zillah, debe saberlo. Y ya basta... Me ha fatigado usted con sus preguntas... ¡Váyase! ¡Váyase!

Se cubrió la cara con su brazo y cerró nuevamente los ojos.

Consideré que era preferible marcharse sin ver al señor Heathcliff, e ir a buscar a Thursheross Grange socorros para mi joven ama.

Cuando llegué, intensos fueron el asombro y la alegría de los demás criados. Al enterarse de que Catalina estaba a sal-

vo, dos o tres de entre ellos hicieron ademán de correr hacia arriba, a fin de anunciar la noticia al señor Edgar. Pero, quise hacerlo personalmente.

¡Cuán cambiado lo encontré! En espera de la muerte, era la imagen de la tristeza y de la resignación. Parecía muy joven y aunque contaba ya treinta y nueve años, se hubiese creído que tenía diez menos. Pensaba en Catalina, pues murmuró su nombre. Toqué su mano y hablé.

—Catalina vendrá muy pronto, mi buen amo. Está con vida y sana. Creo que llegará esta tarde.

Temía el primer efecto de esa noticia. Se incorporó a medias, miró a su alrededor y luego volvió a caer de espaldas, desmayado.

Cuando volvió en sí le referí nuestra forzada visita y nuestro secuestro en Cumbres Borrascosas. Le dije que Heathcliff me había obligado a entrar, lo que no era cierto del todo. Cargué lo menos posible a Linton, así como tampoco me explayé sobre la brutal conducta del padre, pues era mi intención no agregar nuevas amarguras, dentro de lo posible, a su ya rebosante copa.

Adivinó que uno de los objetivos de nuestro enemigo era asegurar para su hijo, o mejor dicho para sí mismo, las tierras y la fortuna que poseía. Empero, mi amo, que ignoraba que su sobrino dejaría este mundo casi al mismo tiempo que él, se preguntaba por qué Heathcliff no esperaba a que él muriese. Comprendió que era preferible cambiar su testamento y en lugar de dejar a Catalina la libre disposición de su fortuna, decidió ponerla en manos de un administrador, para las necesidades de su hija y de sus nietos, si Catalina llegaba algún día a ser madre. Mediante esa disposición, el señor Heathcliff nada podría heredar si moría Linton.

Luego de recibir sus órdenes, envié a un hombre a la casa del procurador y mandé a otros cuatro sólidamente armados, para que exigieran a su carcelero la devolución de mi joven ama.

Los dos destacamentos llegaron muy tarde. El criado que había partido sólo fué el primero en regresar, diciendo que el señor Green, el abogado, había salido y tuvo que esperarlo durante dos horas. Después de eso, el señor Green se vió obligado a terminar un pequeño asunto en la aldea, pero prometió estar en Thrusheross Grange lo antes posible.

También los cuatro hombres volvieron sin mi amita. Traían una esquela en la que me informaban que Catalina estaba

enferma, demasiado enferma para dejar su habitación y añadieron ue Heathcliff no les permitió verla.

Puse de todos los colores a los estúpidos individuos que se había tragado esa historia, que me cuidé muy mucho de repetir a mi amo. Resolví enviar, al alba, un verdadero ejército a Cumbres Borrascosas y sitiar literalmente la casa, si la prisionera no nos era devuelta de inmediato. Su padre la vería — me lo juré mil veces a mí misma — aunque ese demonio tuviese que morir en el propio umbral de su casa.

Felizmente, esa marcha y ese drama pudieron ser evitados. Descendí a las tres de la mañana para buscar un cántaro de agua y atravesaba el vestíbulo cuando me sobresaltó un fuerte golpe asestado a la puerta de entrada.

—¡Ah! es Green — me dije, recordando su promesa.

Seguí andando, con la intención de enviar a cualquier criado a que le abriera. Pero golpearon nuevamente, no muy fuerte, mas con insistencia.

Dejé el cántaro junto a la baranda de la escalera y me apresuré a abrir. La luna cubría de plata la landa. No era el abogado. Mi gentil amita echó sus brazos en torno de mi cuello. sollozando.

—¡Nelly! ¡Nelly! ¿Vive papá aún?

—¡Sí! — grité. — Sí, mi ángel, aún vive. ¡Dios sea loado! ¡Ya está otra vez segura, entre nosotros!

Quiso correr, jadeante como estaba, hasta la habitación del señor Linton, pero yo la obligué a sentarse, le preparé un cordial y lavé su pálida cara, frotándola con mi delantal para darle un poco de color.

Luego, le dije que era preferible que subiese yo primero, para anunciar su llegada, y le pedí encarecidamente que manifestara que sería feliz junto al joven Linton. Catalina quedó asombrada, pero comprendiendo al punto por qué le aconsejaba esa mentira, me aseguró que no se quejaría en presencia de su padre.

No me sentí con valor suficiente para presenciar la entrevista. Me quedé un cuarto de hora detrás de la puerta de la habitación; luego, me atreví a llegar hasta el lecho.

Empero, todo ocurría tranquilamente. El dolor de Catalina era tan silencioso como el júbilo de su padre. La chica lo sostenía con aparente calma, mientras Edgar alzaba hacia su hija unos ojos que el éxtasis parecía dilatar.

Murió en ese éxtasis bienhechor, señor Lockwood, realmente. Besándole la mejilla, le dijo:

—¡Voy a reunirme con ella y tú, hija querida, te reunirás con nosotros!

Después de eso, ya no se movió, ni habló más, pero siguió mirándola con idénticos ojos de radiante felicidad, hasta el momento en que su pulso, dejando imperceptiblemente de latir, permitió que su alma volara hacia el cielo. Nadie habría podido fijar exactamente el instante de su muerte, porque la misma sobrevino sin ninguna lucha.

Sea porque Catalina había ya prodigado sus lágrimas, sea porque su desesperación fuese demasiado abrumadora para permitir que brotasen, permaneció allí, secos los ojos, hasta el alba. Habría seguido meditando ante ese lecho mortuorio, si yo no hubiese insistido para que descansara un rato. Felizmente, conseguí que se moviera, pues a la hora de la cena apareció el letrado. Había ido a Cumbres Borrascosas para recibir instrucciones sobre la forma de proceder, pues estaba a sueldo del señor Heathcliff, y tal era la causa de su demora. Por suerte, ninguna preocupación monetaria había turbado la mente de mi amo desde el regreso de su hija.

El señor Green tomó a su cargo la tarea de ordenar todo y a todo el mundo, en la casa. Despidió a los criados, salvo a mí. Hubiera deseado extender la autoridad que le habían conferido, hasta a decidir que Edgar Linton no fuese enterrado junto a su esposa, sino en la capilla, con su familia. Pero, allí estaba el testamento para impedir semejante cosa. Por mi parte, añadí mis vehementes protestas contra toda transgresión de las voluntades expresadas por el difunto. El entierro se realizó apresuradamente. Catalina, en lo sucesivo la señora Heathcliff fué autorizada a permanecer en Thrushcross Grange mientras estuviera en la casa el cuerpo de su padre.

Me contó que su angustia había obrado finalmente en Linton, infundiéndole valor para ponerla en libertad.

Catalina oyó a los hombres por mí enviados, cuando discutían en la puerta y sorprendió la respuesta de Heathcliff, la cual la llevó al colmo de la desesperación. Linton, que se encontraba en la salita, a la que lo condujeron poco después de mi partida, se sintió aterrado al punto de ir a buscar la llave, antes de que su padre volviese a subir. Tuvo la sutileza de abrir la puerta y luego de dar una vuelta de llave, sin cerrarla. Cuando se fué a acostar, pidió permiso para dormir en el cuarto de Hareton, lo cual le fué concedido excepcionalmente.

Catalina se deslizó fuera de su encierro antes del alba. No se atrevió a abrir las puertas, temiendo que los perros empezasen a ladrar. Recorrió las habitaciones desocupadas, examinando sus ventanas. Por suerte, llegó a la alcoba de su madre, pasó fácilmente por la ventana de la misma y se deslizó hasta el suelo, gracias a un pino que crecía muy cerca. Su cómplice fué castigado por la parte que tuvo en esa evasión, a pesar de la timidez de su concurso.

CAPITULO XXIX

La tarde del entierro estábamos sentadas en la biblioteca mi joven ama y yo, pensando silenciosamente en nuestra pérdida, una de las dos con desesperación, y haciendo conjeturas sobre nuestro triste porvenir.

Habíamos arribado a la conclusión de que el destino más favorable para Catalina sería que obtuviera permiso para vivir en Thrusheross Grange, por lo menos mientras existiese Linton, autorizando a este último para que se reuniera con ella, y a mí para que me quedase como ama de llaves El arreglo parecía demasiado hermoso para que se realizase. Pero, a pesar de todo, yo tenía esperanzas y me regocijaba ya ante la perspectiva de conservar mi residencia, mi empleo y por sobre todas las cosas, a mi bienamada amita, cuando un criado aún en servicio, no obstante haber sido despedido, entró corriendo en el cuarto y anunció "que ese demonio de Heathcliff" atravesaba el patio ¿Debía cerrarle la puerta en las narices?

Si hubiésemos sido lo bastante locas para dar esa orden, el hombre no habría tenido tiempo de cumplirla. Heathcliff no se tomó el trabajo de golpear o de hacerse anunciar. Era el amo e hizo uso de ese privilegio para entrar directamente, sin pronunciar una palabra. Guiado hacia la biblioteca por los sonidos de las voces, penetró en la pieza y haciendo a nuestro informante seña de que se retirara, cerró la puerta.

Era en esa habitación que había sido introducido como huésped, dieciocho años antes. Una luz idéntica brillaba a través de la ventana y afuera se contemplaba el mismo paisaje otoñal. No habíamos encendido aún las bujías, pero se veía todo claramente, hasta los retratos colgados de la pared, el espléndido rostro de la señora Linton y la graciosa cara de su esposo.

Heathcliff se encaminó a la chimenea. Tampoco él había cambiado en absoluto. Era el mismo hombre, con el rostro un poco más pálido y el cuerpo un poco más pesado, tal vez, pero nada más.

Catalina, al verlo, hizo un movimiento como para precipitarse fuera de la estancia.

—¡Deténgase! — dijo Heatrcliff, tomándola por el brazo. — ¡Ya no más fugas! ¿A dónde iría? Vengo dispuesto a llevármela de vuelta a casa y espero que sabrá cumplir con su deber y no incitará a mi hijo a la desobediencia. Me molestó bastante castigarlo, cuando descubrí la parte que desempeñó en el asunto. Es tan frágil, que un soplo puede aniquilarlo. ¡Pero ya verá, por su aspecto, que recibió lo que merecía! Lo hice bajar una noche, la de anteayer, y me limité a ordenarle que se sentara en una silla. Después no volví a tocarlo. Envié a Hareton afuera y la pieza quedó para nosotros dos. Un par de horas más tarde llamé a José para que lo reanimara, y a partir de ese momento mi presencia tiene el mismo poder sobre sus nervios que la de un fantasma. Creo que hasta me ve cuando no estoy presente. Hareton dice que, por las noches, se despierta gritando y la llama a usted para que lo proteja contra mí. Y, ame usted o no a su precioso esposo, es asunto suyo, ahora, y le abandono todo el interés que siento por él.

—¿Por qué no deja aquí a Catalina y envía a Linton a su lado? — pregunté. — Como los detesta usted a los dos, no sentiría su ausencia. En su casa, no son más que una causa cotidiana de irritación para su desnaturalizado corazón.

—Busco un inquilino para Thrusheross Grange — repuso Heathcliff, — y como es natural, deseo que mis hijos estén a mi lado. Además, esta persona tendrá que servirme en cambio del pan que me costará. Muerto Linton, no seguiré educándola en medio del lujo y de la ociosidad. Prepárese a acompañarme, pronto, sin obligarme a tomar medidas de otra índole.

—Iré — dijo Catalina. — Linton es el único ser al que puedo amar, en el mundo, y aun cuando haya hecho usted todo lo posible para tornarme odiosa y excitar su odio contra mí, no conseguirá transformarnos en enemigos. ¡Lo desafío a golpearlo en mi presencia, así como lo desafío a atemorizarme!

—¡Qué valiente campeona! — repuso Heathcliff. — Pero no la quiero a usted lo suficiente para perjudicarlo. Gozará

del tormento, tanto como el mismo dure. No he de ser yo quien haga de él su enemigo, sino él mismo, con su agradable naturaleza. Juzga con la peor de las amarguras su deserción y las consecuencias de la misma. No espere agradecimientos por esa noble devoción. Lo oí esbozar, en presencia de Zillah, un hermoso plan de lo que haría si fuese tan fuerte como yo. La disposición está en él y su misma debilidad aguzará su ingenio para substituir, en cierto modo, a la fuerza.

—Sé que tiene una mala naturaleza — dijo Catalina, — puesto que es su hijo. Pero me siento dichosa de poseer una mejor para perdonarlo. En fin, sé que me ama, y por esta razón, yo lo amo a él. Usted, señor Heathcliff, a nadie tiene que lo quiera y por desdichados que nos haga, nos quedará todavía el consuelo de pensar que su crueldad proviene de una desgracia peor todavía que la nuestra. Es usted desdichado, ¿verdad? ¿Vive aislado como el diablo y es tan envidioso como él? Nadie lo quiere... ¡nadie lo llorará cuando se muera! ¡Ah! ¡no me gustaría estar en su lugar!

Catalina hablaba con una especie de sombrío triunfo. Parecía haber aceptado el espíritu de su futura familia y que extraía un placer del infortunio que abrumaba a sus enemigos.

—Muy pronto lamentará ser usted misma —dijo su suegro,— si se queda en esta casa un minuto más. ¡Váyase, bruja, y tome sus cosas!

Catalina se alejó orgullosamente.

En su ausencia, pedí por favor el puesto de Zillah en Cumbres Borrascosas, ofreciendo el mío en cambio, pero Heathcliff no aceptó el trueque bajo ningún pretexto. Me ordenó callar; luego, echando una ojeada a su alrededor, por vez primera, miró los cuadros. Después de contemplar el de la señora Linton, dijo:

—Me lo llevaré. No es que tenga necesidad de él, pero...

Se volvió bruscamente hacia el fuego y prosiguió con lo que, a falta de una palabra más justa, denominaré una sonrisa:

—...¡Voy a decirle lo que hice ayer! Cuando el sepulturero estaba excavando la tumba de Linton, obtuve que quitara la tierra que cubría el ataúd de Catalina y lo abrí. Creí, por un momento, que me quedaría allí. Cuando volví a ver su cara — porque sigue siendo la misma — trabajo le costó al buen hombre hacerme mover de ese lugar. Pero me dijo que

se alteraría si el aire daba sobre ella. Entonces, antes de volver a cerrar el féretro, arranqué uno de los paneles laterales — ¡no del lado de Linton, por todos los diablos! ¡desearía que ése fuese de plomo! — y compré al sepulturero para que saque esa tabla cuando yo esté acostado allí, a mi vez. Al mismo tiempo, hará saltar la de mi ataúd, que será construído teniendo eso en cuenta. Así, cuando el fantasma de Linton venga a vernos, no podrá distinguirnos al uno de la otra...

—Ha cometido usted una mala acción, señor Heathcliff — exclamé. — ¿Cómo se atrevió a perturbar a los muertos?

—A nadie he perturbado, Nelly, y mi gesto me alivió. Me sentiré mucho mejor, ahora. En cuanto a usted, correrá menos peligro de volverme a ver, cuando me encuentre allá. ¿Perturbarlo yo? ¡No! Ella me turbó día y noche, durante dieciocho años, sin descanso ni remordimientos, hasta la noche última. Y la noche última dormí tranquilo. Soñé que estaba estirado para mi sueño postrero junto a ese cuerpo dormido, mi paralizado corazón al lado del suyo y contra la suya mi mejilla helada.

—Y si la hubiera usted encontrado reducida a polvo, o peor aún, ¿cuál habría sido su sueño?

—Que me estaba convirtiendo en polvo junto a ella, y hubiese conocido una dicha más grande aún. ¿Cree usted que temo esa transformación? Cuando alcé la tapa, esperaba encontrarla así, pero prefiero que tal cosa no haya ocurrido antes de que pueda compartir esa suerte con ella. Además, si no hubiese visto sus rasgos bajo esa aparente calma, no habría podido apartar de mi mente el sentimiento de inquietud de que acabo de hablarle. Nació de extraña manera. Ya sabe usted que estaba como loco después de su muerte y le suplicaba sin cesar, de alba a alba, que me enviara su fantasma. Creo firmemente en los fantasmas. ¡Tengo la convicción de que pueden existir y de que existen entre nosotros! El día que la enterraron, se produjo una nevada. Fuí al cementerio en las últimas horas de la tarde. El viento era tan glacial como en invierno... todo estaba desierto en torno. No temía que su imbécil de marido se aventurara tan tarde en ese sombrío lugar y nadie más tenía razones para ir al mismo. En esa soledad, sabiendo que la única barrera existente entre nosotros eran esos dos metros de tierra, pensé súbitamente: "¡Es preciso que la estreche nuevamente entre mis brazos! Si está fría, diré que es el viento del norte el que hiela todo su cuer-

po. Y si está inmóvil, pensaré que se ha dormido." Tomé un pico en el galpón de las herramientas y empecé a excavar con todas mis fuerzas. Cuando llegué al ataúd, me puse de rodillas para trabajar con las manos. La madera empezaba a crujir junto a los tornillos, estaba a punto de lograr mis fines cuando me pareció oír un suspiro, como si alguien estuviese inclinado al borde de la tumba, por encima mío. "¡Si con igo levantar esto — murmuré, — deseo que nos cubran de tierra a los dos!", y me encarnicé más rabiosamente aún. Oí junto a mi oído un nuevo suspiro, cuyo cálido aliento pareció que desplazaba el viento cargado de granizo. Sabía que ningún ser de carne y hueso rondaba por allí. Pero, tan seguramente como los sentidos intuyen en la oscuridad la proximidad de un cuerpo material que permanece invisible, sentí que Catalina estaba allí, no debajo mío, sino sobre la tierra. Una súbita impresión de alivio nació en mi corazón e invadió todos mis miembros. Cesé en mi agotadora faena y al punto me sentí consolado, inefablemente consolado. Ella se hallaba presente, ella me ayudó mientras rellenaba nuevamente la tumba, ella me condujo a la casa. Ríase, si quiere, pero tenía la seguridad de que volvería a verla allí. Tenía la seguridad de que me acompañaba y no podía dejar de hablar con ella. Al llegar a Cumbres Borrascosas, me precipité contra la puerta de entrada. Estaba cerrada y me acuerdo que ese maldito Earnshaw, con la ayuda de mi mujer, quiso oponerse a mi paso. Recuerdo que después de haberle asestado un golpe en medio del pecho, corrí a mi habitación y a la suya. Miré febrilmente a mi alrededor... la sentía a mi lado... casi podía verla y sin embargo, no la veía... Pensé que estaba cubierto con un sudor de sangre, a tal punto me crucificaba el deseo de conseguirlo, aunque más no fuese por un instante. Pero no la vi. Fué lo que tan a menudo había sido conmigo en vida: un demonio. ¡Y desde entonces, no he dejado de ser, más o menos, juguete de esa intolerable tortura! Verdadera visión infernal que llevaba mis nervios a un paroxismo tal, que sin duda deben ser de una solidez a toda prueba, porque de lo contrario se habrían tornado tan flojos como los de Linton. Cuando estaba en el interior de la casa con Hareton, esperaba encontrarla al salir, y cuando iba a la landa, suponía hallarla, a mi regreso. Apenas salía, me apresuraba a regresar, porque me decía que debía estar en alguna parte, en Cumbres Borrascosas. Y cuando pasaba la noche en su habitación, pronto tenía que huír de la misma.

Imposible dormir allí, porque apenas cerraba los ojos, creía que se hallaba afuera, detrás de la ventana, o bien haciendo correr los paneles del lecho, o llegando a la alcoba, y hasta posando su adorada cabeza sobre mi misma almohada, tal como a veces lo hacía en mi infancia. Entonces, mis párpados se abrían solos para verla. Y así, cien veces seguidas en la noche... para sufrir siempre una decepción. ¡Cruel suplicio! Con frecuencia exhalaba tan fuertes gemidos, que ese viejo bribón de José se dijo, sin duda alguna, que mi conciencia se había convertido en demonio dentro de mi cuerpo. Ahora, desde que la vi, estoy calmado... un poco más calmado. ¡Curiosa manera de matarme! Ni siquiera con pequeños golpes, sino mediante sensaciones ínfimas, fugitivas, mediante la perpetua persecución de un fantasma, durante dieciocho años...

El señor Heathcliff calló y se enjugó la frente, contra la cual estaban pegados sus cabellos empapados en transpiración. Su mirada se había clavado en las rojizas cenizas de la chimenea y sus cejas, en lugar de estar contraídas, se alzaban hacia las sienes, expresión que atenuaba el aspecto severo de su rostro, pero que le concedía un peculiar aire de turbación y como la apariencia de una tensión mental debida a una idea fija. Apenas si había hablado para mí y guardé silencio. No me gustó su relato. Luego de marcar una pausa, retornó a su meditación frente al retrato, lo descolgó y lo apoyó contra el diván, para contemplarlo más cómodamente. Mientras se hallaba en esa ocupación, entró Catalina, anunciando que estaría lista apenas ensillaran a su "poney".

—Mándeme esto mañana — dijo Heathcliff.

Luego, volviéndose hacia su nuera, añadió:

— ..Deje su "poney"; la tarde es hermosa y no le será de ninguna utilidad en Cumbres Borrascosas, porque para los paseos que haga, podrá conformarse con sus piernas. ¡Vamos!

—¡Hasta pronto, Nelly! — murmuró mi joven amita.

Me besó y sentí que sus labios estaban como el hielo.

—Venga a verme, Nelly, no se olvide.

—¡No se le ocurra hacer semejante cosa, señora Dean! — dijo su nuevo padre. — Cuando necesite hablar con usted, vendré aquí. ¡No tendré la menor necesidad de su indiscreción en mi casa!

Hizo señas de que lo precediera y luego de echar hacia atrás una mirada que me destrozó el corazón, la joven obedeció. Los observé desde mi ventana, mientras atravesaban el

jardín. Heathcliff atrajo el brazo de Catalina bajo el suyo, aunque la joven forcejeaba al principio, y la arrastró, o poco menos, por el sendero, cuyos árboles los ocultaron a mi vista.

CAPITULO XXX

Después de su partida fuí una vez a Cumbres Borrascosas, pero no volví a verla. José, que me abrió la puerta, no me dejó pasar. Me dijo que la señora Linton "no estaba visible" y que el amo no se encontraba en casa. Zillah me ha informado, hasta cierto punto, sobre los habitantes de la misma, sin lo cual no sabría quién murió y quién vive. Halla altanera a Catalina y no la quiere, según he podido darme cuenta. Al principio, mi joven ama le pidió algunos servicios, pero el señor Heathcliff le dijo que se ocupara de sus propios asuntos y que dejara a su nuera que se las compusiera sola, cosa que Zillah aceptó de buen grado, siendo como es una mujer egoísta y de corto entendimiento. Catalina experimentó un despecho infantil al verse así abandonada y retribuyó ese trato con el desprecio, lo que hizo de mi informante una enemiga tan segura como si le hubiese causado un inmenso daño. Hace más o menos seis semanas, poco antes de su llegada, mantuve una larga conversación con Zillah, un día que nos encontramos por casualidad en la landa. He aquí lo que me dijo:

"—Lo primero que hizo la señora Linton a su llegada a Cumbres Borrascosas fué precipitarse al primer piso, sin decirnos siquiera buenas noches, a José y a mí, para encerrarse en la habitación de Linton, en la que se quedó hasta la mañana. Después, cuando el amo y Earnshaw tomaban su desayuno, entró en el salón y preguntó, temblando de inquietud, si podían ir a buscar al médico. Su primo estaba muy enfermo.

"—¡Ya sabemos eso! — repuso Heathcliff. — Pero su vida no vale un penique y no gastaré un penique por él.

"—Pero yo no sé qué hacer — dijo Catalina. — ¡Si nadie me ayuda, se va a morir!

"—¡Salga de la habitación! — gritó el amo. — ¡Que jamás vuelva a oír una palabra a su respecto! Nadie, en esta casa, se preocupa por su suerte. Si tal no es su caso, conviértase en su enfermera, o enciérrelo y déjelo solo.

Entonces, como empezó a atormentarme, le dije que ya es-

taba harta de lidiar con un ser tan fastidioso. A cada cual su trabajo; el suyo consistía en ocuparse de Linton, máxime que el señor Heathcliff me ordenó que le dejara a ella esa tarea.

"¿Que cómo se llevan? No sabría decírselo. Supongo que se mostró caprichoso a menudo, que gimió noche y día y que Catalina no disfrutó un instante de reposo. Eso se veía en su pálido rostro y en sus párpados pesados. A veces, se presentaba en la cocina, con trastornado aspecto y dispuesta, se habría dicho, a solicitar ayuda. Pero yo no iba a desobedecer al amo. Nunca me atrevo a desobedecerlo, señora Dean y aunque juzgaba mal el hecho de que no mandase a buscar al doctor Kenneth, me decía que no era asunto mío dar consejos o vituperar. Siempre me negué a mezclarme en esos líos. Una o dos veces, cuando ya nos habíamos ido a acostar, ocurrió que volviese a abrir la puerta, viéndola sentada en el rellano, llorando. Me encerraba nuevamente, para no sentirme tentada a intervenir. En esos momentos sentía piedad hacia ella, como usted comprenderá, pero no tenía el menor deseo de perder mi puesto.

"Finalmente, una noche entró bruscamente en mi habitación y empezó a gritarme:

"—¡Diga al señor Heathcliff que su hijo está moribundo!... Esta vez, estoy segura de ello. ¡Levántese y vaya a decírselo!

"Pronunciadas estas palabras, se marchó. Me quedé un cuarto de hora escuchando y temblando. Nada se movía... la casa estaba en calma.

"—Se ha equivocado — me dije. — Linton ha salido también de ésta. No vale la pena molestar a nadie.

"Y empecé a dormirme Pero mi sueño fué interrumpido por segunda vez, por un violento llamado de la única campanilla que teníamos, instalada a la cabecera de Linton. El amo me llamó, me ordenó que fuese a averiguar lo qué ocurría y que les dijera, al mismo tiempo, que no toleraría la repetición de ese ruido.

"Le llevé la respuesta de Catalina. Lanzó un juramento y pocos minutos después, reapareciendo con una bujía encendida, se encaminó a la habitación de su hijo. Lo seguí. La señora Heathcliff estaba sentada al pie del lecho, con las manos juntas sobre las rodillas. Su suegro penetró en el cuarto, iluminó el rostro de Linton, lo miró, lo tocó y luego, volviéndose a Catalina, le dijo:

"—Y ahora, Catalina, ¿cómo se siente usted?

"—El está tranquilo y yo soy libre — repuso. — Debería sentirme bien... pero — prosiguió con una amargura que no podía ocultar, — me dejó usted luchar sola durante tanto tiempo contra la muerte, que no siento y no veo más que a ella. ¡Me siento como muerta!

"¡Y, a fe mía, en verdad que lo parecía! Le di un poco de vino. Hareton y José, despertados por el sonido de la campanilla y el ruido de pasos, y que oían nuestra conversación desde afuera, entraron en ese momento. José, a mi juicio, aceptaba sin mucha pena la desaparición del muchacho. Hareton parecía estar un tanto molesto, pero se hallaba más ocupado en contemplar a Catalina con unos ojos desmesuradamente abiertos, que en deplorar a Linton. El amo le ordenó que volviese a su cama, diciéndole que no teníamos necesidad de su ayuda. Hizo llevar el cuerpo a su habitación, por José, me mandó a mi pieza y la señora Heathcliff se quedó sola.

"Por la mañana le ordenó, por mi intermedio, que bajase a tomar el desayuno.

"Catalina estaba desvestida y parecía a punto de dormirse. Me hizo saber que se hallaba enferma, lo que no me extrañó mucho. Informé al señor Heathcliff, el cual contestó:

"—¡Pues bien!, déjela que siga enferma hasta el día siguiente del entierro y suba de vez en cuando, para llevarle lo que sea necesario. Apenas le parezca que está mejor, prevéngame.

Cata permaneció arriba alrededor de quince días, según Zillah, que iba a verla dos veces diarias y se había mostrado más afectuosa con ella si sus tentativas no hubiesen sido rechazadas orgullosamente de inmediato.

Heathcliff subió sin demora para leerle el testamento de Linton. Este había legado a su padre toda su fortuna, más la de Catalina. El pobre ser había procedido en esa forma bajo las amenazas y los mimos, cuando Catalina, a la muerte de su padre, se ausentó durante una semana. Como era menor, no podía disponer de las tierras. Empero, el señor Heathcliff las reivindicó y las conservó, en defensa de los derechos de su mujer y de los suyos propios. Supongo que la cosa es legal; de cualquier modo, Catalina, sin amigos ni dinero disponible, no pudo oponerse a ello.

"Nadie se acercó a la puerta de su habitación, salvo aquella vez — añadió Zillah. — Nadie, tampoco, preguntó por ella. Un domingo por la tarde bajó, por fin, al salón. Me había dicho, cuando le llevé la comida, que no podía seguir viviendo en ese helado ambiente. Le comuniqué, entonces, que el amo

iría a Thrushcross Grange y que Earnshaw y yo no le impedíamos bajar. Por lo tanto, apenas oyó que se alejaba el caballo de Heathcliff, apareció, vestida de negro, tan sencillamente como la mujer de un cuáquero, recogidos detrás de las orejas sus rubios rulos, que no podía sostener de mejor manera.

"José y yo íbamos generalmente a la capilla los domingos. Sabrá usted — explicó la señora Dean, — que la parroquia carece de ministros en este momento y que llamamos capilla a la de Gimmerton, que es metodista o bautista, no estoy muy segura de ello.

"José ya se había marchado — prosiguió Zillah, — pero yo consideré preferible quedarme en casa. Siempre es bueno que los jóvenes se hallen bajo la vigilancia de las personas mayores y Hareton, a pesar de su timidez, no es un modelo de educación y buenos modales. Le comuniqué que probablemente su prima se reuniría con nosotros y que la misma tenía la costumbre de que se respetase el domingo; por lo consiguiente, no haría nada de más dejando sus fusiles y sus menudos trabajos mientras ella estuviese allí. Enrojeció al recibir esa noticia y se miró las manos y la ropa. Los rastros de aceite y de pólvora de fusil desaparecieron en un instante. Comprendí que tenía la intención de hacerle compañía y adiviné, en sus maneras, que quería mostrarse presentable. Entonces, riendo como no me atrevería a hacerlo en presencia del amo, le brindé mi ayuda, haciéndole bromas por su confusión. Su rostro se tornó sombrío y empezó a jurar. Ahora, señora Dean — prosiguió Zillah, advirtiendo mi aire de desaprobación, — es probable que considere usted a su ama demasiado bien para el señor Hareton, y también es probable que tenga razón, pero confieso que me gustaría rebajarle un poquito su orgullo. ¿De qué le servirán, en lo sucesivo, todo su saber y su elegancia? Es tan pobre como usted y como yo, más pobre aún, lo juraría, pues usted debe hacer economías y yo me defiendo, en ese sentido."

Hareton aceptó la ayuda de Zillah, que supo ponerlo de buen humor con sus cumplidos. Por lo consiguiente, cuando llegó Catalina, el mozo casi había olvidado la manera injuriosa con que ella lo trataba y según el relato del ama de llaves, trató de hacerse agradable.

"La joven señora entró — dijo Zillah, — tan fría como un témpano y echándose aires de princesa. Me puse en pie y le ofrecí lugar en el sillón, pero ella desdeñó mi cortesía.

También Earnshaw se levantó y le propuso un extremo del banco, junto al fuego. Estaba seguro — le dijo, — de que se hallaba muerta de frío.

"—Me muero de frío desde hace más de un mes — repuso la señora Heathcliff, poniendo en sus palabras todo el desprecio posible.

"Tomó una silla, que ubicó a cierta distancia de nosotros. Cuando hubo entrado en calor, miró a su alrededor y vió una cantidad de libros sobre el aparador. Se puso en pie de inmediato y trató de alcanzarlos, pero estaban demasiado altos. Entonces su primo, luego de seguir sus esfuerzos durante un momento, empezó a ayudarla. Catalina tendió la falda de su vestido y él llenó el hueco así formado, con los primeros volúmenes que halló a mano.

"Era un gran adelanto por parte del muchacho, pero ella no se lo agradeció. Sin embargo, Hareton se sentía recompensado por la simple acogida hecha a su ofrecimiento. Tuvo la audacia de permanecer detrás de ella mientras hojeaba los libros y hasta de inclinarse para designar ciertos grabados que llamaron su atención. No se dejó desconcertar por la brusquedad con que la señora Heathcliff daba vuelta a la página, limitándose a retroceder un poco y a mirarla, en lugar de mirar el libro. Ella siguió leyendo o buscando algo para leer. En cuanto a Hareton, muy pronto quedó completamente fascinado por los rulos espesos y sedosos que estaban frente a él. No podía ver el rostro de Catalina, ni ésta el suyo. Y sin darse cuenta, quizás de lo que hacía, sencillamente atraído como un niño por la luz, pasó de la contemplación al tacto. Estiró la mano y acarició un rizo tan suavemente, que se hubiese dicho que tocaba el plumón de un pajarillo. Si Catalina hubiera sentido hundirse un cuchillo en su cuello, no habría experimentado un sobresalto mayor.

"—¡Váyase en seguida! ¿Cómo se atreve a tocarme? ¿Por qué está usted aquí? — gritó, con un acento de profunda repugnancia. — ¡No puedo soportarlo! Si vuelve a acercárseme, subo a mi habitación.

"El señor Hareton retrocedió, poniendo la cara más asombrada del mundo. Fué a sentarse en el banco, sin abrir la boca. Catalina siguió hojeando sus libros durante media hora, al cabo de la cual Earnshaw atravesó la habitación y me susurró al oído:

"—¿Quiere usted pedirle que nos lea algo, Zillah? Estoy cansado de no hacer nada y me agradaría... sí, mucho me

agradaría oírla. No le diga que siento deseos de escucharla; pídaselo como cosa suya...

"—El señor Hareton desearía que nos hiciese usted un poco de lectura, señora — dije al punto. — Hallaría eso muy amable... y mucho se lo agradecería.

"Catalina frunció el entrecejo, alzó la mirada y contestó:

"—El señor Hareton y usted tendrán la bondad de comprender que rechazo todas las pretendidas gentilezas que tienen la hipocresía de ofrecerme. ¡Los desprecio y nada tengo que decir a ninguno de los dos! En el momento que hubiese dado mi vida por oír una palabra afectuosa, por ver simplemente un rostro, ustedes se mantuvieron alejados. Pero, no he venido aquí para lamentarme. He sido expulsada de arriba por el frío y no para divertirlos a ustedes o gozar con su sociedad.

"—¿Qué habría podido hacer? — intentó decir Earnshaw. — ¿En qué soy vituperable? »

"—¡Oh! no se trata de usted — repuso la señora Heathcliff con su insolente tono. — Nunca deseé su compañía.

"—¡Pues yo la he ofrecido más de una vez! — replicó Hareton, ofuscado ante insolencia tanta. — Pedí, sí, pedí al señor Heathcliff que me permitiera velar en su lugar...

"—¡Cállese! ¡Me iré afuera, a cualquier parte, antes que verme obligada a soportar esa odiosa voz en mis oídos! — exclamó el ama.

"Hareton murmuró que podía irse al diablo y descolgando su fusil, no renunció por más tiempo a sus distracciones del domingo.

"Empezó a hablar nuevamente, con bastante libertad, por cierto, por cuya razón Catalina se creyó obligada a retornar a su soledad. Pero como el intenso frío no cedía, tuvo que rebajarse, pese a su orgullo, a permanecer cada día un poco más en nuestra compañía. Empero, me las compuse para que no tuviese más oportunidades de desdeñar mis gentilezas y desde ese día, me mantuve tan distante como ella. Ninguno de nosotros la quiere. No lo merece, porque si le dirigimos la menor palabra, se alza contra cualquiera. Al mismo amo contesta con acritud y llega hasta desafiarlo, cuando él la amenaza con golpearla. Y cuantos más golpes aguanta, más envenenada se torna."

Cuando hube oído el relato de Zillah, mi primer pensamiento fué dejar mi empleo y alquilar una casa a la que habría hecho ir a Catalina, para que viviese conmigo. Pero el señor

Heathcliff no lo habría consentido. Hubiese sido lo mismo que pedirle para Hareton la libertad de llevar una vida independiente.

No veo remedio alguno por ahora, a menos que vuelva a casarse, y ése es un proyecto cuya realización no es de mi incumbencia.

* * *

Así termina la historia de la señora Dean. Contrariamente a las predicciones del doctor, recupero rápidamente mis fuerzas y aun cuando sólo estamos en la segunda semana de enero, tengo la intención de llegarme, a caballo, hasta Cumbres Borrascosas, dentro de un día o dos, a fin de informar a mi propietario que pasaré en Londres los seis próximos meses. Que busque, si quiere, otro inquilino para reemplazarme en octubre. Nada en el mundo podría obligarme a vivir un segundo invierno aquí.

CAPITULO XXXI

El día de ayer fué hermoso, apacible y frío. Fuí a Cumbres Borrascosas, tal como era mi intención. Mi ama de llaves me suplicó que llevase una esquelita suya a su joven ama y yo no me negué a hacerlo, pues la digna mujer no se daba cuenta de lo singular de su pedido.

La puerta de entrada estaba abierta, pero la palizada cuidadosamente cerrada, como en oportunidad de mi última visita. Llamé y requerí la presencia de Earnshaw, que se encontraba en las arriates. Quitó la cadena y me hizo pasar.

Ese muchacho es el más hermoso tipo de campesino que sea posible encontrar. Lo noté incontestablemente esta vez, pero él hace lo imposible para extraer el menor partido de su gallardo y viril aspecto.

Le pregunté si el señor Heathcliff se hallaba en casa; me contestó que no, pero que volvería a la hora del almuerzo. Eran las once y le comuniqué mi intención de pasar y aguardarlo. Arrojó al suelo, de inmediato, sus herramientas y me acompañó, menos para reemplazar al amo que para desempeñar las funciones de perro guardián.

Entramos juntos en la casa. Catalina se encontraba allí, mondando legumbres para la comida. Parecía más melancólica y menos parlanchina que cuando mi primera visita. Alzó

apenas los ojos para ver quién era y prosiguió su tarea con un olímpico desprecio por la cortesía común y corriente. Mi inclinación y mis buenos días no recibieron la menor respuesta.

"No parece tan amable como pretende describirla la señora Dean — pensé. — Es una belleza, indiscutiblemente, pero no un ángel."

Earnshaw le dijo con desapacible acento que se llevara sus cacharros y legumbres a la cocina.

—Llévelos usted mismo — replicó la joven señora, apartándolos apenas hubo terminado su trabajo.

Luego, fué a sentarse en un taburete, junto a la ventana, empezando a cortar en forma de pájaros y de animalitos, las peladuras de nabo que llevó con ella. Me acerqué a Catalina so pretexto de contemplar el jardín y creí proceder con tino, para no ser visto por Hareton, dejando caer sobre sus rodillas la esquelita de la señora Dean. Pero ella, arrojándola al suelo, preguntó en voz alta: "¿Qué es esto?"

—Una carta de su vieja amiga, el ama de llaves de Thrushcross Grange — repuse, bastante molesto ante el hecho de que hubiese develado mi buena acción y temiendo que se me atribuyera personalmente el origen de la misiva.

La habría recogido de buen grado al enterarse de aquello, pero Hareton, anticipándose, tomó la hoja y se la guardó en la casaca, diciendo que el señor Heathcliff debía verla primeramente. Catalina, entonces, volvió silenciosamente la cara y extrayendo furtivamente un pañuelo de su bolsillo, se lo llevó a los ojos.

Su primo, luego de luchar un instante contra sus buenos sentimientos, sacó de nuevo la carta y la arrojó hacia ella con la menor amabilidad posible. Catalina se apoderó de la misma y la recorrió ávidamente; luego me formuló algunas preguntas sobre los humanos y otros habitantes de su antigua casa. Con la mirada errante sobre las colinas, murmuró para sí misma:

—¡Oh! ¡cuánto me gustaría tomar a Minny e ir hasta allá! ¡Cuánto me agradaría trepar por esas colinas! ¡Oh! estoy cansada... ¡Harta de vivir encerrada, Hareton!

—Señora Heathcliff — dije, luego de permanecer un instante silencioso, — ¿no sabe usted que la conozco? Y tan íntimamente, que me parece extraño que no venga a hablarme. Mi ama de llaves no se cansa de hablar de usted y de colmarla de elogios. Será una gran decepción para ella si regreso

sin darle ninguna noticia suya, salvo que recibió usted su carta y que nada dijo...

Mis palabras parecieron causarle extrañeza.

Me preguntó:

—¿Lo quiere Nelly?

—Sí — repuse, titubeando.

—Le dirá usted, entonces, que mucho hubiese deseado contestar a su carta, pero que no tengo el menor recado de escribir, ni siquiera un libro al cual poder arrancar una hoja.

—¡Ningún libro! — exclamé. — Permítame preguntarle cómo puede usted vivir sin ellos aquí. Aunque la biblioteca de Thrusheross Grange está bastante bien provista, ocurre a veces que me aburro. ¡Pero si me los quitasen, me desesperaría!

—Cuando los tenía — dijo Catalina, — me pasaba el tiempo leyendo. Pero como el señor Heathcliff no lee nunca, se le metió en la cabeza que debía destruirlos. Hace semanas que no puedo hojear ninguno. Apenas si una vez hurgué en la piadosa reserva de José, con gran irritación del mismo. Y otra vez, Hareton, eché mano a un lote oculto en su habitación... algunos autores latinos y griegos, algunos cuentos y poesías, todos ellos viejos amigos. Los había traído de Thrusheross Grange y usted los tomó como una urraca toma los cubiertos de plata, por simple tendencia al robo... No le son de la menor utilidad, a menos que los haya guardado con el mal pensamiento de que, puesto que no puede gozar de ellos, nadie más debe hacerlo. ¿No habrán sido sus celos los que aconsejaron al señor Heathcliff despojarme de mis tesoros? Pero la mayor parte de ellos se hallan grabados en mi cerebro, en mi corazón. ¡De eso, no podrá privarme usted!

Earnshaw se tornó del color de la grana cuando su prima habló de ese descubrimiento y se defendió con violentos balbuceos de esas acusaciones.

—El señor Hareton quiere aumentar sus conocimientos — dije, acudiendo en su ayuda. — No está celoso de su saber, sino ansioso de igualarlo. Dentro de algunos años será un estudiante perfecto.

—Sí, pero mientras tanto, pretende reducirme al estado de un cernícalo — repuso Catalina. — Sí, lo he sorprendido tratando de deletrear y de leer solo en alta voz. ¡Dice una de tonterías! Me gustaría que repitiese la historia de *Chevy Chase* como lo hizo ayer. Es extremadamente divertido. Lo oí y también lo vi hojear el diccionario para buscar las palabras

difíciles y luego jurar porque no comprendía las explicaciones.

El joven hallaba evidentemente injusto que se burlaran, al mismo tiempo, de su ignorancia y de sus esfuerzos para salir de ella. Yo experimenté el mismo sentimiento y recordando la historia de la señora Dean sobre sus primeras tentativas para disipar las tinieblas en que habían dejado su mente, hice notar:

—Pero, señora Heathcliff, cada uno de nosotros ha tenido que empezar por el principio, y todos hemos trastabillado y vacilado al comienzo. Si nuestros maestros se hubiesen burlado de nosotros en lugar de ayudarnos, a estas horas seguiríamos trastabillando y vacilando.

—¡Oh! — repuso Catalina, — no deseo contrariar sus ansias de intrucción, pero no tiene derecho a apropiarse de lo que es mío y despreciarlo a mis oídos con faltas groseras y una pronunciación incorrecta. Esos libros, prosa o verso, me resultan sagrados por ciertas razones y me es en extremo penoso oír su texto profanado por su boca. Además, como hecho a propósito, por maldad, eligió todos mis trozos preferidos, aquellos que me complazco en repetir.

El pecho de Hareton se alzó en silencio. Se sentía invadido por un sentimiento de humillación y de cólera, difícil de reprimir. Me puse en pie y con la delicada intención de atenuar su ofuscación, me acerqué a la puerta para contemplar el paisaje. Hareton me siguió, pero para salir de la habitación. Muy pronto volvió a aparecer, con las manos cargadas con media docena de volúmenes, que arrojó sobre las rodillas de Catalina.

—¡Tómelos! — exclamó. — No quiero volver a oír hablar de ellos, ni leerlos, ni nada.

—Ahora ya no los quiero — repuso la joven señora. — No podría establecer una separación entre ellos y usted, y eso basta para que los deteste.

Abrió uno que había sido visiblemente hojeado con frecuencia y leyó un párrafo con la lenta pronunciación de un lector torpe. Luego estalló en una carcajada y lo arrojó a lo lejos.

—Y ahora, escuche esto — prosiguió con aire provocador, empezando a recitar del mismo modo los versos de una vieja balada.

Pero el amor propio de Hareton no le permitió seguir por mucho tiempo en ese tren. Oí, sin vituperarlo del todo, el so-

nido de un correctivo manual que lo vengaba de aquella lengua demasiado ágil.

La pequeña traviesa y maligna había hecho todo lo posible para herir los sentimientos de su primo, por poco sutiles que los mismos fuesen; el argumento físico era el único medio que él tenía para igualar la partida, el único desquite que podía tomarse sobre su verdugo. Luego recogió los libros y los arrojó al fuego. Leí sobre su semblante el intenso sufrimiento que experimentaba al ofrendar ese sacrificio a su malhumor. Pensaba, mientras los libros se consumían, que él recordaba el placer que su lectura le había procurado y el triunfo y las renovadas alegrías que esperaba lograr de ellos más tarde. También creí intuir el móvil de sus secretos estudios. Se había conformado con su tarea diaria y sus placeres de zafio hasta el día en que Catalina se cruzó en su camino. La vergüenza de ser víctima de su desprecio, la esperanza de recoger su aprobación, le infundieron la ambición de escalar cumbres más altas, pero en lugar de preservarlo del primero y de proporcionarle la otra, sus esfuerzos para elevarse habían logrado el resultado contrario.

—¡Sí, ésta es toda la utilidad que un bruto como usted puede extraer de la lectura! — gritó Catalina, pasándose la lengua por los doloridos labios y siguiendo con indignados ojos aquella destrucción.

—¡Ahora, mejor será que se calle! — repuso Hareton, con hosco acento.

Su irritación hizo que la discusión cesara.

Se encaminó rápidamente a la puerta del cuarto; me aparté para dejarlo pasar. Pero, antes de que hubiese podido franquear el umbral, se encontró frente al señor Heathcliff, que llegaba por el sendero. El dueño de casa, posando una mano en el hombro de Hareton, preguntó:

—¿Qué sucede, muchacho?

—Nada, nada... — repuso el otro, huyendo, para ir a saborear en la soledad su pena y su cólera.

Heathcliff lo siguió con la mirada y exhaló un suspiro.

—Sería una extraña cosa que llegase a combatirme a mí mismo — murmuró, ignorando que me encontraba detrás suyo. — Pero, cuando trato de hallar a su padre en su rostro, es a ella a quien encuentro, un poco más cada día. ¿Cómo diablos puede parecérsele tanto? ¡Casi me resulta penoso contemplarlo!

Clavó sus ojos en el suelo y entró, con aire pensativo. Una expresión agitada y ansiosa que nunca le viera, se reflejaba en su semblante. Parecía haber adelgazado.

Su nuera, al verlo acercarse, por la ventana, huyó de inmediato a la cocina, de modo que me quedé solo con él.

—Mucho me complace verlo repuesto, señor Lockwood — dijo, contestando a mi saludo. — Y en parte, por motivos egoístas. No creo que pudiese reemplazarlo fácilmente en este desierto. Más de una vez me pregunté qué pudo haberlo traído a estos parajes.

—Creo que un verdadero capricho, señor — repuse. — En todo caso, otro es el que me impulsa a marcharme. Parto para Londres la semana entrante y debo comunicarle que no me siento dispuesto a conservar Thrushcross Grange más allá de los doce meses fijados por el contrato que concluímos. Creo que no volveré a esta región en mi vida.

—¡Oh! ¿realmente? Sin duda se hartó usted de vivir exilado del mundo, ¿verdad? Pero si ha venido a pedirme que rescinda el contrato, su gestión es inútil. Nunca he renunciado, por causa alguna, a lo que se me adeuda.

—¡No pido nada por el estilo! — grité, bastante irritado. — Y si así lo desea, saldaremos cuentas de inmediato.

Extraje mi cartera del bolsillo.

—No, no — repuso con toda calma. — Ya dejará usted bastante a sus espaldas para cubrir sus deudas, si no regresa. No me corre prisa alguna. Tome asiento y almuerce con nosotros. Un visitante que estamos seguros de no volver a ver, merece una acogida cordial. Catalina, sirva todo... ¿Dónde está usted?

Apareció Catalina, con una bandeja cargada de cuchillos y tenedores.

—Podrá usted cenar con José — murmuró Heathcliff dirigiéndose a su nuera. — Además, se quedará en la cocina hasta que yo me haya marchado.

La joven señora obedeció al pie de la letra esas instrucciones. Tal vez no se sentía en absoluto tentada a transgredirlas. Viviendo entre seres groseros y semisalvajes, probablemente no se hallaba en condiciones de apreciar a las personas de una categoría superior, cuando se encontraba con alguna.

Entre el señor Heathcliff, sombrío y ceñudo, a un lado, y Hareton, completamente mudo, del otro, hice una comida muy poco alegre. Muy pronto me despedí.

De buena gana me habría marchado por la puerta posterior

para echar una última mirada sobre Catalina y fastidiar al viejo José, pero Hareton recibió la orden de traer mi caballo y mi huésped me escoltó personalmente hasta el umbral de la puerta, de modo que no pude cumplir mi deseo.

"¡Qué lúgubremente transcurre la vida en esa casa!" — pensé, mientras trotaba por la carretera. — "¿No habría sido para la señora Heathcliff algo más romántico que un cuento de hadas, que hubiésemos ambos esbozado un idilio, como lo ansiaba su buena nodriza, para marcharnos luego los dos a reanudar la verdadera vida en medio del agitado ambiente de la ciudad?"

CAPITULO XXXII

1802.

En septiembre último fuí invitado a devastar la caza de un amigo, en el norte, y al dirigirme a sus dominios, me hallé sin esperarlo, a unas quince millas de Gimmerton.

El palafrenero de una hostería situada al borde de la carretera estaba dando un balde de agua a mis caballos, cuando pasó una carreta llena de avena muy verde, recientemente segada, que provocó en él la siguiente reflexión:

—¡Es casi seguro que procede de Gimmerton! Siempre andan con tres semanas de atraso sobre los demás, con su cosecha.

—¿Gimmerton? — repetí.

El recuerdo de mi estadía en esa localidad se había borrado un tanto, ya.

...¡Ah! sí, ya sé. ¿A qué distancia se encuentra de aquí?

—Deben ser unas catorce millas, por la montaña, con una mala carretera — contestó el hombre.

Se adueñó de mí un súbito deseo de volver a ver Thrushcross Grange.

Era apenas mediodía y pensé que sería preferible pasar la noche bajo mi propio techo, antes que en una posada. Además, me resultaba indiferente perder una jornada para arreglar mis asuntos con mi propietario, evitándome así la molestia de tener que hacer una nueva excursión a esa comarca.

Luego de haber tomado un reparador descanso, envié a mi criado para que averiguara cuál era el camino que nos conduciría a la aldea. No sin gran fatiga de nuestros caballos, cubrimos la distancia en tres horas.

Dejé allí a mi hombre y seguí solo por el valle.

La capilla gris parecía más gris aún y más abandonado

el solitario cementerio. Vi un carnero ramoneando entre las tumbas.

El tiempo era suave y cálido, casi demasiado cálido para viajar, pero el sol no me impedía admirar el espléndido paisaje que se extendía por encima de mi cabeza y a mis pies. Si lo hubiese contemplado más en las proximidades del verano, estoy seguro de que me habría sentido tentado de pasar un mes en esa soledad, sin hacer nada.

En invierno, nada más lúgubre, en el estío, nada más divino que esos vallecitos encerrados entre las montañas y esas libres ondulaciones cubiertas de brezos.

Llegué a Thrushcross Grange antes de la puesta del sol y llamé para que me abrieran; pero todo el personal se encontraba en las habitaciones posteriores, a juzgar por una delgada columnita de humo que surgía de la chimenea de la cocina. Nadie me oyó.

Entré al patio. Bajo el porche, una chiquilla de nueve o diez años tejía, sentada, y una anciana, apoyada contra los peldaños de la entrada, fumaba una pipa con aire absorto.

—¿Está la señora Dean? — le pregunté.

—¿La señora Dean? ¡No! — repuso la mujer.

—¿Es usted la guardiana, entonces? — proseguí.

—Sí, señor, sí. Yo soy la que cuido de la casa.

—¡Pues bien! yo soy el señor Lockwood, el amo. Supongo que habrá habitaciones para alojarme. Vengo a pasar la noche aquí.

—¡El amo! — gritó con aire de extrañeza. — ¡Bueno! ¡Si me hubiese imaginado que iba usted a llegar! Debió prevenirme, señor. No hay ni un solo rincón seco o habitable, en toda la casa. ¡No, le aseguro que no lo hay!

Retiró la pipa de su boca y se precipitó al interior de la mansión. La pequeña la siguió y yo la imité.

Pronto advertí que su informe era exacto y que, además, casi había trastornado su cabeza con mi súbita aparición.

Le dije que se tranquilizara, que iría a hacer un paseo, y que entretanto, tratase de arreglarme un rincón del salón para poder cenar y una alcoba donde dormir. No valía la pena barrer y quitar el polvo; no necesitaba más que sábanas secas y un buen fuego.

La buena mujer pareció deseosa de hacer las cosas lo mejor posible. Sin embargo, introdujo en la rejilla del hogar la escobita para las cenizas en lugar del atizador y empleó con poco discernimiento varios otros utensilios de su servicio.

Me retiré, contando con su celo para que me preparara un alojamiento antes de mi regreso. Cumbres Borrascosas era la meta de la excursión emprendida. Al llegar al patio, un súbito pensamiento asaltó mi mente y desandé lo andado.

—¿Marcha todo bien, allá arriba? — pregunté a la mujer.

—Sí, por lo que puedo saber — repuso, apresurándose a desaparecer con un cazo cargado de brasas.

Hubiese querido preguntarle por qué la señora Dean había dejado Thrusheross Grange, pero era imposible detenerla en medio de semejante crisis de actividad. Volví a emprender la marcha, pues, sin mayor prisa. Di la espalda a los rayos del sol en el ocaso, teniendo frente a mí la luna llena, que ascendía tímidamente. Pero ya el brillo de los primeros se empañaban y la otra empezaba a irradiar cuando franqueé el seto del parque y tomé por el escarpado atajo que conducía al dominio del señor Heathcliff.

Antes de llegar a la vista de Cumbres Borrascosas, no quedaba del día más que un débil y ambarino resplandor que marcaba el horizonte, al oeste. Pero, gracias a esa espléndida luna, podía ver cada guijarro y cada brizna de hierba en el sendero.

No tuve que escalar la palizada, ni golpear... cedió a la presión de mi mano.

—¡Es ya un progreso! — pensé.

Y advertí otro, sensible a mis pituitarias: un perfume de alelíes y nardos que flotaba en el aire, a través de los árboles frutales del huerto.

Puertas y ventanas estaban abiertas y a pesar de ello, como con tanta frecuencia ocurre en las regiones carboníferas, un hermoso fuego iluminaba de rojo la chimenea: alegría para los ojos que hace olvidar el exceso de calor.

Por otra parte, el salón de Cumbres Borrascosas es tan amplio que sus ocupantes pueden eludir fácilmente la irradiación del hogar, cosa que aquel día habían hecho, instalándose junto a una ventana. Pude verlos y oírlos antes de entrar y en consecuencia, me detuve, movido por un sentimiento de curiosidad y de envidia, que no hizo más que aumentar a medida que demoraba mi entrada en la casa.

—¡Con- *trario!* — decía una voz de timbre tan claro como una campanita de plata. — ¡Ya es la tercera vez, grandísimo cerdo! No volveré a repetírselo. ¡Trate de acordarse o le tiro de los cabellos!

—Contrario, entonces — repuso una voz de tono grave,

aunque suavizado. — Y ahora, béseme por haberme acordado tan bien.

—No, vuelva a leer primeramente, con toda corrección y sin ninguna falta.

El personaje masculino empezó a leer.

Era un joven correctamente vestido, sentado a una mesa con un libro abierto bajo sus ojos. Sus hermosos rasgos se hallaban iluminados de placer; su mirada iba sin cesar de la página a una manecita pálida posada sobre su hombro, que se hacía notar por una leve cachetada en la mejilla, cada vez que él dejaba sorprender semejante falta de atención.

La persona que dirigía esa mano se mantenía atrás, mezclando a veces con los negros cabellos sus brillantes y espumosos rizos, cuando se inclinaba para vigilar a su alumno. En cuanto al rostro... era una suerte que el mozo no pudiese verlo, porque de lo contrario nunca hubiera podido estar tan tranquilo.

Yo si que lo veía, y me mordí los labios despechado, al pensar que había dejado pasar de largo la oportunidad de hacer algo mejor que contemplar su graciosa belleza.

Terminó la lección, no sin algunos desaciertos, pero el escolar reclamó una recompensa, recibiendo no menos de cinco besos que, debo convenir en ello, devolvió generosamente. Luego se acercaron a la puerta y comprendí, por sus palabras, que iban a efectuar un paseo por la landa.

Pensé que el corazón de Hareton Earnshaw, si no sus labios, me enviaría a los más profundos abismos de las regiones infernales si el inoportuno visitante apareciese en ese instante entre ellos. Y, dándome cuenta de la inutilidad de mi presencia, me deslicé detrás de la casa para buscar refugio en la cocina. La entrada también estaba expedita por ese lado.

Junto al quicio de la puerta se hallaba sentada mi vieja amiga Nelly Dean, que cantaba mientras cosía. Cierto es que desde el interior la interrumpían con frecuencia unas palabras hoscas y regañonas, cuyo acento estaba muy lejos de ser musical.

—Nada que hacerle que preferiría tener en el tímpano sus juramentos, desde la mañana hasta la noche, antes que verme obligado a escucharla a usted... — dijo el ocupante de la cocina, en respuesta a una frase de Nelly que no oí. — Es una verdadera vergüenza que no pueda abrir el Libro Sagrado sin que cante usted al punto un himno a Satán y a toda la inmoralidad que reina sobre la tierra. ¡Oh! ¡Usted es una verdadera corrompida, y ella, otra! ¡Y ese pobre muchacho

— prosiguió, lamentándose, — es más que seguro que ha sido embrujado! ¡Oh! Señor... Tú los juzgarás, porque ya no existe ni ley, ni equidad, entre los que nos gobiernan.

—¡No! o estaríamos sentados sobre fogotes llameantes, supongo — replicó la cantora. — ¡Pero, basta ya, viejo posma!.. Lea su Biblia como un buen cristiano, sin preocuparse por mí. Lo que acaba de oír es "El Casamiento del Hada Ana"... una bonita canción, a fe mía... muy conveniente para ser bailada.

La señora Dean iba a proseguir, cuando me hice presente. Me reconoció al punto y poniéndose en pie rápidamente, exclamó:

—¡Señor Lockwood! Sea usted el bienvenido. ¿Cómo se le ha ocurrido volver por aquí? Todo está cerrado en Thrushcross Grange. ¡Debió usted habernos prevenido!

—Ya me he arreglado para vivir allí durante todo el tiempo que permanezca en la región — repuse. — Vuelvo a marcharme mañana. ¿Y cómo se hace que emigró usted aquí, señora Dean? Cuénteme eso.

—Zillah se marchó y poco después de su partida a Londres, el señor Heathcliff me llamó, pidiéndome que me quedara en Cumbres Borrascosas hasta su regreso. ¡Pero, pase, se lo suplico! ¿Vino usted a pie desde Gimmerton?

—Desde Thrushcross Grange, solamente — repuse. — Mientras me preparan un cuarto habitable allá, voy a arreglar mis cuentas con su amo, porque no creo que tenga otra oportunidad de hacerlo, antes de mucho tiempo.

—¿Qué cuentas, señor? — dijo Nelly, conduciéndome al salón. — El amo ha salido y no regresará hasta dentro de un buen rato.

—Las cuentas del alquiler — repuse.

—¡Oh! entonces tendrá que dirigirse a la señora Heathcliff, o mejor dicho, a mí. Todavía no ha aprendido a ocuparse de sus asuntos y lo hago en su lugar. No hay otra persona capaz de ello, en la casa.

La miré sorprendido.

—¡Oh! ya veo que no se ha enterado usted de la muerte de Heathcliff — prosiguió el ama de llaves.

—¿Heathcliff ha muerto? — exclamé, asombrado. — ¿Cuándo?

—Hace tres meses. Pero, tome usted asiento, permítame su sombrero... voy a contárselo todo. Espere... no ha comido usted nada, ¿verdad?

—No tengo apetito aún; he ordenado mi cena en Thrushcross Grange. Siéntese usted también. ¡Nunca me hubiera imaginado que había muerto! Explíqueme cómo ha ocurrido eso. Dice usted que no los espera hasta dentro de un buen rato... ¿a esos jóvenes?

—Sí... todos los días debo regañarlos por pasearse hasta tan tarde, pero no me hacen caso. Vamos, beba al menos un vaso de nuestra vieja cerveza. Eso le hará bien, pues parece usted fatigado.

Se apresuró a ir a buscarla antes de que pudiera negarme. Oí que José le preguntaba "si no era un escándalo que aún tuviese pretendientes, a su edad y que los ayudara a vaciar la bodega del amo. Se sentía completamente avergonzado de ver aquello sin hacer nada".

Nelly no se detuvo para replicar y regresó un minuto más tarde, trayendo un vaso de metal cuyo contenido elogié como se lo merecía. Después de eso, la buena mujer me refirió la continuación de la historia de Heathcliff, el cual tuvo un "curioso fin", según sus propias palabras.

* * *

Fuí llamada a Cumbres Borrascosas unos quinces días después de haberse marchado usted — empezó a decir Nelly, — y obedecí con júbilo, por el bien de Catalina. Mi primera entrevista con ella me apenó e hirió, a tal punto se había alterado su carácter desde el instante de nuestra separación. El señor Heathcliff no me explicó las razones que lo determinaron a llamarme; me dijo, únicamente, que me necesitaba y que estaba harto de ver a Catalina. Por lo tanto, tendría que instalarme con ella en la salita. Consideraba suficiente tener que soportar su presencia dos veces diarias. Cata pareció satisfecha con el arreglo y poco a poco, introduje en fraude una gran cantidad de libros y de otros objetos que habían sido sus distracciones en Thrushcross Grange. Supuse que podríamos llevar una existencia bastante agradable. La ilusión no duró mucho tiempo. Catalina, luego de haberse sentido muy contenta al principio, se tornó rápidamente nerviosa y agitada. Por lo pronto, le habían prohibido que saliera al jardín y se sentía irritada al tener que permanecer encerrada entre esos estrechos límites, en momentos en que se anunciaba la primavera. Después, la atención de la casa me obligaba a dejarla sola con frecuencia y se quejaba de que la abandona-

ban. Prefería pelear con José en la cocina, antes que quedarse sin compañía. Yo, no me preocupaba por eso. Pero ocurría que también Hareton se veía obligado a refugiarse en la cocina cuando el amo deseaba estar solo en el salón. Durante los primeros tiempos, Cata se apresuraba a salir de la pieza a su llegada, o a ayudarme en mi trabajo, sin advertir su presencia ni dirigirle la palabra. El mismo Earnshaw se hallaba siempre hosco y silencioso. A la larga, sin embargo, mi amita cambió de actitud y se sintió incapaz de dejarlo tranquilo. Lo atacaba por su estupidez y su pereza, expresaba su asombro ante la idea de que pudiera soportar la vida que hacía... por ejemplo, quedarse tardes enteras dormitando frente al fuego.

—No es otra cosa que un perro, ¿verdad, Nelly? — me dijo una vez. — O una bestia de carga. Hace su trabajo, come los alimentos que le dan y duerme el resto del tiempo. ¡Qué espantoso vacío debe haber en su cerebro! ¿Soñó alguna vez, Hareton? ¿Con qué? ¡No es usted siquiera capaz de contestarme!

Lo miró, pero él no quiso abrir la boca, ni alzar la frente.

—Tal vez está precisamente soñando, en este instante — prosiguió Catalina. — Acaba de estremecerse como Juno, la perra, lo hace en ciertos momentos de su sueño. Pregúnteselo, Nelly.

—¡El señor Hareton le pedirá al amo que la mande arriba, si no se porta mejor! — le dije.

No solamente se había estremecido, sino que también crispó los puños, como si fuera a servirse de ellos.

—Yo sé por qué Hareton nunca habla cuando estoy en la cocina — manifestó otra vez. — Tiene miedo de mis burlas. ¿Qué opina usted, Nelly? Había empezado a leer sin ayuda de nadie y porque me burlé de él, quemó sus libros y lo abandonó todo. ¿No es una estupidez de su parte?

—¿Y no es una maldad de la suya? Conteste, si es capaz de hacerlo.

—Quizá, pero yo no suponía que iba a ser tan tonto. Hareton, si le diese ahora un libro, ¿lo tomaría? ¡Voy a hacer la prueba!

Puso entre sus manos un volumen que acababa de terminar. Hareton la miró y refunfuñó:

—Si no cesa con sus bromas, le quebraré el pescuezo.

—¡Pues bien! — dijo Catalina. — Aquí lo dejo, en el cajón de la mesa. Voy a acostarme.

Después me dijo en voz baja que me fijara si lo tomaba y se marchó. Pero Hareton ni siquiera se acercó, cosa que comuniqué a Catalina al siguiente día por la mañana. Mi ama sufrió una gran decepción al enterarse de la actitud de su primo. Vi que estaba afectada por esa pereza y ese malhumor persistentes. Su conciencia le reprochaba haber paralizado los esfuerzos que el muchacho hacía para perfeccionarse, y era cierto. Pero su ingenio se aguzó, a fin de remediar el mal. Mientras yo planchaba o estaba ocupada en cualquier otro trabajo, que no podía hacer en la sala, ella traía un libro divertido y me lo leía en voz alta.

Cuando Hareton se hallaba presente, se detenía, por lo general, en medio de un párrafo interesante y dejaba el volumen en cualquier parte, haciéndose la olvidada. Repitió esa prueba en varias oportunidades. Pero el mozo era obstinado como una mula y en vez de responder a sus insinuaciones, adquirió la costumbre, los días de lluvia, de fumar en compañía de José. Se sentaban ambos a uno y otro lado de la chimenea, como estatuas, el más viejo demasiado duro de oído para oír lo que hubiese denominado peligrosas tonterías, y el más joven haciendo todo lo posible para aparentar un solemne desprecio por lo que escuchaba. Cuando las tardes eran hermosas, este último se iba a cazar. Entonces Catalina, bostezando y suspirando, me atormentaba para que conversase con ella y luego se iba al patio, apenas empezaba a hablar; otras veces, las más, se echaba a llorar, confesaba su hastío por la existencia y se quejaba de su inútil vida.

El señor Heathcliff, que se tornaba cada vez más insociable, había alejado casi completamente a Earnshaw de las habitaciones en las que él se hallaba. A principios de marzo, Earnshaw, a raíz de un accidente, tuvo que refugiarse en la cocina durante algunos días.

En una oportunidad en que se encontraba solo en la montaña, su fusil había estallado y una esquirla que penetró en su brazo le hizo perder gran cantidad de sangre antes de que pudiese llegar a la casa. En consecuencia, se vió condenado a la inmovilidad, junto al fuego, hasta su total curación. Catalina halló que el asunto era de su conveniencia. Por lo menos, aquello hizo que odiara cada día un poco más su alcoba, obligándome a que le proporcionase, abajo, una tarea que justificase su presencia en el salón o en la cocina.

El lunes de Pascua, José condujo un ganado a la feria

de Gimmerton y por la tarde me quedé en la cocina para ocuparme de la ropa blanca.

Earnshaw estaba sentado junto al hogar, tan sombrío como de costumbre, y mi amita pasaba el tiempo haciendo dibujos sobre los cristales. Interrumpía, a veces, su tarea para entonar una cancioncilla, lanzar exclamaciones ahogadas y echar rápidas miradas de aburrimiento y de impaciencia hacia su primo, que fumaba con constancia, clavados los ojos en el fuego.

Como le hice notar que no podría seguir trabajando si me quitaba la luz en esa forma, se dirigió a la chimenea. Poco caso hice de sus gestos. Pero, de pronto oí que pronunciaba las siguientes palabras:

—He descubierto, Hareton, que desearía... que sería dichosa... que mucho me agradaría tenerlo ahora como primo, si no fuese usted tan malo y tan brusco conmigo.

Hareton no contestó.

—Hareton, Hareton, Hareton, ¿me oye usted?

—Apártese de aquí — refunfuñó el mozo, con intratable rudeza.

—Permítame quitarle esta pipa — dijo Cata, estirando la mano con prudencia y sacándosela de la boca.

Antes de que su primo hubiese podido recuperarla, la pipa había sido quebrada y arrojada al fuego. Hareton lanzó un juramento y tomó otra.

—¡Espere! — gritó Catalina. — Escúcheme, primero. No puedo hablar con esas nubes que me llegan a la cara.

—¡Vayase al diablo! — replicó el otro, encolerizado. — ¡Lo único que le pido es que me deje en paz!

—¡No! ¡No me iré! Ya no sé qué inventar para que me hable, pero usted parece resuelto a no querer comprenderme. Cuando lo trato de tonto, eso nada significa; no hay que creer por ello que lo desprecio. ¡Vamos! ¡Ocúpese de mí, Hareton! Es usted mi primo y tiene que aceptarme como soy.

—¡Nada quiero saber con usted, su cochino orgullo y sus condenadas burlas! Prefiero ir al infierno en cuerpo y alma, antes que volver a posar mis ojos sobre su persona. Y ahora, ¡váyase de ese rincón al punto!

Catalina frunció el ceño y retrocedió hasta la ventana. Se mordió los labios y trató de ocultar sus deseos de llorar, entonando una alegre canción.

—Debería usted hacer las paces con su prima, señor Hareton — intervine, — puesto que ella deplora sus impertinen-

cias. Eso le haría un gran bien. Se convertiría usted en otro hombre si la tuviese como compañera.

—¡Como compañera! — gritó el muchacho. — ¡Si me detesta al punto de no considerarme digno de lustrar sus zapatos! ¡No! Ni por un imperio quiero ya atraerme su desprecio proponiéndole mi amistad.

—¡No soy yo quién lo detesta, sino usted! — dijo Catalina, echándose a llorar, sin seguir ocultando su desesperación. — ¡Me detesta usted tanto como el señor Heathcliff, sino más!

—¡Usted es una embustera de siete suelas! ¿Por qué, entonces, habría provocado más de cien veces la cólera del señor Heathcliff, tomando su defensa? Y eso, cuando se burlaba usted de mí, cuando me desdeñaba, cuando... ¡Siga atormentándome e iré a decirle que me obliga a marcharme de la cocina a fuerza de perrerías!

—Yo no sabía que tomó mi defensa — repuso Cata, enjugándose los ojos. — He sido mala y desagradable con todo el mundo. Pero ahora, le agradezco su intervención y le ruego que me perdone. ¿Qué otra cosa puedo hacer para persuadirlo de mi arrepentimiento?

Volvió junto al hogar y le tendió francamente la mano.

Hareton siguió con los puños resueltamente crispados, la frente ensombrecida por una amenazadora nube y la mirada clavada en el suelo.

Catalina debió adivinar instintivamente que era maldad obstinada y no aversión lo que le inspiraba esa actitud, porque, luego de un instante de indecisión, se inclinó hacia él y lo besó suavemente en la mejilla.

La bribonzuela creyó que yo no la había visto, pues fué a colocarse nuevamente junto a la ventana con un aire completamente solemne. Sacudí la cabeza en señal de desaprobación, la joven enrojeció hasta la raíz de los cabellos y murmuró:

—¡Pues bien! ¿Qué otra cosa podía hacer, Nelly? No quería tenderme la mano, no quería alzar los ojos. Preciso es que le demuestre que lo quiero... que deseo su amistad.

¿Causó algún efecto en Hareton ese beso? No sabría decirlo. Se cuidó muy bien, durante algunos minutos, de mostrar la cara y cuando la levantó, se advertía su confusión en las miradas que lanzaba a uno y otro lado.

Catalina empezó, entonces, a envolver un hermoso libro en fino papel y luego de atar el paquete con una cintita, trazó en bellos caracteres el nombre del "Señor Hareton Earnshaw".

Después me pidió que oficiase de embajadora y que hiciese llegar el obsequio a su destinatario.

—Dígale, si lo acepta, que le enseñaré a leer, y si lo rechaza, que volveré a mi habitación para no molestarlo nunca más.

Llevé el libro y repetí el mensaje, ansiosamente seguida por los ojos de aquélla que me lo había confiado.

Hareton no quiso aflojar los dedos; por lo tanto, tuvo que dejar el paquete sobre sus rodillas. No lo rechazó y yo retorné a mis tareas.

Catalina permaneció inmóvil, con la cabeza y las manos apoyadas en la mesa, hasta que oyó el ligero ruido del papel al ser desenvuelto el paquete. Entonces, sin pronunciar una palabra, se acercó furtivamente, sentándose junto a su primo. Hareton temblaba y su rostro se hallaba iluminado. Había perdido su expresión sombría y ruda.

—Dígame que me perdona, Hareton... dígamelo — murmuró Cata, acompañando su pedido con una inquisitiva mirada. — ¡Puede usted hacerme tan dichosa pronunciando esa simple palabra!

Sin valor para articular una sílaba, Hareton farfulló algo incomprensible.

—¿Y será usted mi amigo? — añadió Catalina.

—No, porque se avergonzaría de mí cada día de su vida y cuanto más me conociese, más vergüenza tendría. Y eso, yo no podría aguantarlo.

—¿Realmente no quiere ser mi amigo? — dijo ella, con un suspiro dulce como la miel, pegándose literalmente al muchacho.

Dejó de oirse la conversación, pero cuando volví la cara, vi, inclinados sobre las páginas del libro, dos rostros tan radiantes, que el tratado, a no dudarlo, había sido ratificado por ambas partes. Y a partir de ese momento, los enemigos se convirtieron en amigos entrañables.

El libro que miraban poseía hermosas imágenes, y cautivadoras visiones a las cuales era preciso añadir, sin duda, el encanto de hallarse el uno junto a la otra, que los retuvieron inmóviles hasta la llegada de José. El pobre viejo experimentó una de las mayores conmociones de su vida al ver sentados en el mismo banco a Catalina y a Hareton Earnshaw. La joven acariciaba el hombro de su compañero. Pero su confusión llegó al colmo cuando advirtió que su favorito toleraba esa vecindad. Se sintió demasiado desconcer-

tado para formular, durante toda la noche, la menor observación al respecto. Su emoción se reveló únicamente por los profundos suspiros que exhalaba mientras abría solemnemente sobre la mesa su gran Biblia y colocaba encima algunos sucios billetes de banco, producto de sus transacciones del día. Finalmente, se decidió a interpelar a Hareton desde su asiento.

—Lleva esto al amo, muchacho, y quédate allá. Yo, me iré a mi habitación. Este sitio no es conveniente, ni decente, para nosotros. Tendremos que ahuecar y buscarnos otro lugar, en lo sucesivo.

—Vamos, Catalina — dije. — También nosotros debemos "ahuecar". He terminado con el planchado. ¿Se siente con deseos de subir?

—¡Todavía no son las ocho! — repuso la joven, poniéndose en pie de mala gana. — Hareton, dejo este libro sobre la chimenea y traeré otros mañana.

—¡Sí! Todos los libros que deje yo los llevaré al salón — dijo José. — Ya puede esperar sentada si cree que los volverá a ver. Por lo tanto, puede hacer como se le dé la gana.

Catalina amenazó al anciano con tomar venganza sobre su biblioteca y luego de sonreir a Hareton, al retirarse, subió la escalera cantando. Tenía el corazón más liviano que nunca desde que vivía bajo ese techo, salvo, quizá, cuando sus primeras visitas a Linton.

La intimidad así iniciada creció rápidamente, a pesar de algunas interrupciones momentáneas. Earnshaw no podía refinarse por su sola voluntad y mi amita no estaba hecha con pasta de filósofos, ni era un modelo de paciencia. Pero como ambos, en el fondo, deseaban las mismas cosas — Catalina tratando de juntar la estima al amor y Hareton deseando, por amor, inspirar estima — arribaron finalmente a la meta ansiada.

Como usted verá, señor Lockwood, era bastante fácil, después de todo, conquistar el corazón de la señora Heathcliff. Pero, ahora, me siento dichosa de que no lo haya usted intentado. La unión de esos dos seres será, para mí, el premio de todos mis ruegos; no envidiaré a nadie el día de su casamiento y no habrá, en toda Inglaterra, una mujer más dichosa que yo.

CAPITULO XXXIII

Al siguiente día, como Hareton no podía aún dedicarse a sus menesteres habituales y, en consecuencia, no se alejaba de la casa, descubrí muy pronto que me resultaría imposible conservar a mi joven ama a mi lado, como hasta ese momento lo había hecho.

Catalina me precedió, al levantarnos, y salió al jardín, donde su primo se ocupaba de trabajitos livianos. Cuando fuí a llamarlos para el desayuno, vi que Cata lo había persuadido de que derribara los groselleros en un amplio espacio de terreno. Ambos se estaban preguntando con qué plantas traídas de Thrushcross Grange los reemplazarían.

Me sentí aterrada al comprobar la devastación cumplida en esa breve media hora. José quería a esos groselleros como a la niña de sus ojos y era precisamente allí que Catalina había decidido formar su florido arriate.

—¡Que Dios nos ayude! Este hermoso trabajo va a ser mostrado al amo apenas José lo descubra — exclamé. — ¿Qué razones darán ustedes por haberse tomado estas libertades con el jardín? ¡Ya verán los estallidos de cólera que esto provocará! Señor Hareton, me extraña que haya sido usted tan poco razonable para hacer todo este estropicio por un simple pedido de la señora Catalina.

—No me acordé de que los groselleros eran de José — repuso Earnshaw, con aire contrito, — pero le diré que el culpable soy yo.

Hacíamos todas nuestras comidas con el señor Heathcliff. Yo desempeñaba el papel de dueña de casa para preparar el te y para trinchar. Por lo tanto, mi presencia era necesaria en la mesa.

Catalina, por lo general, se sentaba a mi lado, pero aquel día se acercó furtivamente a Hareton y muy pronto me di cuenta de que pondría tanta discreción en su amistad, como la que en su hostilidad pusiera anteriormente.

—Escúcheme, Cata — murmuré a su oído, cuando entró en la pieza. — Cuídese de no hablar demasiado a su primo y de no ocuparse con exceso de él. Tal cosa desagradaría al señor Heathcliff y lo enfurecería contra los dos.

—No lo haré, con toda seguridad — repuso mi joven ama.

Un instante después se había deslizado junto a Hareton y le echaba primulas en su plato de sopa.

Su primo apenas si se atrevía a mirarla, a hablarla, en ese lugar. A pesar de eso, Cata seguía gastándole bromas, al extremo que Hareton estuvo a punto de estallar en carcajadas, en dos oportunidades.

Adopté un rostro serio que le hizo echar una rápida ojeada sobre el amo, pero el espíritu del señor Heathcliff estaba en otra parte, según lo demostraba su actitud.

Catalina, volviendo por un instante a la seriedad, lo examinó con profunda atención. Luego, volvió la cara y retornó a sus tonterías. Hareton acabó por lanzar una ahogada carcajada. El amo alzó la cabeza. Su mirada pasó rápidamente de un rostro al otro. Catalina la sostuvo, como de costumbre, con ese aire turbado, pero provocador, que él detestaba.

—Es una suerte que se halla usted fuera del alcance de mis manos — exclamó. — ¿Qué demonio la impulsa a mirarme continuamente con esos ojos diabólicos? ¡Bájelos! Y trate de que no me acuerde de que existe. Creía que estaba curada de sus deseos de reír.

—Fuí yo — murmuró Hareton.

—¿Qué dices, tú? — inquirió el amo.

Hareton metió la nariz en su plato y se abstuvo de formular nuevas declaraciones. El señor Heathcliff, luego de mirarlo fijamente un buen rato, reanudó silenciosamente su almuerzo y su interrumpida reflexión.

Habíamos casi terminado y los dos jóvenes fueron lo bastante prudentes para separarse. No suponía, pues, que se produjeran nuevos incidentes por el momento, cuando José apareció bajo el dintel de la puerta, mostrando en sus labios trémulos y en sus furibundos ojos, que el crimen cometido con sus preciosos arbustos había sido descubierto. Sin duda había visto a Catalina y a su primo en el lugar del hecho, antes de ir él personalmente al mismo.

Moviendo la mandíbula como un buey rumiando, cosa que tornaba su discurso particularmente difícil de comprender, empezó a decir:

—¡Es preciso que me paguen mi sueldo, y luego preciso será que me vaya! Hubiese querido morir en la casa en la que serví durante sesenta años. Me dije que me llevaría mis libros con el resto de mis cosas, a mi buhardilla, a fin de dejarles la cocina para ellos solos, simplemente para que me dejaran en paz. Era duro abandonar mi rincón junto al fuego, pero después de todo, lo habría soportado. Pero ahora me despojan de mi jardín y eso, tan cierto como que vivo,

patrón, no lo puedo tolerar. Es posible que agache usted la cabeza bajo el yugo y lo aguante, pero yo no estoy acostumbrado, y un anciano no ha de plegarse a nuevas cargas. Preferiría ganarme el zoquete picando piedras en los caminos.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Basta ya, viejo idiota! — interrumpió Heathcliff. — ¿De qué se queja? No quiero inmiscuirme en sus querellas con Nelly. El ama de llaves puede perfectamente meterlo en el agujero del carbón, sin que me importe un bledo.

—¡No se trata de Nelly! — repuso José. — No me iría, por Nelly... a pesar de que es una harpía y una inútil. ¡A Dios gracias, no tiene fuerzas suficientes para robar el alma de nadie! Nunca ha sido lo bastante hermosa para que alguien se preocupase por sus triquiñuelas. Se trata de su maldita nuera, de esa bribona que ha embrujado a nuestro muchacho con su carita de desvergonzada y con sus coqueterías... al punto de... ¡No! ¡si estoy repugnado! Que él haya olvidado todo lo que por él hice, y que haya arrancado una hilera entera de los más hermosos groselleros del jardín...

Al llegar a eso, inició una serie de interminables quejas, abrumado al mismo tiempo por el daño causado y por la ingratitud y la perdición de Earnshaw.

—¿Está borracho este imbécil? — preguntó el señor Heathcliff. — ¿Te está reprochando algo, Hareton?

—Arranqué dos o tres arbustos — repuso el joven, — pero volveré a plantarlos.

—¿Y por qué los has arrancado? — inquirió el amo.

Catalina intervino, hablando calmosamente.

—Queríamos poner algunas flores en ese lugar. Yo soy la única culpable, puesto que lo hizo a pedido mío.

—¿Y quién diablos le dió autorización para tocar en esta casa una sola brizna de hierba? — preguntó su suegro, algo más que sorprendido. — ¿Y quién te dijo que la obedecieras? — prosiguió, dirigiéndose a Hareton.

Este último permaneció mudo.

Su prima repuso:

—¡No debería usted negarme un espacio de algunos metros para un jardín, desde el momento que se ha adueñado de todas mis tierras!

—¿Sus tierras, insolente bribona? ¡Jamás las tuvo! — exclamó Heathcliff.

—Y de mi fortuna, al mismo tiempo — prosiguió Cata,

devolviéndole su furiosa mirada y aguzando sus dientes en una rebanada de pan, resto de su almuerzo.

—¡Silencio! — gritó. — ¡Termine de una vez y váyase.

—Y de las tierras de Hareton y también de su dinero — prosiguió la joven, sin consideraciones de ninguna especie. — Hareton y yo somos ahora aliados y le revelaré todas sus fechorías!

El amo pareció confuso, por un instante. Palideció y se irguió, mirándola con una expresión de odio mortal.

—Si me golpea usted, Hareton lo golpeará — dijo Catalina. — Por lo tanto, más le convendrá quedarse sentado.

—¡Si Hareton no la hace salir inmediatamente de esta habitación, de un solo golpe la enviaré al infierno! — aulló Heathcliff. — ¡Condenada bruja! ¿Pretende, acaso, rebelarlo contra mí? ¡Llévatela! ¿Me oyes? ¡Arrójala en la cocina! ¡La mataré, Nelly Dean, si permite usted que vuelva a ponerse ante mi vista!

Hareton, en voz baja, le suplicó que se alejase.

—¡Llévala afuera a la fuerza! ¡No pierdas el tiempo charlando! — gritó Heathcliff, como un salvaje.

Se acercó para proceder personalmente.

—Ya no lo obedece, hombre cruel — dijo Catalina, — y pronto lo detestará tanto como yo.

—¡Calle! ¡calle! — murmuró el joven, con acento de reproche. — No puedo permitir que le hable en esa forma. ¡Basta ya!

—Pero, ¿permitirá usted que me golpée?

—Venga, entonces — suplicó Hareton.

Ya era demasiado tarde. Heathcliff se había arrojado sobre ella.

—¡Tú, vete! — dijo a Earnshaw. — ¡Maldita diablesa! ¡Me ha provocado y haré que se arrepienta por un buen rato!

La tomó por los cabellos. Hareton, mientras suplicaba a Heathcliff que no le hiciera daño por esa vez, trató de desprender los rizos.

Los sombríos ojos del agresor lanzaban destellos. Parecía dispuesto a descuartizar a Catalina e iba a arriesgar mi intervención, cuando súbitamente sus dedos se abrieron; le soltó la cabeza, la tomó del brazo y la miró fijamente. Luego, le puso la mano sobre los ojos, se mantuvo inmóvil un instante, sin duda para permitir una reacción y volviéndose nuevamente, dijo con fingida calma:

—Preciso será que aprenda a no encolerizarme, porque llegará el día que la mate. Vaya con la señora Dean y quédese con ella. Que sus insolencias se conformen con esa compañía. En cuanto a Hareton Earnshaw, si veo que sigue sus consejos, lo enviaré a ganarse el pan adonde pueda encontrarlo. Su amor hará de él un perdido y un mendigo. Llévesela, Nelly, y ustedes, ¡déjenme sólo! ¡Déjenme!

Hice salir a mi joven señora, que se sentía demasiado dichosa para oponer resistencia. El otro la siguió y el señor Heathcliff se quedó con la habitación para él solo. Aconsejé a Catalina que comiera arriba, pero apenas el amo vió el lugar vacío me envió a buscarla. No habló con nadie, comió muy poco y salió inmediatamente después, dando a entender que no volvería hasta la noche.

Los dos nuevos amigos se instalaron en el salón durante su ausencia. En un momento dado, oí que Hareton reprendía severamente a su prima, que le estaba revelando la conducta de Heathcliff para con el padre de Earnshaw. El muchacho declaró que no aguantaría semejantes palabras. Aunque el otro hubiese sido un diablo, nada le importaba; él lo defendería. Prefería que lo insultara a él, como era su costumbre, antes de que atacara a Heathcliff.

Catalina fué presa de la cólera al oir esas palabras, pero Hareton halló el medio de calmarla preguntándole si soportaría, ella, que alguien hablase mal de su padre.

La joven comprendió, entonces, que Earnshaw consideraba un poco como suya la reputación de su amo, y que estaba ligado a él por lazos más fuertes que todos los razonamientos, verdaderas cadenas forjadas por la costumbre, que hubiese sido cruel pretender quebrar.

A partir de ese día, ella demostró su buen corazón, reservándose todas sus quejas y toda su antipatía hacia Heathcliff. Me confesó su remordimiento por haber tratado de enemistarlo con Hareton y la verdad sea dicha, creo que nunca más murmuró en su presencia una sola palabra contra su opresor.

Disipado ese ligero desacuerdo, volvieron a ser los mejores amigos del mundo, tornando a absorberse en sus ocupaciones respectivas de alumno y profesora.

Me reuní con ellos terminada mi tarea y sólo al verlos me sentí tranquilizada y hasta reconfortada. Tanta era mi dicha, que ni siquiera me di cuenta de la hora. Como usted podrá comprender, ambos, en cierto modo, me parecían mis

hijos. Durante mucho tiempo me sentí orgullosa de la una y estaba segura de que, en lo sucesivo, el otro me procuraría idénticas satisfacciones. Su naturaleza honesta, ardiente, despierta, se abría paso rápidamente entre la densa nube de ignorancia en que había sido educado, y los sinceros cumplidos de Catalina aguijoneaban su celo. Su mente, al iluminarse, iluminaba su rostro, realzando sus rasgos vivaces y nobles. Apenas si podía creer que era el mismo individuo que vi el día en que descubrí a mi joven ama en Cumbres Borrascosas, después de su expedición a Pennistow.

Mientras los admiraba en esa forma y ellos seguían trabajando, llegó la noche y con ella, el amo. Cayó de improviso sobre nosotros, al entrar por la puerta principal. Pudo contemplarnos a los tres tranquilamente, antes de que hubiésemos alzado la mirada hacia él.

—¡Pues bien! — pensé: — Jamás espectáculo alguno ha sido más grato y más inocente que éste, y sería una verdadera vergüenza reprenderlos.

El rojizo resplandor del fuego iluminaba las dos lindas cabezas y realzaba sus rostros animados por el apasionado interés de los niños, porque aunque él contaba veintitrés años y ella dieciocho, eran, tanto el uno como la otra, tan neófitos en el arte de sentir y de aprender las cosas, que no cabían en sus corazones los sentimientos de una madurez más razonable y, a veces, desencantada.

Alzaron juntos la mirada hacia el señor Heathcliff. Quizá no haya usted notado nunca que sus ojos son exactamente iguales, y que son, también, los de Catalina Earnshaw.

La Catalina actual no tiene ninguna otra semejanza con la desaparecida, salvo la amplitud de la frente y cierta curva en las ventanas de la nariz que le conceden un aire bastante altanero, lo quiera o no. En Hareton, la semejanza es mayor. Notable en todo tiempo, era particularmente visible en ese instante en que sus sentidos se hallaban alerta y sus facultades mentales eran impelidas a una desacostumbrada acuidad.

Supongo que esa semejanza desarmó al señor Heathcliff. Se dirigió a la chimenea en un estado de manifiesta agitación, pero pronto se calmó al ver al joven, aunque en realidad debería decir que cambió de carácter, porque aquella subsistía aún.

Tomó el libro que Hareton tenía en sus manos, echó una ojeada sobre la página abierta y lo devolvió sin hacer la me-

nor observación. Se limitó a hacer una seña a Catalina, para que se retirara. Su compañero no tardó en seguirla y yo estaba a punto de hacer otro tanto, cuando el señor Heathcliff me ordenó que me quedara.

—Triste fin, ¿verdad? — dijo, luego de haber meditado un instante sobre la escena que acababa de sorprender. — ¡Absurdo final de mis encarnizados esfuerzos! Tomo picas y palancas para demoler dos casas, me entreno para un trabajo hercúleo y cuando todo está listo, cuando me aproximo a la meta, me doy cuenta de que ya no tengo ganas de sacar ni una simple teja de la techumbre. Mis viejos enemigos no me han vencido y ahora es el momento preciso de vengarme sobre sus descendientes. Podría hacerlo y nadie me lo impediría. Pero, ¿con qué utilidad? No es la idea de golpear lo que me detiene, sino el trabajo de levantar la mano... Se diría que he trabajado, durante todo este tiempo, con el único objeto de permitirme un hermoso acto de magnanimidad. Ahora bien, tal no es el caso. Sencillamente, he perdido la facultad de gozar con su destrucción y me he tornado demasiado perezoso para destruir sin razón. Nelly, siento que se aproxima un cambio extraño que me envuelve ya como una sombra. Presto tan poco interés a mi vida diaria, que apenas si me acuerdo que debo comer y beber. Esos dos seres que acaban de salir de esta pieza son las únicas formas que conservan nítidamente, a mis ojos, una apariencia material y esa apariencia me causa un dolor que frisa en la angustia. De ella, no quiero hablar; hasta deseo apartarla de mis pensamientos, pero ansiaría que fuese invisible, pues su presencia evoca recuerdos que me enloquecen. El, me conmueve de otro modo. Sin embargo, no volvería a verlo nunca si pudiese hacerlo sin que me creyeran demente. Acaso creerá usted que lo soy — añadió, haciendo un verdadero esfuerzo para sonreir, — si empiezo a describirle las legiones de ideas, de imágenes, de visiones que Hareton despierta o personifica en mí. Pero no repetirá usted lo que le digo. Vivo en una soledad espiritual tan grande, que es bueno confiar, al fin, en alguien. Hace un rato, Hareton no me pareció un ser humano, sino la personificación de mi juventud. Me volvía a encontrar en él por tantos y tantos rasgos, que me hubiese sido imposible interpelarlo de acuerdo con la razón. En primer lugar, su asombroso parecido con Catalina lo ligaba a ella en una forma indecible. No crea, empero, que es ese hecho el que más ha perturbado mi mente. Acaso fuese eso

lo que menos notara. Porque, ¿existe alguna cosa que por mí no se ligue a ella? ¿Alguna cosa que no me obligue a recordarla? No puedo dirigir la mirada al suelo sin ver sus rasgos en los dibujos de estos mosaicos. En cada nube, en cada árbol, está su imagen, que me rodea, llenando el aire nocturno, brillando sobre cada objeto a la luz del día. Las más banales caras humanas, mi propio rostro, se burlan de mí por esa semejanza. ¡El mundo entero es una agotadora repetición de la idea de que ha existido y de que la perdí! ¡Pues bien! la presencia de Hareton era el fantasma de mi amor inmortal, de mis salvajes tentativas para mantener mi derecho, de mi degradación, de mi dicha, de mi sufrimiento... Pero, es una locura hablarle de estas cosas. Sin embargo, ellas le harán comprender por qué, a pesar de mi repugnancia a permanecer siempre sólo, su compañía no es un bien y hasta agrava los constantes tormentos en que me debato. Esto contribuye, en parte, a tornarme indiferente a sus relaciones con su prima. Ya no puedo prestarles ninguna atención.

—Pero, ¿qué quiere usted decir con eso de un cambio, señor Heathcliff — pregunté, alarmada por su actitud.

Pensaba que no debía hallarse en peligro de muerte o a punto de perder la razón. ¿No rebosaba vigor y salud? En cuanto a su mente se refería, desde su infancia gustó girar en torno de temas lúgubres y de extrañas visiones. Podía hallarse atacado por una especie de manía hacia su ídolo desaparecido, pero, por lo demás, su cabeza era tan sólida como la mía.

—No lo sabré hasta qué se haya producido — repuso. — En estos momentos, sólo tengo conciencia del mismo, a medias.

—No se siente usted enfermo, ¿verdad? — inquirí.

—No, Nelly.

—¿No teme usted a la muerte? — proseguí.

—¿Temer a la muerte? ¡No! La muerte no despierta en mí ni temores ni presentimientos, ni siquiera esperanzas. ¿Cómo podría ser de otro modo? Con mi sólida constitución física, mi sistema tranquilo de vida, mis ocupaciones en nada peligrosas, debería permanecer y permaneceré, probablemente, sobre esta tierra, hasta que no haya casi cabellos negros en mi cabeza. ¡Sin embargo, no puedo seguir viviendo así! Es preciso que me acuerde que necesito respirar... ¡es preciso que recuerde a mi corazón la necesidad de latir! Y es como si debiera doblar un resorte rígido. Es por obliga-

ción que hago la menor de las cosas, si no proviene de mi único pensamiento; es por obligación que fijo mi atención sobre cualquier cosa, viviente o inanimada, que no esté asociada a la idea que planea por sobre todo. No tengo más que una meta, a la que tienden la esencia de mi ser y todas mis facultades. Tienden a ella desde hace tanto tiempo y con tanta voluntad, que tengo la convicción de alcanzarla — y muy pronto — porque toda mi existencia se ha refugiado en ella. Estoy consumido de antemano por su cumplimiento. Estas confesiones no me han aliviado, pero pueden explicar ciertas fases de mi humor, que sin ello serían incomprensibles. ¡Oh! Dios, ¡qué larga es esta lucha! ¡Cuánto desearía que terminara!

Empezó a pasearse de un extremo a otro de la habitación, murmurando terribles cosas, al punto de sentirme inclinada a creer, como José lo declaraba, que su conciencia había transformado su corazón en un infierno terrenal. Me pregunté, ansiosa, cómo terminaría aquello. Aunque hasta ese momento muy raras veces había demostrado ese estado de ánimo, ni siquiera por expresiones fugitivas, esa era, con toda seguridad, su constante disposición. El mismo lo reconocía, pero nadie en el mundo habría sospechado la verdad por su proceder. No la sospechó usted, señor Lockwood, cuando lo vió. En el momento al cual me refiero, era exactamente el mismo de entonces, más enamorado aún de su soledad irrevocable y quizá menos locuaz, todavía, con el prójimo.

CAPITULO XXXIV

Durante varios días, después de aquella noche, el señor Heathcliff evitó encontrarse con nosotros a las horas de las comidas, sin excluir por ello de las mismas a Hareton y a Cata No le agradaba ceder enteramente a un sentimiento y prefería, más bien, dejar el campo libre. Y comer una sola vez cada veinticuatro horas le parecía una alimentación suficiente.

Una noche, cuando todo el mundo había ido a acostarse, lo oí bajar y salir por la puerta principal. No lo sentí regresar y al siguiente día por la mañana advertí que seguía ausente. Estábamos entonces en abril, el tiempo era cálido y apacible, los chaparrones y el sol habían teñido la hierba con un hermoso color verde y los dos manzanos enanos que crecían junto al **muro,** se hallaban en plena floración.

Después del almuerzo, Catalina me hizo traer una silla e insistió para que trabajase debajo de los pinos, en el extremo de la casa. Luego engatusó a Hareton, completamente repuesto de su accidente, para que carpiera la tierra y arreglara su pequeño jardín, que había sido transportado a ese rincón, a raiz de las quejas de José.

Gozaba agradablemente de los efluvios primaverales que me rodeaban y del suave tinte azul del cielo, cuando mi joven ama, que corrió hasta la palizada en busca de algunas plantas de prímulas para colocar en la orilla de un arriate, volvió sin su carga completa de flores, para anunciarnos que llegaba el señor Heathcliff.

—Y me habló — dijo, con aire de perplejidad.

—¿Qué le dijo? — inquirió Hareton.

—Que me fuese lo más rápidamente posible. Pero tenía un aspecto tan distinto al de todos los días, que me quedé mirándolo un buen rato.

—¿Cómo estaba? — preguntó Hareton.

—¡Pues bien! alegre y casi radiante. Pero no, *casi* no... ¡muy excitado y al mismo tiempo extraño y feliz!

—Eso se debe a que los paseos nocturnos son de su agrado — dije, simulando una despreocupada actitud.

En realidad estaba tan sorprendida como ella e impaciente por verificar la exactitud de sus palabras, porque ver al amo alegre no era un espectáculo de todos los días.

Inventé una excusa para volver a la casa. Heathcliff se encontraba bajo el dintel de la puerta. Se hallaba pálido y temblaba. Sin embargo, era indudable que brillaba en sus ojos un fulgor extraño y alegre que cambiaba su fisonomía.

—¿Quiere usted almorzar? — le dije. — ¡Debe tener apetito después de haber vagabundeado durante toda la noche!

Quería saber a donde había ido, pero no era mi intención interrogarlo directamente.

—No, no tengo apetito — repuso, volviendo la cabeza y hablando con tajante acento, como si comprendiese que trataba de adivinar la razón de su buen humor.

Me sentí indecisa y me pregunté si no sería esa la ocasión de regañarlo.

—No, no tengo apetito — repuso, volviendo la cabeza y en vez de estar en la cama. En todo caso, no es prudente, en esta húmeda estación. Estoy segura de que pescará un romadizo o tendrá un acceso de fiebre. Se advierte a simple vista que tiene usted algo.

—Nada que no pueda soportar — replicó, — y que hasta soportaría encantado, a condición de que me deje sólo. Entre y no me fastidie.

Obedecí. Al pasar por su lado, noté que su respiración era precipitada como la de un animal.

"Es seguro — me dije, — que se nos va a enfermar. Me pregunto dónde pudo haber estado".

A mediodía almorzó con nosotros y aceptó de mis manos un plato repleto, como si quisiera desquitarse de su ayuno de la víspera.

—No tengo fiebre ni me he resfriado, Nelly — dijo, aludiendo a mis palabras de la mañana, — y estoy dispuesto a hacer honor a todo lo que me sirvió aquí.

Tomando su cuchillo y su tenedor iba a empezar a comer, cuando su apetito pareció desaparecer de golpe. Posó los cubiertos sobre la mesa, miró ávidamente hacia la ventana, se puso en pie y salió. Lo vimos caminar de un extremo al otro del jardín, mientras terminábamos nuestra comida. Earnshaw decidió ir a preguntarle por qué no almorzaba. Suponía que lo habíamos chocado de algún modo.

—¿Y bien? ¿viene? — gritó Catalina, cuando su primo regresó.

—No. Pero no está enfadado y hasta parece muy bien dispuesto. Solamente, yo lo impacienté al dirigirle dos veces la palabra. Me ordenó, entonces, que volviese junto a usted, extrañándose de que pudiese desear otra compañía.

Puse su plato sobre el guardafuego, para que no se enfriase la comida.

Regresó un par de horas más tarde, cuando la habitación ya estaba en orden. La misma expresión, completamente anormal, en verdad, se advertía bajo sus negras cejas. Tenía el mismo color carente de sangre y sus dientes se mostraban, de vez en cuando, en una como sonrisa. Su cuerpo se estremecía, no de frío o debilidad, sino como vibra una cuerda tensa al extremo.

"Voy a preguntarle qué tiene — pensé. — ¿Quién podía hacerlo, sino yo?"

Exclamé:

—¿Ha recibido usted alguna buena noticia, señor Heathcliff? Parece estar singularmente nervioso.

—¿De dónde podrían llegarme las buenas noticias? Es el hambre la causa de mi nerviosidad. Pero, aparentemente, es preciso que no coma.

—Su comida está allí, ¿por qué no quiere tomarla?

—No la quiero, por ahora — murmuró con presteza. — Esperaré hasta la cena. Y de una vez por todas, Nelly, le ruego que advierta a Hareton y a la otra de que no se me acerquen. Deseo que nadie me moleste; quiero estar solo, aquí.

—¿Existe alguna nueva razón que justifique esa prohibición? — pregunté.—Señor Heathcliff, dígame por qué está tan nervioso. ¿Dónde anduvo usted la noche pasada? No es una vana curiosidad lo que me impulsa a interrogarlo, pero...

—No es sino una vana curiosidad lo que la impulsa a interrogarme — interrumpió Heathcliff riendo. — Sin embargo, voy a contestarle. La noche pasada estuve en el umbral del infierno. Hoy, estoy a punto de alcanzar mi paraíso. Mis ojos lo ven; apenas tres pies me separan de él. Y ahora, sería preferible que se fuese usted. No verá ni oirá nada que pueda asustarla, si se abstiene de espiarme.

Después de barrer el hogar y limpiar la mesa, me marché, más perpleja que nunca.

El amo no se alejó del salón en toda la tarde, ni nadie turbó su soledad. Finalmente, a las ocho, consideré conveniente, aunque no me había llamado, llevarle una bujía y su cena.

Estaba apoyado en el antepecho de una ventana abierta, pero no miraba hacia afuera. Por el contrario, su rostro se hallaba vuelto hacia la oscuridad del interior. El fuego había quedado reducido a cenizas y llenaba la pieza el aire húmedo y suave de una noche brumosa. Todo estaba tan tranquilo, que era posible percibir, no solamente el murmullo del arroyo que corría hacia Gimmerton, sino también su chapoteo y su gargoteo sobre los guijarros o entre las gruesas piedras que no podía cubrir. Lancé una exclamación de descontento al ver la chimenea apagada y cerrando las ventanas unas tras otras, llegué a la suya.

—¿Debo cerrar esta? — pregunté, a fin de terminar con su embotamiento, pues no lo veía moverse.

La luz alumbró su rostro, mientras le hablaba.

¡Oh! señor Lockwood, ¡no puedo describirle el terrible choque que experimenté ante esa fugitiva visión!

¡Esos hundidos ojos negros!

¡Esa sonrisa y esa palidez de espectro!

Me pareció que no era Heathcliff, sino un fantasma. En mi terror, dejé que la bujía se inclinara hacia el muro y quedé sumida en la oscuridad.

—¡Oh! ciérrela — repuso con su voz de siempre. — Bueno, ¡eso se llama torpeza pura! ¿Por qué mantenía usted la bujía horizontalmente? Traiga pronto otra.

Me apresuré a salir, presa de loco terror.

Dije a José:

—El amo quiere que le lleve usted una bujía y que reanime el fuego.

No me atrevía a volver en seguida allá.

José sacudió ruidosamente algunos tizones en la pala y se fué. Pero los trajo al punto de vuelta, junto con la bandeja de la cena, diciendo que el señor Heathcliff iba a acostarse y no quería tomar nada hasta el día siguiente.

Al mismo tiempo, oímos que subía la escalera. No se dirigió a su habitación de costumbre, sino que entró en la que estaba la cama con paneles de madera. En esa alcoba, tal como yo lo dije, la ventana es lo suficientemente ancha para permitir el paso de cualquier persona. Se me ocurrió que estaba aprestándose para una nueva expedición nocturna, que prefería no sospechásemos.

¿Será un vampiro? — me pregunté.

Había oído hablar de esos demonios encarnados. Luego, me puse a pensar que lo había cuidado en su infancia, que lo vi crecer, que lo seguí durante casi toda su existencia y que era una verdadera tontería ceder a ese sentimiento de espanto.

"Pero, ¿de dónde procedía ese pequeño ser tan negro que un buen hombre recogió, para su desgracia?" — murmuró en mí la voz de la superstición, mientras mi adormilada mente se deslizaba en la inconsciencia. Y soñando a medias, mi imaginación se puso en movimiento para buscarle un origen verosímil.

Retornando a las reflexiones que había hecho conscientemente, recordé su existencia, añadiendo a la misma algunas pinceladas lúgubres y para terminar, me representé su muerte y su entierro. De todo esto, conservo únicamente el recuerdo de la gran perplejidad en que me hallaba sumida en el momento de dictar un epitafio para su tumba. Iba a consultar al sepulturero y como no le conocíamos apellido y no podíamos indicar su edad, teníamos que conformarnos con esta simple palabra: "Heathcliff". Esto se realizó, por otra parte. No pudimos hacer otra cosa y si entra usted en el cementerio, sólo leerá sobre su sepulcro ese nombre y la fecha de su muerte.

El alba me devolvió mi buen sentido. Me levanté y salí al jardín apenas despuntó el día, a fin de ver si había huellas de pasos al pie de su ventana. No descubrí ninguna.

"Se quedó en casa — pensé, — y estará completamente restablecido".

Preparé el desayuno para todos, de acuerdo con mi costumbre, pero aconsejé a Hareton y a Catalina que no esperaran a que el amo descendiese, porque se había acostado muy tarde. Prefirieron desayunar afuera, bajo los árboles, donde les instalé una mesita.

Al entrar en la casa, encontré al señor Heathcliff abajo. Discutía con José sobre un asunto relativo a la granja y daba instrucciones claras y minuciosas al respecto. Pero hablaba precipitadamente, movía sin cesar la cabeza hacia ambos lados y parecía tan nervioso como la víspera, si no más.

Cuando José se hubo marchado del cuarto, se sentó en el lugar que por lo general ocupaba. Posé na taza de café frente a él. La acercó, luego apoyó los brazos sobre la mesa y se puso a examinar de arriba a abajo la pared opuesta. Al menos, eso fué lo que creí. Sus brillantes ojos no dejaban de girar en sus órbitas. Parecía experimentar un intenso interés y su respiración se detenía, a veces, durante medio minuto.

—¡Vamos! — exclamé, empujando un pedazo de pan contra su mano; — coma y beba esto mientras está caliente. Hace casi una hora que lo he preparado.

No me hizo el menor caso. Sin embargo, sonrió. Hubiese preferido un rechinamiento de dientes a esa sonrisa.

—¡Señor Heathcliff! ¡Amo! — grité. — ¡Por el amor de Dios! no abra semejantes ojos, como si estuviese ante una visión del otro mundo.

—¡Por el amor de Dios, no grite tan fuerte! — repuso. — Mire a nuestro alrededor y dígame si estamos solos.

—Naturalmente que lo estamos.

Obedecí, empero, a pesar mío, como si no estuviese completamente segura de ello.

Con un ademán rechazó los objetos del desayuno colocados frente a él y se inclinó para mirar más cómodamente.

Advertí, entonces, que no era en el muro que clavaba su mirada. Se hubiese dicho, observándolo mejor, que esa mirada se detenía en algo que parecía encontrarse a dos metros de distancia de su persona. Y fuese lo que fuese, experimentaba a la vez un placer y un dolor extremados. Así lo hacía

suponer, al menos, la expresión punzante y embelesada, al mismo tiempo, de su rostro. La forma imaginaria no se encontraba en un punto fijo; sus ojos la seguían con infatigable vivacidad y ni siquiera cuando me hablaba se apartaban de ella. Perdí el tiempo recordándole su prolongado ayuno. Si, obedeciendo a mis ruegos, intentaba un movimiento para tocar algo, si extendía la mano para tomar un trozo de pan, sus dedos se cerraban antes de asir nada y permanecían allí, sobre la mesa, no sabiendo ya lo que deseaban.

Me quedé a su lado haciendo acopio de paciencia, tratando de no pensar en esa visión. A la larga, se irritó por ello y se puso en pie, preguntándome por qué le impedía tomar sus comidas a la hora que le convenía. Y añadió que la próxima vez no tendría necesidad de esperar. Bastaría con que lo preparase todo y me fuese. Pronunciadas esas palabras, se marchó de la casa, descendió lentamente por el sendero del jardín y desapareció por la palizada.

Para nosotros, el tiempo transcurrió en medio de una inquietud creciente. Llegó otra noche. Me retiré tarde y no pude dormir; era más de medianoche cuando regresó Heathcliff. En lugar de irse a su cama, se encerró en la pieza de abajo. Agucé el oído, despierta mi mente. Al fin, me vestí y bajé. Me resultaba sumamente penoso permanecer acostada, torturada por mil vanos temores. Oí los pasos del señor Heathcliff, que iba y venía sin descanso. Al ruido de esos pasos se mezclaba, con frecuencia, un profundo suspiro que más parecía un gemido.

Murmuraba también palabras sin sentido, de las cuales la única que pude oir fué el nombre de Catalina, unido a un salvaje epíteto de pasión o de sufrimiento.

Y sus palabras parecían dirigidas a una persona presente, pronunciadas en voz baja, con un ferviente acento que ascendía desde el fondo del alma.

No tuve valor suficiente para entrar directamente en la pieza, pero a toda costa quería apartarlo de esa pesadilla. Tomando como pretexto el fuego de la cocina, removí ruidosamente los apagados carbones. Aquello lo hizo acudir más pronto de lo que había supuesto. Abrió la puerta y dijo:

—Venga, Nelly... ¿es de mañana, ya? Entre con su luz.

—Han dado las cuatro — repuse. — Necesitará una bujía para subir. Podría haber encendido una en esta brasa.

—No, no quiero subir. Acérquese, enciéndame fuego y haga en la habitación todo lo que sea necesario hacer.

—Ante todo, tendré que enrojecer los carbones — repuse, aproximando una silla y tomando el fuelle.

Mientras tanto, Heathcliff erraba por doquier, en un estado rayano en la locura, exhalando tan profundos y precipitados suspiros, que ahogaban su respiración normal.

—Al alba mandaré a buscar a Green — dijo. — Quiero hacerle algunas preguntas sobre puntos de derecho, mientras me halle en condiciones de consagrar un pensamiento a esos asuntos y de proceder con calma. Aun no he redactado mi testamento y no sé en absoluto a quién dejaré mis bienes. ¡Lástima que no esté en mi poder borrarlos de la superficie de la tierra!

—No hablaría yo de ese modo si estuviese en su lugar, señor Heathcliff. No se ocupe por ahora de su testamento. Vivirá bastantes años para arrepentirse de sus innumerables injusticias. Nunca hubiese creído que padecería usted de los nervios. Sin embargo, hoy están en pleno desorden, por su exclusiva culpa. La forma en que ha pasado los tres últimos días habría derribado a un coloso. Tome un poco de alimento, se lo suplico, y descanse. Bastaría que se mirase en un espejo para darse cuenta de la necesidad que tiene de una y otra cosa. Sus mejillas están hundidas y sus ojos inyectados en sangre, como quien se muere de hambre y no vé con claridad por falta de sueño.

—No es culpa mía si no puedo comer, ni dormir. Le aseguro que no es una resolución adoptada por mí. Lo haré apenas pueda. ¡Pero vaya a aconsejarle descanso a un hombre que lucha en el agua, a una braza de la orilla! Es preciso que llegue a ella, primero; luego descansaré. ¡Pues bien! tanto peor para el señor Green. En cuanto a arrepentirme de mis injusticias, no he cometido ninguna y no me arrepiento de nada. Soy demasiado dichoso y no lo suficientemente, sin embargo. La felicidad de mi alma mata mi cuerpo, pero no se satisface a sí misma.

—¿Feliz amo? — exclamé. — ¡Curiosa felicidad! Si quisiese usted escucharme sin enfadarse, podría darle algunos consejos que lo harían dichoso.

—¿Qué consejos? Démelos.

—Sabe usted, señor Heathcliff, que desde la edad de trece años, llevó una vida de pagano y de egoísta. Probablemente jamás tuvo una Biblia entre sus manos durante todo ese tiempo. Seguramente olvidó el contenido de ese libro y tal vez no tenga ya tiempo de aprenderlo. ¿Qué tendría de malo

llamar a alguien — a un pastor de cualquier secta — para que le explicase, le demostrase hasta qué punto se apartó de sus preceptos y cuán mal preparado está para subir al cielo, a menos que cambie antes de su muerte?

—Tengo muchas cosas que agradecerle, Nelly, para encolerizarme contra usted. Además, acaba usted de recordarme de qué modo quiero ser enterrado. Deberán transportarme al cementerio de noche. Usted y Hareton podrán seguir mi ataúd, si así lo desean. Cuide particularmente de que el sepulturero ejecute mis instrucciones en lo que se refiere a los dos féretros. Ningún pastor necesita molestarse, así como tampoco será necesario pronunciar palabra alguna sobre mi tumba... Le digo que estoy tocando, casi, mi paraíso... el de los demás no tiene valor para mí y no lo ansío.

—Suponga que persevere usted en su obstinado ayuno, que muera y que se nieguen a enterrarlo en el recinto del camposanto — dije, indignada ante esa indiferencia impía. — ¿Qué opinaría de eso?

—No lo harán. Si tal cosa ocurriese, tendría usted que hacerme conducir secretamente. Y si no acata esta orden, pronto advertirá que los muertos no desaparecen del todo.

Apenas oyó moverse a las demás personas de la casa, se retiró a su guarida y yo respiré con mayor ilbertad. Pero, por la tarde, cuando José y Hareton se hallaban dedicados a sus faenas, entró nuevamente en la cocina y con trastornada mirada me pidió que fuese al salón; deseaba tener a alguien a su lado.

Me negué a obedecerlo, diciéndole claramente que sus palabras y sus modales me atemorizaban y que no tenía valor, ni ganas, de quedarme sola con él.

—Creo que me toma usted por un demonio — dijo, lanzando una espantosa carcajada. — Sí, por un monstruo indigno de vivir bajo un techo honrado.

Luego, volviéndose a Catalina, que se encontraba allí, oculta detrás mío desde su llegada, añadió, con acento de burla, o casi:

—¡Acérquese mi pollita! No le haré daño alguno. ¡No! ¿Le parezco peor que el diablo? ¡Pues bien! hay una que no rehuirá mi compañía. ¡Dios! ¡Es implacable! ¡Oh! ¡Maldición! Esto es mucho más de lo que puede soportar un ser de carne y hueso... incluso un ser como yo.

No buscó ya la compañía de ninguno de nosotros.

Cuando se hizo la oscuridad, fué a encerrarse en su habi-

tación. Durante toda la noche y hasta bastante entrada la mañana, lo oímos gemir y hablar consigo mismo.

Hareton manifestó un vivo deseo de entrar, pero yo le pedí que fuese hasta la casa del doctor Kenneth a fin de rogarle que viniese.

Cuando llegó el médico, pedí permiso para entrar y traté de abrir la puerta. Estaba cerrada por dentro. Heathcliff nos mandó al diablo.

—Estoy mejor — dijo, — y quiero que me dejen solo.

En vista de ello, el médico se marchó.

La noche siguiente fué muy húmeda; puede decirse que llovió torrencialmente hasta la madrugada. Mientras efectuaba mi paseo matinal alrededor de la casa, advertí que la ventana de la habitación del amo estaba abierta de par en par y que la lluvia penetraba con fuerza en su interior.

"No puede estar en su cama — pensé, — porque estos chaparrones lo habrían calado hasta los huesos. Debe haberse levantado o salió. Pero no perdamos el tiempo forjando suposiciones; entremos de una vez y veamos qué pasa".

Entré en la alcoba utilizando otra llave.

Viendo que el cuarto estaba vacío, me precipité a abrir los paneles de madera.

Cuando los hube rechazado de un golpe, me incliné al interior.

El señor Heathcliff estaba allí... boca arriba. Sus ojos tenían una mirada tan penetrante y tan cruel, que retrocedí. Luego, me pareció que sonreía.

No acababa de convencerme de que estaba muerto. Sin embargo, su cara y su garganta chorreaban bajo la lluvia, sus sábanas se hallaban empapadas y él permanecía completamente inmóvil.

La ventana, que se movía de un lado para otro, había herido levemente una de sus manos, posada en el antepecho. No manaba sangre de la cortadura; cuando lo toqué con las yemas de mis dedos, no pude ya seguir dudando: tenía la rigidez de la muerte.

Cerré sólidamente la ventana y luego peiné sus largos cabellos negros, apartándolos de su frente. Traté de cerrar sus párpados para ocultar, si era posible, antes que nadie pudiese verla, esa espantosa mirada que daba aún la ilusión de la vida. Pero sus ojos no quisieron esconderse, parecían burlarse de mis esfuerzos, como se burlaban sus entreabiertos labios y sus puntiagudos dientes.

Cediendo a un nuevo acceso de cobardía, llamé a José. El anciano subió arrastrando la pierna, armó un gran escándalo, pero se negó resueltamente a tocarlo.

—El diablo se ha arrojado sobre su alma — dijo. — ¡Y también puede llevarse la envoltura, si quiere, que a mí nada me importa! ¡Uf! ¡Qué malo parece con esa mueca ante la muerte!

Y el viejo pecador imitó el rictus burlón.

Llegué a creer que empezaría a saltar en torno del lecho, pero no. Calmándose súbitamente, cayó de hinojos, alzó las manos y dió gracias al cielo por haber restablecido en sus derechos al amo legítimo y a la antigua familia.

* * *

Ese terrible acontecimiento me sumió en un profundo estupor y las escenas del pasado pesaban sobre mi ánimo con abrumadora tristeza. Pero el pobre Hareton, que había sido el más perjudicado de todos, fué, en realidad, el único que sufrió verdaderamente.

Permaneció junto al muerto durante toda la noche, llorando amargamente. Le estrujaba las manos y besaba la frente hosca y burlona que todo el mundo evitaba contemplar. Lo lloraba con ese dolor punzante que surge naturalmente de un corazón generoso, aunque sea su temple el del acero.

El doctor Kenneth se las vió hasta cierto punto en figurillas para explicar las perturbaciones que habían provocado la muerte del amo. No le dije que se privó de todo alimento durante cuatro días, temiendo que aquello crease ciertas complicaciones. Además, tenía la convicción de que no se había negado voluntariamente a comer. Aquella era la consecuencia de su extraña enfermedad y no la causa de la misma.

Lo sepultamos según sus deseos, con gran escándalo de toda la región.

Earnshaw y yo, el sepulturero y seis hombres que cargaban el féretro, formábamos todo el cortejo fúnebre. Los seis individuos se marcharon luego de haberlo descendido a la fosa. Nosotros permanecimos allí mientras cubrían de tierra el ataúd. Hareton, con el rostro bañado en lágrimas, tomó algunos terrones con césped y los colocó personalmente sobre el pardo montículo.

Actualmente, la tumba está tan unida y verdegueante como las que la rodean... y espero que el que la ocupa duer-

me tan profundamente como sus vecinos. Pero los habitantes de los contornos, si los interroga, le jurarán sobre la Biblia que sigue rondando. Algunos pretenden haberlo encontrado cerca de la iglesia, en la landa y hasta en esta casa. Tonterías, dirá usted; también lo digo yo. Sin embargo, el anciano que está allá, en la cocina, junto al fuego, afirma que desde la muerte de Heathcliff los ha visto aparecer a los dos, en la ventana de la habitación, todas las noches de bruma. Y me ocurrió algo muy curioso, hace más o menos un mes. Iba a Thrushcross Grange una tarde — una tarde cuya oscuridad presagiaba tormenta — cuando en el recodo mismo de Cumbres Borrascosas, me encontré con un chiquillo que conducía un carnero y dos corderos. Lloraba a lágrima viva. Creí que los corderos eran indóciles y que tropezaba con dificultades para conducirlos.

—¿Qué te pasa, hombrecito? — le pregunté.

—Al pie de la colina está Heathcliff con una dama — me contestó, lagrimeando, — y no me atrevo a pasar por su lado.

Nada vi, pero ni el rapaz ni los carneros quisieron avanzar. En vista de ello, le aconsejé que tomase por el camino de abajo. Probablemente el chico había creado esos fantasmas a fuerza de repetirse, cuando atravesaba sólo la landa, la leyenda que contaban sus padres y sus compañeros. A pesar de todo, no me gusta, ahora, que la noche me tome afuera, y tampoco me agrada quedarme sola en esta lúgubre casa. Es algo más fuerte que yo. Me sentiré dichosa cuando la dejen y se vayan a Thrushcross Grange.

—¿Irán a vivir a la granja, entonces? — inquirí.

—Sí — repuso la señora Dean; — inmediatamente después de su casamiento, que tendrá lugar el primer día de enero.

—¿Y quién residirá aquí?

—José, que se ocupará de la casa y que quizá tome a alguien para que le haga compañía. Vivirán en la cocina y todas las habitaciones restantes serán clausuradas.

—Para mayor regocijo de todos los fantasmas que quieran habitarlas — hice notar.

—No, señor Lockwood — dijo Nelly, sacudiendo la cabeza. — Creo que los muertos descansan en paz y que no está bien hablar de ellos con tanta ligereza.

Se abrió en ese momento la palizada del jardín. Regresaban los prometidos.

—Nada los atemoriza a ellos — murmuré, contemplando su llegada desde la ventana. — Serían capaces de hacer frente a Satán con todas sus legiones.

Cuando franqueaban el umbral y se detenían para contemplar por última vez el claro de luna — o más exactamente, para mirarse a la luz de la luna — sentí nuevamente el irresistible deseo de huir de ellos. Dejé un pequeño obsequio en la mano de la señora Dean y haciendo caso omiso de sus exclamaciones, provocadas por esa descortés partida, desaparecí por la cocina en el momento mismo que abrían la puerta del salón. Habría confirmado así a José en su opinión sobre la liviana conducta de su compañera si, muy felizmente, no hubiese adoptado una respetable opinión sobre mi persona, gracias al agradable tintineo de una moneda de oro que cayó a sus pies.

Mi regreso a Thrushcross Grange fué demorado por una visita a la iglesia. Cuando alcancé a ver sus muros, noté que estaba más deteriorada aún que siete meses antes. Muchas de sus ventanas no eran ya sino negros agujeros, carentes de cristales. Aquí y allá, las pizarras sobresalían de la línea de edificación, como destinadas a ser arrancadas poco a poco por las tempestades del otoño.

Busqué y descubrí rápidamente las tres lápidas en la escarpa, junto a la landa. La del medio, de color gris y semioculta bajo los brezos; la de Edgar Linton, adornada únicamente por la hierba y el musgo que trepaban al pie, y la de Heathcliff, desnuda aún.

Marché lentamente alrededor de las mismas, bajo ese cielo sereno. Seguía con la mirada las mariposas nocturnas, que revoloteaban entre los brezos y las campánulas, oía soplar la ligera brisa sobre la hierba y me preguntaba cómo podría nadie suponer jamás, que un sueño intranquilo atormentase a los que descansaban en esa tierra apacible.

FIN

825 302

Este libro se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los talleres de la Editorial TOR, el día 1º de junio de 1940.

27127695710

DATE DUE

DEC 1 1 1998

Demco, Inc. 38-293

3 3190 00000 3798

Bronte, Emily.
Cumbres borrascosas.

PR
4172
.W31

WITHDRAWN
from the
Alma College Library

ULTIMAS PUBLICACIONES

Biblioteca
EL MUNDO DE HOY

Roosevelt, Mirando adelante
Mussolini, El fascismo
Frank, El amanecer de Rusia
Sinclair, El final de la crisis
Mosley, Inglaterra fascista
Klug, La tecnocracia y la crisis
Bardi, Un fascista en los Soviets
Irazusta, La Argentina y el Imp. Brit.
Nemo, El pacto del A. B. C. P.
Shaw, ¿Dónde está el socialismo?
Mariani, El ocaso de una civilización
Malaparte, Técnica golpe de estado
Hitler, Mi lucha
Roosevelt, En marcha

Enciclopedia
GOMEZ NEREA - FREUD

Freud y el problema sexual
Freud y los actos maniáticos
Freud y el chiste equívoco
Freud y las degeneraciones
Freud y la histeria femenina
Freud y los orígenes del sexo
Freud y el misterio del sueño
Freud y la perversión de las masas
Freud y los orígenes del sexo
Freud y su manera de curar
Freud y la higiene sexual

LECTURAS SELECTAS

Almafuerte, Milongas clásicas
Viana, La biblia gaucha
Varela, Elisa Lynch
Maturana, Naranjo en flor
González, Mis montañas
Del Campo, Fausto
Barbará, Rosas
Hernández, Martín Fierro
Bartolomé Mitre, Soledad
Nieves, Pacto de sangre
Nieves, Degüello de inocentes
Gutiérrez, Juan Moreira
Viana, De la misma lonja
Fray Mocho, En el mar Austral
Miguel Cané, Juvenilia

Obras de
DOMINGO F. SARMIENTO

Facundo, Verdadera epopeya trágica
Recuerdos Provincia, Autobiografía.
Vida de Dominguito, Otra biografía
La escuela ultrapampeana, De valor
Argirópolis, El anhelo patriótico
Aldao y el Chacho, Retratos fieles
Discursos populares, Frente al pueblo
La época de Rosas, Ardientes escritos

Obras de GIOVANNI PAPINI

Gog (un vol.). Dante Vivo (un vol.)
Historia de Cristo
San Agustín
Diccionario del hombre salvaje
El crepúsculo de los filósofos
Memorias de Dios
Hombre acabado (autobiografía)
Los testigos de la Pasión

Obras de MANUEL GALVEZ

Nacha Regules, Libro clásico
La sombra del convento, Novela
La maestra normal, Libro discutido
Los caminos de la muerte, La guerra
Humaitá, Lucha de un pueblo heroico
Jornadas de agonía, Muy humana
Vida de fray Mamerto Esquiú
El solar de la raza, Nueva edición
El mal metafísico, Bohemia porteña
Miércoles santo, Un gran éxito
La tragedia de un hombre fuerte

Obras de Stefan ZWEIG

La tragedia de una vida
Veinticuatro horas de una mujer
El candelabro enterrado (Novedad)
Momentos estelares de la humanidad
Amok — Freud — Casanova, (3 vol.)
Los ojos del hermano eterno, Exito

Clásicos - TOR - Universales

Platón, Apología de Sócrates
Cervantes, La gitanilla
Nordau, Mentiras convencionales
Juan Manuel, El conde Lucanor
Anónimo, Poema de mío Cid
Homero, La Ilíada
Homero, La Odisea
Granada, Guía de pecadores
Becquer, Rimas
Santa Teresa, Camino de perfección
Campoamor, Doloras y humoradas
Kempis, Imitación de Cristo
Lope de Vega, La niña boba
León, Fray L. de, La perfecta casada
Shakespeare, Noche de Reyes
Tirso de Molina, El burlador de Sevilla y Convidado de piedra
Ovidio, Arte de amar
Dickens, Vida de Jesucristo
Lope de Vega, Fuenteovejuna
Santa Teresa, Las moradas
Shakespeare, Romeo y Julieta
Moratín, El sí de las niñas
Voltaire, La doncella
Petronio, El Satiricón
Aristóteles, La política

Estos volúmenes lujosamente presentados, con 250 y 300 páginas impresos en papel de calidad superior y llamativas portadas en colores. Pedirlos en todas las buenas librerías de la República o a la

EDITORIAL TOR - Río de Janeiro 760 - BUENOS AIRES

Printed in Argentina